

ENDNOTES 3

X

Género, raza, clase y otros infortunios

Originalmente publicado en inglés en *Endnotes #3: Gender, Race, Class and other Misfortunes* (2013).

Cita de la contraportada: ANTON PANNEKOEK, *Revolución mundial y táctica comunista* (1920)

Prólogo por Gabriel Miasni

ISBN: 978-84-317-0603-6

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en septiembre de 2023.

Prólogo

Según Jaques Camatte, en su artículo «Bordiga y la pasión del comunismo», todos los seres humanos son productos de su tiempo; sin embargo, no todos se relacionan de la misma manera con él: algunos son capaces de representar su época porque la firmeza de su pensamiento no se deja llevar por la ideología dominante, mientras otros son capaces de dominarla, detectando lo nuevo en ella. Unos representan la continuidad y la invarianza de los principios del comunismo, mientras otros perciben las discontinuidades y las contradicciones que abren momentos de ruptura. Este tipo de oposiciones han estado siempre presentes en el marxismo, desde el resuelto «*Je ne suis pas marxiste*» recriminado por Marx a su yerno hasta las crudas polémicas en torno al revisionismo y la ortodoxia.

El grupo de discusión que publica *Endnotes* está compuesto sin duda de seres humanos del segundo tipo: pensadores de lo discontinuo, de la ruptura, de lo nuevo. Ahora bien, ¿dónde se sitúa el hiato que delimita la continuidad y la discontinuidad? Para este grupo, el fin del movimiento obrero, que había definido la lucha de clases durante gran parte de los siglos XIX y XX, es también el fin de la asociación de productores libres como horizonte emancipatorio. Un horizonte que solo podía producir proyectos de modernización alternativos al capitalismo de libre mercado. Esto supone que el objetivo compartido por todas las vertientes del movimiento comunista es un recuerdo del pasado que nos impide atender a las potencialidades emancipatorias del presente. Así, para *Endnotes* el marxismo también habría devenido en otra tradición que oprime como una pesadilla el cerebro de

los vivos; en un ropaje, un lenguaje prestado y unas consignas vacías incapaces de participar del movimiento real que anula y supera el estado de cosas presente.

Actualizar el pensamiento revolucionario, captando este movimiento y rechazando el esquematismo y el dogmatismo, es la labor fundamental de este grupo. Su aptitud para realizar esta labor es el principal motivo por el cual, desde su primer número publicado en 2008, han adquirido cierta referencialidad en el medio de ultraizquierda a nivel internacional. También es el motivo por el que realizamos estas traducciones para el público hispanohablante. Sus artículos destacan por la amplitud de temas tratados, el rigor al abordarlos y la creatividad al enfocarlos. Párrafos sobre el idealismo alemán se conjugan con artículos sobre la historia del extinto movimiento obrero. Editoriales sobre problemas cardinales del pensamiento revolucionario se alternan con capítulos sobre el capitalismo contemporáneo y sus luchas. Para realizar esta tarea se apoyan principalmente en las corrientes de la ultraizquierda —el consejismo, el comunismo de izquierda italiano, la autonomía, la Internacional Situacionista, etc.—, en la teoría de la forma-valor y en los discursos y prácticas que han emergido de las luchas de las últimas décadas.

No obstante, esta variedad no implica falta de coherencia o eclecticismo: toda su labor está orientada a arrojar luz sobre nuestro presente desde la perspectiva de su superación emancipatoria. Y, para nuestros autores, esta perspectiva no puede ser otra que la comunización. Definir la comunización es complicado. Se trata de un concepto escurridizo, utilizado en sentidos divergentes. Aquí nos centraremos en el sentido que esta revista desarrolla. La comunización se opone tanto al etapismo —compartido por las familias marxistas-leninistas que relegan el comunismo a un futuro indeterminado tras fases democrático-populares o tras cronificados periodos de transición— como al gradualismo —que reeditan ciertas

corrientes autónomas al descubrir el comunismo aquí y ahora en cada estallido social y en cada práctica de resistencia o de fuga, olvidando la necesidad de ruptura con la totalidad capitalista—. Asimismo, la comunización rechaza la idea según la cual el comunismo resultaría de la afirmación de uno de los aspectos de las relaciones sociales capitalistas: del valor de uso frente al valor; del trabajo concreto frente al abstracto; del proletariado frente a la burguesía; de la producción frente a la distribución; del Estado frente al mercado y, finalmente, de las fuerzas productivas frente a las relaciones de producción.

Por oposición, la comunización supondría la abolición de las mediaciones constitutivas de la sociedad capitalista a través de una ruptura que encarnará el comunismo en acto. No será una toma del poder previa a la aplicación del programa, sea este de mínimos, de máximos o de transición. Y el resultado será, en lugar de una asociación de *productores* libres, una asociación de *singularidades* libres.

Por lo demás, averiguar en sus textos qué implica la adhesión a la corriente comunizadora en términos positivos, ya sean tácticos o estratégicos, es más difícil. Podemos detectar dos razones para esta dificultad. Por un lado, presumiblemente no se debe a una incapacidad del grupo de discusión que publica *Endnotes*, si no a una autocontención propia de ciertos sectores de ultraizquierda temerosos de caer en el sustitucionismo. El sustitucionismo describe la tendencia a entender la emancipación como el resultado de la acción de una camarilla y no como obra de la clase misma. Normalmente se asocia esta «desviación» al bakuninismo, al blanquismo y al bolchevismo. Por otro lado, comprender la comunización como la abolición inmediata de las formas sociales constitutivas de la sociedad capitalista dificulta pensar su superación desde las mismas, desde «los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante

lleva en su seno».¹ Por ello, existe una tensión entre aquellas corrientes comunizadoras que entienden el comunismo como el autodesarrollo de una esencia humana preexistente contra el poder del capital —negación abstracta— y aquellas que se sumergen en el carácter contradictorio las luchas del capitalismo contemporáneo para descifrar sus tendencias comunizadoras —negación determinada—. Asimismo, existe una tensión al abordar la cuestión de la mediación social. En ocasiones se habla de la inmediatez de las medidas comunizadoras en un sentido sincrónico, mientras que en otros casos se afirma que la comunización será inmediata en tanto abolirá las mediaciones sociales capitalistas, reconociendo la posibilidad de una suerte de transición para alcanzar dicho objetivo.²

Sorteando estas dificultades, la revista contribuye a clarificar nuestro horizonte, es decir, a dibujar el abanico de posibilidades que abren las luchas actuales, pero no tanto a definir un curso de acción deseable. Esta decisión e incluso esta discusión debe ser el resultado orgánico de la lucha y no la propuesta de ninguna camarilla ilustrada. De esta manera, *Endnotes* se da de bruces con la paradoja que enfrentan los destacamentos comunistas en periodos no revolucionarios. ¿Debemos esperar y contemplar el devenir de las luchas realizando una labor de clarificación o intervenir en ellas? ¿Debemos pensar críticamente sin actuar o debemos actuar sin pensar críticamente? Su respuesta es clara: participamos en las luchas en tanto en ellas se produce la teoría revolucionaria, pero no podemos intervenir en ellas en sentido revolucionario, en tanto no hay revolución. Presumiblemente, esto supone que no realizamos unas tareas políticas específicas en

1. KARL MARX, *La guerra civil en Francia* (Fundación Federico Engels, 2003), p. 73.

2. Véase el ‘Epílogo’ en *Endnotes 1* (2022) o ‘Comunización y teoría de la forma-valor’, en *Endnotes 2* (2022), en contraste con ‘Espontaneidad, mediación y ruptura’, en este número.

calidad de comunistas dentro de las mismas. En este sentido, su crítica al vanguardismo acaba abdicando de la posibilidad de una dirección de las luchas existentes en un sentido político y estratégico. Acaba reproduciendo la separación entre vanguardia y masas, entre conocer y transformar, entre el grupo de discusión que escribe *Endnotes* y quienes participan en las luchas, a pesar de ser las mismas personas.

Por eso pueden afirmar que «el problema que deben afrontar, al menos en tiempos no revolucionarios, no es la ausencia de una estrategia adecuada —que podría ser adivinada por intelectuales perspicaces—, sino la presencia de asimetrías de poder real».³ Como si la ausencia de reflexión sobre las dificultades que enfrentan las luchas y, por tanto, sobre una propuesta estratégica que permita enfrentar la situación de división y de falta de coordinación no fuesen también una expresión de esa asimetría de poder. Esta reflexión es un paso necesario para enfrentar el poder del capital y comenzar a erigir un poder social alternativo. Un paso al que debemos contribuir, a poder ser con perspicacia.

Ahora bien, más allá de su balance del siglo XX y de las implicaciones de su adhesión a la corriente comunizadora, ¿cuáles son las principales aportaciones de *Endnotes* para comprender las potencialidades emancipatorias de nuestro presente? ¿Cuál es su análisis de la coyuntura actual?

El fin del movimiento obrero y del movimiento comunista son, para esta revista, dos caras de la misma moneda: la crisis capitalista. Esta se expresa en el bajo crecimiento económico y estancamiento en las economías capitalistas avanzadas desde la década de 1970, causado por la sobrecapacidad productiva, la automatización de la producción y la competencia globalizada que limita los márgenes de ganancia de las empresas. El exceso de oferta y la presión descendente sobre los precios conducen a una menor inversión productiva y,

3. 'Espontaneidad, mediación y ruptura', p. 291.

por ende, a la generación de burbujas especulativas generadas por capital excedente ávido de rentabilidad. El resultado es un estancamiento de la producción y el empleo, junto con un aumento de la desigualdad y la inestabilidad económica, generando barriadas de población excedente a lo largo y ancho del planeta.

En el ámbito laboral, la crisis se expresa como un hundimiento del empleo industrial en favor del subempleo y el empleo precario del sector servicios. Esto supone, por un lado, la desaparición de la figura que había impulsado y representado al movimiento obrero, el proletariado industrial, y, por otro, un aumento de la competencia entre trabajadores por la amenaza del desempleo. En esta crisis del trabajo las luchas de clases ya no adquieren la forma de un movimiento obrero con un horizonte definido, sino que se expresan a través de múltiples identidades y movimientos que ponen sobre la mesa la necesidad de abolir las diferentes separaciones del capitalismo —de género, raciales, nacionales...—, pero no ofrecen una orientación clara sobre cómo hacerlo.

De esta manera, el trabajo pierde cada vez más su función como medio de acceso a la riqueza y al reconocimiento social, siendo a menudo *percibido* como una losa más que como un rasgo central de nuestra subjetividad, en favor de identidades construidas al margen de la relación estrictamente laboral.

En los capítulos segundo y cuarto de este número se propone un marco para comprender cómo se producen estas operaciones y cómo se construyen sus identidades, atendiendo a su desarrollo histórico y a su articulación específicamente capitalista. Ambos capítulos comparten dos virtudes: son capaces de escapar tanto de la acusación de economicismo como de la de reduccionismo de clase. La raza no es reducida a una estratagema del capital para dividir al proletariado y aumentar su explotación ni el género es reducido al papel

de las mujeres en la reproducción de la fuerza de trabajo en el seno de la familia nuclear burguesa. Por consiguiente, el racismo o el machismo tampoco son meras expresiones o epifenómenos de la explotación de clase. Más bien, la raza y el género son el resultado del complejo proceso histórico que se inicia con la categorización y separación de los seres humanos y sus capacidades, por parte del Estado —la forma política del capital— durante los albores del capitalismo, entre aquellos que disponían libremente de sí mismos —trabajadores asalariados— y aquellos que no —mujeres y personas racializadas—. Y llega metamorfoseado a nuestros días con las políticas feministas y antirracistas tras décadas de luchas por los derechos civiles y la descolonización.

Así, el estudiante que ve su futuro laboral comprometido, la mujer que soporta la violencia y la discriminación machistas, la persona racializada que enfrenta la violencia del estado, el ciudadano que ve sus derechos sociales y civiles recortados, el trabajador del metal que ve peligrar su sector o las trabajadoras de la limpieza que ven su fuerza de trabajo devaluada son figuras que han protagonizado luchas desde la crisis de 2008, pero que no han podido ocupar el lugar del proletariado industrial en el movimiento obrero. No han podido articular un movimiento coherente y cohesionado. Este problema es denominado «el problema de la composición». Algunos candidatos para resolver esta encrucijada han sido los indignados, el pueblo o el 99%.⁴

Los capítulos primero y tercero se ocupan de analizar este problema en distintos contextos. En el primer caso, analizando la relación entre la respuesta de los Estados a la crisis de 2008 con las luchas que esta ha generado y, en el segundo,

4. Sobre la respuesta a este problema por parte de la Izquierda del capital: MARIO AGUIRIANO, 'La forma populista de la socialdemocracia', *Marx XXI. Contra la socialdemocracia* (2023).

exponiendo las reacciones del abyecto —aquel sector de la población expulsado de los circuitos de reconocimiento y distribución social— ante la violencia racista de la policía.

Los artículos que componen este número no dan ninguna muestra de esperanza. Por ello, también dirigen sus esfuerzos contra los cantos de sirena de autores que quieren ver el comunismo en las nuevas fuerzas productivas desarrolladas por el capital, que tan solo deberían ser apropiadas por los trabajadores para ser puestas a su servicio. En una respuesta a Alberto Toscano, en «Logística, contralogística y perspectiva comunista» señalan que este autor idealiza la logística de Walmart, de Amazon o del puerto de Shanghai sin comprender el papel de la tecnología como objetivación del poder del capital ni abordar las dificultades para su apropiación por parte de cualquier movimiento revolucionario, que padecerá el peligro de la desconexión de las cadenas de valor globales y, por tanto, de la reproducción de su vida en cuanto ponga sobre la mesa la cuestión del poder. El comunismo no será simplemente inteligencia artificial más soviets.⁵

Cualquier actualización del proyecto comunista será un proceso complejo y largo con baches y retrocesos, con saltos y avances, con nuevas formas de lucha, repertorios de acción impredecibles e innovaciones teóricas. Por esa razón, frente a las ambiciones teóricas de ciertos revolucionarios en el pasado, «nuestra teoría debe incorporar de alguna manera esta imprevisibilidad en su seno».⁶

Este principio de precaución es justo ante los excesos cientifistas y positivistas del pasado. También contra el exceso de optimismo generado por pensar que el viento de la historia soplaba a nuestro favor. Sin embargo, este principio de precaución no puede suponer una autolimitación a atrevernos a

5. Esta idea, que remite a la famosa frase de Lenin sobre la electrificación del país, será desarrollada en *Endnotes 4*.

6. 'Espontaneidad, mediación y ruptura', p. 284.

hacer apuestas políticas concretas, ni a reintroducir el pensamiento estratégico en los debates que estructuran las luchas que caracterizan nuestro presente.

En esta labor, la lectura de *Endnotes* nos ayudará a aproximarnos a algunos de los interrogantes fundamentales de nuestro tiempo: ¿Cómo debemos relacionarnos con la rica experiencia que nos brindan los procesos revolucionarios del siglo XX? ¿Qué carácter tiene la crisis del capitalismo actual? ¿Qué implica la crisis del trabajo para el proyecto comunista? ¿Qué relación se dará entre las formas organizativas y el contenido comunista en el proceso revolucionario? ¿Cómo debemos abordar el problema de la composición? ¿Qué oportunidades y peligros tácticos brindan las tecnologías de la información y la comunicación? ¿Y las infraestructuras?

De su lectura no podremos, empero, esperar ninguna hoja de ruta. Si acaso algunas indicaciones generales para orientarnos en las luchas de nuestro tiempo. Esperamos que sean útiles.

Editorial

Este número de *Endnotes* se ha hecho esperar. Su publicación se ha retrasado debido a experiencias y conversaciones que nos han obligado a aclarar nuestros análisis y, a veces, a reelaborarlos por completo. Muchos de los artículos de este número son el resultado de años de debate. Algunos artículos se han extendido tanto que hemos tenido que dividir el número en dos. Por lo tanto, *Endnotes 4* se publicará no dentro de tres años, sino en los próximos seis meses.¹ A modo de explicación del retraso, describimos aquí algunas de las cuestiones y dilemas que dieron origen a este número y al siguiente.

NUEVAS LUCHAS

Los dos primeros números de *Endnotes* reclamaban un enfoque renovado de las luchas de nuestro tiempo, sin el peso muerto de teorías anticuadas. Sin embargo, nosotros mismos ofrecimos poco análisis de las mismas. En parte, esto se debió a que el conflicto de clase estaba en horas bajas en el momento en que escribíamos, y eso hacía que volar a la altura de la abstracción fuera más atractivo. Pero también fue porque no sabíamos lo que queríamos decir sobre las luchas en curso y pensamos que era mejor no fingir lo contrario. Comenzamos esta revista como un lugar para la elaboración cuidadosa de ideas. No queríamos apresurarnos a sacar conclusiones solo por estar a la última moda. Dicho esto, el entorno del que formamos parte —la llamada corriente comunicadora— sí ofreció un análisis que nos resultó atractivo.

1. NdT: Estos plazos corresponden a la edición original, nosotras no nos atrevemos a ser tan categóricas.

Los participantes de dicha corriente observaron que, incluso en las luchas fabriles, el resurgimiento de una identidad obrera afirmable parecía estar descartado: los trabajadores se autoorganizaban, pero sin ilusiones sobre el potencial revolucionario de dicha autoorganización. Por ejemplo, en algunas fábricas —en Corea del Sur, en Francia, en Estados Unidos y en otros lugares— los trabajadores tomaron sus centros de trabajo no para dirigirlos por sí mismos, sino para exigir una mejor indemnización por despido.

Mientras tanto, muchas luchas relacionadas con los estudiantes, los desempleados o las minorías racializadas estallaban fuera de los centros de trabajo sin interés alguno por reintegrarse en ellos. Los trabajadores de lo que antes eran bastiones de la fuerza de la clase obrera —la industria, la construcción, la minería y los servicios públicos— ya no podían ofrecer sus luchas como aglutinador de las necesidades de la clase en su conjunto. Las luchas por la «reproducción» suplantaron a las de la «producción», aunque las primeras parezcan carecer del poder frente al capital que históricamente han tenido las segundas. La corriente comunizadora también aportó el siguiente análisis de estas luchas. Parece que avanzan cojeando sobre dos patas. La primera pata es el *límite* de la lucha: actuar como clase significa no tener ningún horizonte fuera de la relación capital-trabajo. La segunda pata es la *dinámica*: la pertenencia de clase se vive entonces como una «restricción externa», como algo que hay que superar. En el movimiento antiglobalización, la dinámica de la lucha de clases se autonomizó de la lucha misma: el abandono de una posición de clase sirvió de base para atacar al capital. Se suponía que la crisis actual obligaría a las patas de la lucha de clases a caminar juntas. Se esperaba que las luchas volvieran a surgir dentro del lugar de trabajo, en torno a una demanda salarial estructuralmente «ilegítima».²

2. R.S., 'The Present Moment', SIC 1 (noviembre, 2011), p. 96.

Las formas que habían caracterizado la lucha de clases desde la reestructuración —democratismo radical, activismo— debían ser superadas volviendo a lo esencial: el abandono de una posición de clase, enmarcada en el lugar de trabajo, iba a ser posible solo como la superación generalizada de la sociedad de clases.

Esto no fue lo que ocurrió. En su lugar, tuvimos la Primavera Árabe, los Indignados, *Occupy* y Taksim, así como un montón de disturbios. Como se comentará en *El patrón de espera*, en este número, estas luchas parecían más bien una transformación de los movimientos antiglobalización, amén de su extensión a una parte más amplia de la población. Esto no quiere decir que las recientes luchas hayan socavado la teoría de la comunización o que no vuelvan a surgir luchas dinámicas en el lugar de trabajo. Gran parte de estos movimientos confirmaron la perspectiva comunizadora: la intensificación de la lucha no estaba asociada al retorno de una identidad obrera. Como argumentamos, fue precisamente la indisponibilidad de una identidad constitutiva —en torno a la clase obrera o no— lo que estuvo en juego en la dinámica del movimiento de plazas.

A la luz de estas luchas, parece claro que no es este el momento de vanas consignas, sino de análisis cuidadosos. En *Endnotes* 1 y 2 intentamos dismantelar las dos trampas que se nos tendió a finales del siglo pasado: (1) desviarse del análisis de la dinámica de autodestrucción del capital para, así, poder centrarse en las luchas de clase que se dan fuera del lugar de trabajo; (2) conservar el análisis de las tendencias de crisis, pero únicamente para enrocarse en la noción de que el movimiento obrero es la única forma verdaderamente revolucionaria de lucha de clases. Logramos evadir estas trampas, acumulando algunas escasas herramientas analíticas. Ahora es el momento de poner esas herramientas en funcionamiento para intentar comprender la nueva secuencia de luchas

en su desarrollo. Debemos estar receptivos al presente —su tendencia a sorprendernos, a obligarnos a reconsiderar todas las verdades supuestamente fijas— sin dejar de ser intransigentes con la revolución como comunización: no habrá compromisos teóricos.

POBLACIONES EXCEDENTES

En *Endnotes 2* se destaca el papel de las poblaciones excedentes: poblaciones con tenues conexiones con el trabajo asalariado. Las poblaciones excedentes se han ido expandiendo debido a la disminución secular de la demanda de trabajo, que conlleva una reactivación de la contradicción de la sociedad capitalista. Esta forma social, basada en la centralidad del trabajo, con el tiempo mina dicha centralidad. El crecimiento capitalista deshace así los términos de la relación en la que se basa: la producción de poblaciones excedentes junto al capital sobrante es el resultado final del proceso inmediato de producción.

Esto no significa, sin embargo, que la población excedente vaya a convertirse en un nuevo sujeto revolucionario; a la inversa, el crecimiento de esta población dinamita la consistencia del sujeto revolucionario como tal. Ya no es posible ver al capital como un modo de producción con futuro, que integra a más y más personas en él mediante el «desarrollo», es decir, la industrialización. Por el contrario, la clase obrera industrial se está reduciendo en casi todas partes.

El movimiento obrero, que antes se organizaba en torno a la figura hegemónica del trabajador semicualificado, ya no puede dar consistencia a la clase. Tampoco ningún otro sujeto puede presentarse como portador de un futuro afirmable. El crecimiento de la población excedente es precisamente la desintegración, la descomposición de la clase. Así, la

población excedente no es *afirmable* no solo porque ocupa una posición de miseria subjetiva —o de abyección—, sino también porque está masivamente diferenciada en su interior. Más aún, su crecimiento es la creciente diferenciación de la clase en su conjunto. ¿Qué papel desempeñan hoy las poblaciones excedentes en las luchas? El artículo *Cuando sube la marea, eleva todos los barcos*, en este número, ofrece un estudio de caso del movimiento antiausteridad y los disturbios británicos de 2010-2011 e indaga en la aplicabilidad empírica de la categoría de «población excedente».

LA DISTINCIÓN DE GÉNERO

Desde la publicación de nuestro último número, apareció «La comunización y la abolición del género» en la antología *La comunización y sus descontentos*.³ Este texto fue el producto de un debate maduro con *Théorie Communiste* que, desde entonces, ha acabado pudriéndose.

En su intento de conciliar un enfoque feminista de doble sistema con su teoría previamente elaborada, en TC se perdieron un debate consigo mismos sobre cuántas contradicciones hay en la sociedad moderna. Para nosotros, no tiene más sentido hablar de una contradicción entre los trabajadores y el capital que hablar de una entre los hombres y las mujeres. De hecho, la única «contradicción entre» es aquella con la que Marx comienza el volumen uno de *El capital*, a saber, la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio.⁴

3. BENJAMIN NOYS, ed., *Communization and its Discontents* (Minor Compositions, 2011), pp. 219-236.

4. La noción de «contradicción entre clases» parece ser de stirpe estrictamente maoísta. Algunos han defendido su impronta marxiana señalando un pasaje de la traducción de Penguin de los *Grundrisse*, donde Marx se refiere a una «contradicción entre el capital y el trabajo asalariado» ([MECW 29], p. 90, traducción de Nicholas).

En última instancia, las relaciones sociales capitalistas son contradictorias porque se basan en el intercambio de valores equivalentes medidos por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción y, al mismo tiempo, debilitan esa base, ya que tienden a desplazar el trabajo humano del proceso de producción —lo que se expresa, paradójicamente, como exceso de trabajo para muchos y subempleo para otros—.

La economía es, pues, una actividad social que se basa en una contradicción *lógica*, que se despliega en el tiempo como falta de libertad, como imposibilidad práctica para los seres humanos de ser lo que deben ser: «la población trabajadora produce, por ende, tanto la acumulación de capital como los medios por los que ella misma se hace relativamente superflua, y lo hace en una medida siempre creciente».⁵

Esta contradicción da lugar a múltiples antagonismos dentro de las sociedades capitalistas, de los cuales el de clase es uno más. Existen otros en torno a la raza, el género, la sexualidad, la nación, el oficio, la fe religiosa, la condición de inmigrante, etc. Sería imposible pensar todos los antagonismos de la sociedad capitalista si el antagonismo y la contradicción no estuvieran claramente delimitados —de lo contrario, sería necesario idear una contradicción diferente para cada antagonismo—. La cuestión es que los antagonismos sociales, en la sociedad capitalista, se articulan y rearticulan en relación con la lógica contradictoria del capital. Como demuestra *La lógica del género*, en este número, el

Pero el término aquí es *Gegensatz* (oposición), en lugar de *Widerspruch* (contradicción). No podemos encontrar ninguna referencia en la obra de Marx a una contradicción entre «capital y trabajo» o entre «capitalistas y trabajadores».

5. KARL MARX, *Capital*, vol.1 (MECW 35), p. 625. Sobre el carácter lógico de la contradicción en Marx y Hegel, ver RICHARD GUNN, 'Marxism and Contradiction', *Common Sense* 15 (1994).

género en las sociedades capitalistas se construye en torno a la distinción de esferas, una de las cuales llamamos «directamente mediada por el mercado» y la otra «indirectamente mediada por el mercado». Esta distinción no está separada de la sociedad de clases. Por el contrario, es fundamental para la producción de valor. El modo de producción capitalista no podría existir sin la susodicha distinción, que hasta ahora nunca ha sido definida con rigor. En este número nos dedicamos a una aclaración de conceptos, a comprender la base y la transformación de la relación de género en la sociedad capitalista. Esta aclaración nos permite entender mejor los procesos de desnaturalización del género —lo que Butler llama su «perturbación»—, así como la compleja dinámica, por un lado, de la deconstrucción en curso del género —la flexibilización de la heterosexualidad obligatoria, la posibilidad de afirmar las identidades de género queer y trans— y, por otro, la constante reimposición del género, especialmente a la luz de la reciente crisis y las medidas de austeridad.

IDENTIDADES NO CLASISTAS

Este interés por el género forma parte de un giro teórico más general. El movimiento obrero privilegió el antagonismo de clase por encima de todos los demás porque veía a la clase obrera como el futuro de la humanidad, una vez se liberara de su conexión con el capital. Se suponía que la afirmación de la identidad de clase era la única base posible para superar el capitalismo. En la medida en que los trabajadores se autoidentificaran en otras líneas, eso se consideraba una falsa conciencia que se oponía a una verdadera conciencia de clase. El efecto de esta orientación era a menudo enfatizar las luchas de ciertos trabajadores —blancos, hombres, ciudadanos— sobre otros dentro de la clase. Igualmente, eso empujaba las luchas de esos «otros» hacia cauces en los que acababan replicando la perspectiva productivista del

movimiento obrero: las mujeres exigían que se reconociera como productivo su trabajo en el hogar a través del salario y las poblaciones antiguamente colonizadas emprendían, con el enorme peaje de sufrimiento humano que ello conllevaba, sus propios programas de industrialización pesada.

A pesar de todo esto, los participantes en el movimiento obrero esperaban que otras formas de identidad —la identidad *no clasista*— desaparecieran con el desarrollo de las fuerzas productivas. El movimiento describió las identidades no clasistas como remanentes atávicos de modos de producción anteriores. No había necesidad de considerarlas más que moribundas. Pero las relaciones sociales capitalistas no socavan necesariamente las formas de identidad no clasistas.

Al revés, las relaciones sociales capitalistas transforman, o incluso modernizan, al menos, algunas de esas identidades. Romper con el movimiento obrero —reconocer que ya no hay una fracción de clase que pueda hegemonizar la clase— significa que es necesario rearticular la relación entre las identidades de clase y no-clase. *La lógica del género* es uno de los momentos de este esfuerzo teórico. *El punto límite de la igualdad capitalista*, de Chris Chen, que aparece en este número, conforma otro.

Es imperativo abandonar tres tesis del marxismo, elaboradas en el curso del movimiento obrero: (1) que el trabajo asalariado es el principal modo de supervivencia dentro de las sociedades capitalistas, en el que son integrados todos los proletarios a lo largo del tiempo; (2) que todos los trabajadores asalariados están a su vez integrados tendencialmente en procesos de trabajo industriales, o realmente subsumidos, que los homogeneizan y los agrupan como trabajador colectivo, y (3) que la conciencia de clase es, por tanto, la única conciencia verdadera o real de las situaciones de los proletarios en las sociedades capitalistas. Ninguna de estas tesis se ha mantenido históricamente. Por un lado, muchas

proletarias vivieron gran parte de su vida fuera de la relación capital-trabajo, languideciendo en el hogar como amas de casa. Por otro lado, en los centros de trabajo, el capital se beneficiaba del empleo de trabajadores que no eran, o no eran del todo, formalmente libres: esclavos, «nativos», indocumentados, mujeres. A lo largo del siglo XX, la raza siguió desempeñando un papel importante a la hora de determinar quién sería formalmente libre, quién conseguiría trabajo y, sobre todo, quién obtendría un «buen» trabajo cuando este estuviera disponible. Los procesos de racialización y abyección se han intensificado —aunque también se han transformado— durante este periodo de desintegración de la relación capital-trabajo, cuando muchos proletarios se encuentran excluidos, parcial o totalmente, de esta relación.

VISIONES ESTRATÉGICAS

En *Logística, contralogística y la perspectiva comunista* —otra de las entradas de este número—, Jasper Bernes sostiene que la reestructuración global de la producción capitalista de nuestros tiempos es la respuesta del capital a una situación en la que la mano de obra se ha vuelto sobreabundante: el capital aprovecha las enormes diferencias salariales en todo el mundo con el fin de reducir los costes y controlar los brotes de descontento laboral. Las cadenas de suministro existen en gran medida porque el capital las utiliza para arbitrar los mercados laborales. Por ello, la infraestructura logística no ofrece perspectivas de que aparezca un nuevo trabajador colectivo a escala mundial. Más bien, al fragmentar aún más a la clase obrera, tal posibilidad ha quedado desterrada. Bernes concluye así que las cadenas de suministro son objetos estratégicos de las luchas contemporáneas solo en la medida en que pueden ser interrumpidas.

El artículo de Bernes es en parte una respuesta a Alberto Toscano, que ha criticado a los «partidarios de la comunicación» en varios artículos recientes. Les acusa de carecer de una orientación propiamente estratégica, es decir, de una orientación para hacer lo que «hay que hacer para preparar el tipo de sujetos que podrían pasar a la acción comunizadora». ⁶ Para Toscano, hay mucho trabajo preliminar que llevar a cabo: por ejemplo, aprender a leer la infraestructura logística no como algo a derribar, sino como un lugar de «soluciones anticapitalistas». ⁷

Dado que la corriente comunizadora carece de una concepción positiva de cómo salir de la sociedad capitalista —es decir, que no sea la negación abstracta de esa sociedad—, Toscano la ha llamado «política intransitiva», y vincula esta perspectiva, sintomáticamente, a la falta de un pensamiento estratégico. ⁸ Con esta etiqueta, Toscano elude dos ideas: una relativa a la transición de la revolución al comunismo —el «estado de transición»— y otra relativa a la transición de las luchas actuales a la revolución —«demandas de transición»—. Con respecto a esto último, es cierto que la revolución no caerá del cielo. No vendrá de ninguna parte y, *de repente*, estará en todos sitios. Si la revolución va a acontecer, lo hará solo en respuesta a los límites a los que se enfrentan las luchas reales en el curso de su desarrollo. La ruptura debe ser una ruptura *producida*. Esa es la posición «transitiva» que *Endnotes* ha planteado desde sus inicios.

Pero esta posición es precisamente la que rechaza Toscano. Porque Toscano no ve cómo es posible que la revolución emerja de los límites de las luchas actuales. No puede

6. ALBERTO TOSCANO, 'Now and Never', en NOYS, ed., *Communization and its Discontents*, p. 98.

7. ALBERTO TOSCANO, 'Logistics and Opposition', *Mute* 3:2 (enero, 2012).

8. *Ibid.*

depositar «toda su confianza en un aprendizaje práctico que parece indiferente a los gigantescos obstáculos que se interponen en el camino de la negación del capital»; respecto a esa negación, «no se puede inventar sobre la marcha»; de nuevo, «el camino no se hace andando».⁹ Aparentemente, el camino tendrá que hacerse por individuos que sean capaces, de alguna manera y por adelantado, de trazar el camino que los proletarios deben tomar. Aquí entramos en el astuto mundo de los estrategas.

En *Espontaneidad, mediación, ruptura*, en este número, intentamos repensar la relación entre lucha y revolución a través de una rearticulación de conceptos centrales de la historia de la teoría revolucionaria. Es necesario un enfoque abierto de la lucha que no sea descuidadamente despectivo ni ingenuamente afirmativo. La lucha de clases no es simplemente el lugar de una reacción espasmódica a las imposiciones del capital, sino el lugar donde se desarrollan las contradicciones del capitalismo de forma inmanente a la experiencia proletaria. Solo en el curso de la intensificación de las luchas pueden plantearse y responderse, de manera concreta, las cuestiones estratégicas de una época; solo aquí pueden tomar forma concreta las tácticas, las estrategias y las formas de organización, e incluso el significado del propio comunismo. Las estrategias surgen como respuestas a los límites específicos de una secuencia de luchas. No pueden ser impuestas desde el exterior.

9. *Ibid.*, p. 99.

PERSPECTIVAS COMUNISTAS

Endnotes 3 intenta, por tanto, crear herramientas para hablar de las luchas actuales —en sus propios términos, con todas sus contradicciones y paradojas sacadas a la luz—, en lugar de dejarlas enterradas. La pregunta sigue siendo: ¿cómo se relacionan esas luchas con la revolución? Aquí, insistimos: la revolución es un resultado posible de las luchas actuales, pero solo como comunización. Esto es porque la revolución tendrá que ser la abolición de la forma-valor, pues esta forma ya no es una manera viable de organizar nuestra existencia.

El trabajo humano directo representa una parte cada vez menor de la producción social, mientras que una imponente masa de tecnologías e infraestructuras, que destruyen las condiciones ecológicas de la vida humana en la tierra, se enfrenta a nosotros como la fuerza principal de la vida social. Sin embargo, la compra y venta de mano de obra sigue estructurando todos los aspectos de nuestras vidas y el capital sigue siendo nuestro principal modo de interacción con los demás. ¿Cómo podríamos vivir sin él? No hay respuestas fáciles, sobre todo si se tiene en cuenta que la reproducción de cada uno de nosotros depende hoy de un aparato productivo que se extiende por todos los continentes. No obstante, la cuestión de la revolución sigue planteada —de forma abstracta y especulativa, pero necesariamente— a partir del carácter contradictorio de la relación central sobre la que pivota la sociedad. Y esta cuestión solo puede empezar a concretarse en las propias luchas.

El patrón de espera¹⁰

La crisis actual y las luchas de clase de 2011-2013

En 2007, tras el desplome de la burbuja inmobiliaria que la había mantenido a flote, la economía mundial se sumió en una profunda depresión. Los propietarios de viviendas estaban con el agua al cuello. Las empresas se vieron desbordadas. El desempleo se disparó. Y lo que es más dramático, la arquitectura financiera de la economía mundial estaba a punto de derrumbarse. Los ministros del gobierno, al entrar en escena, emprendieron una acción coordinada para evitar que se repitiera la década de 1930.

Poco después, esos mismos ministros se vieron obligados a aplicar medidas de austeridad para garantizarles a los tenedores de deuda pública que seguían manteniendo el control de la catástrofe a cámara lenta. Se despidió a empleados públicos; los que se libraron vieron sus salarios reducidos. Las escuelas, universidades y hospitales sufrieron recortes masivos. Mientras tanto, a pesar de la crisis, los precios de los alimentos y del petróleo seguían siendo elevados. El desempleo también se mantuvo obstinadamente alto, especialmente el desempleo juvenil.

Por último, a pesar de los esfuerzos de los políticos —o, quizás, precisamente a causa de esos esfuerzos—, algunas economías nacionales se vieron inmersas no en una ni en dos, sino en tres recesiones distintas en el intervalo de unos pocos años. En estas condiciones, un número cada vez mayor de proletarios se ha visto obligado a depender de las ayudas del gobierno para sobrevivir, incluso cuando esas ayudas se encuentran bajo amenaza. Fuera de la relación salarial formal,

10. NdT: Patrón, vuelo o circuito de espera es, en el contexto de la aviación, una maniobra predeterminada para mantener la aeronave en un corredor o ruta auxiliar mientras espera instrucciones para su aproximación a tierra o continuar su ruta prefijada anteriormente.

prolifera la informalidad, desde el trabajo en negro hasta la pequeña delincuencia. No obstante, pese a todo, tanto los asalariados como los no asalariados respondieron mayoritariamente a la aparición de esta crisis —que no es más que la última consecuencia de un declive económico que lleva durando décadas—, adaptándose a ella.¹¹

Por supuesto, esto no fue universalmente cierto: muchos proletarios se dispusieron a defender sus condiciones de vida. Entre 2008 y 2010 hubo manifestaciones, algunas de las cuales incluyeron bloqueos de carreteras y de refinerías. Hubo disturbios, así como incidentes de saqueo. Las huelgas generales paralizaron el trabajo durante un día entero. Los estudiantes ocuparon las universidades y los empleados del sector público los edificios gubernamentales. En respuesta a los cierres de fábricas, los trabajadores no solo tomaron sus centros de trabajo; en algunos lugares, también secuestraron a los jefes o quemaron las fábricas.

Algunas de estas acciones se produjeron en respuesta a los asesinatos de la policía o a los accidentes laborales. Muchas más tenían como objetivo detener la aplicación de políticas de destrucción de puestos de trabajo y de austeridad y revertir el aumento de la desigualdad y la corrupción. No obstante, como señaló *Kosmoprolet*, «los medios convencionales de lucha de clases no fueron capaces de ejercer suficiente presión en pro de sus demandas en ningún lugar, y las protestas fracasaron en todos los aspectos, a pesar de los enormes esfuerzos de movilización».¹² Poco después, en 2011 —un año repleto de terremotos, fusiones nucleares e inundaciones—, una forma de lucha totalmente imprevista llegó a las costas del Mediterráneo.

11. Sobre este declive a largo plazo, ver a continuación, así como en 'Miseria y deuda', *Endnotes 2*. [ed. cast.: *Endnotes 2* (Ediciones Extáticas, Madrid, 2022) pp. 25-69]

12. KOSMOPROLET, 'The Crisis, Occupy, and Other Oddities in the Autumn of Capital', *Kosmoprolet 3* (2011).

EL MOVIMIENTO DE LAS PLAZAS

Comenzando en Túnez, el movimiento de las plazas se extendió por todo Oriente Medio y por el Mediterráneo antes de llegar al mundo angloparlante como *Occupy*. En realidad, había más diferencias que similitudes entre los numerosos movimientos de las plazas, de modo que podría parecer temerario tratar de hacer generalizaciones. Mas no somos nosotros, como comentaristas, los que establecen las conexiones, sino los propios movimientos, tanto en su forma de surgir como en su práctica diaria. Fenómeno internaciona- lista desde el principio, el movimiento de las plazas vinculó las luchas a través de un mosaico de países de altos y bajos ingresos. Oakland y El Cairo eran, de repente, «un solo puño».

A diferencia de las protestas antiglobalización —pero al igual que el movimiento antiguerra de 2003—, la creciente conflictividad no se circunscribió a una ciudad, ni saltó secuencialmente de una ciudad a otra. Por el contrario, las ocupaciones proliferaron por todos los centros urbanos, atrayendo a los asalariados precarios y a las temerosas capas medias, así como a los trabajadores organizados, a los habitantes de los barrios marginales y a los nuevos sin techo. Sin embargo, aparte de echar a unos cuantos dictadores de edad avanzada de sus butacas, el movimiento de las plazas no consiguió ninguna victoria duradera. Al igual que la oleada de protestas de 2008-2010, esta nueva forma de lucha resultó incapaz de cambiar la forma de gestión de la crisis, y mucho menos de desafiar el orden social dominante.

Aun así, el movimiento de las plazas sí que cambió algo: permitió a la ciudadanía, una estructura interclasista, reunirse y hablar de la crisis y de sus efectos en la vida cotidiana —en el norte de África les dio la posibilidad real de hacerlo—. Anteriormente, este tipo de debates solo se producían en privado:

se hacía sentir a los individuos como responsables personales del desempleo, de la falta de vivienda, de la violencia policial arbitraria y de la deuda; nunca se les daba la oportunidad de discutir soluciones colectivas a sus problemas. Solo por eso, todo lo que se habló en las ocupaciones no fue baladí.

A medida que se desarrollaba el movimiento, la propia actividad de los ocupantes se convirtió en el principal tema de debate. ¿Qué debían hacer para defender las plazas contra la policía? ¿Cómo podrían extender el movimiento a nuevas zonas? La popularidad de estos debates, incluso fuera de las propias ocupaciones, sugería que una parte creciente de la población reconocía ahora que el Estado era impotente para resolver la crisis. Al mismo tiempo, nadie tenía idea de qué hacer con esa certeza. Las ocupaciones se convirtieron en espectáculos. Las ocupantes eran espectadoras de su propia actividad, a la espera de saber cuál había sido su propósito todo ese tiempo.

El principal problema al que se enfrentaban era que la propia forma en la que se reunían los hacía demasiado débiles para suponer una amenaza real para el orden reinante. Las ocupaciones afectaban a todo el mundo, pero, con la excepción de los sintecho, no afectaban a nadie directamente. Los ocupantes se encontraron unos a otros, pero a costa de abandonar las situaciones concretas —barrios, escuelas, centros de trabajo— que podrían haberles dado ventaja. En consecuencia, no controlaban ningún recurso material ni ningún enclave o territorio, aparte de las propias plazas.¹³ Era raro que se llegara a las ocupaciones como delegado de un barrio o de un centro de trabajo y, mucho menos, como integrante de alguna otra fracción social. Los ocupantes tenían poco

13. Mantener las plazas significó más en unos lugares que en otros. En Túnez y El Cairo la policía no solo fue expulsada de las plazas: se les impidió entrar en los alrededores durante semanas o meses. En cambio, en el bajo Manhattan se «liberó» —más o menos— una zona de sólo 330 metros cuadrados.

que ofrecer a los demás, salvo sus propios cuerpos y sus gritos de «indignación» que resonaban en las hasta entonces estériles plazas centrales. Fuera de algunas ciudades del norte de África, se mostraron en gran medida incapaces de transmitir su indignación desde las plazas a la vida cotidiana, donde una actividad autónoma implicaría necesariamente un mayor número de personas y riesgos más importantes.

En este contexto, los ocupantes optaron por un conjunto de reivindicaciones negativas: «*ash-sha'b yurid isqat an-nizam*» —el pueblo quiere que caiga el régimen— y «que se vayan todos». No obstante, deshacerse de los gobiernos, revertir la austeridad y bajar el precio de los alimentos y de la vivienda, incluso en las condiciones más favorables, ¿podrían ser acaso demandas realizables? Si se pudiera impedir la aplicación de medidas de austeridad, ello podría espantar a los titulares de deuda pública, forzando así el Estado a la quiebra. Para que nos hagamos una idea de la profundidad del abismo: ni siquiera los partidos políticos más oportunistas —con la posible excepción del Tea Party en EE. UU.— han estado dispuestos a asumir este reclamo.¹⁴

Y, sin embargo, sin la capacidad de exigir una reflación, por no hablar de la reindustrialización de la economía, ¿qué queda sino los intereses seccionales de varias fracciones del proletariado —y otras clases—? Si no tienen más remedio que aceptar el statu quo económico, ¿cómo pueden estas fracciones repartirse un conjunto limitado de recursos, tanto de limosnas públicas como de empleo privado, sin enemistarse entre sí? Es bastante fácil decir que no queda más remedio que hacer la revolución, pero ¿cuál será esa revolución? En el siglo XX los proletarios pudieron unirse bajo la bandera del

14. NdT: Recordamos que este texto está fechado en 2013, antes de la canalización institucional del 15M en Podemos (quién si lo reivindicaba en sus primeros meses de existencia) y el triunfo electoral de Syriza y su órdago antiausteridad en forma de referéndum.

movimiento obrero, con el objetivo de reconstruir la sociedad como una mancomunidad cooperativa. Las coordenadas de esta antigua forma de liberación se han desbaratado por completo. La fuerza de trabajo industrial estaba antes comprometida con la construcción de un mundo moderno; podía entender que su trabajo tenía una finalidad más allá de la reproducción de la relación de clase. Ahora todo esto se antoja ridículo. La mano de obra industrial lleva décadas reduciéndose. El complejo petrolero-automovilístico-industrial no está construyendo el mundo, más bien lo está destruyendo. Y como un sinnúmero de proletarios están empleados en puestos de servicio sin futuro, tienden a no ver ningún propósito en su trabajo, aparte del hecho de que les permite «arreglárselas». Muchos proletarios producen hoy poco más que las condiciones de su propia dominación. ¿Qué programa se puede articular sobre esta base? No hay ningún sector de la clase que pueda presentar sus intereses como portadores de un significado universal. Por ello, un proyecto positivo tendría que abrirse paso a través de una cacofonía de intereses seccionales.

En lugar de eso, el movimiento de las plazas tomó forma como un nuevo tipo de frentismo. Reunió a todas las clases y fracciones de clase que se habían visto afectadas negativamente por la crisis, así como por las medidas de austeridad que siguieron a los rescates empresariales. De esta manera, la clase media en declive, los asustados pero con empleo seguro, los precarios y los nuevos desempleados y los pobres de las ciudades se unieron como una apasionada muestra representativa de la sociedad, puesto que ninguno de ellos podía aceptar las opciones que la crisis les había puesto delante. Sin embargo, sus razones para no aceptar tales opciones no eran siempre las mismas. En el norte de África, estos frentes pudieron movilizarse para derrocar gobiernos, pero en este caso su éxito fue precisamente su fraccionamiento.

Nuestro argumento es que el movimiento de plazas adoptó esta forma por una razón. En esencia, aunque ciertamente no en todas sus manifestaciones, su lucha era una lucha antiausteridad. El hecho de que tuviera este carácter debería parecernos extraño. Todas las cabezas pensantes parecían saber, en 2008, que una profunda recesión, comparable a la de la década de 1930, no debía provocar la austeridad, sino su contrario, es decir, un gasto fiscal masivo. Algunos países de bajos ingresos —China, Brasil, Turquía e India, entre otros— tomaron esta vía, a menudo de forma limitada y solo después de experimentar profundas recesiones. Pero, en su mayor parte, los países de altos ingresos no siguieron ese camino. ¿Dónde está el tan cacareado capitalismo verde, que se suponía que iba a encaminar la economía mundial por una nueva vía? Los últimos años parecen haber brindado la oportunidad de que el capital se reinvente totalmente como el salvador de la humanidad. Eso no ha sucedido. Nuestra sensación es que es precisamente la profundidad de la crisis lo que ha obligado a los países de altos ingresos a recortar sus presupuestos. Están encerrados en la danza de los muertos.

Como mostraremos a continuación, esos Estados se han visto obligados a bailar ante dos presiones contradictorias. Por un lado, han tenido que pedir préstamos y gastar para evitar la deflación. Por otro, se han visto obligados a aplicar una política austera para frenar el crecimiento de lo que ya era una deuda pública masiva —que se ha producido durante décadas de escaso crecimiento económico—. Este girar en círculos no ha resuelto la crisis; no obstante, ha atenuado sus consecuencias, de modo que se ha convertido en la crisis de ciertos individuos o sectores de la sociedad y no de la sociedad en su conjunto.

Eso es lo que ha dado a las luchas un carácter particular: al aplicar austeridad frente a la crisis, el Estado hizo parecer que también tenía el poder de revertir dicha crisis. En

resumen, parecía que actuaba de forma irracional. Según las ocupantes de todo el mundo, si el Estado estaba actuando de forma irracional, entonces tenía que ser el resultado de la corrupción: este había sido cooptado por los intereses del dinero. Mientras que, de hecho, lo que parecía ser la fuerza del Estado era en realidad su debilidad. La austeridad es un síntoma de la incapacidad del Estado —frente a décadas de lento crecimiento y crisis periódicas— de hacer algo que no sea seguir contemporizando. Eso es lo que, por el momento, ha hecho. El orden reina.

UN PATRÓN DE ESPERA CON UNA PÉRDIDA GRADUAL DE ALTITUD

El actual malestar económico comenzó ciertamente como una crisis financiera.¹⁵ Los valores respaldados por hipotecas y *swaps* de incumplimiento crediticio se convirtieron de repente en los temas de un interminable discurso televisivo. Lehman Brothers se hundió. AIG recibió un préstamo de 85.000 millones de dólares. El Reserve Primary Fund «rompió el dólar», provocando el colapso de los mercados de papel comercial. En tanto que garantes últimos del préstamo, los bancos centrales pudieron evitar que los flujos financieros se congelaran por completo, previniendo así que se repitiera la Gran Depresión. ¿En qué punto nos encontramos ahora, cuatro años después del final de la «Gran Recesión»? ¿Cómo debemos entender la crisis? ¿Fue simplemente un revés momentáneo en la autopista hacia El Siglo Chino? Los últimos acontecimientos sugieren lo contrario. Tras recuperarse en 2010 de dos años de profunda recesión, las tasas de crecimiento del PIB per cápita en los países de altos ingresos

15. Una versión anterior de esta sección apareció como circular en la página web de *Endnotes*.

comenzaron a desacelerarse en 2011 y 2012.¹⁶ En este último año, crecieron a una tasa de apenas el 0,7%. La recuperación ha sido históricamente débil —solo equiparable, en términos de duración y gravedad de esta recesión, a la Gran Depresión— y se está debilitando aún más. De hecho, en el conjunto de los países de altos ingresos, el PIB per cápita en 2012 todavía estaba por debajo de su máximo de 2007.

Eso ha dificultado enormemente la reducción del desempleo —sobre todo teniendo en cuenta que, mientras tanto, la productividad laboral ha seguido aumentando—. Los niveles de paro alcanzaron un máximo del 10% en EE. UU. y más del 12% en la Eurozona; apenas han descendido hasta el momento.¹⁷ A mediados de 2013, sigue creciendo: en Chipre, los niveles de desempleo han alcanzado el 17,3%; en Portugal, el 17,4%; en España, el 26,3%, y en Grecia, el 27,6%. El paro juvenil, en esos mismos países, ha alcanzado proporciones astronómicas: 37,8%, 41%, 56,1% y 62,9%, respectivamente.¹⁸

Más potencialmente explosivos son los recientes desarrollos en los llamados mercados emergentes que parecían —al menos, por un instante— capaces de tirar del carro de toda la economía mundial. Ahora, todos están en retroceso. En

16. Todas las estadísticas proceden del Banco Mundial, *Indicadores del Desarrollo Mundial*, edición de 2013, y del FMI, *Perspectivas de la Economía Mundial*, 2013, salvo que se indique lo contrario.

17. En Estados Unidos, los niveles de desempleo han caído hasta el 7,3% —en otoño de 2013—; sin embargo, esta caída solo se logró gracias a una reducción masiva de la tasa de participación de la población activa (TPA). Esta última cayó del 66% en 2007 al 63% en 2013. Se trata de la TPA más baja en Estados Unidos desde 1978. De hecho, entre 2000 y 2013 se produjo la primera caída sostenida de la TPA desde que las mujeres se incorporaron en masa a la población activa a mediados de la década de 1960.

18. Estadísticas extraídas de 'Unemployment in the Eurozone', *The Washington Post*, agosto 11, 2013.

Turquía y Brasil, las tasas de crecimiento del PIB per cápita cayeron precipitadamente, en 2012, hasta el 0,9% y el 0%, respectivamente. Los gigantes chinos e indios también se están desacelerando. En China, a pesar de uno de los mayores programas de estímulo de la historia mundial, las tasas de crecimiento económico cayeron, en términos per cápita, del 9,9 en 2010 al 7,3 en 2012. En India, estas tasas cayeron aún más, del 9,1 en 2010 al 1,9 en 2012 —esta última es la tasa de crecimiento per cápita más baja de la India desde hace más de dos décadas—.

No obstante, a pesar de la debilidad extrema de la recuperación y de los niveles de desempleo obstinadamente elevados, en los países de altos ingresos reina un nuevo consenso: el momento keynesiano ha terminado, los gobiernos deben recortar el gasto. A medida que la crisis evoluciona más allá de su acto inaugural, queda claro que el verdadero problema no es la falta de regulación de las finanzas. En todo caso, los bancos son ahora demasiado cautelosos, demasiado reacios a asumir riesgos. El verdadero problema es el crecimiento de población excedente junto a capital sobrante.¹⁹ *La miseria* es la tendencia a largo plazo del modo de producción capitalista, pero la miseria está mediada por la *deuda*.

A nivel internacional, estos fondos aparecen principalmente como un exceso de dólares: eurodólares a mediados de los 60, petrodólares en los 70, dólares japoneses en los 80 y 90 y dólares chinos en los 2000. En tanto que dichos dólares exploran la tierra en busca de rendimientos —ya que no se utilizaron para comprar bienes—, han provocado un rápido descenso del precio del dinero y, a su vez, han hecho estallar una serie de burbujas, muchas de las cuales se han producido en América Latina a mediados de la década de 1970, en Japón a mediados de la década de 1980 y

19. Sobre capital y población excedente, ver 'Miseria y deuda' en *Endnotes* 2, así como la figura 1 en la siguiente página.

en Asia Oriental a mediados de la década de 1990. En el período previo a esta crisis se produjeron las burbujas bursátil e inmobiliaria de Estados Unidos de 1998 a 2007.²⁰

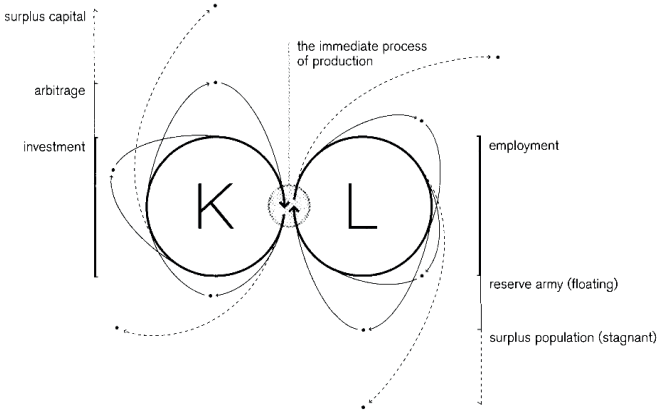


Figura 1: El excedente de capital y el excedente de población como circuitos de desintegración del capital y el trabajo

A la par que los índices bursátiles y los precios de la vivienda en Estados Unidos subían, los individuos con activos financieros se sentían más ricos. El valor de sus activos se elevó hasta las nubes. Dicho aumento de valor provocó entonces un descenso a largo plazo de la tasa de ahorro. Y así, a pesar de la disminución de las tasas de inversión, de la ralentización a largo plazo de las tasas de crecimiento económico y del intenso empobrecimiento de la mano de obra, el consumo impulsado por la burbuja mantuvo el ritmo de la economía —y no solo en Estados Unidos—.

La economía estadounidense absorbió el 17,8% de las exportaciones internacionales en 2007, mientras que sus importaciones equivalían al 7% del PIB del resto de países. Basta con decir que fue un enorme estímulo para la economía

20. Ver RICHARD DUNCAN, *The Dollar Crisis* (Wiley, 2005), capítulo 7, 'Asset Bubbles and Banking Crises'.

mundial. Pero el consumo basado en la deuda no se distribuyó de forma equitativa entre la población de EE. UU. Los proletarios descubren gradualmente lo superfluos que son para el proceso de producción capitalista; la demanda de su trabajo se mantiene a la baja. En consecuencia, los salarios reales de los trabajadores se han estancado durante los últimos 40 años. Esto ha provocado un cambio masivo en la composición de la demanda estadounidense. El consumo depende cada vez más únicamente de los gustos cambiantes de los más ricos: el 5% de los que más ingresos perciben representa el 37% del gasto, y el 20% de los que más ingresos perciben alcanzan a representar el 60,5%.²¹

Ahora, con la caída de los precios de la vivienda y de la bolsa, el efecto riqueza se está produciendo a la inversa.²² Los hogares están pagando las deudas ya acumuladas y tratan de reducir su relación entre la deuda y los activos. Como resultado, las empresas no están invirtiendo, por mucho que bajen los tipos de interés. Y aún queda mucho camino por recorrer. La deuda total —Estado, empresas y hogares— es de aproximadamente el 350% del PIB en Estados Unidos. En Reino Unido, Japón, España, Corea del Sur y Francia, los niveles de deuda total son aún mayores, hasta el 500% del PIB.²³ El desapalancamiento no ha hecho más que empezar. Mientras tanto, la desaceleración de los países de altos ingresos se ha transmitido a los de bajos ingresos por el estancamiento o la disminución de las importaciones de EE. UU. y la UE. El resultado es una presión sobre el gasto público, desde dos ángulos:

21. ROBERT FRANK, 'U.S. Economy Is Increasingly Tied to the Rich', *Wall Street Journal*, 5 de agosto, 2010.

22. ROBERT BRENNER, 'What's Good for Goldman Sachs is Good for America', 2009 (sscnnet.ucla.edu), pp. 34-40.

23. CHARLES ROXBURGH et al., 'Debt and Deleveraging: Uneven Progress on the Path to Growth', *McKinsey Global Institute*, 2012 (mckinsey.com).

1) Los gobiernos se ven obligados a gastar para evitar el regreso de la recesión. Si no son capaces de aprobar grandes programas de estimulación, entonces dependen de los aumentos automáticos del gasto —o del mantenimiento del gasto ante la caída de los ingresos—. La deuda bruta sobre el PIB en los países del G7 pasó del 83% en 2007 al 124% en 2013. En los últimos seis años, el gobierno de Estados Unidos se ha endeudado más que toda la producción anual del país en 1990... ¡Sólo para evitar que la economía cayera en picado! ¿Por qué les cuesta tanto a las economías mantenerse en pie?

En resumidas cuentas, ha habido poco endeudamiento privado, a pesar de los tipos de interés a corto plazo del 0% y los tipos a largo plazo históricamente bajos. El hecho de que la gente siga ahorrando en lugar de pedir prestado, en toda la economía privada, ha abierto la llamada «brecha del gasto». La economía privada se reduciría si el gobierno no interviniera para llenar ese vacío. El objetivo del estímulo fiscal actual no es reiniciar el crecimiento; eso solo ocurriría si la gente gastara el dinero que dicho estímulo puso en sus bolsillos. En cambio, ese dinero se está usando para pagar sus deudas. En la crisis actual, el objetivo del gasto público es ganar tiempo para dar a todo el mundo la oportunidad de reducir la relación entre la deuda y los activos sin provocar una deflación.²⁴

Mientras tanto, en las alturas de la economía internacional, algunos Estados están experimentando con otras formas de restaurar la salud de los balances privados: están tratando de aumentar el valor de los activos en lugar de reducir las deudas. La Reserva Federal de EE. UU. y el Banco de Inglaterra, junto con otros bancos centrales, se han dedicado a la «flexibilización cuantitativa». Compraron los bonos a largo

24. Ver RICHARD KOO, 'QE2 has transformed commodity markets into liquidity-driven markets', *Equity Research*, mayo 17, 2011.

plazo de sus propios gobiernos, reduciendo los tipos de interés. De este modo, los inversores se vieron empujados a salir de los mercados de bonos, donde los rendimientos estaban cayendo, hacia activos más arriesgados.

El éxito temporal se reflejó en la vuelta al alza de los precios de las acciones. La esperanza era que el aumento de los precios redujera la retroalimentación entre la deuda y los activos de las empresas y los hogares ricos, no mediante el pago o la cancelación de sus deudas, sino más bien volviendo a inflar el valor de sus activos.

El problema es que los efectos de la flexibilización cuantitativa parecen durar solo lo que dura la propia flexibilización. Los mercados de valores no están subiendo porque la economía se esté recuperando.

	2008	2009	2010	2011	2012
Canada	-0.5	-3.9	2.0	1.5	0.6
France	-0.6	-3.6	1.2	1.5	-0.5
Germany	1.3	-4.9	4.3	3.0	0.6
Greece	-0.6	-3.5	-5.2	-7.0	-6.2
Japan	-1.0	-5.4	4.7	-0.9	2.1
United Kingdom	-1.6	-4.6	1.0	0.2	-0.5
United States	-1.3	-4.0	1.5	1.1	1.5
Spain	-0.6	-4.5	-0.7	0.2	-1.5
Brazil	4.2	-1.2	6.6	1.8	0.0
Egypt	5.4	2.9	3.4	0.1	0.5
China	9.0	8.7	9.9	8.8	7.3
India	2.5	7.1	9.1	5.0	1.9
Mexico	-0.1	-7.1	4.0	2.6	2.6
Turkey	-0.6	-6.0	7.8	7.4	0.9
Russian Federation	5.4	-7.8	4.2	3.9	3.0
World	0.2	-3.3	2.8	1.6	1.0
High income	-0.4	-4.2	2.3	1.2	0.7
Low & middle income	4.2	1.8	6.3	4.9	3.6

Tabla 1: Tasas de crecimiento porcentual del PIB per cápita.

Una racha de malas noticias —y lo que es peor, la noticia de que los bancos centrales pondrán fin a la relajación cuantitativa— hace que estas burbujas bursátiles en miniatura se desplomen. Más aún, solo ahora está quedando claro el efecto que la flexibilización cuantitativa ha tenido, fuera de Estados Unidos y el Reino Unido, en la economía mundial. Y lo que es más importante: fue la causante del aumento inmenso de mercancías como pueden ser comida o combustible —llenando de miseria el mundo de los pobres y orquestando los disturbios de comida que precedieron directamente la Primavera árabe—. ²⁵

	2007	2013	change
Ireland	25	122	+97
Greece	107	179	+72
Iceland	29	92	+63
Japan	183	245	+62
Spain	36	92	+56
Portugal	68	122	+54
United Kingdom	44	94	+50
United States	66	108	+42
Netherlands	45	74	+29
France	64	93	+29
Italy	103	131	+27
Denmark	28	52	+24
Finland	35	57	+22
New Zealand	17	38	+21
Canada	67	87	+21
Australia	10	28	+18
Czech Republic	28	45	+17
Belgium	84	100	+16
Germany	65	80	+15
Austria	60	74	+14

Tabla 2: Deuda pública en porcentaje del PIB.

25. M. LAGI, K.Z. BERTRAND, Y. BAR-YAM, ‘The Food Crises and Political Instability in North Africa and the Middle East’, 2011 (arXiv.org).

Al mismo tiempo, la flexibilización cuantitativa también ha dado lugar a enormes operaciones de compraventa de divisas: los inversores de todo el mundo se han endeudado a tipos de interés extremadamente bajos en Estados Unidos para invertir en los «mercados emergentes». Eso fortaleció las monedas de algunos países de bajos ingresos, debilitando gravemente lo que antes había sido una vigorosa maquinaria de exportación. Los Estados de los países de bajos ingresos contrarrestaron ese debilitamiento con enormes programas de estímulo fiscal —confiando en parte en las entradas de capital extranjero para hacerlo—. Ese estímulo explica por qué los países de bajos ingresos pudieron recuperarse tan rápidamente de la Gran Recesión, en comparación con los países de altos ingresos. Pero se recuperaron no sobre la base de un aumento real de la actividad económica, sino a través del tipo de auge de la construcción alimentado por las burbujas que arrastró a los países ricos en la década del 2000. Ahora, con la posibilidad de que la flexibilización cuantitativa llegue a su fin, no solo se ha puesto en peligro la débil recuperación de EE. UU., sino aparentemente también la recuperación alimentada por las burbujas de los mercados emergentes. Los Estados tendrán que seguir gastando para evitar que los arreglos temporales que han puesto en marcha se desmoronen.

2) Pero hay una segunda presión sobre los gobiernos: en Estados Unidos y la Unión Europea, el estímulo ha dado paso a la austeridad para tranquilizar así a los tenedores de deuda. En Grecia, Irlanda, Italia, Portugal y España los tipos de interés a largo plazo subieron rápidamente en relación con el bono alemán a diez años. Grecia ha tenido que declararse en suspensión de pagos parcialmente, mientras que en otros lugares las medidas de austeridad han sido necesarias para evitar que los tipos sigan subiendo. El problema es que la deuda pública ya era grande en 2007, cuando comenzó la crisis.

Este hecho ha sido totalmente ignorado por los keynesianos. En los últimos 40 años, la relación entre la deuda y el PIB ha tendido a aumentar durante los periodos de crisis, pero se ha negado a bajar, o ha aumentado aún más, durante los periodos de auge. *Los Estados han sido incapaces de utilizar el crecimiento durante estos años de auge para pagar sus deudas, ya que a cada nuevo ciclo era más débil.*

Cualquier intento de pago corría el riesgo de socavar los períodos de crecimiento cada vez más frágiles. Como resultado, las deudas estatales aumentaron, lenta pero seguramente, en muchos países de altos ingresos. Pero el crecimiento de esa deuda solo mitigó una implacable desaceleración de las tasas de crecimiento. Las tasas de crecimiento del PIB per cápita cayeron, década tras década, en los países de altos ingresos, desde el 4,3% en los años 60, al 2,9% en los 70, al 2,2% en los 80, al 1,8% en los 90 y al 1,1% en los 2000.

Así, al comienzo de esta crisis, los niveles de deuda ya eran mucho más altos que en 1929. Por ejemplo, en vísperas de la Gran Depresión, la deuda pública estadounidense estaba valorada en un 16% del PIB; diez años más tarde, ascendía al 44%. En cambio, en vísperas de la crisis actual, en 2007, la deuda pública estadounidense ya estaba valorada en un 62% del PIB. Solo cuatro años más tarde alcanzó el 100%.²⁶ Por eso, el aumento de los niveles de deuda ha hecho surgir el fantasma del impago en todos los países de altos ingresos.

Los elevados niveles de deuda estatal, arrastrados de décadas anteriores, limitan la capacidad de los Estados para endeudarse hoy en día. Necesitan *mantener su pólvora seca* para dejar intacta, durante el mayor tiempo posible, su capacidad

26. Utilizamos las estadísticas estadounidenses porque son las únicas que permiten una comparación entre 1929 y 2007. Pero EE.UU. es un caso único; como el dólar es una moneda de reserva internacional, es más o menos imposible que el Estado estadounidense se vea abocado a la bancarrota por exceso de endeudamiento.

de recurrir a líneas de crédito baratas. Asimismo, necesitarán crédito cuando intenten capear las próximas olas de turbulencia financiera. La austeridad en medio de la crisis ha sido el resultado paradójico. Los Estados necesitan convencer a los obligacionistas de su capacidad para frenar la deuda ahora, con el fin de preservar la capacidad de endeudamiento más adelante. Algunos Estados —Irlanda, Grecia, Italia, España, Portugal— parecen haber alcanzado ya el límite de sus créditos.

Estas dos presiones —gastar para evitar la deflación y recortar el gasto para evitar el impago— son implacables por igual. En consecuencia, la austeridad no es solo la clase capitalista atacando a los pobres. La austeridad tiene su base en el crecimiento excesivo de la deuda estatal, que ahora está llegando a un punto muerto —como ocurrió en los países de bajos ingresos a principios de la década de 1980—.

Grecia está en el centro de la tormenta de austeridad resultante, tras haber sido rescatada dos veces por la UE y el FMI. El primer paquete de rescate llegó en mayo de 2010 y el segundo en julio de 2011. El hecho de que vaya a ser necesario un tercer paquete, en 2014, parece casi inevitable. Para conseguir estos rescates Grecia se vio obligada a aplicar al menos cinco paquetes de austeridad distintos, el peor de los cuales se aprobó en junio de 2011.

Antes de 2015 habrán sido despedidos 150.000 trabajadores del sector público, mientras que por el camino: (1) los salarios se han reducido en un 15%, (2) se ha aumentado la edad de jubilación, (3) el gasto en pensiones y prestaciones sociales ha disminuido un 36%, (4) se han privatizado parcialmente muchos servicios públicos —teléfonos, agua y electricidad—, así como puertos, minas y aeropuertos de propiedad estatal y (5) se han subido los impuestos sobre la renta y sobre las ventas.

Los profundos recortes llegaron, de nuevo, en julio de 2013, cuando se despidió a 25.000 empleados públicos, a pesar de los altos niveles de desempleo en el sector privado. Como resultado de la austeridad, los ingresos griegos se redujeron en una quinta parte entre 2007 y 2012. Dado que esa contracción también supuso una reducción de los ingresos públicos, las medidas de austeridad no han hecho más que alejar a Grecia del saneamiento fiscal. Al igual que muchos países de bajos ingresos en la década de 1980, el ajuste estructural ha hecho que Grecia sea cada vez más dependiente de la financiación exterior.

En Portugal, España e Italia se han aplicado medidas de austeridad similares, con menor intensidad. Pero incluso en EE. UU. se ha producido el cierre de escuelas, el aumento de los costes de las matrículas y de la sanidad y la desaparición de las prestaciones de jubilación. Las trabajadoras del sector público han sido despedidas en masa; los que quedan han visto recortados sus salarios.

La acción coordinada de los bancos centrales, la ayuda masiva a las empresas financieras, el aumento de los niveles de deuda estatal y, ahora, para evitar sustos en los mercados de bonos, el giro hacia la austeridad: todo ello ha evitado que la Gran Recesión se convierta en otra Gran Depresión. La forma en que se emprendieron estas operaciones ha centralizado aún más el control en manos de los ministros de los gobiernos de Estados Unidos y Alemania, que funcionan como gastadores y prestamistas de último recurso para la economía mundial. Pero como es evidente —dados los altísimos niveles de endeudamiento público y privado, el crecimiento económico lento o incluso persistentemente negativo, y los elevadísimos niveles de desempleo (sobre todo juvenil), en muchos países—, las turbulencias están lejos de haber terminado.

Nos gusta pensar que el periodo actual es un *patrón de espera*. Pero observamos que la economía no deja de perder altura. Por esa razón, el patrón de espera solo puede ser temporal. Tal vez sea posible que, milagrosamente, la economía mundial adquiera la suficiente velocidad, pise el acelerador y se eleve por los cielos. Pero existen «importantes riesgos a la baja». El giro hacia la austeridad está poniendo en peligro la estabilidad que se pretende apuntalar, ya que la austeridad significa que los gobiernos están haciendo menos para compensar la falta de gasto en el sector privado. Esto hace surgir, una vez más, el fantasma de la deflación; un programa indefinido de flexibilización cuantitativa sigue siendo la única fuerza que se opone a las presiones deflacionistas. Sin embargo, incluso sin deflación, sigue siendo muy probable que las actuales turbulencias económicas acaben con una crisis. Al fin y al cabo, los impagos de la deuda soberana, cuando se examinan a escala mundial, no son tan raros: se producen en oleadas y desempeñan un papel importante en el desarrollo global de las crisis.

¿Pueden los Estados desafiar de alguna manera el funcionamiento de la ley del valor, aumentando masivamente sus deudas sin disminuir las tasas de crecimiento futuras esperadas de sus economías? Los que creen que podrán hacerlo verán sus tesis puestas a prueba en el próximo periodo. No podemos descartar la posibilidad de que tengan razón: después de todo, una acumulación masiva de deudas —en manos de empresas, hogares y estados, y siempre de forma novedosa— ha aplazado el inicio de una nueva depresión una y otra vez, durante décadas. ¿Quién puede decir si el patrón actual se mantendrá solo durante unas pocas semanas más o durante unos cuantos años?

No obstante, para que se mantenga, será necesario que no se produzca un estallido, en algún lugar de la economía mundial, que ponga a prueba la solidez de la arquitectura

financiera mundial una vez más. Puede que AIG fuera demasiado grande para quebrar, pero Italia es demasiado grande para ser salvada. La eurozona ha sido sacada del abismo varias veces, pero su crisis no se ha resuelto definitivamente. Potencialmente más turbulenta es la posibilidad de que la desaceleración en curso en los BRIC dé paso a lo que se llama eufemísticamente un «aterrizaje duro». Eso parece estar ocurriendo ya en India y Brasil, pero la verdadera preocupación sigue siendo un estallido en China. El estímulo masivo del gobierno, desde 2007, solo ha exacerbado el exceso de capacidad en la construcción y la fabricación. Los bancos están ocultando un gran número de préstamos incobrables en una enorme «banca sumergida». Lo más revelador es que se ha producido un aumento extremadamente rápido de los precios de la vivienda, órdenes de magnitud mayores que la burbuja inmobiliaria que acaba de estallar en Estados Unidos. El gobierno chino nos asegura que «esta vez es diferente», pero el gobierno estadounidense dijo exactamente lo mismo a mediados de la década de 2000...

EL RETORNO DE LA CUESTIÓN SOCIAL

El modo de producción capitalista está atrapado, en la actualidad, en una profunda crisis; sin embargo, debemos cuidarnos de la tendencia a confundir la crisis de este modo de producción con una debilidad del capital en su lucha con el trabajo. De hecho, las crisis tienden a fortalecer la mano del capital porque, debido a los despidos masivos, la demanda de trabajo cae a la vez que su oferta aumenta. Solo eso debilita la posición negociadora de las trabajadoras. Pero aún más: si bien es cierto que el capital sufre pérdidas en el curso de una recesión, no es menos cierto que los capitalistas individuales rara vez se enfrentan a una amenaza vital como resultado de esas pérdidas. Por el contrario, son las trabajadoras los que, en una recesión, se ven amenazados con la pérdida de sus

puestos de trabajo y, por tanto, con la pérdida de todo lo que tienen. Las crisis debilitan la posición de las trabajadoras en tanto que trabajadoras.

Por eso, en medio de una crisis, los capitalistas pueden argumentar —con razón, desde el punto de vista de muchos trabajadores— que el restablecimiento de la tasa de ganancia debe anteponerse a todo lo demás. Mientras los trabajadores acepten los términos de la relación de clase, se encuentran con que sus vidas —incluso más que las de los capitalistas— dependen de la salud del sistema. El restablecimiento de la tasa de ganancia es la única manera de crear puestos de trabajo, y en ausencia de un asalto masivo a la existencia misma de la sociedad de clases, los proletarios individuales tienen que tratar de encontrar puestos de trabajo o mantenerlos. Por eso no es de extrañar que muchos trabajadores hayan respondido al inicio de la crisis aceptando medidas de austeridad. Es debido a tal vulnerabilidad, ahora más que nunca, que los capitalistas y sus representantes están impulsando sus intereses y definiendo lo que se necesita para restaurar la salud del sistema de manera que les beneficie directamente.

Así, la austeridad nunca significa solo reducciones temporales del gasto social en medio de una recesión económica. Los programas de gasto social no solo se han recortado, sino que se están desbrozando o eliminando por completo. En muchos países, la crisis se está utilizando como palanca para destruir los derechos que se han mantenido durante mucho tiempo, incluido el derecho a organizarse. Y en todas partes, dicha crisis ha servido de excusa para centralizar aún más el poder en manos de tecnócratas, que actúan al servicio de los Estados más poderosos —Estados Unidos o Alemania—. Estas maniobras no son meros ajustes cíclicos en respuesta a una recesión económica. Se trata de restablecer los beneficios de la manera más directa posible: suprimiendo los salarios. La noción keynesiana de que los Estados podrían,

si actuaran racionalmente, convencer de alguna manera al capital para que, en medio de una recesión, no aprovechara su ventaja, es pura ideología.

Paradójicamente, es por estas mismas razones por las que las crisis se asocian no con una continuación de la lucha de clases según las líneas normales, sino más bien con una «actividad de crisis».²⁷ Las luchas autoorganizadas estallan con más frecuencia: grandes manifestaciones y huelgas generales, disturbios y saqueos, ocupaciones de lugares de trabajo y edificios gubernamentales. En medio de una crisis, las trabajadoras descubren que solo pueden perder si siguen jugando según las reglas del juego del capital. Por eso, cada vez más trabajadoras han dejado de seguir esas reglas. En su lugar, están comprometidos en luchas que, sin necesariamente desafiar su existencia, desafían los términos de la relación capital-trabajo.

La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿qué tipo de luchas espontáneas llevan a cabo los proletarios hoy en día? En *Endnotes 2*, nos centramos en la aparición y expansión de las poblaciones excedentes, como la encarnación humana de las contradicciones del capital. Por ello, fuimos criticados por algunos sectores. Después de todo, las poblaciones excedentes contribuyen poco a la acumulación de manera directa; carecen de la influencia de los trabajadores productivos tradicionales, que pueden paralizar el sistema retirando su trabajo. Además, las poblaciones excedentes pueden ser marginadas, encarceladas y condenadas a guetos. Se les puede comprar con el clientelismo, se puede permitir que sus disturbios se apaguen solos. ¿Cómo podrían las poblaciones excedentes llegar a desempeñar un papel clave en la lucha de clases?

27. BRUNO ASTARIAN, 'Crisis Activity and Communisation', *Hic Salta* (hicsalta-communisation.com).

A finales de 2010, las poblaciones excedentes respondieron ellas mismas a esta pregunta. El 17 de diciembre Mohamed Bouazizi se prendió fuego frente a una comisaría de policía en Sidi Bouzid. Dos días después, Hussein Nagi Felhi se subió a un poste de electricidad en la misma ciudad, gritó «no a la miseria, no al desempleo» y se electrocutó. En pocos días, los disturbios se extendieron a casi todas las ciudades y, en pocas semanas, el presidente huyó. En el mes siguiente, los actos de autoinmolación, como bengalas de señalización, iluminaron los barrios bajos del norte de África: en Argelia, en Marruecos, en Mauritania y en Egipto.

Abdou Abdel-Moneim, un panadero egipcio, se inmoló el 17 de enero de 2011, después de que se le negara una asignación de harina subvencionada. Las relaciones tradicionales de mecenazgo se estaban rompiendo.²⁸ Esta era una de las caras de la moneda que asfixiaba a los pobres de Egipto. La otra, puesta de manifiesto por el brutal asesinato de Khaled Said bajo custodia policial el año anterior, era el aumento de la represión a manos de las fuerzas de seguridad del Estado. Fue en este contexto en el que los jóvenes activistas egipcios, siguiendo el ejemplo del derrocamiento de Ben Ali en Túnez, decidieron enfrentarse a Mubarak. Significativamente, comenzaron sus marchas el 25 de enero —un día tradicionalmente reservado para homenajear a la policía— desde los barrios más pobres de El Cairo y añadieron «pan» a sus ya promulgadas demandas de «libertad» y «justicia social», lo que hizo que la gente de estos barrios se echase a la calle. Envalentonada por el ejemplo de Túnez, esta nueva lucha amalgamada, compuesta por fracciones de clase cuyas luchas

28. Dado que Egipto importa la mayor parte de su trigo, el aumento de los precios mundiales de los alimentos a finales de 2010 contribuyó a socavar el suministro subvencionado de pan a los pobres egipcios. La harina vendida por el gobierno a precios rebajados se desviaba hacia un mercado negro caracterizado por los altos precios y la adulteración rampante.

se habían desarrollado previamente de forma aislada, se extendió rápidamente a cada gran ciudad —a diferencia de la fracasada huelga-manifestación del pan en Malhalla, en 2008—.

Y así, si las autoinmolaciones fueron el momento inicial de esta lucha, las protestas antigubernamentales que las siguieron fueron su culminación. Las tácticas de la actual ola de lucha se solidificaron: (1) disturbios masivos, capaces de difundirse ampliamente, pero a menudo centrados en un territorio; (2) la transformación de ese territorio en una ocupación, un centro de debate y exhibición —y de confrontación con la policía—; (3) intentos de extenderse desde ese centro a las zonas circundantes mediante manifestaciones salvajes, asambleas de vecinos, huelgas de solidaridad y bloqueos.

Por supuesto, los habitantes de las barriadas no fueron los únicos ni los principales integrantes de esta nueva ola. ¿Quién más estaba en las plazas? Paul Mason, periodista de la BBC que estuvo sobre el terreno en la mayoría de los movimientos, identificó tres fracciones de clase, que desempeñaron todas ellas un papel clave en el movimiento de 2011: los graduados sin expectativas de futuro, la clase baja juvenil y los trabajadores organizados.²⁹ Es el primero de estos grupos —es decir, diseñadores gráficos endeudados, auxiliares administrativos empobrecidos, becarios no remunerados y, en el norte de África, titulados apuntados en largas listas de espera para puestos de trabajo burocráticos— el que ocupa el centro del relato de Mason.

No obstante, echando la vista atrás a ese año, es evidente que las luchas de estos graduados descontentos solo se volvieron explosivas cuando fueron invadidas y desbordadas por los pobres. En Egipto, como ya se ha expuesto, las protestas de enero despegaron porque los jóvenes activistas comenzaron

29. PAUL MASON, *Why It's Still Kicking Off Everywhere* (Verso, 2012), p. 61.

sus marchas en los barrios marginales. Lo mismo ocurrió en Inglaterra: un punto de inflexión clave en las protestas estudiantiles de 2010 fue la entrada de los jóvenes e impacientes, los cuales salieron en masa a protestar por la interrupción del Subsidio de Mantenimiento de la Educación.³⁰

Se trata aquí de una cuestión más amplia: en la medida en que las protestas de 2011 se generalizaron, tendieron a hacerlo de manera que desestabilizaron sus demandas centrales. Hubo una presión hacia la generalización que, sin embargo, no logró unificar a la clase. Al fin y al cabo, ¿qué significa exigir la libertad en un mar de chabolas de El Cairo? No hay ninguna posibilidad de que se integren —como trabajadores/consumidores normales— en ninguna economía, ya sea la de un Egipto autocrático o liberal.

Del mismo modo, ¿qué significa luchar contra la subida de las matrículas junto a los jóvenes de las urbanizaciones? Es probable que queden excluidos de la misma economía a la que los universitarios quieren acceder. Por eso, las alianzas entre universitarios y jóvenes pobres han sido tensas. No obstante, debemos ser claros: esta tensión no es la misma que la de los 60, dividiendo a los jóvenes de clase media de los de clase trabajadora.

Esto se debe a que la educación superior se ha transformado profundamente en el medio siglo transcurrido desde 1968. En los países ricos, las universidades están pobladas no solo por los hijos de la élite, sino también, y en gran medida, por hijos de la clase obrera. Estos estudiantes suelen trabajar hasta llegar a la universidad. Aun así, acumulan enormes deudas para poder obtener un título. En ese sentido, la llamada era neoliberal supuso la globalización de la miseria y, a su vez, la de la esperanza. La educación desempeña aquí un papel central: el *sueño americano* —la libertad a través de la empresa

30. Ver 'La pleamar eleva todos los barcos' en este número

privada— se universalizó mediante la ampliación del acceso a la educación universitaria. El «*get yourself a degree*» ha sustituido al «*enrichissez-vous*» de Guizot.

En todas partes, las familias intentan enviar al menos a uno de sus hijos a la escuela —incluso Mohamed Bouazizi estaba invirtiendo dinero en la carrera de su hermana—. En este contexto, «el tamaño de la población estudiantil significa que es un transmisor de malestar para un sector de la población mucho más amplio que antes. Esto se aplica tanto en el mundo desarrollado como en el sur global.

Desde el año 2000, la tasa de participación global en la educación superior ha crecido del 19 al 26 por ciento; en Europa y Norteamérica, un asombroso 70 por ciento completa ahora la educación postsecundaria». ³¹ Por esta razón, las décadas de 1990 y 2000 fueron una época no solo de derrota de clase, sino también de compromiso de clase. Ahora, ese compromiso ha sido sacudido, o socavado, por la crisis.

La chavalada está jodida, lo cual era esperable: alguien tenía que pagar, y era más fácil suprimir sus futuros a golpe de tecla que quitarles los puestos de trabajo reales a los trabajadores mayores. En Egipto, hoy en día, el desempleo es casi 10 veces mayor para los graduados universitarios que para las personas que solo han pasado por la escuela primaria. La crisis se ha convertido en un conflicto generacional. ³²

Para Mason, fue la «falta de síntesis» entre, por un lado, las luchas de las dos fracciones juveniles y, por otro, las de los trabajadores organizados, lo que rompió la fuerza de los

31. MASON, *Why It's Still Kicking Off*, p. 70.

32. Señalar esto no significa restar importancia a la solidaridad intergeneracional de estos movimientos. Todas las ocupaciones de plazas fueron, al menos implícitamente, testimonio de ello; las «caceroladas» en apoyo de la huelga estudiantil de Quebec lo fueron explícitamente. Sin embargo, la solidaridad presupone una separación material.

movimientos de protesta: de ahí la disyuntiva entre el «black block» que destrozaba Oxford Street y los manifestantes del TUC que se concentraban en Hyde Park para la mayor y más ineficaz manifestación sindical de la historia británica.³³ De ahí también, podríamos añadir, la tensa relación entre el sindicato de estibadores ILWU de la costa oeste de Estados Unidos y Occupy. Desde el primer bloqueo portuario, el 2 de noviembre, contra la represión de Occupy Oakland, hasta el segundo bloqueo, el 12 de diciembre, en defensa del sindicato en Longview, las tensiones aumentaron porque ambas partes temían ser cooptadas.

Las cosas se desarrollaron de forma similar en Grecia. En parte como respuesta a los ocupantes de la plaza Syntagma y a otros movimientos sociales, los sindicatos griegos anunciaron huelgas generales de un día. Pero a pesar de su alta participación, estas huelgas solo tuvieron un impacto mínimo, el cual fue disminuyendo con el tiempo. La reacción de los sindicatos fue aumentar la frecuencia de las huelgas generales, ampliándolas a veces hasta 48 horas en lugar de las 24 habituales; sin embargo, las huelgas siguieron siendo accesorias a las manifestaciones y disturbios masivos que tenían lugar en los mismos días, en los que los delegados sindicales quedaban reducidos a espectadores.³⁴ La tensa relación de los trabajadores con los movimientos de protesta más amplios solo se superó en Egipto —aunque, incluso allí, solo fue momentáneamente—. En los últimos días del régimen de Mubarak, los trabajadores comenzaron a formar organizaciones autónomas, separadas de los corruptos sindicatos estatales. Cada vez más trabajadores se declararon en huelga contra el régimen. Mason describe este proceso de contagio

33. *Ibid.*, p. 57; ‘La pleamar eleva todos los barcos’, pp. 177-179.

34. En España y Portugal, donde las huelgas generales generaron más impulso, parece que fue precisamente porque la organización no estuvo dominada por los sindicatos, sino que adoptó la forma de bloqueos en los que participaron numerosas fracciones de clase.

con una frase tomada de un psiquiatra entrevistado en El Cairo: lo que vio fue «el derrumbe de muros invisibles»,³⁵ refiriéndose a los muros entre fracciones de trabajadores. En los hospitales, los médicos, las enfermeras y los porteros empezaron a hablar de igual a igual, a hacer reivindicaciones juntos. Los muros cayeron.

El argumento central de Mason es que, si estos muros no se derrumbaron en otros lugares, fue debido a un choque entre formas organizativas: mientras los graduados sin expectativas de futuro y la juventud urbana de clase baja formaban redes, los trabajadores seguían organizándose en jerarquías. Sin embargo, en este caso se produjo un límite más profundo que no solo afectaba a la forma de la lucha, sino también a su contenido. Había un verdadero conflicto de intereses en el movimiento de las plazas.

Entre los manifestantes, había quienes vivían la crisis como una exclusión del empleo seguro: estudiantes, jóvenes trabajadores precarios, minorías racializadas, etc. Pero entre los que ya estaban incluidos en el empleo seguro, la crisis se vivió como una amenaza más para su sector. En resumen, los «jóvenes» estaban excluidos de un sistema que les había fallado, mientras que los trabajadores organizados estaban preocupados por intentar preservar lo que sabían que era un *statu quo* muy frágil.

Dicho *statu quo* tenía que ser protegido tanto frente a los ataques del régimen de austeridad como frente a las hordas de estudiantes y pobres que intentaban abrirse paso. Eso quedó claro tras las protestas, cuando, siguiendo la costumbre, los «jóvenes» pasaron a ser «inmigrantes», robando puestos de trabajo a ciudadanos que lo merecían. En este caso, nos interesa la cuestión del contenido de la lucha. Pero ¿por qué luchaban los manifestantes en 2011?

35. *Ibid*, p. 21.

PARA SER LIBERADOS DEL YUGO DE LA CORRUPCIÓN

El Cairo y Túnez, Estambul y Río, Madrid y Atenas, Nueva York y Tel Aviv... una gran cacofonía de reivindicaciones se desplegó en los espacios ocupados de estas ciudades. Pero si una reivindicación destacaba, de entre las muchas, era la de acabar con el «capitalismo de amiguetes». El *shiboleth*³⁶ de las ocupantes era la «corrupción», sacar el dinero de la política era su objetivo. En todas las plazas se encontraban carteles pintados con asco: los empresarios y políticos corruptos habían destruido la economía. Bajo el manto de la liberación del mercado, se ayudaban mutuamente a conseguir el botín. Tal vez eso aclare algunas de las otras reivindicaciones genéricas de los movimientos: las demandas de «democracia» e «igualdad» eran precisamente demandas de que todos contaran como lo mismo en un mundo en el que algunos individuos contaban claramente mucho más que otros.

Al oponerse a la corrupción, los ocupantes se encontraron con dos posiciones mutuamente contradictorias. (1) Criticaban el neoliberalismo en función de sus propios ideales: querían erradicar la corrupción —las dádivas a los amiguetes— para establecer unas condiciones equitativas para el juego de las fuerzas del mercado. Al mismo tiempo, (2) pedían la sustitución del neoliberalismo por una forma más igualitaria de mecenazgo: querían redirigir el mecenazgo gubernamental de las élites a las masas —un rescate popular que sustituyera al rescate de los bancos—. Merece la pena detenerse en estas reivindicaciones, para tratar de entender qué había detrás de ellas y por qué su atractivo era tan universal en todo el movimiento global de las plazas.

36. NdT: La palabra *shiboleth*, de origen hebreo, designa un uso de la lengua indicativo del origen social o regional de una persona como miembro de un grupo.

Los izquierdistas suelen pensar en el neoliberalismo como una conspiración para consolidar el poder de clase.³⁷ Sin embargo, en su propia presentación —como agenda tecnocrática— el neoliberalismo se preocupa ante todo por oponerse a la corrupción, en forma de «búsqueda de rentas» por parte de «intereses especiales». Lo que se supone que debe sustituir a la búsqueda de rentas es la competencia del mercado, con su promesa de resultados justos. En este sentido, el neoliberalismo no consiste tanto en desplazar el equilibrio de poder del Estado al mercado, sino en crear un Estado compatible con la sociedad de mercado: un Estado capitalista. La paradoja, para los ideólogos neoliberales, es que sus reformas han conducido en todas partes a un aumento de la desigualdad y, concomitantemente, a la captura del poder del Estado por una clase extremadamente rica (centrada en las finanzas, los seguros y el sector inmobiliario, así como en el ejército y la extracción de petróleo). Esta clase ha llegado a representar, a través de acuerdos dudosos y rescates, el epítome de la corrupción. El neoliberalismo proporciona entonces un marco con el que oponerse a sus propios resultados.

Pero ¿qué es exactamente la corrupción? Definirla de forma precisa es bastante difícil. En muchos sentidos, la corrupción simplemente nombra la imbricación del capitalismo con antiguos regímenes no capitalistas. La corrupción es entonces sinónimo de clientelismo. Tanto las élites no capitalistas como los notables advenedizos compiten por hacerse con fracciones del Estado. Luchan por la propiedad de los flujos de ingresos; así, por ejemplo, las élites pueden controlar la importación de harina o dirigir las empresas estatales que tejen textiles. Las élites utilizan entonces los ingresos

37. El neoliberalismo también se ha convertido en un término que confunde con demasiada facilidad la política estatal con las turbulencias económica, distrayendo la atención de las tendencias capitalistas que realmente las unen.

generados por el Estado para financiar a sus séquitos, que intercambian su lealtad por una parte del pastel. Allí donde los derechos de propiedad siguen constituyéndose políticamente, todo el mundo —desde el más humilde cobrador de billetes hasta el más alto político— debe entrar en el juego de los sobornos y las coimas.

La modernización es, en parte, un proyecto de erradicación de los acuerdos de patrocinio. Mediante la centralización del Estado, el aumento de la eficiencia fiscal y la sustitución de las transferencias directas a los *votantes* por inversiones en infraestructuras y subvenciones específicas, la modernización obliga supuestamente a todo el mundo a asegurarse los ingresos no mediante la captura del Estado, sino compitiendo en los mercados. Por supuesto, la modernización sigue siendo lamentablemente incompleta en este sentido. El carácter incompleto del proyecto modernizador fue uno de los principales objetivos de los programas neoliberales de ajuste estructural. Pero, lejos de implicar el fin de la corrupción, la modernización del Estado —ahora bajo un disfraz neoliberal— en realidad la exacerbó. En el contexto de una economía mundial en decadencia, las reformas neoliberales tenían pocas posibilidades de ampliar la participación en los mercados, en ciclos virtuosos de crecimiento —esto era especialmente cierto, ya que el neoliberalismo estaba asociado a una disminución de las inversiones públicas en infraestructuras, sin las cuales el crecimiento económico moderno es casi imposible—.

Lo que el neoliberalismo consiguió, pues, fue hacer más discreta la corrupción, al tiempo que la canalizaba hacia las altas esferas de la sociedad. La corrupción es ahora menos omnipresente, pero implica sumas de dinero mucho mayores. El soborno a pequeña escala de los funcionarios ha sido sustituido por el soborno a gran escala de los acuerdos de privatización corruptos y los proyectos de inversión pública,

que van a parar a los clientes más ricos. Los miembros de la familia de los dictadores, sobre todo de Gamal Mubarak, se han convertido en los principales objetivos del odio popular por esa razón. Los enormes pagos que reciben parecen aún más atroces ahora que (1) se supone que el Estado está erradicando la corrupción, y (2) los de abajo ya no están en el juego. Por eso el neoliberalismo es sinónimo de desigualdad: cuando se deshacen las viejas formas de patronazgo con la promesa de que nuevas fuentes de riqueza vendrán a sustituirlas, el fracaso de esa promesa revela que lo nuevo es una versión del viejo patronazgo, solo que ahora más atroz, más *injusto*.

En los países de altos ingresos se produjo un proceso similar de neoliberalización. Sin embargo, el objetivo de las reformas en los países ricos no era el clientelismo del antiguo régimen, sino el corporativismo socialdemócrata. Este último había sustituido al primero a lo largo del siglo XX; ahora, él mismo debía ser desmantelado. Una vez más, la tan cacareada liberación del mercado debía beneficiar a todos. Cuando el crecimiento económico no apareció, el neoliberalismo solo significó que las dádivas se habían canalizado hacia arriba.

Este proceso fue quizás más claro en las costas del norte y del este del Mediterráneo, donde los fondos estatales —y los flujos de dinero caliente— se canalizaron hacia la inversión en infraestructuras. Desde finales de los años 80 hasta la crisis de 2008, las economías de España, Grecia y Turquía se mantuvieron a flote en gran medida gracias a un enorme auge de la construcción. La construcción es, por su propia naturaleza, una forma temporal de estímulo: se puede emplear a mucha gente para construir una red de carreteras, pero solo se necesita a unos pocos para la conservación o el mantenimiento una vez que esa red se ha construido. Por esta razón, los proyectos de desarrollo urbano pueden compensar un descenso de la rentabilidad solo de forma temporal. El auge

de las infraestructuras no hace más que aplazar la crisis, ya que bloquea el excedente de capital en la expansión del entorno construido.

Cuando esta máquina de crecimiento se queda sin combustible, a veces deja tras de sí ruinas impresionantes pero inútiles. La corrupción aparece hoy en día en forma de aeropuertos vacíos en rincones aislados de España, bloques de torres a medio construir con vistas a un puerto ateniense y planes para un centro comercial en un barrio pobre de Estambul.

Lo que hace que estos proyectos sean corruptos no son los tratos con información privilegiada que hicieron que los organismos gubernamentales desperdiciaran su dinero en chorradas. En realidad, esos acuerdos solo aparecieron como corruptos a posteriori: cuando los turistas dejaron de venir, el mercado inmobiliario se hundió y el gasto de los consumidores disminuyó. En ese momento, los tratos con información privilegiada dejaron de verse como acompañantes relativamente inofensivos del crecimiento económico. Por el contrario, empezaron a parecerse al antiguo clientelismo, pero ahora, con sumas de dinero mucho mayores en juego —debido a la mayor capacidad de endeudamiento de los Estados en el período previo a la crisis— y también, con un círculo de beneficiarios mucho más reducido.³⁸ En el Reino Unido y en Estados Unidos, la corrupción también fue un tema recurrente en UK Uncut y OWS.³⁹ No obstante, en

38. No solo a orillas del Mediterráneo circularon las demandas anti-corrupción. Al igual que Turquía, Brasil también fue testigo de una bonanza de la construcción, que puso dinero en manos de los constructores de estadios incluso cuando el coste de la vida aumentaba considerablemente para los pobres de las ciudades. Además, una serie de escándalos políticos hicieron inevitable que las denuncias de políticos corruptos fueran uno de los temas principales de los disturbios que arrasaron el país en junio de 2013.

39. *Adbusters* propuso inicialmente que la «única demanda» de OWS fuera conseguir que Obama iniciara una «Comisión Presidencial en-

ambos países, la demanda de acabar con la corrupción no era una cuestión de proyectos de construcción turbios y sobornos políticos. Por el contrario, esa demanda se formuló en respuesta a los gigantescos rescates corporativos orquestados tras el colapso de Lehman Brothers y RBS. Pero la misma regla es válida aquí, como en cualquier otro lugar: lo que hizo que estos rescates fueran «corruptos» fue menos las circunstancias turbias en las que se hicieron que el hecho de que no parecían tener nada que ver con la restauración del crecimiento económico —es decir, la creación de puestos de trabajo, etc.—.

Al oponerse a estas diferentes manifestaciones de corrupción, los ocupantes de las plazas parecían promover dos ideas un tanto divergentes. Por un lado, el hacer que los ricos sintieran el dolor de la crisis y de la austeridad que la siguió. Al fin y al cabo, los ideólogos neoliberales sostenían que todo el mundo debía asumir la «responsabilidad personal» de sí mismo y de sus actos; en este sentido, todo el mundo debía aspirar a ser pequenoburgués. El objetivo de este discurso eran los sindicatos, así como cualquier persona que recibiera prestaciones del Estado. Sin embargo, como hemos visto anteriormente, las mayores limosnas no fueron para los sindicatos ni los ultrapobres, sino, de forma bastante visible, para los ultrarricos. Se forraron como bandidos, mientras que todos los demás sufrían la crisis económica y la austeridad. Sacar el dinero de la política significaría obligar a los ultrarricos a asumir la responsabilidad de sus propios actos.

cargada de poner fin a la influencia que el dinero tiene sobre nuestros representantes en Washington». Al final no se aceptó esta petición, pero la única que se aprobó en la asamblea general de OWS —apoyar la campaña Citizen's United contra la personalidad jurídica de las empresas— también se centraba en la influencia indebida de las empresas en el gobierno. Este tipo de sensaciones estaban constantemente a la vista en Occupy: «No puedo permitirme mi propio político, así que he hecho este cartel».

Por otro lado, en la medida en que los políticos corruptos estaban recortando las ayudas a los pobres mientras entregaban dinero a los ricos, las ocupantes no exigían una nivelación del campo de juego, sino más bien una inclinación a su favor. El mecenazgo del Estado debería alejarse de los peces gordos y dirigirse a los *votantes* populistas —«la nación»—. Así, las ocupantes exigieron un rescate popular, tanto por un sentido de lo que a menudo se llama «justicia social» como porque, como buenos economistas keynesianos, esperaban que un rescate popular devolviera la salud a la economía.

Detrás de esta segunda exigencia se esconde una verdad cada vez más evidente: una gran parte de la población ha quedado al margen del crecimiento económico de las últimas décadas y no hay ningún plan para que vuelva a participar. En todos los países de bajos ingresos el patrocinio directo del Estado a los pobres —un fundamento crucial del Estado clientelista— se ha ido erosionando gradualmente, mientras que los acuerdos de privatización benefician a una escasa capa de la élite. La sociedad limitada, en la que los pobres habían podido disfrutar de algunos de los beneficios del proyecto nacionalista, se está desmantelando.

Cabe señalar que este desmantelamiento tiene un aspecto generacional especialmente importante en los países en desarrollo donde las tasas de crecimiento de la población son elevadas. Los políticos saben que las medidas populistas no pueden reducirse de forma generalizada sin provocar la ira de las masas y, potencialmente, una rebelión masiva. En su lugar, el Estado procede sector por sector. Comienza por quitar los privilegios aún no realizados a la siguiente generación. Este proceso está claramente en marcha en el cada vez más reducido sector urbano formal de Egipto, que ahora representa aproximadamente el diez por ciento de la mano de obra (incluyendo el procesamiento de alimentos, los textiles, el transporte, el cemento, la construcción y el acero.

Los jóvenes se ven excluidos de los «buenos» empleos. En su lugar, se ven confinados en el sector informal no agrícola, que absorbe más de dos tercios de la mano de obra.

Sin embargo, el Estado no solo se ha retirado. Cuando ya no puede permitirse mantener su parte del trato patrimonial, el Estado sustituye las dádivas a los pobres por la represión policial. De este modo, las líneas de patrocinio se contraen y se reorganizan: la policía y el ejército se benefician de un mayor acceso al patrocinio, incluso cuando muchos otros sectores pierden dicho acceso. La policía y el ejército llegan a emplear a una fracción de los que, de otro modo, se habrían encontrado fuera del nuevo sistema de patrocinio, pero emplean a esa fracción solo para mantener al resto a raya. De ahí el potente simbolismo de Bouazizi y Abdel Moneim. Un cuerpo quemado para señalar la represión policial, el otro para señalar la ruptura del patrocinio popular del Estado. Estas dos experiencias están directamente entrelazadas.⁴⁰

Es por estas razones que la policía se ha convertido en la manifestación más potente, amén del símbolo más odiado, de la corrupción. La expansión y militarización de las fuerzas policiales parece ser el peor signo de los tiempos. Los Estados de todo el mundo están demostrando que están dispuestos a gastar enormes cantidades de dinero en pagar a la policía, construir prisiones, etc., incluso mientras recortan la financiación de escuelas y hospitales. Los Estados ya no están orientados, ni siquiera superficialmente, a tratar a sus poblaciones como fines en sí mismos. Por el contrario, los Estados ven ahora a sus poblaciones como amenazas a la seguridad y están dispuestos a pagar para contenerlas.

Esta contención es una realidad cotidiana, especialmente para los sectores marginados del proletariado. Como la policía suele estar mal pagada, a menudo complementa sus

40. L.S. 'Hanging by a Thread: Class, Corruption and Precarity in Tunisia', *Mute* (enero, 2012).

ingresos con sobornos y coimas que se extraen de los pobres. Las interacciones cotidianas con la policía revelan así que ésta es una de las últimas beneficiarias de la antigua corrupción. Al mismo tiempo, al exprimir a los sectores más vulnerables de la población, la policía impone la nueva corrupción: aplasta cualquier resistencia a una élite neopatrimonial cada vez más rica.

La policía no solo extrae dinero de los pobres, sino que también busca sangre. El crecimiento de las fuerzas policiales ha ido acompañado en todas partes de un aumento de la violencia policial arbitraria y de los asesinatos policiales, que a menudo son el detonante de los disturbios. Cada vez que otro cuerpo cae al suelo, una parte de la población recibe el mensaje alto y claro: «ya no nos importas; vete». Este mismo mensaje se muestra, de forma más puntual, en las protestas contra la austeridad. La policía está ahí, en la primera línea del conflicto, asegurándose de que la población se mantenga en fila y no se queje demasiado de la injusticia de todo ello.

La oposición a la corrupción tiene así una base real en la experiencia inmediata de los manifestantes. La lucha contra la corrupción registra una amarga experiencia de quedar fuera, en un doble sentido. Por un lado, los individuos no pueden disfrutar de la creciente riqueza de la nueva economía globalizada, que se manifiesta en el consumo conspicuo de los nuevos ricos. Por otro lado, esos mismos individuos se encuentran con que han sido igualmente excluidos de los antiguos sistemas de mecenazgo, que también eran sistemas de reconocimiento —ya sea en su forma de antiguo régimen u obrerista—. Así, quejarse de la corrupción no es solo registrar los extremos a los que ha llegado la desigualdad o la injusticia con la que se redistribuye la riqueza hacia arriba en tantos contratos turbios. Se trata también de denunciar la falta de reconocimiento, o el miedo a perderlo: la corrupción rampante significa que, en un nivel básico, uno no cuenta

realmente —o corre el riesgo de no contar— como miembro de la nación. Lo que ocupa el lugar de una comunidad nacional es solo la policía, como árbitro de la sacudida. ¿Qué podría reparar esta situación y restaurar la comunidad? Las ocupaciones fueron en sí mismas un intento de responder a esta pregunta.

EL PROBLEMA DE LA COMPOSICIÓN

Los manifestantes de 2011 expusieron sus cuerpos y su sufrimiento en las plazas públicas para revelar las consecuencias humanas de una crisis social implacable. Pero no permanecieron mucho tiempo en ese espacio conceptual. Los ocupantes optaron espontáneamente por la democracia directa y el apoyo mutuo, para así mostrar a los poderes fácticos que otra forma de vinculación social es posible: es posible tratar a los seres humanos como iguales en cuanto a su derecho a hablar y a ser escuchados.

En el transcurso de las ocupaciones, los modelos de organización horizontalistas tendieron a convertirse en fines en sí mismos. Frente a un poder estatal implacable y/o insolvente, los ocupantes se volvieron hacia sí para encontrar en su autoactividad una comunidad humana en la que ya no eran necesarias la jerarquía, el liderazgo o la diferenciación de estatus. Bastaba con estar presente en las plazas para ser tenida en cuenta. No era necesaria ninguna otra afiliación o lealtad; de hecho, otras afiliaciones se veían a menudo con recelo. De este modo, las protestas antigubernamentales —que tenían como objetivo echar a los plutócratas de sus cargos— se convirtieron en protestas antigubernamentales en otro sentido. Se convirtieron en antipolíticas. Por supuesto, esta transformación no debe verse únicamente como una progresión: marcó una oscilación en la orientación de los manifestantes, desde el exterior al interior y de nuevo al exterior.

Buscar los precursores de esta característica del movimiento de las plazas ha resultado difícil. El horizontalismo del movimiento se dio en Argentina, en 2001. El movimiento también reprodujo las formas —la toma de decisiones por consenso, sobre todo— de las protestas antiglobalización y, antes de eso, de las protestas antinucleares. Pero el movimiento de las plazas era diferente porque las ocupaciones duraban mucho tiempo. Por ello, los ocupantes se vieron obligados a tomar como objeto su propia reproducción.⁴¹ Su capacidad para persistir en las plazas —para ocuparlas durante el tiempo necesario para tener un impacto— fue su única fuerza; su ventaja fue que se negaron a marcharse. Adoptaron formas de gobierno que, según ellos, eran mejores que las que se ofrecían en esta sociedad quebrada y rota.

Puede que el precursor más relevante de esta característica de los movimientos se encuentre en una ocupación de una plaza anterior, una que parece no haber sido una referencia directa para los manifestantes de 2011. Se trata de la plaza de Tiananmen. A pesar de sus simplificaciones, el filósofo italiano Giorgio Agamben captó algo del espíritu de Tiananmen, de una manera que es premonitoria del movimiento de protesta de 2011. En *La comunidad que viene*, Agamben, hablando de «una noticia llegada de Pekín», caracteriza a Tiananmen como un movimiento cuyas demandas genéricas de libertad y democracia desmienten el hecho de que el verdadero objeto del movimiento era componerse a sí mismo.⁴² La comunidad que se reunió en Tiananmen no estaba mediada «por condición alguna de pertenencia» ni «por la simple ausencia de condiciones», sino más bien «por

41. Ver RUST BUNNIES & Co., 'Under the Riot Gear' en *SIC 2*, de próxima publicación.

42. GIORGIO AGAMBEN, *The Coming Community* (University of Minnesota Press, 1993), p. 85. [ed. cast.: *La comunidad que viene* (Pre-Textos, Valencia, 1996) p. 54.]

la pertenencia misma». ⁴³ El objetivo de los manifestantes era hacer «una comunidad sin reivindicar una identidad» en la que «los hombres se co-pertenezcan sin una condición representable de pertenencia». ⁴⁴

Agamben afirma que, al desvincularse de todos los marcadores de identidad, los ocupantes de Tiananmen se convirtieron en «singularidad cualsea». ⁴⁵ Estas cualesquiera singularidades siguen siendo precisamente lo que son, independientemente de las cualidades que posean en un momento dado. Según Agamben, al presentarse de este modo, los ocupantes encallaron necesariamente en la lógica de representación del Estado: el Estado trató de fijar a los ocupantes en una identidad específica que pudiera ser incluida o excluida como tal. Así, Agamben concluye «allí donde estas singularidades manifiesten pacíficamente su ser común, habrá un Tiananmen y, antes o después, llegarán los carros blindados». ⁴⁶

Formar una comunidad mediada por la propia pertenencia, en el sentido de Agamben, significa lo siguiente: (1) La comunidad se compone de todos los que están allí por casualidad; no hay otras condiciones de pertenencia. (2) La comunidad no media entre identidades preexistentes, en una política de coalición, sino que nace *ex nihilo*. (3) La comunidad no busca el reconocimiento del Estado. Se presenta, en el límite, como una alternativa al Estado: la democracia real o incluso la superación de la democracia. (4) La tarea de dicha comunidad es animar a todos los demás a abandonar sus puestos en la sociedad y unirse a la comunidad como «singularidad cualsea». Esta descripción coincide con

43. *Ibid.*, p. 85. [p. 54.]

44. *Ibid.*, p. 86. [p. 55.]

45. *Ibid.*, p. 85. [p. 55.] El término es explicado en el primer capítulo del libro.

46. *Ibid.*, p. 87. [p. 55.]

la autoconcepción de las ocupantes de 2011. Ellos también querían ser singularidad cualsea, aunque se refirieran a sí mismos de una manera menos filosófica.

Pero debemos ser claros: para Agamben, Tiananmen *ya consistía* en singularidad cualsea. La separación entre estudiantes y trabajadores que impregnaba la plaza, hasta los detalles de dónde podía una sentarse, queda completamente fuera de su relato. No obstante, a pesar de sus fallos como descripción, su relato capta algo de la orientación normativa de los movimientos. Porque parece que en Tiananmen —como en la Plaza del Sol, la Plaza Syntagma y el Parque Zucotti— los participantes creían estar más allá de las determinaciones de la sociedad en la que vivían. Los manifestantes de 2011 ciertamente se sentían así: se propusieron luchar contra el capitalismo de amiguetes sobre esa misma base.

Pero lo cierto es que los manifestantes seguían firmemente anclados a la sociedad de la que incluso sus plazas formaban parte. Eso quedó bastante claro en las divisiones entre los participantes de más «clase media» y los pobres. Pero no era solo eso: individuos con todo tipo de afinidades preexistentes tendían a congregarse en tal o cual rincón de la plaza. Instalaron sus tiendas en círculo, con las entradas orientadas hacia el interior. Más insidiosas fueron las divisiones por género. La participación de las mujeres en las ocupaciones tuvo lugar bajo la amenaza de violación por parte de algunos de los hombres; las mujeres se vieron obligadas a organizarse para su autodefensa.⁴⁷ Tales divisiones no eran disolubles en una unidad que solo consistía en la toma de decisiones por consenso y en la cocina colectiva. Esta es la cuestión: el hecho de que los movimientos de 2011 se presentaran como

47. Los mejores testimonios de organización contra el acoso sexual en Egipto pueden encontrarse en los vídeos producidos por el colectivo Mosireen y en los testimonios traducidos en la página de Facebook de OPANTISH (Operación contra el Acoso Sexual).

ya unificados, como ya más allá de las determinaciones de una sociedad horrible, significaba que sus divisiones internas solían ser repudiadas. Al ser repudiadas, esas divisiones solo podían aparecer como amenazas para el movimiento. Esto no quiere decir que las divisiones internas se suprimieran sin más: más bien se trataba de que las divisiones solo podían resolverse —dentro de los límites de las plazas— formando otro comité o promulgando una nueva norma de actuación.⁴⁸

De este modo, el movimiento se vio obligado a mirar hacia sí porque se le impidió mirar hacia fuera. Sin la capacidad de salir de las plazas y entrar en la sociedad —sin empezar a dismantelar la sociedad— no hay posibilidad de deshacer la relación de clase en la que se basan las divisiones internas del proletariado. Así, los ocupantes fueron contenidos dentro de las plazas, como en una olla a presión. Fracciones de clase que suelen mantener las distancias entre sí se vieron obligadas a reconocerse y, en ocasiones, a convivir. En las tensiones resultantes, el movimiento se encontró con lo que llamamos el problema de la composición.

El problema de la composición designa el problema de componer, coordinar o unificar las fracciones proletarias en el curso de su lucha. A diferencia del pasado —o al menos, a diferencia de las representaciones ideales del pasado— ya no es posible leer las fracciones de clase como si ya se compusieran a sí mismas, como si su unidad se diera de alguna manera «en sí misma» —como la unidad del trabajador artesanal, de masas o «social»—. Hoy en día no existe tal unidad ni se puede esperar que llegue a existir con nuevos cambios en la composición técnica de la producción. En ese sentido,

48. Como fue mucho más lejos que todos los demás movimientos, Egipto fue una especie de excepción en este sentido. Tras las masacres de la calle Mohamed Mahmud, la división entre la Hermandad y todos los demás quedó claramente marcada, con resultados irreversibles.

no hay un sujeto revolucionario predefinido. No existe una conciencia de clase «en sí», como la conciencia de un interés general, compartida entre todos los trabajadores. O mejor dicho, tal conciencia solo puede ser la conciencia del capital, de aquello que unifica a los trabajadores precisamente separándolos.

La composición de la clase aparece así, hoy, no como un polo de atracción dentro de la clase, sino como un problema no resuelto: ¿cómo puede la clase actuar contra el capital, a pesar de sus divisiones? El movimiento de las plazas pudo —por un tiempo— suspender este problema. La virtud de las ocupaciones fue crear un espacio entre una imposible lucha de clases y un tibio populismo, donde los manifestantes pudieron unificarse momentáneamente, a pesar de sus divisiones. Eso supuso un salto cualitativo en la intensidad de la lucha. Pero, al mismo tiempo, significó que cuando los manifestantes se enfrentaron al problema de la composición se encontraron con un problema imposible de resolver.

Así pues, los ocupantes se unieron eludiendo el problema de la composición. Nombraron su unidad de la forma más abstracta: eran «ciudadanos indignados» o «el 99%». Habría sido anticuado decir que eran la clase obrera o el proletariado, pero habría dado igual: todo universal es abstracto cuando la unidad que nombra no tiene existencia concreta. Por estas razones, la unidad de los ocupantes era necesariamente una unidad débil.

Solo podía mantenerse mientras los ocupantes pudieran contener las divisiones que reaparecían en el interior de los campos, divisiones que ya estaban presentes en las relaciones sociales cotidianas: raza, género, nación, edad, etc.⁴⁹ ¿Es po-

49. Debemos recordar, empero, que hay muchas divisiones que escapan a estos términos, o que solo se inventan en el curso de luchas concretas. El proletariado está dividido de maneras que no se pueden nombrar de antemano. Por lo tanto, no se trata de nombrar los tér-

sible abordar el problema de la composición desde el ángulo opuesto, partir de las divisiones dentro del proletariado y, sobre esa base, plantear la cuestión de la unidad?

Tal vez solo aplazando la unidad, haciendo aparecer las divisiones como tales, las proletarias se vean obligadas a plantear la cuestión de su unificación real frente a su unidad-en-la-separación para el capital. Para unirse realmente, las proletarias tendrán que convertirse en el más allá de esta sociedad y no de manera imaginaria, sino relacionándose entre sí, materialmente, fuera de los términos de la relación de clase. ¿Por qué el proletariado está hoy tan desesperadamente dividido, en comparación con el pasado? Esta pregunta puede precisarse más: ¿por qué las divisiones dentro del proletariado aparecen tan claramente en la superficie de la sociedad? ¿Cómo ha llegado la política de identidad a sustituir a la política de clase?

En el pasado parecía posible renegar de las identidades no clasistas sobre la base de una identidad de clase que lo abarcaba todo. Esa negación se apoyaba en las continuas transformaciones del modo de producción: el capital había creado la clase obrera industrial y parecía que ahora atraería a más y más trabajadores a las fábricas —o bien, que todo el trabajo se transformaría en un sentido fabril—. A medida que la clase obrera industrial crecía en tamaño y fuerza, se esperaba que fuera más homogénea. La fábrica haría que las divisiones de raza, género y religión fueran intrascendentes, en comparación con la pertenencia de clase, que era la única identidad que importaba, al menos según el movimiento obrero.

Nos gustaría sugerir que esta visión del futuro solo era posible sobre la base de una elevada demanda de mano de obra en la industria. Por supuesto, una alta demanda de trabajo

minos del problema de la composición, sino solo de nombrar el problema en sí, como una cuestión estratégica clave de nuestro tiempo.

nunca ha sido realmente una característica regular de las sociedades capitalistas —los largos auges son realmente escasos en la historia del capital—. Sin embargo, se puede decir que la demanda de mano de obra industrial era típicamente más alta en el pasado que desde la década de 1970. En efecto, los trabajadores eran atraídos hacia el sector industrial no completamente, sino de forma tendencial. Esto tenía efectos: cuando la demanda de mano de obra en la industria es alta, el capital se ve obligado a contratar a trabajadores que normalmente están excluidos de los segmentos de producción de alto valor añadido, ya sea por razones de género, raza, religión, etc. Una alta demanda de mano de obra rompe, sobre esa base, con los prejuicios tanto de los directivos como de los trabajadores. Se supone que lo que sigue es una convergencia material de los intereses de los trabajadores.

Esa convergencia tomó forma, al menos hasta cierto punto, en el transcurso del movimiento obrero.⁵⁰ Por ejemplo, en EE. UU., la mecanización de la agricultura en el Sur desplazó a los aparceros negros, lo que impulsó su migración a las florecientes ciudades del Norte. Allí, los negros fueron absorbidos por las fábricas y, consiguientemente, por los sindicatos de trabajadores. La integración de los trabajadores negros en los sindicatos no se produjo sin lucha, ni se completó nunca. Sin embargo, ya se había puesto en marcha en los años sesenta. Entonces, esta integración se topó con límites externos. Justo cuando la puerta de la integración empezaba a abrirse, se cerró de golpe. La demanda industrial de mano de obra se redujo, primero a finales de los años sesenta y luego, de nuevo, en los años de crisis de principios de los setenta. Los últimos contratados fueron los primeros en ser despedidos. Para los negros estadounidenses, las cárceles

50. Sin embargo, este proceso de unificación siempre fue incompleto. El movimiento obrero se constituyó en un intento de forzar su culminación (véase 'Historia de la separación', de próxima aparición en *Endnotes* 4).

sustituyeron a los puestos de trabajo. El crecimiento de la población carcelaria se correspondió estrechamente con el descenso del empleo industrial. Un giro similar se produjo a escala mundial. Durante el auge de la posguerra, los países de bajos ingresos se integraron tendencialmente en el club de las naciones industrializadas. Pero solo se integraron cuando el boom de la posguerra estaba llegando a sus límites. De hecho, se integraron precisamente porque estaba llegando a sus límites: al intensificarse la competencia, las empresas se vieron obligadas a recorrer el mundo en busca de mano de obra barata. Una vez que el boom dio paso a una larga recesión, esa integración se rompió.

Lo que ha sucedido desde 1970 es que la población excedente ha crecido constantemente. En esencia, el crecimiento de la población excedente puso en marcha la integración de clases; la integración se convirtió en fragmentación. Esto se debe a que la demanda industrial de mano de obra es baja. Con muchas solicitudes para cada puesto de trabajo, los prejuicios de los directivos —por ejemplo, ciertas «razas» son perezosas— tienen efectos reales, al determinar quién consigue o no un «buen» trabajo. El resultado es que algunas fracciones de la clase se acumulan en la cola del mercado laboral. Lo que hace que esas fracciones no sean atractivas para ciertos empleadores las hace muy atractivas para otros, sobre todo en los trabajos en los que una alta rotación de empleados no supone realmente un coste para los empleadores. La existencia de una gran población excedente crea las condiciones para la separación de un segmento sobreexplotado de la clase, al cual Marx llamó población excedente estancada. Esa separación refuerza los prejuicios entre los trabajadores privilegiados, que saben —en cierta medida— que consiguieron sus «buenos» trabajos gracias los prejuicios de los empresarios. También refuerza las identidades no clasistas entre los excluidos, ya que esas identidades son la base de su exclusión.

Aun así, aunque el capital ya no supera las divisiones, la propia naturaleza revuelta de las nuevas divisiones parece debilitarlas, en cierto modo. Dado que se trata de un proceso continuo, quizá podamos decir que, tendencialmente, el despliegue de la ley general de la acumulación de capital socava las formaciones identitarias estables en todos los segmentos del mercado de trabajo. Cada vez hay más personas que caen en la población excedente; cualquiera es potencialmente susceptible de ello. Progresivamente, la distinción estable/inestable es la que regula todas las demás distinciones dentro de la clase trabajadora. Eso lleva a una sensación generalizada de que todas las identidades son fundamentalmente *inesenciales*, en dos sentidos:

1) No todo el mundo, incluso dentro de los sectores más marginales de la clase, está excluido de los empleos estables y del reconocimiento público. La época actual ha visto el ascenso de personas procedentes de poblaciones marginadas a las cumbres del poder. El hecho de que haya muchas mujeres directoras de empresas —y un presidente negro en Estados Unidos— da la impresión de que ningún estigma, ninguna marca de abyección, es totalmente insuperable.

2) Pero además, la propia naturaleza de la precariedad es la de disolver las posiciones fijas. Muy pocos proletarios identifican alguna de sus cualificaciones o capacidades como determinantes de sí mismos. En un mundo sin seguridad no puede haber ninguna pretensión de normalidad, de identidades que permanezcan estables en el tiempo. En su lugar, las vidas se improvisan, sin un sentido claro de progresión. Todos los estilos de vida están mercantilizados, sus partes son intercambiables. Estas características de un proletariado fragmentado estaban presentes en las plazas.

CONCLUSIÓN: PUNTOS DE NO RETORNO

¿Qué viene ahora? Es imposible decirlo de antemano. Lo que sabemos es que, al menos por el momento, vivimos y luchamos dentro del modelo de retención. La crisis se ha estancado. Para que la crisis se estanque, el Estado se ha visto obligado a emprender acciones extraordinarias. Es difícil negar que las intervenciones estatales, en los últimos años, han parecido un último esfuerzo desesperado.

Los tipos de interés están tocando fondo en el cero por ciento. El gobierno está gastando miles de millones de dólares, cada mes, solo para convencer al capital de que invierta en una gotera. ¿Por cuánto tiempo? Y sin embargo, durante este tiempo, al menos, las intervenciones estatales han funcionado. La crisis se ha petrificado, y con ella la lucha se ha petrificado.

En efecto, desde que la crisis se ha petrificado, la lucha de clases sigue siendo la de los más ávidos y la de los más desfavorecidos. Todos los demás esperan que, si agachan la cabeza, sobrevivirán hasta que comience la verdadera recuperación.

Mientras tanto, los que participan en la lucha están en su mayoría perdidos en sus propias falsas esperanzas: esperan que se pueda convencer al Estado de que actúe racionalmente, de que emprenda un estímulo keynesiano más radical. Los manifestantes esperan que se pueda obligar al capitalismo a deshacerse de los compinches y a actuar en interés de la nación.

Es poco probable que abandonen esta perspectiva —mientras parezca remotamente plausible—, pues las luchas contra la austeridad están ellas mismas atascadas en un patrón de espera. Se enfrentan a la objetividad de la crisis solo en la impasibilidad del Estado en respuesta a sus demandas.

Contemplamos, de cara al futuro, tres escenarios:

1) El patrón de espera podría mantenerse por un tiempo, de modo que una segunda ola de lucha, como la de 2011-2013, podría surgir dentro de sus confines. Esa segunda ola puede seguir siendo tibia, como lo fue a menudo su predecesora. Pero también es posible que se fortalezca sobre la base de los vínculos reales que se han creado en los últimos años. Si eso ocurre, podríamos asistir al resurgimiento de un movimiento democrático radical, más popular que el de la época antiglobalización. Este movimiento no se centraría necesariamente en las ocupaciones de plazas; podría anunciarse mediante alguna otra táctica imposible de prever. Este movimiento, si es capaz de encontrar un punto de apoyo, podría ser capaz de renegociar los términos en los que se está gestionando la crisis. Por ejemplo, los manifestantes pueden ser capaces de endosar las consecuencias de la crisis a los ultrarricos: con una nueva Tasa Tobin, con impuestos progresivos sobre la renta o con limitaciones a los salarios de los directivos. Tal vez los manifestantes formen organizaciones importantes, con capacidad de presionar para que se ponga fin a la violencia policial arbitraria y se desmilitaricen parcialmente las fuerzas policiales. Tal vez se consiga que los Estados árabes aumenten los niveles de empleo público y así absorber la acumulación de graduados universitarios en paro. En cualquier caso, aunque se obtuvieran todas estas demandas, sería como formar un consejo de trabajadores en la cubierta del Titanic. Estarían autogestionando un barco que se hunde —aunque, hay que reconocerlo, dado que los icebergs se están derritiendo, aún se desconoce contra qué chocaría ese barco—.

2) El patrón de espera podría mantenerse por un tiempo, pero la segunda oleada de lucha, dentro de sus confines, podría ser radicalmente diferente a la primera. Tal vez —tomando el ejemplo del movimiento de las plazas— los proletarios vean una apertura para un nuevo sindicalismo de base, más o menos informal. Este sindicalismo, si contagia

a la enorme masa de trabajadores de servicios no organizados del sector privado, podría transformar radicalmente los términos en los que se gestiona la crisis. Sobre esta base, sería posible abordar el problema de la composición desde el otro lado. Los trabajadores de los establecimientos de comida rápida están actualmente en huelga en Estados Unidos, exigiendo la duplicación de sus salarios. ¿Qué pasa si tienen éxito y ese éxito actúa como una señal para que el resto de la clase salga a las calles? Es importante recordar que un cambio masivo en los términos de la lucha de clases no siempre se corresponde con un aumento de la intensidad de la crisis. Los momentos objetivo y subjetivo de la relación de clase no se mueven necesariamente en sincronía.

3) Por último, podría producirse una intensificación de la crisis, un tocar fondo a escala mundial, empezando por una profunda recesión en India o China. O bien, la reducción de la flexibilización cuantitativa podría descontrolarse. El final del patrón de espera trastocaría todos los aspectos de la era que hemos descrito. La nuestra ya no sería una crisis de austeridad, sino algo totalmente distinto, que afectaría a sectores mucho más amplios de la población. Culpar a los políticos corruptos ya no sería posible —o, al menos, ya no sería útil—, puesto que se cerraría la posibilidad de una gestión estatal de la crisis. Esto no quiere decir que la revolución aparezca de repente sobre la mesa como la única opción que queda. Empeorar no es necesariamente mejorar. Las divisiones en el seno del proletariado son profundas y no hacen sino agravarse con el aumento de la población excedente. Es perfectamente posible imaginar que las fracciones de clase se volverán unas contra otras, que el odio mutuo y el asegurarse de que nadie mejora lo más mínimo en comparación con los demás tendrán prioridad sobre hacer la revolución.



La lógica del género

Sobre la separación de las esferas y el proceso de abyección

Dentro del feminismo marxista encontramos varios pares de términos binarios para analizar las formas de dominación basadas en el género en el capitalismo.¹ Estos incluyen: productivo y reproductivo, pagado y no pagado, público y privado, sexo y género. En lo que respecta al problema del género, creemos que estas categorías son imprecisas, teóricamente deficientes e, incluso, algunas veces, engañosas. Este artículo es un intento de proponer categorías que nos permitan una mejor comprensión de la transformación de la relación de género a partir de los años 70 y, más importante aún, desde la crisis reciente.

El análisis que sigue está muy influenciado por la dialéctica sistemática, un método que intenta comprender las formas sociales como momentos interconectados de una totalidad.² Nos movemos, por lo tanto, desde las categorías más abstractas a las más concretas, rastreando el desenvolvimiento del género en tanto «abstracción real». Solo nos interesa la

1. A grandes rasgos, el feminismo marxista es una perspectiva que sitúa la opresión de género en términos de la reproducción social y, específicamente, de la reproducción de la fuerza de trabajo. Usualmente, el feminismo marxista considera deficiente el tratamiento de tales temas en Marx y en los marxistas posteriores y, a la luz de los debates sobre el «matrimonio infeliz» [del marxismo y el feminismo] y los «sistemas duales», apoya generalmente la tesis de un «sistema único». También debe señalarse que este artículo pretende continuar una conversación de los años 70, el «debate sobre el trabajo doméstico», que gira en torno a la relación entre el valor y la reproducción y que despliega categorías marxistas con el objeto de evaluar si el trabajo «doméstico» y «reproductivo» son productivos.

2. Ver 'Comunización y teoría de la forma-valor', *Endnotes 2* (2010).

forma de género que es específica del capitalismo y asumimos desde el comienzo que se puede hablar de género sin hacer referencia a la biología o a la prehistoria. Comenzaremos por definir el género como una separación entre esferas para luego referirnos a los individuos asignados a estas. Cabe señalar que no definimos estas esferas en términos espaciales, sino de la misma manera en la que Marx habló de dos esferas separadas de la producción y la circulación en tanto *conceptos* que adquieren una materialidad.

Los pares de términos mencionados anteriormente parecen limitar la comprensión de las formas en que estas esferas funcionan en la actualidad, pues carecen de especificidad histórica y promueven una comprensión transhistórica de la «dominación» basada en el género que toma el patriarcado como una característica del capitalismo *sin hacerlo históricamente específico al capitalismo*. En este sentido, esperamos esbozar categorías que sean tan específicas al capitalismo como el «capital» mismo. Sostenemos que estos pares de términos binarios están vinculados a errores categoriales cuyas deficiencias quedan claras al intentar explicar las transformaciones dentro de la sociedad capitalista a partir de los años 70.

Las formas de las actividades domésticas y las actividades supuestamente «reproductivas» se han mercantilizado cada vez más y, aunque estas actividades, tal como lo hicieron antes, pueden ocupar la «esfera» del hogar, ya no tienen las mismas posiciones estructurales dentro de la totalidad capitalista, a pesar de exhibir las mismas características concretas. Por esta razón, nos vemos en la obligación de esclarecer, transformar y redefinir las categorías que recibimos del feminismo marxista, no por el bien de la teoría, sino para entender por qué la humanidad está todavía poderosamente inscrita en uno u otro género.

PRODUCCIÓN/REPRODUCCIÓN

Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, es necesario que este sea continuo, que recorra periódicamente, siempre de nuevo, las mismas fases. Del mismo modo que una sociedad no puede dejar de consumir, tampoco le es posible cesar de producir. Por tanto, considerado desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al propio tiempo proceso de reproducción.³

Cuando Marx habla de la reproducción no se refiere a la producción y reproducción de alguna mercancía en particular, sino que está interesado en la reproducción de la totalidad social. Sin embargo, cuando las feministas marxistas hablan de la reproducción, a lo que se refieren generalmente es a la producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo. Esto se debe a que en la crítica de Marx la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción de la totalidad capitalista está incompleta.

I. Cuando Marx habla de la fuerza de trabajo sostiene que es una mercancía con un carácter particular, distinta a todas las demás

Aunque Marx menciona las especificidades de la mercancía fuerza de trabajo,⁴ hay algunos aspectos de esta especificación que requieren más atención. Primero, vamos a investigar la separación entre la fuerza de trabajo y su portador. El intercambio de fuerza de trabajo presupone que esta mercancía es llevada al mercado por su portador. Sin embargo, en este caso particular, la fuerza de trabajo y su portador son una y la misma persona. La fuerza de trabajo es la capacidad

3. MARX, *El Capital*, vol. 1 (Siglo XXI, 2010), p. 695.

4. *Ibid.*, capítulo 4.

viva de trabajo de esta persona y, como tal, no puede estar separada de su portador. Así pues, la particularidad de la fuerza de trabajo plantea una pregunta ontológica.

Volviendo a *El Capital*, al comienzo del primer capítulo nos encontramos con la mercancía para, solo algunos capítulos más tarde, descubrir por completo su manifestación más peculiar; es decir, como fuerza de trabajo. De acuerdo con Marx, es correcto comenzar con el ámbito naturalizado y evidente de la circulación de mercancías con el fin de volver la mercancía una cosa singular y no natural. No nos ocuparemos, sin embargo, solo de lo que organiza estas «cosas», estos objetos; sino que, más bien —en términos de un análisis de género—, investigaremos estos otros cuerpos, objetos humanos, que deambulan de forma «natural» y que, como la mercancía fetichizada, parecen no tener historia. Sin embargo, ciertamente la tienen.

Puesto que en el corazón de la forma mercancía está el carácter dual del trabajo —tanto abstracto como concreto—, el primer capítulo de *El Capital* presenta la contradicción entre valor de uso y valor. Esta es la contradicción que se despliega desde las primeras páginas de la crítica de Marx hasta el final. De hecho, la división entre estos dos aspectos irreconciliables de la forma mercancía es el hilo conductor que le permite a Marx rastrear y revelar todas las otras formas contradictorias que constituyen el modo de producción capitalista.

Resumamos brevemente esta contradicción. Por un lado, la mercancía como valor de uso se sitúa, en toda su singularidad, como un objeto particular, diferenciado del resto. Tiene un uso determinado que, como afirma Marx, es necesario para su producción como valor de cambio. Además, puesto que es singular, es una unidad aislada, una entre muchas que juntas forman un cúmulo, una cantidad de cosas individuales. Ahora bien, no equivale a un cúmulo de tiempo

de trabajo homogéneo en abstracto, sino a un conjunto de trabajos individuales, concretos y aislables. Por otro lado, en tanto valor, la mercancía representa una parte proporcional del «trabajo social total» en la sociedad: un cuántum de tiempo de trabajo socialmente necesario o el tiempo promedio requerido para su reproducción.

Esta contradicción, —lejos de ser una condición específica de las «cosas»— es, fundamentalmente, *la condición misma del ser* en el mundo de un proletario. Desde este punto de vista, cuando el proletario enfrenta el mundo en el que predomina el modo de producción capitalista como una acumulación de mercancías lo hace como una mercancía y, por consiguiente, esta confrontación es al mismo tiempo un encuentro aleatorio entre una mercancía y otra y, simultáneamente, un encuentro entre sujeto y objeto.

Esta división ontológica existe porque la fuerza de trabajo no es ni una persona ni *solo* una mercancía. Como nos dice Marx, la mercancía fuerza de trabajo es particular y diferente a todas las otras. La particularidad de esta mercancía es lo que le da un lugar central en el modo de producción basado en el valor, pues el propio valor de uso de la fuerza de trabajo (o capacidad viva de trabajo) es *la* fuente de valor.

Además, la contradicción entre valor de uso y valor tiene implicaciones adicionales cuando consideramos la producción y reproducción de las fuerzas de trabajo. Esta peculiar «producción» es lo suficientemente específica como para merecer mayor atención, pues, hasta donde sabemos, *en ningún momento la fuerza de trabajo sale lista de una cadena de montaje.*

¿Cómo es entonces producida y reproducida la fuerza de trabajo? Marx identifica la particularidad del valor de uso de la fuerza de trabajo. ¿Pero distingue adecuadamente la producción de la fuerza de trabajo de la producción de mercancías? Marx escribe:

[...] el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de dichos medios de subsistencia.⁵

Cuando se plantea el problema del valor de la fuerza de trabajo, Marx concluye que este corresponde al tiempo de trabajo necesario para su producción, como ocurre con cualquier otra mercancía. Sin embargo, en este caso en particular, el valor se reduce misteriosamente al tiempo de trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia del trabajador. Pero un carro lleno de «medios de subsistencia» no produce la mercancía fuerza de trabajo lista para ser utilizada.

Si comparáramos la producción de la fuerza de trabajo con la producción de cualquier otra mercancía, veríamos que las «materias primas» usadas en este proceso de producción, es decir, los medios de subsistencia, transmiten su valor al producto final, mientras que el nuevo trabajo que se necesita para transformar estas mercancías en fuerza de trabajo funcional no añade valor a esta mercancía. Si lleváramos esta analogía un poco más lejos podríamos decir que —en términos del valor— la fuerza de trabajo está conformada solo por *trabajo muerto*.

En la cita que acabamos de exponer, Marx reduce el trabajo necesario que se requiere para producir la mercancía fuerza de trabajo a las «materias primas» que se compran para lograr su (re)producción. Cualquier trabajo que se precise para transformar estas materias primas, esta canasta de bienes, en la mercancía fuerza de trabajo, por lo tanto, Marx no lo considera trabajo vivo y, de hecho, en el modo de producción capitalista no se considera en absoluto como trabajo necesario. Esto significa que estas actividades, a pesar de lo necesarias que resultan para la producción y reproducción de la

5. *Ibid.*, 207.

fuerza de trabajo, *son estructuralmente convertidas en no-trabajo*. Este trabajo necesario no es considerado como tal por Marx, puesto que la actividad de transformar en fuerza de trabajo las materias primas equivalentes al salario ocurre *en una esfera separada de la producción y circulación de valores*. Estas necesarias actividades no laborales no producen valor, no por sus características concretas, sino porque ocurren en una esfera del modo de producción capitalista que no está directamente mediada por la forma del valor.

Debe haber un exterior al valor para que este pueda existir, de la misma manera que para que el trabajo exista y sirva como medida del valor debe haber un exterior al trabajo (volveremos a esto en la parte 2). Mientras que las feministas autonomistas concluirían que cada actividad que reproduce la fuerza de trabajo produce valor,⁶ nosotras diríamos que, para que la fuerza de trabajo tenga valor, algunas de estas actividades tienen que ser extraídas o disociadas de la esfera de la producción de valor.⁷

II. Por tanto, la reproducción de la fuerza de trabajo presupone la separación de dos esferas distintas

Como explicamos anteriormente, hay una esfera de no-trabajo o de trabajo suplementario que envuelve el proceso de transformar el trabajo muerto, es decir, las mercancías compradas con el salario, en la capacidad viva de trabajo que se encuentra en el mercado. Ahora debemos analizar las especificidades de esta esfera.

6. Por ejemplo, Leopoldina Fortunati: ver *The arcane of reproduction* (Autonomea, 1981) [ed. cast.: *El arcano de la reproducción* (Traficantes de Sueños, Madrid, 2019)].

7. Respecto a esto, estamos muy influenciadas por la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz aún cuando existen algunas diferencias importantes en nuestro análisis especialmente cuando se trata de las dinámicas de género. Ver ROSWITHA SCHOLZ, *Das Geschlecht des Kapitalismus* [El género del capitalismo] (Horleman, 2000).

Términos tales como «esfera reproductiva» son insuficientes al momento de identificar esta esfera, pues lo que estamos tratando de nombrar no puede ser definido como un conjunto específico de actividades de acuerdo a su valor de uso o carácter concreto. De hecho, la misma actividad concreta, como limpiar o cocinar, puede ocurrir en cualquier esfera: puede ser trabajo productor de valor en un contexto social específico y no-trabajo en otro. Las tareas reproductivas, tales como limpiar, se pueden comprar como servicios, así como también se pueden adquirir comidas prefabricadas en lugar de gastar tiempo preparándolas. Sin embargo, para comprender totalmente cómo —más allá de la fuerza de trabajo— se reproduce el género, será necesario diferenciar la reproducción mercantilizada, monetizada o producida masivamente de la que no lo es.

Puesto que los conceptos existentes de producción y reproducción son en sí mismos limitados, necesitamos encontrar términos más precisos para designar estas esferas. A partir de ahora usaremos dos términos bastante descriptivos —y, por consiguiente, algo toscos— para nombrarlas: a) la *esfera directamente mediada por el mercado* (DMM) y b) la *esfera indirectamente mediada por el mercado* (IMM). Nuestro objetivo no es fabricar neologismos, sino más bien usar una designación provisional que nos permita concentrarnos en las características estructurales de estas esferas. Durante el transcurso de nuestra presentación (ver parte 2) tendremos que agregar otro conjunto de términos descriptivos —asalariado/no asalariado— para elaborar de manera precisa las características matizadas de estas esferas.

La producción y reproducción de la fuerza de trabajo requiere toda una serie de actividades; algunas ocurren en la esfera directamente mediada por el mercado o DMM —las que se compran como mercancías, ya sea como producto o servicio—, mientras que otras ocurren en esa esfera que

es indirectamente mediada por el mercado, la esfera IMM. La diferencia entre estas actividades no yace en sus características específicas. Cada una de estas actividades concretas —cocinar, cuidar niños, lavar ropa— puede algunas veces producir valor y otras no dependiendo de la «esfera», y no del lugar concreto, donde ocurre. Por lo tanto, la esfera no es necesariamente el hogar. La esfera tampoco se define por si las actividades que ocurren en ella reproducen o no la fuerza de trabajo. La esfera se define por la relación de estas tareas reproductivas con el intercambio, el mercado y la acumulación de capital.

Esta distinción conceptual tiene consecuencias materiales. Dentro de la esfera directamente mediada por el mercado, las tareas reproductivas se llevan a cabo bajo condiciones directamente capitalistas, es decir, con todos los requerimientos del mercado, ya sea que se realicen dentro del sector manufacturero o de servicios. Bajo las limitaciones y la dominación del capital y el mercado, la producción de bienes y servicios, sin importar su contenido, debe ser ejercida a niveles competitivos en términos de productividad, eficiencia y uniformidad del producto. El índice de productividad es temporal, mientras que el índice de eficiencia corresponde a las maneras en que los recursos son utilizados económicamente. Además, la uniformidad del producto del trabajo requiere la uniformidad tanto del proceso de trabajo como de la relación de los que producen con su producto.

Se puede ver inmediatamente la diferencia entre las tareas llevadas a cabo en esta esfera y fuera de ella. En la esfera DMM, la tasa de retorno de una inversión capitalista es fundamental y, por lo tanto, todas las actividades ejercidas dentro de ella, aunque sean «reproductivas» en términos de su valor de uso, deben alcanzar o exceder la tasa actual de explotación y/o ganancia. Por otro lado, fuera de la esfera DMM, las maneras en que utilizan el salario aquellos que reproducen el valor de

uso de la fuerza de trabajo —a través de la reproducción de su portador— no están sujetas a los mismos requerimientos. Si hay uniformidad en tales maneras, estas son, no obstante, altamente variables con respecto a la utilización necesaria de tiempo, dinero y materias primas. A diferencia de la esfera DMM, no existe una determinación directa del mercado de cada aspecto del proceso de reproducción —en la parte 2 abordaremos la esfera indirectamente mediada por el mercado de la reproducción organizada por el Estado—.

La esfera IMM tiene un carácter temporal diferente. El día de veinticuatro horas y la semana de siete días⁸ todavía organizan las actividades dentro de esta esfera, pero el «tiempo de trabajo socialmente necesario» (TTSN) nunca es *directamente* un factor en esta organización. El TTSN corresponde al proceso de abstracción que ocurre a través de la mediación del mercado, que establece un promedio de la cantidad de tiempo que se requiere dentro del proceso de trabajo para vender competitivamente un producto o servicio. La quiebra y la pérdida de ganancia son factores que afectan este proceso al igual que el uso innovador de maquinaria para disminuir el tiempo que requiere la producción de bienes. Por lo tanto, el aumento de la ganancia o de la participación en el mercado dominan la esfera DMM.

Por supuesto, la mecanización también es posible en la esfera IMM y ha habido muchas innovaciones de este tipo. Sin embargo, en este caso el objetivo no es conseguir la producción de más valores de uso en una cantidad de tiempo determinada, sino reducir el tiempo utilizado en una actividad dada, generalmente, para que más tiempo pueda dedicarse a otra actividad IMM. Cuando se trata del cuidado de niños, por ejemplo, aunque algunas actividades pueden ser ejecutadas

8. Esto es lo que se denomina como tiempo homogéneo. Ver MORSE POSTONE, *Tiempo, trabajo y dominación social* (Irrecuperables, 2023), capítulo 5, ‘Tiempo abstracto’.

más rápidamente, el hecho es que los niños tienen que ser cuidados todo el día y esta cantidad de tiempo no es flexible —volveremos a esto en la parte 5—.

Además, diferentes formas de dominación caracterizan estas esferas. La dependencia del mercado, o la dominación impersonal y abstracta, organiza las relaciones de producción y reproducción DMM a través del mecanismo de comparación de valores basado en el tiempo de trabajo socialmente necesario. En esta esfera, el tipo de «mediación directa del mercado» es la dominación abstracta y, como tal, es una forma de coacción indirecta que se determina en el mercado —«a espaldas de los productores»—. Por ende, no existe una necesidad estructural de violencia directa o de planificación para la distribución misma del trabajo.

Por el contrario, no existe un mecanismo que compare los diferentes desempeños de las actividades concretas que ocurren en la esfera IMM como si estuvieran socialmente determinadas. Estas actividades no pueden ser regidas por la dominación abstracta del mercado y las limitaciones objetivas del TTSN, salvo de forma indirecta, cuando los requerimientos de la producción transforman los requerimientos del mantenimiento de la fuerza de trabajo fuera de la esfera DMM. Otros mecanismos y factores están involucrados en la división de las actividades IMM, desde la dominación directa y la violencia hasta formas jerárquicas de cooperación o, en el mejor de los casos, la distribución planificada.⁹ No existe una forma o mecanismo impersonal para cuantificar objetivamente, imponer o equiparar «racionalmente» el tiempo y energía gastados en estas actividades o a quienes son asignadas. Los intentos de una repartición «igualitaria y

9. La internalización del género de esta asignación de las actividades IMM, que llamaremos «naturalización», obviamente juega un papel importante en esto. Analizaremos en más detalle este mecanismo en la parte 4.

justa» de estas actividades deben ser constantemente negociados, puesto que no hay forma de cuantificar o equiparar «racionalmente» el tiempo y energía gastados. ¿Qué significa limpiar la cocina, qué significa cuidar de un niño por una hora: es tu hora de cuidados la misma que mi hora de cuidados? Esta asignación no puede más que seguir siendo una cuestión conflictiva.

PAGADO/NO-PAGADO

Las feministas marxistas usualmente añaden otra distinción a la distinción entre producción y reproducción: la distinción entre trabajo pagado y no pagado. Como muchas antes que nosotras, pensamos que estas categorías son imprecisas y preferimos usar la distinción asalariado/no asalariado. A medida que expliquemos las esferas DMM e IMM en relación con aquello que es asalariado o no asalariado, esclareceremos la superposición de estas esferas a través del *principio de validación social*. En el camino, exploraremos las maneras en que las actividades en cuestión pueden ser consideradas trabajo o no; es decir, si *califican* o no como trabajo en este modo de producción.

La diferencia entre pagado/no pagado, por un lado, y asalariado/no asalariado, por otro, se vuelve borrosa con la forma del salario, con aquello que debemos llamar el *fetichismo del salario*. El salario en sí mismo no es el equivalente monetario al trabajo realizado por quien lo recibe, sino el precio al que este vende su fuerza de trabajo, que equivale a una cantidad de valor que se incorpora de una forma u otra a su proceso de reproducción, pues debe reaparecer al día siguiente listo y capacitado para trabajar.¹⁰ Sin embargo, parece que quienes

10. El hecho de que el salario no venga acompañado de un manual de instrucciones es interesante. Se puede hacer con él «lo que uno quiera» —sobre todo quienes son sus receptores directos— y no es

trabajan por un salario han cumplido con su responsabilidad social del día una vez que la jornada laboral termina. Lo que el salario *no* paga parece ser asunto del no-trabajo. Por lo tanto, de forma tautológica, todo «trabajo» pagado aparece como trabajo, ya que no parece que se pague por aquello que uno hace cuando no está «en el trabajo». Empero, es necesario recordar que Marx demostró que, de hecho, ningún trabajo vivo se paga jamás en la forma del salario.

Obviamente, esto no significa que sea irrelevante la pregunta de si una actividad es o no asalariada. De hecho, quien no trabaja no recibe salario. El trabajo asalariado es la única manera en que una trabajadora puede tener acceso a los medios necesarios para su reproducción y la de su familia. Además, la validación del salario afecta cualitativamente a la actividad misma. Cuando una actividad que antes era no asalariada se vuelve asalariada, incluso cuando es improductiva, adquiere ciertas características similares a las del trabajo abstracto.

Efectivamente, el hecho de que la fuerza de trabajo se intercambie por salario vuelve su desempeño propenso a racionalizaciones y comparaciones. A cambio, lo que se espera de esta fuerza de trabajo es, al menos, el rendimiento socialmente promedio, incluyendo todas sus características e intensidad, que es regulado y corresponde al promedio social *para este tipo de trabajo* —claramente la ausencia de valor vuelve imposible su comparación con ningún otro tipo de trabajo—. Un individuo que no tiene un rendimiento adecuado en el tiempo necesario no podrá vender su fuerza de trabajo en el futuro. Por lo tanto, el salario valida el hecho de que la fuerza de trabajo se empleó adecuadamente,

distribuido en función de las especificidades de la esfera IMM, es decir, del tamaño de la familia de cada uno, del nivel de vida o del uso responsable/económico de un determinado flujo de ingresos. Este punto requeriría más atención, pero por ahora bastará con decir: no es solo responsabilidad del capitalista.

aunque reconociéndola universalmente como trabajo social, cualquiera que haya sido la actividad concreta misma o si se consumió «productivamente».

Ahora debemos analizar esta distinción entre asalariado y no asalariado en la medida en que atraviesa la distinción entre las esferas IMM y DMM. Cuando hablamos de las actividades asalariadas nos referimos a aquellas que son sociales,¹¹ mientras que las actividades no asalariadas son *lo no-social de lo social*: son actividades no validadas socialmente, aunque sean parte del modo de producción capitalista. Es importante señalar, sin embargo, que estas actividades no coinciden directamente con las esferas IMM y DMM.

Vemos que en la interacción de estos cuatro términos hay algunas actividades asalariadas que se superponen a las actividades de la esfera IMM: aquellas organizadas por el Estado —el sector público—. Dentro de este imbricado conjunto de categorías, la esfera de las actividades IMM intersecta con la esfera del trabajo asalariado. Estas actividades asalariadas e IMM son las formas de reproducción organizadas por el

11. Está claro que todas las actividades que tienen lugar en el modo de producción capitalista son sociales, pero ciertas actividades reproductivas son rechazadas por sus leyes como no sociales, ya que suponen un exterior dentro del interior de la totalidad del modo de producción capitalista. Es por ello que usamos con precaución el binarismo social/no social que se encuentra en ocasiones en los análisis feministas. Un problema con este par de términos es que puede implicar que el «trabajo reproductivo» ocurre en una «esfera no social» fuera del modo de producción capitalista, ya sea en un modo de producción doméstico (véase CHRISTINE DELPHY, *Close to Home: A Materialist Analysis of Women's Oppression* [Hutchinson, 1984]) o como vestigio de un modo de producción anterior. Puede incluso, a veces, ser usado para argumentar que se trata de otro modo de producción que no es social por su falta de racionalización y que lo que se necesita es la socialización de esa esfera. Creemos que es menos confuso y mucho más revelador centrarse en el proceso de validación social.

Estado que no están directamente mediadas por el mercado (ver figura 1). Estas actividades reproducen el valor de uso de la fuerza de trabajo, pero son asalariadas y, por tanto, validadas socialmente. Sin embargo, como se ha dicho antes, estas actividades no producen valor ni están sujetas al mismo criterio de mediación directa del mercado. Estas actividades son sociales porque son remuneradas a través de la forma social del valor. Puesto que no producen valor, son las formas de reproducción que significan un costo colectivo para el capital: se paga por ellas indirectamente a través de las deducciones de los salarios colectivos y del plusvalor en la forma de impuestos. Démosle otra vuelta de tuerca y detengámonos en lo que el salario compra, esto es, aquello que es un elemento del salario, aquello que constituye el valor de cambio de la fuerza de trabajo. El salario compra las mercancías necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo y también los servicios que participan en esta reproducción, ya sea directamente —a través de pagarle a una niñera privada, por ejemplo—, o indirectamente —al pagar los impuestos para el gasto estatal en educación que es parte del salario indirecto—. Estos servicios, produzcan o no valor,¹² tienen un costo que se refleja en el valor de cambio de la fuerza de trabajo: implican, de una forma u otra, una deducción del plusvalor. Lo que queda son las actividades no asalariadas y que, por consiguiente, no aumentan el valor de cambio de la fuerza de trabajo. Estas son lo no-social de lo social, el no-trabajo del trabajo (ver Adenda 1). Estas actividades son suprimidas de la producción social; no solo tienen que parecer no-trabajo, sino que deben también serlo, es decir, son naturalizadas.¹³ Constituyen una esfera cuya disociación es necesaria para la producción de valor: la esfera del género.

12. Los servicios que se pagan con las rentas públicas son improductivos y, en este sentido, son parte de la esfera asalariada IMM.

13. Marx ofrece una visión útil del proceso de naturalización: «El aumento de la población es un poder natural del trabajo por el que

En la próxima parte nos enfocaremos finalmente en los individuos que han sido asignados a esta esfera. Sin embargo, debemos primero considerar otro par de términos: público/privado.

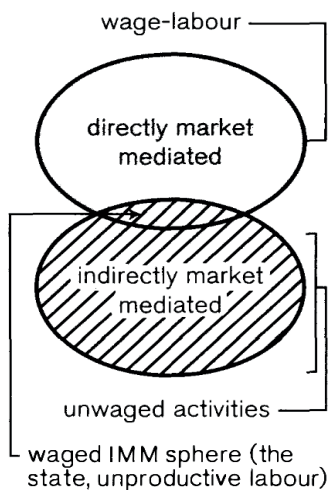


Figura 1: relación entre esferas DMM/IMM y salario.

Adenda 1: A propósito del trabajo

Definiremos el trabajo, por su oposición al no-trabajo, como una actividad que es validada socialmente por su función específica, por su carácter social específico en un determinado modo de producción. También es posible recurrir a otros fundamentos para definir el trabajo tales como el intercambio entre el hombre y la naturaleza, el gasto de energía, la distinción entre actividades placenteras/no placenteras. No obstante, pensamos que ninguna de estas definiciones

no se paga nada. Desde el punto de vista actual, utilizamos el término poder natural para referirnos al poder social. Todas las fuerzas naturales del trabajo social son en sí mismas productos históricos». MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 327.

puede ayudarnos a entender el carácter de las actividades IMM no asalariadas. Estas definiciones solo consideran sus características concretas y esto lleva a descripciones banales o absurdas en el caso de las actividades IMM no asalariadas. ¿Es consolar a un niño un intercambio con la naturaleza? ¿Es dormir un trabajo que reproduce la fuerza de trabajo? ¿Es trabajo lavarse los dientes? ¿Y lavarle los dientes a alguien más? Pensamos que nuestra definición del trabajo, aunque a primera vista pueda parecer trivial, es la única capaz de superar estas preguntas irrelevantes, y esto constituye el punto de partida correcto para investigar el carácter específico de tales actividades.

PÚBLICO/PRIVADO

Mucha gente utiliza la categoría «público» para designar al sector estatal. Y las feministas marxistas generalmente utilizan el concepto de esfera «privada» para designar todo lo que está dentro de la esfera del hogar. Nos parece necesario sostener la dicotomía tradicional de privado/público como aquella que separa lo económico y lo político, la sociedad civil y el Estado, el individuo burgués y el ciudadano.¹⁴ Antes del capitalismo, el término «privado» se refería al hogar, u *oikos*, y se consideraba como la esfera de lo económico. Con el advenimiento de la era capitalista la esfera privada se trasladó más allá del hogar mismo.

Aquí se empieza a hacer evidente la insuficiencia del concepto de «la esfera privada» en tanto lugar fuera de «la esfera pública» que incluye la economía, como ocurre, por ejemplo, en la teoría feminista. Lo privado no es solamente aquello situado en la esfera doméstica y asociado con actividades domésticas. Por el contrario, corresponde a la totalidad de

14. Para Marx la sociedad civil —o lo que en la mayoría de las teorías políticas se considera la sociedad «natural»— se opone al Estado.

las actividades dentro y fuera del hogar. Como resultado de la separación estructural entre lo económico y lo político (economía política) —que corresponde a la expansión de las relaciones sociales (de producción) capitalistas—, la esfera privada se vuelve cada vez más difusa, convirtiendo el hogar en solo uno de los muchos momentos de «lo económico» o «lo privado». Por lo tanto, al contrario de lo que afirman la mayoría de los análisis feministas, fue solo en el contexto de las relaciones premodernas —antes de la separación de lo político y lo económico bajo el capitalismo— que la esfera privada correspondía al hogar. En la moderna era capitalista, en cambio, el alcance de la explotación privada se extiende sobre la totalidad del paisaje social.

Entonces, ¿dónde está «lo público» si lo privado corresponde a la totalidad de las actividades productivas y reproductivas? Marx afirma que lo público es una abstracción de la sociedad que toma la forma del Estado. Esta esfera de lo político y lo jurídico es la abstracción real del Derecho separado de las divisiones y diferencias reales que constituyen la sociedad civil. Para Marx, esta abstracción o separación debe existir para realizar y preservar la igualdad formal —acompañada, por supuesto, de la desigualdad de clases— necesaria para que los propietarios privados, que actúan por interés personal, acumulen capital de forma ilimitada en lugar de hacerlo bajo la dirección o el control del Estado.

Esto es lo que diferencia al Estado moderno, que es apropiado para las relaciones de propiedad capitalistas, de otros sistemas de Estado asociados a otros modos de producción, ya sea el sistema monárquico o el de la democracia antigua. Esto significa que el Estado capitalista moderno y su «esfera pública» no son un lugar realmente existente, sino una «comunidad» abstracta de «ciudadanos iguales». De ahí que la distinción entre la esfera de las relaciones económicas y la esfera de las relaciones políticas —incluyendo las relaciones

entre desiguales mediadas por relaciones entre «ciudadanos iguales abstractos»— haga que los «ciudadanos» sean solo formalmente iguales de acuerdo al Estado y los derechos civiles. En consecuencia, estos «individuos» aparecen como iguales en el mercado —aunque en la «vida real» (la esfera privada de la sociedad civil) estén lejos de serlo—. ¹⁵ Esta abstracción, «lo público», debe existir precisamente porque la esfera DMM es un espacio de mediación entre los trabajos privados producidos independientemente unos de otros en compañías privadas, las cuales están manejadas y son propiedad de individuos privados que actúan por interés personal.

¿Cuál es entonces la relación entre las esferas pública/privada, política/económica, estatal/civil, por un lado, y las esferas directa e indirectamente mediadas por el mercado, por otro? El punto de encuentro de estas esferas señala el momento de su separación constitutiva y define a los individuos anclados a una como distintos de los otros, como *diferentes*. Esta diferencia es determinada según sea el intercambio de la mercancía fuerza de trabajo de los individuos definidos por el Estado, bien directamente como su propiedad personal, bien —si ese intercambio es mediado indirectamente— a través de aquellos con igualdad formal.

Ahora estamos listas para concentrarnos en los individuos que han sido asignados a cada esfera. Lo que vemos en un comienzo, cuando observamos los inicios de este modo de producción, son individuos que tienen derechos diferentes y que la ley define como dos entidades jurídicas distintas: hombres y mujeres. Podremos ver cómo esta diferencia jurídica fue inscrita en los cuerpos «biológicos» de estos individuos cuando lleguemos al análisis del binomio sexo/género. Por el momento, debemos entender cómo la dicotomía entre público y privado hace el trabajo inicial de anclar a los individuos, en tanto hombres y mujeres, a las diferentes esferas

15. Véase MARX, *Sobre la cuestión judía* (MECW 3).

que reproducen la totalidad capitalista a través de su derecho diferencial no solamente a la propiedad privada, sino a *esa propiedad que los individuos poseen en sus propias personas*.

Esta forma peculiar de propiedad es necesaria para las relaciones salariales generalizadas, pues el valor presupone la igualdad formal entre los dueños de mercancías para que el intercambio «libre» —capital y fuerza de trabajo— pueda ocurrir a pesar de que exista una desigualdad estructural «real» entre dos clases diferentes: quienes poseen los medios de producción y quienes carecen de esa forma de propiedad. Sin embargo, el «intercambio libre» puede ocurrir solamente mediante una negación de esa diferencia de clase a través de su traslado a otro dualismo que opera no entre los miembros de clases opuestas, sino en el interior de cada clase: *ciudadano y otro*. Para la creación el modo de producción burgués no fue necesario que se les concediera igualdad a todos los trabajadores bajo el signo de «ciudadano».

Históricamente, «ciudadano» solo se refiere a una categoría específica a la que pueden pertenecer tanto los dueños de propiedad como ciertos proletarios. Dado que las relaciones jurídicas capitalistas niegan las clases mediante la reconstitución de la diferencia entre ciudadano y otro, las condiciones históricas bajo las cuales el modo de producción burgués se constituyó fueron diversas formas de no-libertad. Por esta razón la oposición ciudadano/otro coincide con la oposición *hombre blanco/hombre no blanco*.

Por ejemplo, bajo las condiciones de esclavitud en Norteamérica, la clasificación de «blanco» fue necesaria para mantener la propiedad de los amos sobre los esclavos. Las mujeres fueron clasificadas como «otro», pero, como veremos, por razones diferentes. Un factor que vale la pena mencionar aquí es que, dentro de esta relación blanco/persona racializada/mujer, la preservación de la pureza del «amo blanco» como opuesto al «esclavo negro» es de la mayor importancia,

así como también la preservación estricta del significante dominante de la igualdad —«sangre blanca» y, por tanto, «madres blancas»— entre las generaciones futuras de la burguesía. En consecuencia, también se reguló estrictamente la división entre mujeres blancas y no blancas para preservar dicha taxonomía dentro de un contexto en el que se combinaba la producción de mercancías basada en las plantaciones del Nuevo Mundo y el auge del capitalismo industrial.¹⁶ No obstante, lo que constituye el binomio ciudadano/otro en este modo de producción no se basa en una definición negativa de esclavitud, sino en el trabajo «libre», que se compone de quienes tienen la misma libertad formal en oposición a quienes no la tienen. El «trabajo libre», en términos marxianos —esto es, la definición técnica de libertad para el trabajador asalariado—, requiere de lo que podríamos llamar «libertad doble»:

Para la transformación del dinero en capital, el poseedor de dinero tiene, pues, que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender; está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo.¹⁷

Cabría preguntarse, ¿no han sido siempre las mujeres trabajadoras asalariadas? Por supuesto, desde el origen del capitalismo, las mujeres han sido portadoras de fuerza de trabajo y el capital ha usado su capacidad de trabajo, pero solo recientemente se han transformado en dueñas de su fuerza de trabajo con «libertad doble». Antes del último cuarto de siglo, las mujeres efectivamente estaban libres *de los medios*

16. Véase 'El punto límite de la igualdad capitalista', de Chris Chen, en este número.

17. MARX, *El Capital*, vol. 1 (Siglo XXI, 2010), p. 205.

de producción, pero no eran libres de vender su fuerza de trabajo *como propia*.¹⁸ La libertad de propiedad, que incluye la movilidad entre tipos de trabajo, históricamente fue concedida solo a algunos a costa de otros. Quienes luchaban por la libertad política y «pública», o libertad doble, se vieron en un dilema. Debieron elaborar argumentos a favor de su igualdad —«en la diferencia»—, a la vez que tenían intereses que contradecían los de otras minorías que se identificaban con la misma lucha por la igualdad, pero en términos distintos.¹⁹

Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres, que se vieron atrapadas entre la reivindicación de la libertad sobre la base del ideal de igualdad humana y la reivindicación de la libertad en tanto diferentes. Esto se debe a que su «diferencia real» en el capitalismo no es ideal ni ideológica, sino que se encarna y reproduce estructuralmente a través de prácticas que definen a las mujeres como diferentes.

Esta «diferencia real» está entretejida en una red de relaciones mutuamente constitutivas y reafirmantes que necesariamente presuponen el ciudadano, el Estado y la esfera pública donde las mujeres pueden solicitar derechos humanos y civiles, por un lado, y derechos reproductivos, por otro. En consecuencia, aunque es cierto que la libertad formal, en sí misma, fue una precondición para la producción e intercambio

18. En Francia, antes de 1965, las mujeres no podían trabajar sin la autorización de sus maridos. En Alemania del oeste duró hasta 1977 —véase *La historia del género en el capitalismo* más adelante—.

19. Encontramos la necesidad de un análisis de clase que pueda atravesar esta espesura interclasista, atendiendo a las disparidades de cada minoría con respecto a su propia relación particular con la dominación capitalista. En resumen, la identidad proletaria como abstracción basada en una forma común de falta de libertad *nunca* iba a dar cuenta por todo el mundo, incluso al nivel más abstracto. Se necesitaría un análisis más matizado, uno que se enfrentara al problema de la identidad obrera.

de valor, lo que organizó la sociedad civil de los individuos burgueses fue necesario para la reproducción continua de la esfera pública o legal. El derecho a «ser igual» y, por tanto, igualmente libre, no reorganiza en sí mismo la distribución de propiedad ni, como veremos, las condiciones de posibilidad para la acumulación de capital. Estas esferas funcionan conjuntamente. Si este no fuera el caso, sería posible abolir las formas de la «diferencia» históricamente específica que actualmente existen a través de acciones legales y «políticas» *dentro* del Estado. Esto equivaldría a la abolición de lo privado a través de la esfera pública, una revolución a través de la reforma que es estructuralmente imposible.

La «igualdad» en tanto libertad doble es la libertad de ser estructuralmente desposeído. Con esto no estamos diciendo que no *valga la pena*. La pregunta es, ¿puede también «valer la pena» para el capital, el Estado y los aparatos de la dominación que lo acompañan? Como la mayoría de nosotras habremos experimentado personalmente, la distinción de género ha persistido mucho después de que la libertad diferencial fuera abolida para la mayoría de las mujeres. Si esta libertad diferencial era lo que en efecto anclaba a las mujeres a la esfera indirectamente mediada por el mercado, ¿por qué su abolición no «liberó» a las mujeres de la categoría «mujer» y de la esfera de la reproducción determinada por el género?

La libertad doble y el mercado sexualmente neutral

Cuando consideramos la historia del modo de producción capitalista, es sorprendente que, en muchos casos, una vez que las desigualdades se garantizan a través de mecanismos legales, estas pueden adquirir vida propia volviendo innecesaria su propia base jurídica en la ley. A medida que las mujeres en muchos países obtenían de forma lenta pero segura igualdad de derechos en la esfera pública, el mecanismo que reforzaba esta desigualdad en la «esfera privada» de lo

económico —del mercado de trabajo— estaba ya tan bien establecido que emulaba el dictamen de alguna misteriosa ley natural.

Irónicamente, la reproducción de las esferas duales del género y el anclaje de las mujeres a una de estas esferas y no a la otra se perpetúa y restablece constantemente mediante el propio mecanismo del mercado de trabajo «sexualmente neutral», que no es directamente responsable de la distinción entre hombre y mujer, sino de la diferencia de precio o el valor de cambio de sus fuerzas de trabajo. De hecho, los mercados de trabajo, si han de mantenerse como mercados, deben ser «sexualmente neutrales». Los mercados, como lugar de intercambio de equivalentes, se supone que deben borrar las diferencias concretas a través de una pura comparación de valores abstractos. Entonces, ¿cómo puede este mercado «sexualmente neutral» reproducir la diferencia de género?

Una vez que un grupo de individuos, las mujeres, son definidas como «quienes tienen hijos» (ver Adenda 2) y una vez que esta actividad social, «tener hijos», se constituye estructuralmente como una discapacidad,²⁰ las mujeres son definidas *como las que van al mercado de trabajo con una desventaja potencial*. Esta distinción sistemática —a través de ese riesgo determinado por el mercado que radica en el «potencial» de concebir un hijo— mantiene ancladas a la esfera IMM a quienes encarnan el significante «mujer». Por lo tanto, debido a que el capital es una abstracción «sexualmente neutral», castiga concretamente a las mujeres por tener un sexo, aunque esa «diferencia sexual» es producida por las relaciones sociales capitalistas y es absolutamente necesaria para la reproducción del capitalismo. Podría imaginarse una situación

20. La creación de una futura generación de trabajadores que durante un periodo de su vida son no-trabajadores es un coste del que el capital reniega, ya que esta actividad se postula como un *no-trabajo que roba tiempo al trabajo*.

hipotética en la que los empleadores no se preguntaran por el género de quien busca trabajo, sino que solo premiaran a quienes tienen «mayor movilidad» y quienes cuenten con una «mayor estabilidad y disponibilidad»; no obstante, incluso en este caso el prejuicio del género reaparecería más fuerte que nunca. De manera aparentemente contradictoria, una vez que la diferencia sexual se define y reproduce estructuralmente, la mujer como portadora de fuerza de trabajo con un coste social mayor se convierte en su opuesto: la mercancía fuerza de trabajo con un precio menor.

De hecho, los trabajos mejor pagados —esto es, los que pueden tender a pagar más que la reproducción de una sola persona— son aquellos de los que se espera un cierto grado de cualificación. En esos sectores especializados, los capitalistas están dispuestos a hacer una inversión en las habilidades del trabajador sabiendo que se beneficiarán de ello a largo plazo. Por lo tanto, favorecerán a la fuerza de trabajo de la que quepa esperar una mayor estabilidad durante un período prolongado. Si es probable que la trabajadora se vaya, entonces no será una buena inversión y tendrá, por consiguiente, un precio más bajo. Esta etiqueta de menor precio, que se adjudica a quienes se considera personas gestantes, no está determinada por la clase de habilidades que se cultivan en la esfera IMM. Aunque la esfera a la que una mujer es relegada está llena de actividades que requieren entrenamiento de por vida, esto no aumenta el precio de su fuerza de trabajo, pues ningún empleador tiene que pagar por su adquisición. En consecuencia, el capital puede usar la fuerza de trabajo de las mujeres en ciclos cortos y a precios bajos. Efectivamente, la tendencia general hacia la «feminización» no indica la asignación de género al mercado «sexualmente neutral», sino el movimiento del capital hacia la utilización de fuerza de trabajo barata, a corto plazo y flexible, con un perfil cada vez más descualificado y *just in time* bajo condiciones de acumulación globalizadas y postfordistas. Debemos aceptar

esta definición de feminización como fundamental antes de atender al surgimiento del sector de servicios y al cada vez más importante trabajo de cuidados y afectivo que es parte integral de este «giro feminizador», un giro que ocurre históricamente a través del desenvolvimiento dinámico de las relaciones sociales capitalistas —proceso el cual veremos en las últimas dos partes del texto—. Antes de ello, empero, debemos resumir lo que hasta ahora hemos aprendido acerca del género e intentar ofrecer una definición. Esto requiere el análisis y la crítica de otro par de términos habitual: sexo y género.

Adenda 2: A propósito de las mujeres, la biología y los niños

La definición de las mujeres como «quienes tienen hijos» presupone un vínculo necesario entre el hecho de tener un órgano biológico, el hecho de tener un hijo y el hecho de tener una relación específica con el resultado de ese embarazo. La combinación de los tres oculta:

1) Por un lado, los mecanismos que evitan, favorecen o imponen el hecho de que alguien con un útero se embarace y con qué frecuencia eso ocurrirá.²¹ Estos mecanismos incluyen: la institución del matrimonio, la disponibilidad de anticonceptivos, los mecanismos que imponen la heterosexualidad como una norma y, al menos durante mucho tiempo y todavía en muchos lugares, la prohibición/vergüenza relacionada con las formas de sexo que no llevan al embarazo —sexo oral, anal, etc.—.

2) Por otro lado, la definición cambiante de qué es un niño y cuál es el nivel de cuidados que necesita. Aunque hubo un periodo en el que los niños eran considerados mitad

21. Ver PAOLA TABET, 'Natural Fertility, Forced Reproduction', en DIANA LEONARD y LISA ADKINS, eds. *Sex in Question: French Materialist Feminism* (Taylor and Francis, 1996).

animales, mitad humanos, a los que solo había que limpiar y alimentar hasta que se convirtieran en pequeños adultos —es decir, capaces de trabajar—, la realidad moderna de la infancia y sus requerimientos convierte el «tener hijos» generalmente en una empresa incesante.

SEXO/GÉNERO

Ahora estamos preparadas para enfrentar la pregunta sobre el género. ¿Qué es el género? Para nosotras el género es el anclaje de cierto grupo de individuos a una esfera específica de actividades sociales. El resultado de este proceso de anclaje es, al mismo tiempo, la reproducción continua de dos géneros separados.

Estos géneros se materializan como un conjunto de características ideales que definen lo «masculino» o lo «femenino». Sin embargo, en tanto lista de cualidades psicológicas y de comportamiento, estas características están sujetas a cambios durante el transcurso de la historia del capitalismo, pertenecen a períodos específicos, corresponden a ciertas partes del mundo e incluso, dentro de lo que podríamos llamar «Occidente», no se asignan necesariamente de la misma forma a todas las personas. Sin embargo, en tanto dualidad, los géneros existen en relación recíproca, independientes del tiempo y el espacio, incluso si sus modos de aparición están siempre en constante cambio.

El sexo es la otra cara del género. Siguiendo a Judith Butler, criticamos el par de términos género/sexo tal como aparece en la literatura feminista previa a los 90. Butler demuestra, correctamente, que tanto el sexo como el género se construyen socialmente y que, además, es la «socialización» o la vinculación del «género» con la cultura lo que ha relegado el sexo al polo «natural» de la dualidad naturaleza/cultura. De manera similar, afirmamos que estas son categorías sociales

binarias que desnaturalizan el género a la vez que naturalizan el sexo. Para nosotras, el sexo es la naturalización de la proyección binaria del género sobre los cuerpos que incorpora diferencias biológicas a apariencias discretas y naturalizadas.

Mientras que Butler llegó a esta conclusión a través de una crítica de la ontología existencialista del cuerpo,²² nosotras lo hemos hecho a través de una analogía con otra forma social. El valor, como el género, necesita su otro polo «natural» —es decir, su manifestación concreta—. De hecho, la relación de dualidad entre sexo y género, como los dos lados de la misma moneda, es similar a los aspectos duales de la mercancía y el fetichismo inherente a ella. Como explicamos anteriormente, cada mercancía, incluyendo la fuerza de trabajo, es simultáneamente valor de uso y valor. La relación entre las mercancías es una relación social entre cosas y una relación material entre personas.

Siguiendo esta analogía, el sexo es el cuerpo material que se adhiere al género, al igual que el valor de uso se adhiere al valor. El *fetichismo del género* es una relación social que actúa sobre estos cuerpos de modo que aparece como una característica natural de los mismos. Aunque el género consiste en la abstracción de la diferencia sexual de todas sus características concretas, esa abstracción transforma y determina el cuerpo al que se adhiere, tal como la abstracción real del valor transforma el cuerpo material de la mercancía. El género y el sexo combinados le dan a aquellos inscritos en esta dualidad una apariencia natural —«con una objetividad espectral»—, como si el contenido social del género estuviera «escrito sobre la piel» de los individuos concretos. La transhistorización del sexo es homóloga a la limitación presente

22. Véase su crítica a la «reproducción acrítica de la distinción cartesiana entre libertad y el cuerpo» de Simone de Beauvoir. JUDITH BUTLER, *El género en disputa* (Paidós, 2007), capítulo 1: 'Sujetos de Sexo/Género/Deseo'.

en la crítica que sostiene que el valor de uso es transhistórico en vez de históricamente específico al capitalismo. Aquí, el valor de uso es lo que, positivamente, se mantiene tras la revolución, la cual se piensa como la liberación del valor de uso del tegumento del valor. En relación a nuestra analogía con el sexo y el género, debemos ir un paso más allá y decir que tanto el género como el sexo son determinados históricamente. Ambos son totalmente sociales y solo pueden abolirse juntos tal como el valor y el valor de uso tendrán que abolirse simultáneamente en el proceso de comunización. Desde esta perspectiva, nuestro análisis feminista inspirado en la teoría del valor reproduce la crítica de Butler en la medida en que consideramos la dualidad sexo/género como socialmente determinada y producida a través de condiciones sociales específicas de la modernidad.

La desnaturalización del género

Pero el género no es una forma social estática. La abstracción del género se desnaturaliza progresivamente haciendo que el sexo aparezca proporcionalmente más concreto y biológico. En otras palabras, si el sexo y el género corresponden a los dos lados de la misma moneda, la relación entre el género y su contraparte naturalizada no es estable. Existe entre ellos una discrepancia potencial que algunos han calificado como «preocupante» y nosotras como «desnaturalización». Con el tiempo, el género se vuelve cada vez más abstracto y define la sexualidad cada vez más arbitrariamente. La comercialización y mercantilización del género parece desnaturalizar crecientemente el género de elementos biológicos *naturalizados*. Se podría decir que el propio capitalismo deconstruye el género y lo desnaturaliza. La naturaleza —cuya creciente superfluidad se yuxtapone a la continua necesidad del género— aparece como la presuposición del género más que como su efecto. En términos más familiares, reflejando el «problema» del capital con el trabajo: la «naturaleza» —el

lado «natural» del binomio sexo/ género— se vuelve cada vez más superflua en relación con la reproducción generacional del proletariado, mientras que el «coste» asignado a los cuerpos «femeninos» —o la contraparte del sexo— se vuelve cada vez más esencial para la acumulación de capital como tendencia hacia la feminización. Por lo tanto, la reproducción del género es de gran importancia, en tanto reproducción de fuerza de trabajo de bajo coste, mientras que un ejército de reserva de proletarios como población excedentaria se vuelve cada vez más redundante.

Lo que el género femenino señala —aquello que es socialmente inscrito sobre los cuerpos «naturalizados» o «sexuados»— no es solamente un conjunto de características «femeninas» o «de género», sino, esencialmente, una etiqueta de precio. La reproducción biológica tiene un coste social que no está incluido en la fuerza de trabajo (masculina) promedio; se vuelve la carga de aquellas a quienes se les asigna su coste, sin importar si pueden tener hijos o si querrán hacerlo. Es en este sentido que una abstracción, un *promedio con perspectiva de género*, se refleja en la organización de los cuerpos de la misma manera que el valor de cambio, un promedio ciego del mercado, se proyecta sobre la producción moldeando y transformando la organización de la producción social y la división del trabajo. Así, la transformación de la condición de las relaciones de género ocurre a espaldas de quienes define. Y, en este sentido, el género es constantemente impuesto y renaturalizado.

HISTORIA DEL GÉNERO EN EL CAPITALISMO: DESDE LA CREACIÓN DE LA ESFERA IMM A LA MERCANTILIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DETERMINADAS POR EL GÉNERO

Para entender este proceso dialéctico de desnaturalización y renaturalización primero debemos volver a rastrear las transformaciones en la relación de género durante el transcurso del modo de producción capitalista e intentar trazar una periodización. En este nivel más concreto, hay varias entradas posibles y optamos por una periodización de la familia, puesto que es la unidad económica que reúne las esferas IMM y DMM que delimitan los aspectos de la reproducción proletaria. Debemos tratar de descifrar si los cambios en la forma familia corresponden a transformaciones en el proceso de valorización del trabajo.

I. La acumulación originaria y la familia extendida

Durante el periodo de la acumulación originaria, un gran problema que enfrentaba la clase capitalista era cómo ajustar perfectamente la relación entre las susodichas esferas de tal manera que los trabajadores, por una parte, se vieran obligados a sobrevivir solo a través de la venta de su fuerza de trabajo y, por otra, fueran asignados suficientes bienes personales para continuar su autoabastecimiento sin aumentar el coste de la fuerza de trabajo.²³ De hecho, en el momento en que se constituyó la esfera IMM, tuvo que asumir tanta reproducción de fuerza de trabajo como fuera posible y ser lo más grande que pudiera, pero *solo lo suficiente* como para que la proporción de autoabastecimiento permitida requiriera del retorno de la fuerza de trabajo al mercado. Por ello, la esfera IMM, al suplementar el salario, estaba subordinada

23. Ver MICHAEL PERELMAN, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation* (Duke University Press 2000).

al mercado como presuposición necesaria de las relaciones salariales y la explotación capitalista y como su resultado inmediato.

Durante la transición entre el siglo XVIII y XIX, la familia —situada en el hogar como unidad de producción— se convirtió en *la* unidad económica mediadora entre las dos esferas de la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, durante la primera parte del siglo XIX, la familia estaba constituida por varias generaciones que vivían juntas en el mismo hogar, en la medida en que no existían los beneficios de jubilación y en tanto que se esperaba que los niños fueran a trabajar antes de alcanzar la pubertad. Además, las actividades de la esfera IMM no eran llevadas a cabo por mujeres casadas solamente; de hecho, participaban en ellas los niños, las abuelas, otras parientes femeninas e, incluso, inquilinas. Si únicamente los varones adultos de la familia, «doblemente libres», podían ser legalmente los dueños del salario, esto no significaba que las mujeres adultas y los niños pequeños no trabajaran también fuera del hogar.

En realidad, en los comienzos de la industrialización, las mujeres constituían un tercio de la fuerza de trabajo. Al igual que los niños, las mujeres no decidían si obtendrían un empleo, ni dónde lo harían o qué trabajo realizarían, sino que fueron más o menos subcontratadas por sus esposos o padres. Marx incluso comparó esto con algunas formas del comercio de esclavos: el jefe de familia negociaba el precio de la fuerza de trabajo de su esposa e hijos y decidía si aceptar o no el trabajo. Y no nos olvidemos de que, en países como Francia y Alemania, las mujeres solo consiguieron el derecho a trabajar sin la autorización de sus esposos en los años 60 o 70.

Lejos de ser un signo de la emancipación de las mujeres o de las perspectivas modernas del esposo, las mujeres que trabajaban fuera del hogar eran un indicador flagrante de pobreza.

Aunque generalmente se esperaba que las mujeres casadas permanecieran en el hogar cuando la familia podía permitírselo —donde casi siempre realizaban labores productivas, especialmente, para la industria textil—, muchas mujeres, debido al alto coste, nunca se casaron, y algunas se suponía que no debían embarazarse para formar su propia familia. A menudo, las hijas más jóvenes eran enviadas a otras familias para que se convirtieran en sirvientas o ayudantes, quedando así «oficialmente» solteras. Por consiguiente, aunque las responsables de la esfera IMM eran siempre mujeres y los responsables por el salario eran siempre hombres —por definición, podríamos decir—, durante este período los dos géneros y las dos esferas no coincidían perfectamente.

II. La familia nuclear y el fordismo

Durante la segunda parte del siglo XIX, que algunos denominan como la Segunda Revolución Industrial, hubo un desplazamiento progresivo hacia la familia nuclear como la conocemos hoy. En primer lugar, tras décadas de luchas obreras, el Estado intervino para restringir el empleo de las mujeres y los niños, en parte porque enfrentaba una crisis de la reproducción de la fuerza de trabajo. Se esperaba que la fuerza de trabajo se volviera más cualificada —la alfabetización, por ejemplo, se transformó en una habilidad requerida con más asiduidad para acceder a un empleo— y se le prestó cada vez más atención a la educación de los niños. Una nueva categoría emergió, la de la infancia, con sus necesidades específicas y etapas de desarrollo. El cuidado de los niños se volvió un asunto complicado que ya no podía ser confiado a los hermanos mayores.²⁴ Este proceso finalizó con el fordismo y sus nuevos estándares de reproducción y consumo. Con la generalización de los beneficios de jubilación y las

24. Sobre los efectos de la educación obligatoria en las familias obreras, ver WALLY SECCOMBE, *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline* (Verso, 1993).

residencias de ancianos, se separó a las generaciones en casas individuales. La distribución de las responsabilidades familiares entre esposo y esposa se definió estrictamente a través de la separación de las esferas. Actividades IMM como lavar la ropa, que solían ser llevadas a cabo en conjunto con otras mujeres, pasaron a ser la responsabilidad individual de una mujer adulta por hogar. La vida de la mujer casada llegó con frecuencia a estar totalmente confinada a la esfera IMM. Esta se convirtió en el destino de la mayoría de las mujeres, y sus vidas enteras —incluyendo su personalidad, deseos, etc.— fueron moldeadas por este destino.

Por lo tanto, fue con la familia nuclear —durante un periodo específico del capitalismo y, de forma importante, en un área específica del mundo— que el género se convirtió en un dualismo rígido que coincide perfectamente con tales esferas. Este se volvió una norma estricta, lo que no significa que todos encajasen en él. Muchas de las feministas que se refieren al género como un conjunto de características que definen la «feminidad» y la «masculinidad» tienen en mente las normas de este periodo. A partir de este momento, los individuos identificados como mujeres nacieron con unos destinos vitales diferentes a los de los individuos definidos como hombres, vivían en «planetas diferentes» —unos en Marte...— y fueron socializados como dos tipos distintos de sujetos. Esta distinción atraviesa todas las clases.

Ya sin recibir la ayuda de otros miembros de la familia y realizando las actividades IMM aisladas dentro de cuatro paredes, las mujeres casadas se vieron forzadas a llevar solas toda la carga de las actividades IMM. Este aislamiento no habría sido posible sin la introducción de los electrodomésticos que transformaron las tareas físicas más extremas en quehaceres que podían llevarse a cabo en soledad. La lavadora, las cañerías, el calentador de agua: todos estos dispositivos ayudaron a reducir dramáticamente el tiempo que se empleaba en

algunas actividades IMM. Pero cada minuto ganado estaba lejos de aumentar el tiempo de ocio del ama de casa. Cada momento libre tenía que usarse para elevar los estándares de la reproducción: las ropas se lavaban más seguido, las comidas se hicieron cada vez más variadas y saludables y, lo más importante, el cuidado de los niños se convirtió en una actividad que consumía todo el tiempo disponible, desde el cuidado infantil a la facilitación de actividades de ocio.

III. Los años 70: la subsunción real y la mercantilización de las actividades IMM

Está claro que la mercantilización de las actividades IMM no es un fenómeno nuevo. Ya desde los inicios del capitalismo era posible comprar comidas preparadas en vez de cocinarlas, comprar ropa nueva en vez de repararla, pagar a sirvienta para cuidar a los niños o hacer las labores domésticas. Sin embargo, estos eran privilegios de las clases media y alta. De hecho, cada vez que una actividad IMM se convierte en mercancía tiene que pagarse con el salario. Por lo tanto, el consumo masivo de estas mercancías solo habría sido posible durante períodos de constantes aumentos salariales, pues estos servicios, en la medida en que eran formalmente subsumidos, aumentaban el valor de cambio del trabajo necesario en proporción inversa al plusvalor.

Sin embargo, como consecuencia de las posibilidades abiertas por la subsunción real, el valor de algunas de estas mercancías puede disminuir al mismo tiempo que se producen masivamente. Los avances en la productividad vuelven estas mercancías cada vez más asequibles y algunas de ellas —especialmente, las comidas preparadas y los electrodomésticos— de forma lenta, pero segura, se volvieron asequibles con el salario. No obstante, algunas actividades IMM son difíciles de mercantilizar a un precio lo suficientemente bajo como para ser asequibles para cualquier salario. De hecho,

incluso si es posible mercantilizar el cuidado de los niños, no se pueden hacer avances en la productividad que permitan reducir su coste. Aunque la alimentación, el lavado de la ropa, etc. puedan ser ejecutados de forma más eficiente, el tiempo de cuidado de los niños nunca se reduce. No se puede cuidar un niño *más rápido*: los niños tienen que ser atendidos las 24 horas del día.

Lo que se puede es racionalizar su cuidado, por ejemplo, haciendo que el Estado lo organice y reduciendo con ello el número de adultos por niño. Sin embargo, la cantidad de niños que un adulto puede cuidar es limitada, especialmente si, en ese proceso, este adulto tiene que impartir un estándar específico de socialización, conocimiento y disciplina. Esta labor también puede ser llevada a cabo por la mano de obra más barata posible, es decir, por aquellas mujeres cuyos salarios sean más bajos que el salario de una madre trabajadora. Pero, en este caso, las actividades IMM son simplemente transferidas a los sectores peor pagados de la población total. Por ello, no solo no se reduce el problema, sino que sus efectos negativos son redistribuidos, a menudo entre migrantes pobres y mujeres racializadas.

Vemos entonces que todas estas posibilidades son limitadas: siempre hay un residuo al que nos referiremos *como el abyecto*,²⁵ esto es, aquello que no puede ser subsumido o que no vale la pena hacerlo. Obviamente, este residuo no es abyecto *per se*: existe como abyecto a raíz del capital y este le da forma. Siempre está presente este residuo que tiene que permanecer fuera de las relaciones mercantiles y la pregunta sobre quién tiene que realizarlo en la familia siempre será, como poco, una cuestión conflictiva.

25. Tomamos este término en su sentido etimológico: *ab-yecto*, lo que se tira y se desecha, pero de algo *de lo que forma parte*.

CRISIS Y MEDIDAS DE AUSTERIDAD: EL ASCENSO DEL ABYECTO

Con la crisis actual, todo indica que el Estado se opondrá cada vez más a organizar las actividades IMM, pues solo significan un coste. El gasto público en el cuidado de niños, el cuidado de ancianos y la asistencia médica son lo primero que se reduce, sin mencionar la educación y los programas extraescolares. Estos se volverán DMM para quienes pueden pagarlos —privatización mediante— o caerán en la esfera no asalariada IMM aumentando, por lo tanto, el abyecto. El alcance de esto todavía está por verse, pero la tendencia ya es clara en los países afectados por la crisis. En los Estados Unidos y en la mayoría de los países de la Eurozona —con la notable excepción de Alemania—, los gobiernos están reduciendo sus gastos para disminuir la proporción de sus deudas con respecto al PIB.²⁶ Países como Grecia, Portugal y España, pero también el Reino Unido, están disminuyendo drásticamente sus gastos en salud y cuidado de niños. En Grecia y Portugal se están cerrando los jardines infantiles públicos. En Grecia, Portugal, Italia y la República Checa se han reportado violaciones de los derechos de las mujeres embarazadas al permiso de maternidad y beneficios familiares o a la reanudación de sus trabajos una vez finalizado el descanso postnatal.²⁷ En el Reino Unido, donde las guarderías del Estado están cerrando una por una, *Feminist Fight Back*, un grupo feminista anticapitalista relacionado con la campaña de las guarderías Hackney, describe la situación de la siguiente manera:

En todo el Reino Unido, las autoridades locales han empezado a anunciar reducciones importantes en el financiamiento de los servicios sociales, desde las librerías y los

26. Véase el artículo anterior de este número, 'El patrón de espera'.

27. FRANCESCA BETTIO, 'Crisis y recuperación en Europa: el impacto del mercado laboral en hombres y mujeres', 2011.

servicios médicos hasta los espacios recreativos infantiles y los grupos de arte, pasando por los centros para víctimas de violación hasta los servicios públicos de atención a mujeres en situación de violencia. Particularmente importantes para las mujeres son los profundos efectos que esta reducción acarreará en los servicios infantiles, tanto en las guarderías municipales y comunitarias como en los centros *Sure Start*, buque insignia del *New Labour*, que ofrecen servicios variados a los padres en el formato de «ventanilla única».²⁸

En un país donde el mismo primer ministro promueve la organización de los servicios comunitarios «de manera voluntaria», bajo la idea política central de la *Big Society*, una cultura «donde las personas en su vida cotidiana, en sus hogares, en sus vecindarios, en sus lugares de trabajo [...] se sienten lo suficientemente libres y empoderadas para ayudarse a sí mismas y a sus propias comunidades»,²⁹ las feministas antiestatistas confrontan un dilema:

Nuestro objetivo es la provisión de servicios «en y contra el Estado». Esto plantea un interrogante clave en la lucha por los bienes públicos y los recursos compartidos y el trabajo: ¿cómo podemos asegurarnos de que nuestros esfuerzos autónomos para reproducir comunidades propias no estén simplemente creando la *Big Society* de Cameron, reforzando así la lógica de que si el Estado ya no nos provee tendremos que hacerlo nosotras mismas?

La lucha por los jardines infantiles que ocurrió en Poznan (Polonia) en el 2012 también refleja este dilema. La municipalidad está transfiriendo lentamente todos las guarderías públicas a instituciones privadas para ahorrar costes. Cuando los trabajadores de una de las guarderías protestaron junto

28. *Feminist Fightback Collective*, 'Los recortes son un problema feminista'. Soundings 49 (invierno de 2011).

29. Discurso de David Cameron sobre «la Gran Sociedad», Liverpool, 19 de julio de 2010.

con padres y activistas contra la privatización, las autoridades locales inventaron la opción de dejar que los trabajadores organizaran la guardería, pero sin darles ningún subsidio o garantías. Esto lo convirtió en una opción bastante poco atractiva que fue eventualmente rechazada por los trabajadores y los padres.³⁰ Sin embargo, algunas feministas marxistas parecen glorificar la autoorganización de las actividades IMM por parte de las mujeres como un paso necesario en la creación de una sociedad alternativa. Por ejemplo, Silvia Federici escribe en su texto del 2010, *El feminismo y las políticas de lo común en una era de acumulación primitiva*:

Si la casa es el oikos sobre el que se construye la economía, entonces son las mujeres, tradicionalmente las trabajadoras y las prisioneras domésticas, las que deben tomar la iniciativa de reclamar el hogar como el centro de la vida colectiva, de una vida transversal a múltiples personas y formas de cooperación, que proporcione seguridad sin aislamiento y sin obsesión, que permita el intercambio y la circulación de las posesiones comunitarias y, sobre todo, que cree los cimientos para el desarrollo de nuevas formas colectivas de reproducción [...]. Llegados a este punto, queda por precisar o clarificar que el asignar a las mujeres esta tarea de puesta en común/colectivización de la reproducción no es ninguna concesión a la visión naturalista de la «feminidad». Comprensiblemente, muchas feministas verían tal posibilidad como «un destino peor que la muerte» [...]. Pero, parafraseando a Dolores Hayden, la reorganización del trabajo reproductivo, y en consecuencia la reorganización de la estructura domiciliaria y del espacio público, no es una cuestión de identidad, sino laboral y, podríamos añadir, de poder y seguridad.³¹

30. *Women with Initiative* (de *Inicjatywa Pracownicza-Workers' Initiative*), 'Las trabajadoras luchan contra la austeridad en Polonia', *Industrial Worker* 1743, marzo de 2012.

31. SILVIA FEDERICI, *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Traficantes de Sueños, 2013), pp. 257-258

Silvia Federici está en lo correcto: consideramos esta posibilidad peor que la muerte. Y su respuesta a esta objeción, para la que cita a Dolores Hayden de forma bastante caprichosa, no apunta al quid del asunto: la cuestión del trabajo *es* una cuestión de identidad.³² Aunque puede que en la crisis no tengamos más opción que autoorganizar estas actividades reproductivas, y aunque, más probablemente, la reproducción abyecta será finalmente impuesta a las mujeres, debemos luchar contra este proceso que refuerza el género. Debemos tratarlo como lo que es: una autoorganización del abyecto, de lo que nadie más quiere hacer.

Aquí es importante decir que, aunque las actividades IMM no asalariadas y el abyecto puedan referirse a las mismas actividades concretas, estos dos conceptos deben ser diferenciados. De hecho, la categoría del abyecto se refiere específicamente a las actividades que se volvieron asalariadas en algún momento, pero que están en proceso de retornar a la esfera IMM no asalariada, puesto que se han vuelto demasiado costosas para el Estado o el Capital.

Mientras que el concepto de IMM es una categoría puramente estructural, independiente de cualquier dinámica, el concepto de abyecto comprende las especificidades de estas actividades y el proceso de su asignación en el periodo actual. Cabe decir que, aunque muchas de nuestras madres y abuelas fueron atrapadas por la esfera de las actividades IMM, el problema que enfrentamos hoy es diferente. No es que tengamos que «volver a la cocina», aunque solo sea porque *no podamos permitirnoslo*. Nuestro destino, más bien,

32. Obviamente, esto no quiere decir que no valoremos toda la contribución de Federici al debate feminista marxista. Junto con *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*, de Dalla Costa y James, los textos de Silvia Federici son seguramente las contribuciones más interesantes del «debate sobre el trabajo doméstico» de la década de 1970. Lo que queremos criticar aquí es una posición que actualmente es influyente en el debate sobre los «bienes comunales» y que consideramos muy problemática.

es *tener que lidiar con el abyecto*. A diferencia de las actividades IMM del pasado, este abyecto en gran medida ya ha sido desnaturalizado. No aparece como un desafortunado destino natural para aquellas que lo realizan, sino más bien como una carga extra que soportar junto a la del trabajo asalariado.³³ Tener que lidiar con él es hoy el lado oscuro del género y esto nos ayuda a verlo como lo que es: un poderoso constreñimiento.³⁴

De hecho, este proceso de desnaturalización crea la posibilidad de que el género aparezca como una *coerción externa*. Esto no quiere decir que la restricción del género sea menos poderosa que antes, sino que ahora puede verse como un imperativo, es decir, como algo que proviene de fuera de uno mismo y que puede abolirse.

Un último pensamiento a modo de conclusión: si es cierto que el momento actual nos permite ver nuestra pertenencia de clase y de género como restricciones externas, esto no es puramente accidental. ¿O puede serlo? Esta pregunta es fundamental para comprender la lucha que lleva a la abolición del género, o lo que es lo mismo, la lucha que lleva a individuos no identificados con algún género a la reproducción de una vida en la que se han abolido todas las esferas separadas de la actividad humana.

33. «Surgimiento masivo y abrupto de una extrañeza que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y olvidada, me hostiga ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un “algo” que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta». JULIA KRISTEVA, *Poderes de la perversión. Sobre la abyección* (Siglo XXI, 1988), pp. 8-9.

34. Evidentemente, hoy en día hay algunos hombres, aunque sean pocos, que hacen una parte considerable de lo abyecto. Y llegan a saber lo que muchas mujeres experimentan: que lo abyecto se pega a la piel. Muchos de estos hombres, sobre todo cuando acaban teniendo que ocuparse de la mayor parte del cuidado de los niños, parecen estar sufriendo de algún modo un proceso de castración social.

La pleamar eleva todos los barcos¹

Luchas en la era de crisis en Gran Bretaña

LUNES, 8 DE AGOSTO DE 2011

Deambulando en dirección norte por Mare Street, hacia el centro de Hackney, los helicópteros zumbaban en el aire, endureciendo aún más una atmósfera ya tensa por la humedad de agosto y rumores de disturbios.² La carretera estaba peculiarmente desolada para ser hora punta de la tarde, desprovista del flujo de tráfico constante que suele avanzar penosamente de norte a sur a lo largo de esta arteria del centro de la ciudad. Se veían restos de algún episodio previo: papeleras desmanteladas, volcadas; basura desparramada, cristales rotos brillando en el asfalto; probablemente de una confrontación con la policía. Unas cuantas personas vagaban curiosas, carentes de cualquier intencionalidad —turistas de los disturbios, así como otros lugareños—. Un grupo de chicos, en su mayoría negros, se reunió con indiferencia alrededor de una casa de empeños donde se había partido una persiana y la ventana tras ella, haciendo un agujero lo suficientemente grande para que alguno de ellos pudiera pasar. Una «pandilla» tal vez, o simplemente unos oportunistas: ¿Estarían aquellas figuras ocasionales vigilando mientras un

1. NdT: Traducido del aforismo en inglés «a rising tide lifts all boats», popularizado por John F. Kennedy en 1963, se asocia con la idea de que una mejora en la economía beneficia a todos sus participantes y que, por tanto, la política económica, particularmente la gubernamental, debería centrarse en esfuerzos económicos amplios.

2. Para Siiri y Finn, cuya entrada en este mundo disparó el pistoletazo de salida, y para sus padres, a quienes les debíamos un regalo. Gracias a Larne, Chris, Richard y Sean por sus útiles comentarios.

par robaban lo que podían? Algunos tenderos, preocupados por su propiedad, se arremolinaban por la calle; un poco más arriba, un puñado de policías con chaquetas fluorescentes.

Al acercarse a Narrow Way, la principal calle comercial del centro de Hackney, el humo se elevaba en el horizonte en dirección a los helicópteros, que parecían concentrarse un poco más al norte, alrededor de Clarence Road. A mitad de camino, la policía había colocado un cordón, impidiendo a los peatones aventurarse más. En la esquina, una pareja de negros se erguía con determinación mientras un blanco, borracho y canoso les gritaba con virulencia a la cara. Rodeando el cordón hacia Dalston Lane, un grupo de niños, con bufandas sobre el rostro al estilo *black bloc*, se desplazaban en bicicletas que llevaban lo que podrían ser pequeños bienes robados. Casi todos los negocios estaban cerrados. Una tienda en Amhurst Road tenía las persianas completamente bajadas, a través de los huecos se veían tenuemente las formas de mujeres que miraban ávidamente las noticias, probablemente asustadas de salir, ya fuera por su propia seguridad o por la de la tienda. En Clapton Square, una pareja anciana de afrocaribeños bromeaba alegremente con un equipo de noticias de la TV «Somos los padres... ¡Venid a entrevistar-nos a nosotros!» Al entrar a la plaza, reliquia arquitectónica de la antigua burguesía de Hackney, se podía percibir flotando en el aire un humo acre. Las barricadas humeantes de contenedores yacían en la parte superior de la calle. En la esquina con Clarence Road un coche estaba en llamas.

Clarence Road termina en el flanco este de Pembury Estate, uno de los vecindarios más estigmatizados de Hackney, establecido así por decreto del Consejo del Condado de Londres durante las limpiezas de los barrios marginales de entreguerras, y ahora asociado en la prensa local con morbosas historias de guerras territoriales entre los «Pembury Boys» y otras bandas locales; así es el sentimental Hackney de los

meses posteriores a los disturbios en *Top Boy*, una supuesta contrapartida británica de *The Wire*. Durante finales de la década de 1980 y principios de 1990 los edificios vacíos en Pembury fueron un imán para los okupas de la numerosa escena anarquista y activista de Hackney, quienes establecieron relaciones cordiales con los inquilinos de la propiedad. Fue en Clarence Road donde se estableció el Centro Colin Roach —que lleva el nombre de un joven negro asesinado a tiros en la conocida comisaría de Stoke Newington en 1983— con el objetivo de denunciar cosas como las pruebas falsas y acusaciones injustas de la policía o el tráfico de drogas. El lugar fue desalojado en 1993, justo cuando se detuvo la despoblación del distrito, aunque quedaron suficientes pisos vacíos como para que bloques enteros acabaran abandonados. Después de una bajada gradual de las inversiones durante los sucesivos gobiernos conservadores y laboristas, el Ayuntamiento de Hackney vendió toda la propiedad, prometiendo mejoras, a Peabody Trust, una asociación privada de viviendas con un paternalista historial de intervención en el alojamiento de los pobres de Londres que se remonta a la época de Marx.³ La fama de Pembury por su «comportamiento antisocial» legitimó posteriormente la demolición de una gran parte de Pembury para dar paso a «Pembury Circus», un gran proyecto de regeneración que aspiraba a traer nuevos propietarios al vecindario. Además del crimen, Pembury tiene una reputación de comunidad muy unida; algo encarnado en las organizaciones vecinales y, a veces, presencia notoria en los medios de comunicación locales. En días de verano como este, a veces se pueden escuchar acordes de dancehall y reggae en la hilera de pequeñas tiendas que se alinean en uno de los lados de Clarence Road.

3. Como dijo un representante de Peabody, en 1881: «alojamos a la clase que lo merece [...], hay algunas personas que son tan rastreras que no podrían vivir con nuestra gente». GARETH STEDMAN JONES, *Outcast London* (Pantheon, 1984), p. 185.

En ese momento diversas multitudes de personas se arremolinaron en la calle, desde niños hasta jubilados; asiáticos, blancos, negros, etc. lo cual no es de sorprender, dada la demografía de la zona. En general había solo unos pocos más hombres que mujeres, pero el bloque más grande y activo era de hombres jóvenes, probablemente de entre los últimos años de la adolescencia y los treinta y tantos. Algo más abajo en la calle, un taxi negro abandonado con la puerta abierta, las ventanillas rotas y el parachoques trasero moviéndose; un local de transferencias de Western Union con las persianas rotas. Un hombre negro de mediana edad colocaba botellas robadas en el suelo para que la gente las cogiera, mientras gritaba de forma hilarante «¡Bebidas gratis! ¡Bebidas gratis!» Dubitativos, uno por uno, el pequeño flujo de personas se coló a través de las contraventanas rotas, emergiendo de nuevo de ellas con sus pequeños trofeos: alcohol, patatas fritas Walkers. Tipos blancos de aspecto desaliñado, quizás alcohólicos o sin hogar, simplemente aprovecharon la oportunidad; otros parecían querer ser parte de la diversión. Mientras tanto, un helicóptero de la policía sobrevolaba muy cerca, llenando el aire de tensión al observar la escena, pero no hizo nada. Una manada de periodistas con cámaras notoriamente grandes que vigilaban a quienes entraban en la tienda provocaban gritos «no hagáis fotos», «son jodidos federales»; tras ello una ebullición momentánea que los amenazaba con bastante razón con quitarles o romperles las cámaras. Pero los dejaron escapar, bajo un aluvión de maldiciones. Si hubieran sabido cómo el estado utilizaría esas imágenes posteriormente en su enjuiciamiento masivo...

En el lugar había un pequeño sentimiento de «banda», no era el simple materialismo oportunista de una «juventud salvaje»: la composición del grupo parecía ser una muestra representativa de la comunidad más allá del puñado de curiosos y periodistas. El saqueo fue superficial, un espectáculo secundario del evento principal, que consistía en mantener

el área libre de policías. El ambiente era predominantemente jovial, la gente se deleitaba con la creación de una pequeña zona liberada que la policía parecía incapaz de sofocar. Mientras que el papel más «activo» tendía a ser desempeñado por los hombres más jóvenes, otros tuvieron una presencia más pasiva, incitando o dando argumentos a los mirones para que se unieran. Un anciano afrocaribeño se reía y gritaba bromas al otro lado de la calle en dirección a la tienda saqueada. Una dinámica de disturbios como esta clasifica a su propia multitud: los aterrorizados y los que la desapruaban en su mayoría abandonan la escena una vez que se caldea el ambiente, a menos que tengan que quedarse para proteger sus casas o propiedades, dejando atrás solo a aquellos que quieren hacer, apoyar u observar los disturbios. Fue subiendo por Clarence Road, en la periferia del área de disturbios de Pembury y, después del pico de este disturbio local, que Pauline Pearce —la llamada a nivel nacional «heroína de Hackney»— pronunció su discurso:

Abajo la jodida quema de propiedades. No a la quema de tiendas de la gente que trabaja duro para abrir su negocio. ¿Entendéis? La tienda de la pobre [...] allí arriba... Ella está trabajando duro para que su negocio funcione y vosotros queréis ir y quemarlo, ¿para qué? Para poder decir que estáis «en guerra» y que sois mala gente. Estamos aquí por un maldito hombre al que dispararon en Tottenham, no se trata de divertirse en la calle y destrozar el lugar. Sed realistas, gente negra, sed realistas. Estamos aquí por una causa, y si estamos por dicha causa, luchemos por la maldita causa. Me cabreáis mucho. Me avergüenza ser de Hackney porque no nos reunimos todos para luchar por una causa, sino que corremos a Foot Locker y robamos zapatillas. Huye de aquí sucio ladrón.⁴

4. Siendo una abuela con un bastón, etc., y pareciendo desafiar a una turba salvaje en medio de un saqueo para darle una buena reprimenda moral, Pearce fue fácilmente canonizada como una de las

En la esquina contigua al café anarquista Pogo, una mujer angustiada yacía de espaldas en la calle, atendida por los transeúntes, incluidos algunos tipos vestidos de negro, presumiblemente de Pogo, que traían agua, tratando de mantener la calma a su alrededor. A lo largo de la calle había una batería de coches siniestrados humeantes, alguno de ellos en las calles laterales. También habían quemado una moto y contenedores. Incongruentemente, entre las volutas de humo, dos sacerdotes vestidos con sus túnicas conversaban con algunos lugareños; asintiendo santamente con los ojos abatidos; un hombre negro mayor les comenta la necesidad de que finalmente los jóvenes negros se defendieran. Otros les describen sus miserables condiciones de vida, la imposibilidad de encontrar trabajo, el sentimiento de discriminación por parte de los «federales». Algunos grafitis rojos coreaban: «*fuck da feds*»; más arriba, «*fuck Cameron*». El nombre Mark Duggan y el asesinato policial de un negro estaba en algunos labios, pero no en todos; aun así, ese evento era claramente un símbolo. Los sacerdotes se limitaron a escuchar. Los escombros indicaban que allí había tenido lugar una batalla campal. Una fila de adolescentes, algunos con las arquetípicas sudaderas encapuchadas, en los escalones de la entrada de una casa adosada, bebiendo cerveza y comiendo patatas fritas, probablemente saqueadas de la tienda de alimentación, arrojaron una espumosa lata de cerveza a un amigo. De regreso en Clarence Road, un nuevo coche ardía de forma preocupante cerca de una casa. Los residentes se asomaban

santas de la ola de disturbios. Sin embargo, vale la pena señalar que Pearce parece haber estado respondiendo tanto a la cobertura mediática de los disturbios en otros lugares como a las actividades de la multitud que el espectador proyecta detrás de la cámara: Pembury Estate carece de algo parecido a una tienda Foot Locker que ser saqueada. Después de los disturbios, Pearce sería agasajada por altos cargos políticos. Aunque se supo que había cumplido una condena de tres años por traficar cocaína de Jamaica, los liberales la contrataron como apoyo a los negocios locales afectados por las revueltas.

por las ventanas con un aspecto extrañamente tranquilo dada la situación. La noche caía gradualmente y las llamas se destacaban cada vez más en la oscuridad. La multitud se había alejado de los alrededores del coche, preocupada por una posible explosión. Un torrente de saqueadores seguía llevándose artículos de la tienda: cajas de cerveza, botellas de Lambrini... Nos enfrentamos a las llamas para correr calle arriba entre la multitud. Sin previo aviso, un joven negro nos dijo entusiasmado «¡Esto es! ¡Es la maldita revolución! ¡La gente retomando las calles!». Otro comparó de forma favorable los eventos con el movimiento estudiantil de noviembre de 2010: esto ha sido «verdadera protesta». El propietario de una tienda de lana se quedó en la puerta, protegiendo su negocio, y el taxista cuyo vehículo había quedado medio destrozado intentó sacar lo que quedaba.

Después de un rato, el helicóptero de la policía voló a baja altura, como para intimidar a la multitud, pero los propios policías seguían estando ausentes, tal vez se complacían con limitar los disturbios a un área ya profundamente estigmatizada. El sonido de las sirenas y un paseo por el vecindario los descubrieron concentrados, inactivos, en Pembury Road, que atraviesan el lado oeste del área de conflicto. ¿Estaban reuniendo fuerzas, esperando un momento estratégico o simplemente observando desde lejos? Ahora, al final de Clarence Road, la multitud se encontró inquieta, intranquila por la larga ausencia de uno de sus principales compañeros de disturbios. «¡No hay policías!», gritó alguien, «¿¡dónde diablos está la policía!?». Mientras tanto, el helicóptero vibraba en el cielo, presumiblemente registrando todos nuestros rostros, ropa, posturas e interacciones que luego servirían para el análisis sistemático que condenaría a miles. Es una perversidad que, en revueltas como esta, articuladas completamente en torno a expulsar a la policía de la zona, la consciente ausencia total de este protagonista, al tiempo que parece realizar el objetivo mismo de la revuelta, la priva

de la dinámica que le permite desarrollarse. La policía, en este sentido, no es una fuerza externa de orden aplicada por el estado a unas masas ya amotinadas, sino una parte integral del motín: no es solo su bujía de encendido, actuando a través de la habitual muerte en manos de la policía de algún joven negro, sino también el socio permanente necesario de la multitud alborotada de la que el espacio debe ser liberado si esta liberación quiere significar algo; quien debe ser atacado como enemigo si la multitud se unifica; quien debe ser obligado a *reconocer* la agencia de un grupo habitualmente sometido. Sin confrontación directa durante varias horas, el motín comenzaba a ceder. La gente parecía estar *dispuesta* a que la policía regresara, incluso quizás hasta el punto de autodestruirse. Un joven blanco con pintas de anarquista gritó «¡MARE STREET!» repetidamente, haciendo un gesto a la multitud para que lo siguiera. Nos dejamos llevar por la corriente cruzando el límite del lugar, entrando en Narrow Way, con su mayor oferta de escaparates.

La masa de tropas que vimos evidentemente había sido preparada para satisfacer a la multitud, en respuesta a tal provocación. Casi de inmediato entró chirriando un furgón antidisturbios, lo que generó una ola de abucheos: «¡ASESINOS!». Algunos en la multitud estaban preparados y de inmediato soltaron una descarga bastante intensa de piedras, latas de cerveza, etc., que resonaron en la furgoneta cuando pasó a toda velocidad. Una lata rebotó e impactó con fuerza en mi pecho, rociándome la frente con cerveza. Algunos de los hombres comenzaron a reunirse alrededor de un banco en Narrow Way, rompiendo sus ventanas. Un joven roció sin motivo aparente un extintor en la calle. Cuando entraron en el banco, una furgoneta antidisturbios aceleró entre la multitud, lo que obligó a esta a separarse hacia Pembury; a pesar de ello un ladrillo rompió una de sus ventanas mientras avanzaba. Los policías se acercaban ahora desde el sur con todo el equipo antidisturbios, desde el extremo inferior de Narrow

Way. Al final de Clarence Road llegó un nuevo convoy de furgonetas antidisturbios. Una vez más la multitud estaba bien preparada y desató ráfagas de misiles. Uno voló directo a la cabeza de un conductor, rompiendo la ventana, pero sin llegar a atravesarla. Los chavales arrojaron obstáculos frente a las camionetas, tratando de bloquear su camino, sin éxito. Cualquier cosa —las ramas de los árboles se arrancaron y fueron utilizadas para golpear los vehículos policiales—. En aquel momento un desafortunado autobús se detuvo detrás de las camionetas antidisturbios que bloqueaban Dalston Lane, con las ventanas delanteras ya agrietadas —señal de un incidente en otra parte de la ciudad— y se vio obligado a girar torpemente en la calle, para evitar otro disturbio que abarcaba su ruta original. La policía cargó. «¡Limpiad el área!» Corrimos, temiendo una encerrona.

Separados del grueso de la multitud, nos pusimos en marcha. El camino estaba despejado pero varias tiendas habían sido saqueadas: JD Sports, una elegante tienda de sándwiches, Ladbrokes. Una manada de amistosos borrachos nos abordó, una mujer ebria nos agarró y nos besó. «¡BOO!» le gritó a un hípster que pasaba, tenso por los acontecimientos: él huyó brincando antes de que ella lo lograra atrapar para declararle su amor y bañarlo de besos. ¿Se dirigirían al motín? Gente similar había estado presente entre la multitud: ¿Serían de los que se quedaban cuando las calles se despejaban de los manifestantes «respetables», tal vez, o estarían buscando oportunidades al amparo de los disturbios?

Por las más o menos desiertas calles de Hackney solo encontramos borrachos y algunos tipos turcos, quizás para proteger sus negocios, pasando el rato con la policía. En un kebab le preguntamos a un policía si esto estaba sucediendo en más lugares aparte de Hackney. Él se rió: «¿Estás bromeando amor? Está sucediendo literalmente en todas partes».

Estaban completamente sobrepasados. Las estructuras organizativas y comunicativas de la policía parecían haberse derrumbado en aquel mismo momento, excedidas por la gran cantidad de agentes siendo trasladados a la capital desde otras partes del país. Los oficiales se vieron rebajados a comunicarse horizontalmente entre sí, utilizando sus teléfonos móviles personales, mientras que los refuerzos no tenían equipo adecuado ni instrucciones sobre lo que debían hacer. Camden, Lewisham, Catford, Croydon, Kilburn, Peckham, Battersea, Balham, Barnet, Clapham Junction, Ealing, Barking, Enfield, Bromley, Chingford Mount, East Ham, Birmingham, Liverpool, Bristol, Nottingham, Woolwich y Bromwich estaban experimentando revueltas: estas se habían extendido lejos, mucho más allá de su punto de origen, mucho más allá incluso de la gran área metropolitana del Gran Londres —esto es algo que parece haberse perdido en la frecuente denominación de estos disturbios como los disturbios de «Londres» o «Tottenham»—. Eran disturbios *ingleses*: se detuvieron en la pequeña ciudad comercial de Gloucester, ante la frontera con Gales, y se extendieron hacia el norte hasta Manchester, pero evitando los confines más septentrionales del país y toda Escocia, quizás debido al clima húmedo del norte.⁵

¿POR QUÉ LOS DISTURBIOS?

Entonces, ¿quiénes eran estos alborotadores y por qué se sublevaron? En la revuelta de Pembury ya había presente cierto discurso explicativo y justificativo, pronunciado por los alborotadores y especialmente por los participantes más viejos y pasivos que estaban dispuestos a transmitírselo a cualquiera que quisiera escucharlo. Estas explicaciones no

5. También debe recordarse que Escocia, en general, ha experimentado muchos menos disturbios que Inglaterra en las últimas décadas.

fueron la invención *post festum* de periodistas y sociólogos ansiosos por ubicar, desde cierta distancia, los eventos en sus propias narrativas preformadas o artilugios teóricos, ni las racionalizaciones retrospectivas de chavales que, en el impulso del momento, actuaron compulsivamente o llevados por la oportunidad de conseguir algo de botín. Eran parte orgánica del motín mismo, parte de su ambiente general, inmediatamente perceptible para cualquiera que estuviera presente. En cualquier caso, el saqueo fue un aspecto marginal y simbólico de la ola nacional de disturbios, convertido en un símbolo; de todos modos, hubo pocas oportunidades para saquear Pembury Estate, lo que descartaría la motivación de cierto «consumismo codicioso». Y la larga duración de los disturbios de Pembury, durante los cuales la multitud se mantuvo en gran parte inactiva y *preguntándose qué hacer* mientras la policía reunía sus fuerzas, dinamita cualquier apelación al «impulso» o a los caprichos de la irracionalidad de las masas. No, este motín nació conscientemente con sus propios argumentos y los mantuvo a lo largo de su conflicto con la policía. El asesinato de un joven negro, las malas condiciones, el desempleo, se dieron diversas explicaciones, aunque sin duda hubo personas que simplemente aprovecharon la oportunidad para pillar algo gratis. A pesar de existir varias causas, hay una única coherencia obvia en el conjunto de las explicaciones, las cuales describen un mundo urbano de privación condensada y de necesidad de rebelarse contra él. Además, una explicación en particular destacó por su frecuencia: el papel de la policía y la necesidad de los jóvenes de Pembury de defenderse contra el acoso sistemático ejemplificado en las detenciones y registros generalizados; se hacía necesario finalmente tomar posición y organizar una protesta *real* contra ese trato.

De forma contraria tanto a la negativa autoritaria de conceder cualquier agencia legítima a los sujetos amotinados, para así condenarlos como indignos de reconocimiento —y,

por ende, dignos de un castigo ejemplar—, como a una inversión radical de los signos de esta lectura que interpreta los disturbios como un espacio lumpen de pura negatividad desprovisto de cualquier intención significativa —por temor a la mancha de la «política»—, aquí se estaba librando una lucha coherente, con un contenido definido y bastante transparente: insistir en el respeto por parte de la policía, forzar el reconocimiento de un sujeto donde la cotidianidad solo ve un *abyecto*.

El propio motín de Pembury ya contaba con este contenido; las justificaciones verbalizadas en su medio simplemente aclaraban algo ya evidente. Este motín *exigió* la presencia de la policía como interlocutor inmediato para quien se había efectuado, en cuyo reconocimiento se insistía, cuya presencia y participación fue solicitada y con cuyo esfuerzo se constituyó.

La creciente ola de disturbios nacionales que se había desencadenado un par de días antes, tan solo a unas pocas millas al norte en el distrito adyacente —y las crecientes tensiones sociales de los años previos—, proporcionaron su amplio contexto coyuntural; una profunda historia de barrio despreciados y estigmatizados, más directamente a manos de su policía local. A las cuatro de la tarde, la policía había proporcionado una causa adicional: maltratar a dos jóvenes negros en una detención y organizar registros en el ayuntamiento de Hackney, a solo unos minutos a pie de Pembury Estate, en una área ya proclive a las revueltas y correspondientemente inundada con policías expectantes y equipados con los cascos del estilo de la OTAN.

Los disturbios de Pembury fueron ante todo disturbios contra la policía. Sería una amarga experiencia para los involucrados que el resultado directo de tales disturbios —de sus fugaces rebeliones contra una policía irrespetuosa— fuera una escalada extrema de la lógica social del *abyecto* por los

mismos, en la que serían representados como poco más que animales salvajes; sin embargo, en retrospectiva después de un año o dos, muchos de los que participaron de los mismos afirman la experiencia como algo que felizmente volverían a hacer.

MÁRGENES

Tal tipo de disturbios son habituales en las zonas desfavorecidas de Gran Bretaña, remontándose a la vigilancia policial del área que se desarrolló a partir de los disturbios del Carnaval de Notting Hill de 1976, el largo y caluroso verano que también nos trajo el punk. Desde fines de la década de 1960, la voz de Enoch Powell en el desierto había ayudado a establecer la agenda tanto del Frente Nacional renacido, como de una naciente nueva derecha dentro del Partido Conservador que, en respuesta a su derrota a manos de los mineros, eventualmente iría más allá del persistente nacionalismo del gobierno de Heath para encarnarse en una Dama de Hierro. Ahora, mientras un monetarismo latente, que emanaba del Instituto de Asuntos Económicos, se abría paso incluso en el gabinete gobernante de la «Gran Bretaña capitalista del Partido Laborista», y mientras las luchas del movimiento obrero alcanzaban su cima, la disputa por una reconfiguración de las relaciones de clase ya estaba en marcha en el espacio urbano, con la «raza» como mediación constituyendo su principal frente. Una fuerza policial metropolitana que había llegado a la conclusión de que los negros tenían más probabilidades de delinquir; una extrema derecha ansiosa por sacar provecho de esta revelación a través de actividades tan tradicionales como las provocativas marchas por los barrios minoritarios; comunidades urbanas cada vez más resistentes a tal acoso; una juventud punk rebelde que codiciaba las credenciales antiautoritarias de los rastafari desenfrenados: estos vectores cohesionaron una nueva política del espacio

en Gran Bretaña, centrada en la raza, pero no reducible a ella. En virtud de la Ley Sus, la Ley contra la Vagancia de 1824, la policía se centró cada vez más en los residentes de áreas «problemáticas» preidentificadas y preminentemente negras para realizar detenciones y registros rutinarios, pues el solo residir en esos lugares era ya suficiente como motivo de sospecha.

Definidos como espacios en los márgenes de la sociedad, inherentemente sin ley y necesitados de ser administrados bajo un régimen de «control social», estos barrios estigmatizados llegaron a representar los límites internos del estado capitalista reestructurado; estas promulgaciones de un estado de naturaleza desagradable y brutal, proporcionarían una justificación ejemplar para la consolidación del Leviatán. Bajo este régimen de cristalización, los residentes de tales lugares solo eran representables como señales de advertencia para el resto de la nación, la bolsa de sorpresas de los sujetos fallidos que constituyen lo que recientemente se conoce como la «Gran Bretaña rota»: los mendigos, los encapuchados, inmigrantes ilegales, madres solteras, gamberros, narcotraficantes, negros, huérfanos, pandilleros, etcétera.

Sin embargo, nunca se trató de un «gueto» en un sentido que no fuese metafórico: la exclusión simbólica representada por la urbanización marginal no equivale a una exclusión literal de la economía o el Estado, y tales áreas siempre han mantenido cierta variedad en términos de etnias. Y si bien el desarrollo de estos lugares no puede separarse en última instancia de las lógicas globales generales, el caso británico debe diferenciarse de otros como Estados Unidos y Francia.⁶

Constituido por el encuentro de inmigrantes poscoloniales con los remanentes de una clase trabajadora «indígena» en un entorno arquitectónico formado por los restos deteriorados

6. Ver LOÏC WACQUANT, *Urban Outcasts* (Polity, 2008) para un análisis comparativo de los casos estadounidense y francés.

de la política socialdemócrata de posguerra de vivienda, el barrio urbano pobre en Gran Bretaña comparte ciertas características con el caso francés.

Pero en Gran Bretaña esta situación nunca estuvo relegada a la periferia de la ciudad, más bien ha solido llenar los espacios dejados por (1) la limpieza del periodo de entre guerras de los barrios marginales del centro de la ciudad, (2) la destrucción de grandes áreas habitadas por la clase trabajadora a causa del bombardeo —que dejó considerables lugares de Londres en ruinas hasta la década de 1970— y (3) la «fuga blanca» de la posguerra hacia las urbanizaciones residenciales. Debido a estos factores, la población de Londres estuvo en declive durante la mayor parte del siglo XX después del apogeo de los barrios marginales victorianos; una tendencia que solo se invirtió en la década de 1990.

Las conexiones intraurbanas y la «fuga blanca» invitan a la comparación con el gueto estadounidense, pero este último cuenta con un aspecto estructural mucho más pronunciado, propio de una sociedad forjada directamente en la esclavitud de las plantaciones, en lugar de sacar provecho de esta última desde la distancia mientras se juzgaba moralmente cuando convenía. El «negro» como etnia declarada es, por supuesto, bastante más frecuente porcentualmente en la población de los Estados Unidos, siendo además el gueto estadounidense un área urbana expansiva, mucho más grande que los bloques y urbanizaciones marginales de las ciudades británicas, y tratándose en cierto modo de un mundo en sí mismo.⁷

En Gran Bretaña, aunque estos lugares condensan, por supuesto, el desempleo y otras «disfunciones» sociales en relación con las demás zonas de la geografía urbana, los

7. Probablemente, reflejando en parte estas diferencias geográficas, las tasas de matrimonios mixtos son significativamente más altas en Inglaterra según los datos del censo; una mezcla que parece encontrar una contrapartida cultural en la historia de la música pop británica.

residentes suelen continuar sus existencias como trabajadores, consumidores o estudiantes en otros lugares, más allá de los límites de estas áreas meramente residenciales. El Estado tampoco se desvincula de esos espacios, penetrando en ellos con sus propias instituciones: servicios para la juventud, trabajadoras sociales, unos u otros esquemas de mediación vecinal. Cuando el Estado postula tales lugares como sus propios límites internos, es importante no tomarlo literalmente, ya que, si bien estos desarrollos refuerzan la privación real a largo plazo, la dimensión más destacada en la que se produce esta exclusión es bajo la lógica social del desprecio experimentada ante todo en su encuentro con el brazo represor del Estado. A esto le sigue: la victimización mediatizada de los residentes, una cadena interminable de aspirantes a miembros del gabinete que fingen una profunda preocupación, la creación de conceptos de *think-tank*, escándalos criptorra-cistas sobre una subclase parasitaria e irresponsable.

ANTI-POLICÍA

Ante esta dinámica, los vecinos no siempre se mantienen pasivos. De hecho, la imposición de tal vigilancia puede contribuir a la formación de la unidad *negativa* de una comunidad autoorganizada contra la policía: alguna «campaña de defensa» vecinal, por ejemplo, orientada en torno a la retribución por la muerte bajo custodia policial de un miembro de la comunidad o la indiferencia del Estado y los medios ante una u otra tragedia racista. Tales cosas han sido parte de una corriente persistente, a menudo oculta, en la vida de Londres a lo largo de las décadas de reestructuración capitalista, décadas en las que los cientos de muertes bajo custodia policial, por lo general de negros, no han resultado en ni un solo agente condenado. Aunque normalmente choca contra la imposibilidad del Estado, este tipo de autoorganización comunitaria rara vez se convierte en una ola de disturbios

en toda regla, pues nunca es condición suficiente por sí sola. No obstante, proporciona una medida social compacta de material altamente combustible que, dado un clima más amplio de tensión social, corre el riesgo de incendiar el país. 1981, 1985, 2011: los principales disturbios de todos estos años han encontrado sus causas inmediatas en las muertes, reales o *percibidas*, de personas negras a manos de la policía, en áreas marginales.⁸ Durante este período, solo el motín de Poll Tax destaca como un ejemplo nacional importante de una revuelta en la que estaba en juego una lógica fundacional diferente: la de la manifestación convencional del centro de Londres, que desemboca en la violencia de la multitud.

Y en cierto sentido, tales disturbios *funcionan*. Como nos dijo un residente de Broadwater Farm: la nación recordará durante mucho tiempo el nombre de Cynthia Jarrett, cuya muerte durante una redada policial en su casa desencadenó el motín de Tottenham de 1985, en el que los policías que asistieron obtuvieron lo que el Parlamentario izquierdista local Bernie Grant describió como «una buena paliza», incluyendo aquí la paliza mortal al policía Keith Blakelock; «y seguro que se recuerda a Mark Duggan». Pero Joy Gardner, quien murió asfixiada cuando dos policías y un funcionario de inmigración le envolvieron la cabeza con cinta quirúrgica; Roger Sylvester, un hombre mentalmente enfermo al que mantuvieron en una posición restrictiva que indujo daño cerebral y paro cardíaco; Colin Roach, quien murió a causa de una herida de bala en la entrada de la comisaría de Stoke

8. En 1991 y 1995 también hubo disturbios significativos de este tipo en Meadow Well State, Newcastle upon Tyne y Brixton, respectivamente, pero ninguno se convirtió en el tipo de ola más amplia que encontramos en 1981, 1985 y 2011. Mostrando una curiosa periodicidad, otros disturbios significativos también se produjeron en 2001 y 2005, aunque estos, especialmente los de 2005, fueron de diferentes tipos: una confrontación con la extrema derecha y un motín racial intercomunitario.

Newington... estas personas entran en el canon de los mártires para un género menor de campaña comunitaria monotema y a largo plazo, que han dejado una impresión leve y poco duradera en el país.⁹ Tales campañas chocan contra un muro de silencio, obstrucción e intimidación, así como le hacen frente a un panorama mediático que generalmente se ha inclinado en su contra a través de unas apresuradas primeras declaraciones de la policía que proporcionaban un marco conveniente para los discursos posteriores: los fallecidos eran gánsteres/traficantes de drogas/locos, o habían agredido a un policía. Deslegitimados de antemano, luego tienden a ser empujados hacia una posición de perdón, donde la víctima debe ser pintada como un «ángel», un «pacificador», etc., mientras que la policía simplemente está realizando su trabajo. El único tipo de «justicia» posible en tales circunstancias es obviamente retributiva y con un cierre completo de los órganos generadores de legitimidad del Estado; el lugar lógico para dicho juego retributivo es una confrontación pública con la policía en la que la presencia de una multitud pueda generar un impulso que no se permiten los activistas

9. La campaña de Stephen Lawrence es una excepción. Lawrence fue asesinado a puñaladas en un ataque racista en 1993 con la edad de 18 años. Aunque la policía ha estado implicada de varias maneras, el hecho de que los perpetradores directos aquí no fueran policías sino solo un grupo de racistas blancos probablemente explica la mayor posibilidad de éxito dentro del Estado británico. La campaña de Lawrence incluso se ha convertido en una causa célebre nacional con la madre de Lawrence ganando un OBE, un título nobiliario vitalicio y un lugar en la ceremonia olímpica como emblema de una Gran Bretaña multicultural armoniosa —aunque el «Grupo de Gran Bretaña Tradicional» de extrema derecha conservadora continúa abogando por su «repatriación»—. Campañas similares en las que la policía es el objeto directo suelen toparse con un muro de obstrucción estatal; el motín antipolicía se presenta entonces como una táctica obvia para hacerse escuchar. La campaña de Lawrence es una excepción que oscurece útilmente una regla represiva.

individuales y ordenados. Donald Douglas, cuyo hermano Brian fue asesinado a golpes por dos policías durante una marcha nocturna, lamentó sus esfuerzos por calmar una situación de disturbios cuando las tensiones aumentaron entre la sufriente multitud y los policías asistentes:

En retrospectiva, puesto que no has llegado al fin que deseabas, piensas «bueno, me pregunto, si no fui tan disciplinado y organizado y simplemente permití que la gente fuera y reventara la situación...». En retrospectiva, es probable que eso fuera lo mejor que se podría haber logrado, al menos habría sido un día memorable. Y alguna propiedad o lo que fuera hubiera sido destruida y eso hubiese representado la muerte de Brian...¹⁰

Cuando un incidente similar unos meses más tarde —la muerte de Wayne Douglas (no tienen relación)—, estalló en los disturbios de Brixton de 1995, Donald pensó que este probablemente era el resultado más apropiado:

Obviamente, condujo a una catástrofe en términos de locales y coches rotos, pero claramente transmitió el mensaje [...] porque, en cierto sentido, ninguna de nuestras manifestaciones llegó a la primera plana del periódico hasta ese momento, por lo que casi parece que, si quieres que te escuchan, tienes que ir y romper o quemar algo.

Probablemente no sea una coincidencia que la muerte de Wayne Douglas, un residente de Brixton, precipitase una revuelta y la de Brian Douglas no. El precedente de un historial de disturbios activos en la memoria de los residentes o su persistencia en el folclore local, sumado a una historia de identificación de la comunidad contra la policía, parece desempeñar un papel importante en la precipitación de

10. De la película de Ken Fero y Tariq Mehmood, *Injustice*, 2002.

disturbios en ciertos lugares. Por lo tanto, un conjunto particular de nombres se repite en la historia de los disturbios neoliberales: Brixton, Broadwater Farm, Handsworth.

Las relaciones raciales británicas han cambiado significativamente durante las décadas de reestructuración capitalista, erosionando tendencialmente el estatus del negro como lo que podríamos llamar el «principal abyecto» del Estado neoliberal —el temido inmigrante, los «negritos de gran sonrisa», el asaltante, el *yardie* o el *rudeboy*— a favor de un conjunto de figuras más difusas y menos explícitamente racializadas: el solicitante de asilo, la madre soltera, el *chav*,¹¹ los encapuchados, los defraudadores de subvenciones. Las segundas y terceras generaciones han crecido menos problemáticamente «británicas», mientras que la derecha ha recurrido a los islámicos y los cocos europeos para definir sus programas. No obstante, los barrios negros pobres de Londres han estado a la vanguardia de las lógicas de la abyección a través de las cuales ha surgido un Estado punitivo y, de hecho, sus luchas dentro de esta lógica están orgánicamente relacionadas con las transformaciones de la «raza» misma. Si el negro de finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 fue, por decirlo crudamente, el prototipo de la «subclase salvaje» de hoy, el principal hilo conductor aquí no es la «raza» como un rasgo esencial, ni siquiera como una categoría sociológica estable y coherente, sino una lógica social de desprecio por la cual figuras específicas, asociadas principalmente con barrios urbanos pobres, se postulan como el concepto límite de la clase social reconocible, de la misma forma que el lumpen tradicional era el corolario negativo necesario para una identidad de clase trabajadora positiva. De esta forma, la revuelta entendida como una rebelión contra la policía no es sino el resultado y el momento constitutivo de esta lógica.

11. NdT: *chav* es como se denomina de forma peyorativa a una subcultura de jóvenes ingleses de clase trabajadora, vistos como zafios y agresivos. Su equivalente en España sería el cani o la choni.

DISTURBIOS REESTRUCTURANTES

Antes de los comienzos de la reestructuración capitalista, a mediados y finales de la década de 1970, este tipo de disturbios comunitarios contra la policía no ocurría; su relativa frecuencia durante las últimas tres décadas, ocurriendo aproximadamente uno de cada seis años, es una característica notable de este período. Seguramente a causa del predominio de un sistema ordenado de negociación salarial sobre otras fuentes de antagonismo social, la revuelta como forma de lucha durante la era del movimiento obrero se había desvanecido en gran medida. Y donde surgieron conflictos en torno a las comunidades de inmigrantes, estos fueron de un carácter diferente, como los disturbios de Notting Hill de 1958, cuando los racistas de Teddy Boy atacaron las casas de los residentes de las Indias Occidentales. La década de 1970 fue una fase de transición en la que los temores de la policía a la militancia izquierdista y negra, así como las tensiones en torno a la cultura negra *percibida* como hedonista, subyació a un aumento de las tensiones en algunos barrios desfavorecidos del centro de la ciudad, mientras se desarrollaba la crisis social más amplia de esa época.

Los trabajadores inmigrantes de esa década entraron a un mercado laboral estructurado en torno a un movimiento obrero masculino, fuertemente corporativo y predominantemente blanco que se estaba encontrando con sus propios límites en la intersección del largo declive de la base fabril de Gran Bretaña y el comienzo de una recesión global de las fábricas. Mientras que algunos trabajadores inmigrantes lucharon intensamente por la sindicalización, como las huelguistas asiáticas en la famosa disputa de Grunwick, el movimiento obrero estaba predominantemente en otra parte, representando a otras personas y librando sus propias batallas finales. Por lo tanto, las demandas de tales trabajadores carecían de la integración sistémica por la cual los gobiernos

se verían obligados, rutinariamente, a consultar a Jack Jones, secretario general del Sindicato General de Trabajadores del Transporte, en materia de política. Y cuando llegó el desempleo, por supuesto tendió a afectar más a estos trabajadores.

Al mismo tiempo, la proliferación de militancias rastafari, poder negro y otras identidades afirmativas —y elementos de una cierta actitud de «rechazo al trabajo»— proporcionaron formas para la expresión de una cultura antagonica, particularmente para los jóvenes.¹² Fue en este contexto que la policía pasó a actualizar las evaluaciones anteriores sobre los negros como un grupo de baja criminalidad y comenzó a mostrar frustración hacia un discurso antipolicial militante que se había desarrollado en relación orgánica con una serie de disturbios menores, redadas y represiones desde principios de la década de 1970. Un punto de inflexión aquí fue el disturbio del carnaval de Notting Hill de 1976, en el que más de 100 agentes fueron hospitalizados tras el estallido de un conflicto entre la policía y los asistentes al carnaval cuando un grupo de jóvenes negros intentaron apresar a un presunto carterista. Los punks blancos de la zona —Notting Hill todavía estaba asociado en ese momento con un cierto medio radical y okupa— se apuntaron a la escena, movidos por las credenciales antiautoritarias de la juventud negra: un encuentro famoso reflejado en «White Riot», de The Clash. A partir de entonces, la policía estableció una «política de contención» en los vecindarios negros en áreas como Brixton y Hackney, dirigida en particular a los jóvenes, con el fin de detener y registrar bajo la Ley Sus, enviando a estas áreas unidades especializadas como el notorio Grupo de Patrulla Especial.¹³ Como actor político, la Policía

12. Nuestro resumen de la política racial de este período se basa particularmente en el clásico de Paul Gilroy, *There Ain't No Black in the Union Jack* (University of Chicago Press, 1987), especialmente, pp. 108-142.

13. El SPG metropolitano de Londres se creó a principios de la dé-

Metropolitana encontró en el énfasis de la criminalidad negra una herramienta efectiva para mejorar su legitimidad entre la población en general.¹⁴ Y fue en este período que el término «mugging» [atracó] se empezó a utilizar,¹⁵ identificando en particular, el crimen callejero negro: un concepto que desempeñaría un papel clave para la justificación de una creciente experimentación con estilos punitivos de vigilancia que no habían sido utilizados previamente por la policía británica fuera de Irlanda del Norte —campo de pruebas perenne para los mecanismos de represión del estado británico— Todo esto fue un contexto conveniente para un Frente Nacional en ascenso, que ofrecía un mensaje neonazi que sustituía a los judíos del este de Londres de los 30 por los afrocaribeños y asiáticos en la década de 1970. Los conflictos resultantes con los antifascistas —emergentes de las escenas punk, estudiantil y trotskista del momento— y las comunidades negras y asiáticas, cuando el Frente Nacional marchaban por sus barrios, proporcionaron un pretexto adicional para una fuerte intervención policial en barrios que se hundían en el más profundo desprecio a medida que se intensificaba la crisis social de finales de la década de 1970.¹⁶

cada de 1960 para hacer frente a los desórdenes públicos y responder a las amenazas terroristas. Su homónimo y equivalente en Irlanda del Norte estaba asociado con paramilitares lealistas y fue la primera sección de la policía británica en recibir entrenamiento del ejército británico en las tácticas antidisturbios desarrolladas allí.

14. GILROY, *Ain't No Black*, p. 120.

15. El uso británico de este término se multiplicó repentinamente por ocho entre 1975 y 1980. En inglés estadounidense se dio un aumento similar a partir de 1960. Fuente: Google Ngrams.

16. Un momento clave aquí fue la 'Batalla de Lewisham' de 1977, en la que el Frente Nacional se enfrentó a un movimiento antifascista recién consolidado, y la policía utilizó escudos antidisturbios por primera vez en Gran Bretaña continental. Si bien las historias de las dos formas están estrechamente entrelazadas, tales encuentros con la extrema derecha deben distinguirse de los disturbios comunitarios

El invierno del descontento de 1979 y la incapacidad del gobierno laborista de Callaghan para comenzar en serio la reestructuración capitalista que se había establecido en su lugar llevaron al poder a una nueva derecha conservadora con un programa de restricción monetaria contra la inflación. El desempleo, que aumentó durante la década de los 70, ahora se disparó, socavando el poder de negociación de un movimiento obrero ya asediado, al mismo tiempo que reforzaba aún más el estatus marginal de algunas comunidades urbanas. Los disturbios de 1980 en St Paul's, Bristol, demostraron a las autoridades que no solo las comunidades negras más problemáticas de Londres podían constituir una amenaza, y —anticipándose a los comentarios racistas del historiador David Starkey tres décadas después— que incluso los blancos podían ser igual de perjudiciales cuando se los exponía al ejemplo moralmente corrosivo de sus vecinos negros, ya que habían constituido al menos el 50% de la multitud.¹⁷ Al exponer las constelaciones de una supersticiosa cosmología del cobre, en la que el malestar urbano se emparejaba no solo con la negrura sino también con la militancia izquierdista de la década de 1970, algunos policías parecieron leer la aparición de Tariq Ali en Bristol poco antes de la revuelta como una evidencia de que debían haber sido obra de ese eterno agente de perturbación social: el agitador externo.

Pero la verdadera explosión de la época llegaría un año después, a principios de 1981, cuando trece adolescentes negros murieron en un inexplicable incendio en una casa en Deptford, al sureste de Londres, y muchos sospecharon que se trataba de un ataque fascista. La indiferencia del Estado y de
 contra la policía en los que se centra este artículo.

17. GILROY, *ibid.*, p. 126. Starkey, buscando en la televisión nacional una explicación de la ola de disturbios de 2011, afirmó que «los blancos se han vuelto negros». Ver BBC Newsnight, 12 de agosto de 2011

los medios provocó una manifestación en el centro de Londres encabezada por el colectivo Race Today, el 2 de marzo, en la que la policía sufrió una sangrienta derrota cuando intentó intervenir. Poco después, tal vez dolida por estos hechos, la Policía Metropolitana lanzó la «Operación Pantano 81»,¹⁸ una estrategia de vigilancia masiva que envió a un gran número de oficiales del Grupo de Patrulla Especial vestidos de paisano al área alrededor de Railton Road en Brixton, conocida como una especie de zona semiliberada, sin ley, en la que la policía a menudo se mostraba reacia a operar, lo que hacía de la delincuencia de bajo nivel como la venta callejera de marihuana más viable.

Al igual que en 2011, esta escalada de detenciones y registros aumentó las tensiones en la zona. Tras ello, cuando una pelea en un salón de billar derivó en un apuñalamiento el viernes 10 de abril, y se sospechó que la policía del lugar había impedido que la víctima llegase al hospital, comenzó a desarrollarse una dinámica de disturbios, con intentos de intervención de la multitud y un aumento del número de efectivos de la policía. De la noche a la mañana, los rumores se extendieron, el incidente se transformó en un caso de muerte por brutalidad policial y se advirtió a la policía sobre los riesgos de incitar aún más a un vecindario ya inquieto. Pero, ansiosos por jugar su mano, decidieron seguir adelante con los registros. Al día siguiente, jóvenes de la clase trabajadora de los alrededores —tanto blancos como negros— acudieron en masa a Brixton, anticipando un poco de emoción. El segundo punto desencadenante vino con la detención y registro de un taxista en Railton Road, en la cual se afirmó haber visto a policías de incógnito con insignias del Frente Nacional. Durante las horas siguientes se produjo la peor ola de disturbios civiles vista en Gran Bretaña en al menos un

18. El nombre, presumiblemente, no era arbitrario: las nociones de una población indígena «inundada» por peligrosos extraños han sido un pilar del racismo británico durante décadas.

siglo, cuando los saqueos y los incendios provocados se extendieron por toda el área de Brixton y la policía perdió por completo el control de las calles bajo una lluvia de ladrillos y cócteles molotov contra los cuales estaban mal defendidos, dada la falta en ese momento de equipos antidisturbios.

De hecho, fueron los disturbios de Brixton de 1981 y el «verano de los mil julios» que le siguieron —reverberaciones que se escucharon en todo el país hasta finales de julio, con otro pico importante en Toxteth, Liverpool, también provocado por detenciones y redadas racistas— lo que realmente cristalizó un nuevo enfoque de la vigilancia. Los amigables *bobbies* ciclistas de la comunidad de antaño fueron reemplazados por algo parecido a un ejército medieval: soldados de infantería con cascos y escudos equipados con garrotes de mano para fracturar cráneos proletarios, además de una caballería de oficiales montados capaces de moverse a gran velocidad y atacar desde arriba, así como la amenaza siempre presente de gas lacrimógeno, cañones de agua o balas de plástico, por si no fuera suficiente. Esta configuración represiva, iniciada por el ejército de ocupación en Irlanda del Norte, ahora se importó a la Gran Bretaña continental para lidiar con los propios enemigos internos. Y vería sus primeros despliegues completos con la ruptura de los últimos reductos del movimiento obrero: los mineros en la Batalla de Orgreave en 1984 y los impresores en Wapping en 1986-1987. Al mismo tiempo, la Ley Sus fue derogada —ya que se percibía ampliamente como un factor que contribuyó a la generación de disturbios— apenas un mes después del final de la ola de disturbios, mientras que el Informe Scarman, encargado a propósito de los disturbios, encontró errores en la vigilancia de los barrios negros y contribuyó a una reconfiguración burocrática de la policía en la que la preservación de una imagen de neutralidad racial sería una prioridad. Si bien los principales medios de comunicación continuaron desplegando un discurso deshumanizador

sobre estos vecindarios como sumideros sociales rebosantes de criminalidad desenfrenada y asocial —una especie de «corazón de las tinieblas» en medio de la ciudad—, estos siguieron siendo el hogar de múltiples culturas de militancia, mezclando el nacionalismo negro, el rastafarismo y variados izquierdismos en una cultura de defensa del barrio.

En los gobiernos locales del momento, especialmente en Londres, habían ingresado diversos izquierdistas que se propusieron promover varias políticas antirracistas y de discriminación positiva, alentando el flujo de trabajadores negros hacia las instituciones estatales. En respuesta, se desarrolló una variante neoliberal de antirracismo que se posicionaba contra el color de la piel como marcador de identidad, contra los tratos especiales a grupos particulares, en lugar de como individuos que maximizan la utilidad. Así fue como el gobierno de Thatcher hizo su campaña para la reelección, durante el apogeo del patriotismo nacionalista después de la Guerra de las Malvinas, alardeando de desechar la Ley Sus y argumentando que si «los laboristas dicen que usted es negro, los conservadores dicen que es británico».

El antirracismo, ya fuese de uno u otro tipo, se había convertido en una cuestión de política estatal, sin importar cuán intolerantes fueran Thatcher y los de su calaña como individuos. Luego, a medida que avanzaba la década de 1980, con la presión por un programa más positivo en comparación con el activismo espasmódico de los «alborotadores», una generación de negros de la izquierda reformista como Diane Abbot estableció puntos de apoyo en un Partido Laborista que comenzaba a experimentar una reestructuración interna más allá del ámbito del movimiento obrero.

Aunque durante este periodo la política antirracista estuviera en la agenda política, y ciertas identidades militantes abundasen en algunas de las comunidades que se amotinaron, esto no hizo que la ola de disturbios de 1981 en su

conjunto fuese inmediatamente reducible a una demanda de los negros por convertirse en «proletarios normales».¹⁹ Es importante recordar que las comunidades negras fueron tanto en esta fecha como en 2011 solo los puntos de detonación de una ola de disturbios que atrajo a muchos otros; incluso los disturbios de Brixton no solo involucraron a la comunidad negra local. Y si bien la autoorganización de tales comunidades contra la policía expresa, por supuesto, una cierta demanda de ser tratados de otra manera, la norma inmediata era la de ser sujetos iguales ante la ley, es decir, eran directamente cuestiones de ciudadanía, no de pertenencia de clase.

Los problemas de marginalidad en el mercado laboral sin duda contribuyeron significativamente a las tensiones, y el papel represivo de la policía no puede, en última instancia, desligarse del imperativo social de mantener el orden sobre tales estratos marginales, pero es importante evitar el colapso de las mediaciones aquí que, en su distinción, constituyen la única estructura inteligible de tales eventos. Aunque ciertamente están relacionados —el sufragio universal masculino fue una de las principales demandas del movimiento obrero—, no existe una ley en la sociedad capitalista que equipare automáticamente al proletario normal con los plenos derechos del burgués. Y, aunque las encarnaciones culturales específicas de la política racial que persistieron en la Gran Bretaña de principios de la década de 1980 se han desvanecido, han persistido las mismas demandas, ya que la policía no ha dejado de acosar a los negros en la calle, de golpearlos hasta la muerte en las celdas ni de difamar sobre ellos cuando los conflictos se descontrolan. Las campañas por las muertes bajo custodia policial continúan, ahora con un corte generacional que deja entre paréntesis a los rastafaris y a una residual retórica «africana», junto a la cual las generaciones más

19. Para esta afirmación, véase ROCAMADUR, 'The Feral Underclass Hits the Streets', *SIC* 2, de próxima aparición.

jóvenes completamente «naturalizadas» expresan demandas similares en un lenguaje con más influencias del *grime* y el *hip-hop*; se trata de personas unificadas en un sentido negativo —a saber, la convicción de que el comportamiento policial *no es justo*—. Y en esta mezcla, el curioso asunto del tratamiento policial a las comunidades de «clase trabajadora» persiste como un elemento menor, de aquellos que aún intentan conjurar una solidaridad más amplia.

Si vamos a periodizar los disturbios urbanos de Gran Bretaña, la ruptura más clara no es entre una identidad negra positiva a principios de la década de 1980 y una supuesta negatividad que la siguió, sino entre un modelo de vigilancia más consensuado en la era del acuerdo de posguerra —una era en la que el compromiso de clase se encarnaba en una geografía urbana mucho menos polarizada— y el desarrollo orgánicamente entrelazado de un modelo más represivo con una creciente degradación de barrios urbanos particulares, a medida que se desmoronaban a partir de la década de 1970. En contraste con los azares que caracterizan los procesos de formación de identidades políticas, aquí apreciamos una medida clara para la periodización: los disturbios contra la policía que encontramos ejemplificados en 1981 y 2011 fueron una novedad cuando surgieron en la década de 1970, y han persistido desde entonces. La lógica que mueve estos desarrollos no se reduce a la raza, pero no es casual que los barrios negros estuvieran a la vanguardia: excluidos de un laborismo blanco corporativista que ya estaba en crisis a medida que la industria se debilitaba y el desempleo aumentaba, cualquiera que exigiera la entrada en ese movimiento solo podía dejarse llevar por la corriente de dicha crisis. Los trabajadores negros nunca llegarían a incorporarse sistemáticamente al movimiento obrero, pero *la gente negra* podría incorporarse formalmente a la única entidad con la que se enfrentaba cada vez más recurrentemente a medida que el movimiento obrero retrocedía: el Estado. Este ha sido el

verdadero desarrollo de la «raza» desde la década de 1980 en adelante. Pero si bien esas son transformaciones importantes —particularmente en los esfuerzos institucionales para la necesidad de autorización para usar la fuerza—, la lógica social de la raza tiende a persistir en su afirmación a través de tales formalizaciones. Las ubicaciones estructurales de los barrios pobres dentro de la economía, y las construcciones simbólicas por las cuales negro = calle = crimen, persistieron.

Las muertes de negros bajo custodia policial continuaron y vecindarios como Broadwater Farm siguieron siendo áreas marginales, lo suficientemente fuera del alcance de la policía como para que a veces conservaran un cierto sentido nominal de autonomía, haciéndolos, por ejemplo, lugares convenientes para el posicionamiento de las antenas de radio pirata que han jugado un papel tan importante en la proliferación de las culturas urbanas de Londres durante la reestructuración.

INSEGURIDAD

Mientras tanto, con la derrota total del movimiento obrero y un ritmo vertiginoso de desindustrialización que superó todo lo visto en otros lugares, la clase obrera tradicional que había sido un protagonista central de la sociedad británica desde la revolución industrial, con su propia cultura corporativista y conservadurismo peculiares, se encontró de frente con el abismo.²⁰ Con gestos propios del populismo neoliberal y apelando a sus valores liberales, esta clase fue invitada a reconstruirse como una especie de cuasipequeña burguesía: comprendiendo a cada uno como un pequeño empresario,

20. Si bien también ocurrieron olas extremas de desindustrialización en otros lugares, como en el medio oeste estadounidense, el hundimiento de la industria en general a nivel nacional fue un fenómeno peculiarmente británico.

con su pequeño stock de capital y su pequeña participación en alguna catalaxia de futuro ideal. No sólo la famosa liquidación de las viviendas municipales a precios ridículos, sino también el incentivo para adquirir acciones en las privatizaciones de los servicios públicos ex estatales, el «Big Bang» de la apertura de la ciudad a los vejestorios *barrow-boy*, los cuales harían dinero rápido con una imprudente especulación y terminarían siendo advenedizos «cargadores de dinero», reluciente efectivo entrando intermitentemente en los bares de cócteles que florecían a fines de la década de 1980...

Aquellos que no estaban en condiciones de dar el salto necesario —especialmente aquellos en las áreas del norte más industriales— se toparon con el desempleo a largo plazo, a menudo enmascarado como «incapacidad». Y así se quedaron: el desempleo en Reino Unido ni siquiera volvió al nivel de finales de la turbulenta década de 1970, plagada de crisis hasta el cierre del milenio, y desde entonces solo ha aumentado. Si los trabajadores tenían suerte, eran absorbidos por el floreciente sector estatal que sigue siendo, por mucho, el mayor empleador en Gran Bretaña hasta el presente, o eventualmente se abrían paso en uno u otro trabajo precario del sector servicios. Pero, de cualquier manera, de entonces en adelante ser «clase trabajadora» es una identidad cada vez más vaga y nostálgica, ligada al binarismo del sombrío norte contra el engréido sur y a las imágenes de color de rosa de Coronation Street de un mundo muerto, o considerándose algo a repudiar en favor de las afirmaciones simplistas de que «ahora todos somos de clase media». Incluso las apelaciones a un trabajo asalariado posindustrial genérico se convirtieron en una evidencia cada vez más tenue de una identidad de clase positiva, dada la omnipresencia de la forma-salario en la remuneración de todos, desde el director ejecutivo hasta el barrendero. Mientras que la clase, por supuesto, persistía como una lógica estructurante profunda —y la riqueza se polarizaba cada vez más—, la clase obrera británica se había

deshecho por completo, y este empírico hecho de polarización se traducí­a cada vez con menos claridad en cualquier análisis sociológico, político, económico, o incluso sociocultural.

El destacado papel estructural del desempleo en esta era, mediando una tendencia global más amplia hacia la producción de una población excedente a través del posindustrialismo peculiarmente dramático de Gran Bretaña, contribuyó a una precarización generalizada del salario. Una vez dividido y derrotado el movimiento obrero, los derechos de los trabajadores se recortaron a nivel jurídico y político en favor de una flexibilización extrema. A medida que estos desarrollos repercutían en la economía, las distinciones aumentaron cada vez más entre aquellos que tenían éxito en navegar las mareas de un mercado laboral inseguro y aquellos que no. Así, un modo ambiguo y fundamentalmente relativo de distinción social sustituyó a la falsa ontología de la cultura de clase corporativista. En esta escala cambiante, todas las posiciones positivas se definen y estructuran frente a un *otro* negativo. Está el «nosotros» y están los que han fracasado, los que no se esfuerzan lo suficiente, los que son más vagos que el resto, los que parasitan al contribuyente colectivo, los que ni siquiera se preocupan por sus propios barrios. De este modo, hablamos de una lógica fractal por la cual los profesionales blancos —que se acercan al antirracismo— se comparan con los irresponsables *chavs*; blancos pobres contra el coco inmigrante; surasiáticos contra perezosos afrocaribeños; afrocaribeños contra somalíes, etc.

Contrariamente a las taxonomías pseudosociológicas de los estereotipos mediáticos, el «menos que», el *otro*, nunca han llegado a constituir una «subclase» coherente, definible por su relación con los recibos de asistencia social, el desempleo, etc. De hecho, a lo largo de este período, la oposición entre asistencia social y trabajo se vio socavada

por una proliferación de prestaciones sociales desligadas del desempleo, como las prestaciones por hijos a cargo, o las que dependen directamente del trabajo, como los créditos fiscales. Al mismo tiempo, el propio desempleo se ha redefinido como una rampa cada vez más empinada de regreso al mercado laboral. Los desarrollos recientes en «asistencia social» son solo la última extensión de esta lógica a más largo plazo. Por lo tanto, si bien el desempleo masivo fue la consecuencia directa de la reestructuración thatcheriana cuando se demolieron industrias importantes, esto ha dado paso a un régimen de inseguridad en el que el desempleo estructural tiende a convertirse en desempleo friccional y el desempleo aparece como «búsqueda de empleo». Por otro lado, el empleo en sí mismo se ha vuelto cada vez más inestable como categoría, con un aumento del trabajo temporal, contratos a corto plazo y, más recientemente, el «contrato de cero horas», por el cual los empleados no tienen garantizado un número mínimo de horas de trabajo real, sino que simplemente deben esperar tener suerte de una semana a otra. En este sentido, las comparaciones de los niveles reales de empleo con los de la década de 1970 pueden ser engañosas, ya que la distinción trabajo/desempleo ha cambiado significativamente desde entonces. Si las cifras de desempleo siguen siendo altas en comparación con los años del acuerdo de posguerra, entre empleo y desempleo apenas hay distinción cualitativa hoy.

Por estas razones es importante no leer la tendencia a la precarización del salario como una necesidad que conduce a la constitución de una «población excedente» nítidamente delimitable, identificada simplemente por la falta de empleo formal o residencia en alguna zona marginal: nunca fue «la población excedente» la que se instaló en las zonas urbanas pobres de Gran Bretaña, ni fue en ningún sentido sociológico inmediato una «población excedente» de desempleados la que desarrolló una propensión a los disturbios. De hecho,

la mayoría de los alborotadores en 2011 parecieron haber sido estudiantes o empleados a tiempo completo, y aunque el desempleo sigue encontrándose, como es obvio, de forma más elevada en las áreas marginales en las que los disturbios tienden a generarse —y estaba aumentando significativamente en el período previo a los disturbios, pudiendo ser leído, quizás, como un factor contribuyente significativo—, se ha mantenido notablemente bajo en la Gran Bretaña hiperflexibilizada en comparación con otros países europeos.²¹ Mientras la ley general de acumulación capitalista produce una población excedente —dinámica central de esta época—, también debemos tener cuidado de no identificar estos desarrollos con una clase «precariada» claramente específica, ya que la erosión de la estabilidad del salario es algo socialmente general y no delimitable a una parte específica de la población: la inseguridad está en todas partes, solo que con diversos tipos y grados de intensidad. La producción de una población excedente responde a la profunda lógica interna de la relación del capital; sus formas de aparición están mediadas con demasiada complejidad como para ser fácilmente perceptibles «en la superficie de la sociedad» y como para ser equiparadas de forma simplista con el desempleo o la marginalidad.

El que el «alguien más» sea identificado por una lógica social diferente no lo hace ajeno. Con la precariedad generalizada y la erosión de la estabilidad de la forma-salario como el momento integrador central en la reproducción social, aquellos que navegan estas aguas turbulentas con menos éxito llegan a encarnar en sí mismos la inseguridad de todo

21. De los 270 alborotadores de muestra entrevistados en el estudio *Reading the Riots*, la mitad eran estudiantes y alrededor de una cuarta parte estaban desempleados. Sin embargo, muchos alborotadores citaron retrospectivamente la falta de perspectivas laborales, el desempleo o el miedo al desempleo como motivo de sus disturbios. Ver *Reading the Riots* (Guardian y LSE, 2011), p. 4.

el orden social. La seguridad de todos los demás se basa en una constante repetición de actos de distinción social que expulsan y estigmatizan a los menos exitosos. El estado de inseguridad que sustenta el conjunto social exige su gestión, su contención en áreas específicas; una perpetua puesta a salvo de la sociedad para el capital. En un perímetro cambiante pero constituyente, la policía se establece como momento integrador sustituto, definiendo la seguridad de todos los que están dentro frente a la inseguridad de los que quedan fuera; construyendo el consentimiento de los primeros con la fuerza sobre los segundos.

La lógica social en juego aquí es lo que hemos estado llamando «abyección».²² Según esta lógica, los expulsados o abyectos no son literalmente exteriorizados, sino que permanecen en una relación interna, mutuamente constitutiva, con aquello que los expulsa. El Estado capitalista reestructurado se construye sobre sus abyectos y nunca puede expulsarlos por completo, porque la lógica de la abyección es un aspecto integral del régimen general de inseguridad laboral. En lugar de una regulación de la reproducción social mediante la negociación colectiva en torno a la relación salarial, a medida que se deshace esa integración recíproca de capital y trabajo, el orden social se mantiene cada vez más mediante una subordinación forzada de la sociedad al dominio del capital, en la forma de un aparato represivo hipertrofiado que se aplica constantemente a *quienes fracasan*. Aunque a un nivel muy general, tales distinciones estigmatizantes tienen una

22. Nuestro uso del concepto de abyección aquí se deriva de Imogen Tyler, quien a su vez lo deriva de Kristeva. Tyler aplica el concepto a un conjunto de estudios de casos: viajeros, mujeres, *chavs*, inmigrantes ilegales, etc. En este uso, el término tiene un cierto valor descriptivo, pero la propia Tyler no proporciona ninguna base histórica o material real unificada para el fenómeno que describe. Ver IMOGEN TYLER, *Revolting Subjects: Social Abjection and Resistance in Neoliberal Britain* (Zed Books, 2013).

historia larga y obstinada —incluido el plan de Beveridge para el Estado de bienestar diseñado para excluir a un grupo de indignos subproletarios—, esto no es el regreso a una distinción victoriana de pobres merecedores e indignos, como suele afirmarse retóricamente. Lo que Beatrice Webb denominó en 1886 la «fuerza de marginación» fue una sacudida a los desordenados desde el rigor de la creciente industria productiva, con la que acabarían cayendo en pozos de empleo irregular y residiendo en los barrios marginales del este del Londres de la época.²³ Ese mundo, por supuesto, hace ya mucho tiempo que no existe. Lo precario y lo irregular ya no son exclusivas de un residuo dejado por una creciente clase obrera industrial; a medida que esa clase disminuye, estos tienden a volverse universales. La lógica actual de la abyección, la nueva fuerza marginadora, es incomprensible si se abstrae de esta reestructuración más amplia de la relación de capital desde la década de 1970.

El barrio urbano marginal de este período es el lugar simbólico ejemplar para el juego de esta fuerza marginadora y el inmigrante negro su primer sujeto ejemplar, lo que antes llamamos el «principal abyecto» de la sociedad capitalista reestructurada. Pero esta lógica no se limita simplemente a distinciones de «raza». Durante las últimas tres décadas y media lo abyecto urbano ha mutado para abarcar una amplia gama de formas al tiempo que conserva un vínculo umbilical con las comunidades de inmigrantes de la década de 1970. De ahí el «chav», peculiar traducción de los nuevos residuos pobres de la clase obrera blanca después de su liquidación thatcheriana, como *si esta se hubiese convertido en una raza*.²⁴ Los agitadores del centro urbano de finales

23. BEATRICE WEBB, *My Apprenticeship* (1926), p. 166. Citado en Stedman Jones, *Outcast Londres*, p. 12.

24. Se dice que el término «chav» tiene asociaciones etimológicas con los gitanos romaníes, otra permutación de lo abyecto. Entró en uso general como una especie de término pseudorracializador de odio

de los 70 y principios de los 80 nunca fueron realmente un solo grupo monoétnico; incluso entonces, el significado de «raza» estaba menos dado por cualquier atributo biológico nocional que por el entorno urbano en sí mismo como un lugar de peligro y criminalidad, que exigía una ley y un orden más estrictos.

Y había muchos blancos que querían amotinarse en Notting Hill, St Paul's, Brixton. Pero con el tiempo los significados de lo abyecto urbano han cambiado: el militante negro se ha perdido como figura de miedo, pero el joven delincuente huérfano permanece, al lado de la figura de la madre escandalosamente fértil. Al conjunto se ha añadido la imagen de *Eden Lake* del *chav* adolescente encapuchado, encorvado detrás de un pequeño perro agresivo, y la de la familia multigeneracional que vive del paro.

Por la lógica social de la abyección, quienes caen en el régimen de inseguridad generalizada tienden a ser construidos como una u otra de estas figuras estigmatizantes, especialmente cuando su marginalidad está mediada a través de una configuración espacial específica, ligándolos a algún lugar notorio en la geografía urbana. Y como tales se encuentran directamente cara a cara con el lado más punitivo del Estado, dignos de sospecha en virtud de su vestimenta, su lugar de residencia, su aparente merodeo involuntario por lugares públicos...

Si bien las muertes bajo custodia policial siguen siendo una aflicción particularmente racializada, el acoso policial se da más ampliamente a los pobres. La incorporación incompleta de los negros al Estado británico desde la década de 1980 y la reconfiguración de la policía en torno a una mayor neutralidad burocrática ayudaron a descentrar la raza como punto desencadenante de disturbios sociales a gran escala. Lo más significativo quizás es que la eliminación de la Ley Sus y, de clase en Gran Bretaña a principios de la década de 2000.

por lo tanto, la disminución de prioridad de las tácticas de detención y registro de principios de la década de 1980 erosionaron una de las principales bases del sentimiento común contra la policía, lo que tal vez explica de alguna manera por qué los disturbios contra la policía que siguieron a los frecuentes asesinatos de personas negras en 1991 y 1995 no se convirtieron en conflagraciones a mayor escala como las que se veían diez años antes. Pero con la irrupción de la legislación antiterrorista en la década de los 2000 hemos visto un regreso de la vigilancia policial generalizada al estilo de la Ley Sus, aunque esta vez eliminando la necesidad de una «sospecha razonable». Una vez más, los habitantes de barrios urbanos pobres han estado sujetos a niveles cada vez mayores de detenciones y registros rutinarios respaldados por una legislación aparentemente destinada a algo completamente diferente. Si bien, en este contexto, el musulmán ha llegado a ser identificado como la principal figura de sospecha racializada —junto con el inmigrante de raza no especificada—, la legislación antiterrorista se ha utilizado también para la persecución de negros, chavs, viajeros, activistas, etc. De la misma forma, otras legislaciones como la introducción de la ASBO (Orden de Comportamiento Antisocial) han ayudado a criminalizar al proletariado urbano —típicamente identificado en sus encarnaciones más disruptivas y juveniles—.

Por supuesto, la lógica social en juego nunca es meramente unilateral. El Estado no *decide* simplemente castigar a los pobres, sino que desarrolla sus tácticas en relación orgánica con las prácticas de las comunidades en cuestión, así como con dinámicas sociales más amplias. Sin duda, ciertos modos de criminalidad y actividad del mercado negro se vuelven más pronunciados en estas áreas a medida que disminuyen las perspectivas de una incorporación regulada y estable al mercado laboral y a la sociedad en general. Pero la relación es claramente asimétrica, lo que está en juego para la policía

no son solo los problemas directos de orden público de barrios particulares, sino también su propia legitimidad para el capital, para el Estado y para una sociedad que en general es azuzada hacia niveles cada vez mayores de frenesí intolerante por parte de medios que bien saben vender sus historias. De hecho, al igual que el conteo de cadáveres de Vietnam, en los últimos años las detenciones y registros se han visto impulsadas por cuotas burocráticas en las que se espera que los agentes lleven a cabo un número específico de cacheos en un tiempo determinado, pero demostrando a su vez que no lo hacen basándose en ningún perfil racial, lo cual, por supuesto, es irrelevante si la zona en cuestión es predominantemente negra.

No obstante, mientras Gran Bretaña remaba en las aguas bajas del «boom de Clinton» y más allá, dicha artillería permaneció en su mayor parte inactiva y el lugar de los pocos disturbios que ocurrieron se desplazó a las comunidades musulmanas las cuales sufrieron una redistribución parcial de lo abyecto tras la era del 11-S. Por un tiempo las burbujas de activos, un sector de educación superior en constante expansión, las cualidades auráticas de la nueva tecnología y la mierda del «*cool Britannia*» proyectaron un futuro optimista en el que todos podrían esperar tener un papel, sin importar cuánto se vieses afectados por la deuda y la degradación. A medida que los aumentos salariales del acuerdo de la posguerra fueron quedando en el pasado y la riqueza siguió polarizándose, surgieron destellos de esperanza de otras áreas. El sector de la educación —que ya había crecido de manera espectacular a mediados del siglo XX generando cantidades cada vez mayores de trabajadores administrativos que llenaron el entorno comercial transformado de esa época— continuó ascendiendo y, a su vez, las oportunidades económicas reales desaparecieron. En lugar de las cualidades pseudogremiales estables del viejo movimiento obrero, el mercado laboral del capitalismo reestructurado sería una

meritocracia en la que se trataría simplemente de demostrar el valor individual de cada uno. Todo el mundo podría aspirar a ser, si no más rico que sus padres, al menos más formado. El brillo de las cualificaciones ofrecería la apariencia de un ascenso de clase y rompería aún más la espalda de esos viejos y recalcitrantes *resentimientos* proletarios que dictaban que cada uno debía mantenerse en el lugar que le correspondía; que las palabras elegantes *no eran para él*; que las charlas interesantes y esa clase de cosas inútiles no eran nada en comparación con sus manos callosas y honestas. El Nuevo Laborismo adoptó como política el intento de atraer a la educación superior a aquellos que abandonaron la escuela, mientras se disponía a demoler las becas para estudiantes. Incluso aquellos jóvenes proletarios que no lograrían entrar en el sistema universitario tendieron a cursar otras formas de educación posteriores a los 16 años, a menudo respaldadas por ayudas, con la esperanza de asegurarse un trabajo estable y bien remunerado, aspirando en última instancia a participar en la siempre creciente burbuja inmobiliaria.

Todo esto se esfumó con la crisis de 2008. Salvada del estallido total por uno u otro esfuerzo estatal, la burbuja inmobiliaria se quedó congelada en el aire, ya no presentándose como un fondo de pensiones sustitutivo, pero sí congelando a la mayoría de los aspirantes restantes. Cuando no se produjo el desplome total, solo se convirtió en una larga y lenta deflación. El binomio inflación de calificaciones-deflación salarial se mostró rápidamente como lo que era, a través de tarifas en aumento y perspectivas laborales que continuaban desvaneciéndose. Y, con la duplicación del desempleo casi de la noche a la mañana y una serie de medidas de austeridad que impactarían directamente en los niveles de vida, el «marginado urbano» se quedó sin perspectivas más allá de seguir siendo castigado por su propia situación mientras la policía intentaba mantener a raya a una sociedad dividida por crecientes tensiones. El horizonte general de empobrecimiento

y decrecimiento del futuro en el que todo esto ha tenido lugar es el de diferenciaciones fractales en las que generalmente ha faltado una mayor solidaridad, buscando su pequeña balsa salvavidas individual y echando a patadas a los demás. Trayectorias distintas, pero convergentes en su caída, capaces a veces de unificarse negativamente en un fugaz movimiento de rabia en este descenso, solo para dispersarse nuevamente, cada uno en su particularidad. A pesar de esta negatividad y descomposición, estos fueron años en los que la marea, que llevaba retrocediendo durante mucho tiempo, cambió.

EL GIRO

Si bien las lógicas a largo plazo de la abyección nos ayudan a identificar los habituales puntos desencadenantes de los disturbios urbanos modernos en Gran Bretaña —con su enfoque en la policía, las detenciones y registros y sus inflexiones raciales—, es incapaz de explicar la especificidad de la ola de disturbios de 2011 en su conjunto. El punto de ruptura antipolicial es solo eso, un punto de ruptura, pero más allá, la ola se desborda en una multitud de eventos y actores demasiado grandes y variados para ser legibles en los mismos términos. Llegados a ese punto, nuestro objeto se convierte en un fenómeno nacional, que quema una gran parte de la Inglaterra urbana y provoca convulsiones en los principales órganos del estado capitalista. Es por ello que debemos plantearnos la cuestión de por qué una revuelta local convencional contra la policía puede precipitar una conflagración a tan gran escala en este momento en particular y no en otro. No cabe duda de que la respuesta general a esta pregunta se encuentra en las secuencias de lucha en los momentos de crisis, y que los disturbios de 2011 deben verse, en última instancia, como un momento en un resurgimiento global más amplio, un resurgimiento en el que la forma de los disturbios ha jugado un papel no precisamente pequeño.

Pero mientras que el contexto unificador general para todas estas luchas es, por supuesto, el de la crisis económica, es difícil identificar con precisión cualquier articulación directa entre los disturbios de Inglaterra de 2011 y otras luchas a nivel mundial. Lo que *está* claro es que no fue casualidad que el rápido contagio de esta ola de disturbios se produjera en un país que ya hervía de luchas abiertas que se venían construyendo a través de años de crisis social.

Estas luchas llegaron a un punto crítico en 2010-2011 solo para sentir su propia imposibilidad frente a un Estado que no aceptaría ninguna demanda, pero la proliferación de disturbios dentro de las manifestaciones estudiantiles y sindicales de ese período, y la composición cambiante en estos hacia sectores más jóvenes y proletarios, habían transformado el horizonte de posibilidad, estableciendo nuevos modos de excitación violenta y contestación como precedente inmediato. Si las comunidades del centro de la ciudad unidas contra la policía proporcionaron una medida compacta de material socialmente combustible, el constante calor de la época y la sequedad quebradiza de un terreno más amplio prepararon el escenario para que Tottenham se convirtiera en Inglaterra.

Las primeras chispas del malestar acumulado surgieron con una serie de huelgas, ocupaciones y marchas entre enero y noviembre de 2009. La refinería de petróleo Lindsey vio acciones salvajes que parecían un retroceso a una era anterior de la lucha de clases británica, cuando los trabajadores ocuparon el sitio en respuesta a que el nuevo contratista italiano IREM entregase un alto porcentaje de sus nuevos contratos a trabajadores italianos y portugueses. Estas huelgas llevaron rápidamente a acciones de solidaridad a nivel nacional —ilegales en el Reino Unido desde la Ley de Empleo de 1990— en otras refinerías de petróleo y, posteriormente, en centrales eléctricas. Aunque se crearon nuevos puestos de trabajo para

apaciguar las demandas de una distribución del trabajo a partes iguales, los subcontratistas tuvieron que dar media vuelta y despedir a la mitad de estos trabajadores nuevamente en junio, lo que provocó una segunda ola.

En marzo Ford Visteon fue declarada insolvente y puesta en suspensión de pagos, lo que resultó en el cierre de tres de sus fábricas. Alrededor de 610 trabajadores fueron despedidos al cierre de la jornada sin finiquito ni garantías de pensión. La ocupación de siete semanas de la fábrica de Belfast ganó un intenso apoyo de la comunidad cercana, donde vivían los trabajadores. Los trabajadores de Basildon destrozaron su lugar de trabajo —el cual no contenía maquinaria realmente valiosa— y luego realizaron un piquete de 24 horas. Los trabajadores de Visteon también ocuparon su centro en Enfield durante nueve días. Y, en octubre y noviembre, Royal Mail se declaró en huelga por la «modernización» del trabajo postal. Estas acciones fueron pequeñas, particularizadas y muy limitadas, pero coincidiendo con el inicio de una gran crisis y en un contexto histórico estéril, aparecieron como los primeros murmullos de un período de contestación que se aproximaba. Sin embargo, iban a resultar atípicas en relación con la ola que se avecinaba, en la que las luchas inmediatas de los trabajadores serían marginales: en la peculiar economía posindustrial de Gran Bretaña, incluso el problema de las luchas que rompen un «suelo de cristal» rara vez entra en la agenda.

Mientras tanto, las luchas en los campus universitarios localizadas y, en gran parte, independientes habían estado burbujeando de fondo. Para algunas universidades los planes de reestructuración se habían establecido firmemente antes de que se materializara la crisis, a menudo por medio de siccarios externos cuyo fin único era realizar rápidamente recortes drásticos y reorganizaciones departamentales. Las tendencias hacia la privatización, la modernización y la subcontratación

que se han acelerado en esta crisis ya avanzaban a buen ritmo en los años anteriores. Pero mientras estas condiciones generalizadas provocaron ondas de protestas entre 2007 y principios de 2009, los ataques de Israel en Gaza provocaron una ola nacional de ocupaciones universitarias. Aunque sin ninguna relación, estos fueron los precursores directos de las ocupaciones contra los recortes que siguieron. Los grupos antiausteridad surgieron principalmente en la segunda mitad de 2009 cuando las cifras del Tesoro revelaron un recorte de 100 millones de libras esterlinas en la financiación de la educación prevista para el año siguiente, el primer recorte de este tipo desde la década de 1980. Los estudiantes respondieron rápidamente con contrademandas que eran tan imposibles como predecibles, la simple negación del anuncio en sí mismo: no a los despidos, no al aumento en las tasas de matrícula, no a los recortes de fondos, reducciones en el salario de los ejecutivos, garantía de libertad académica.²⁵ Si bien la formulación de tales demandas en las condiciones actuales produce una reacción diferente, la brecha abierta por esta disonancia cognitiva en aquel momento permitió que el análisis comenzara a desarrollarse a través de una variedad de protestas, ocupaciones, acciones, grupos de discusión y textos colectivos. Era una brecha no solo entre cierto «realismo capitalista» y lo que este realismo descarta, sino entre nuestra capacidad para revisar a la baja las expectativas mantenidas durante mucho tiempo y la tasa de aceleración a la que las perspectivas realmente se estaban desvaneciendo: la lógica sistémica por la cual tanto el «no a los recortes» como el «graduado sin futuro» encuentran su acomodo en la agenda. Estas primeras luchas universitarias localizadas no comenzaron a partir de una identidad o programa positivo, estable y homogéneo. Además de pronunciar las impotentes súplicas de la antiausteridad y buscar la apariencia de los eslóganes de la década de 1960, se retomaron los mensajes desarrollados a

25. Reivindicaciones iniciales de la campaña Sussex Stop the Cuts tras su primera reunión en octubre de 2009.

través de los movimientos estudiantiles en Austria y Alemania, Nueva York y California: «No exijas nada, ocupa todo» y «No hay futuro».

DIENTES

En diciembre se produjo un cambio cuando el Nuevo Laborismo soltó una «navideña patada en los dientes», anunciando nuevos recortes de 135 millones de libras, esta vez específicamente para universidades, de forma adicional a los recortes generales por «eficiencia» de 600 millones de libras esterlinas a principios de ese mes. La embriaguez propia de la festividad entorpeció temporalmente la respuesta ante los primeros recortes en términos reales del gasto público por estudiante en décadas. Pero estas luchas pronto se intensificaron dentro de sus propios límites y comenzaron a desarrollarse *ad hoc* conexiones de solidaridad con otros campus. Sin embargo, a medida que se dejó a los departamentos individuales de cada universidad englobar y vincular de forma activa los recortes presupuestarios en sus propias agendas, los estudiantes permanecieron en gran medida atrapados en batallas locales y seccionales por despidos, recortes en la financiación sindical, erradicación de servicios y la aniquilación de los departamentos de humanidades no rentables. Uno a uno, los recortes golpean a las universidades de todo el país, dando como resultado una proliferación espontánea de actividades: gestos de solidaridad, jornadas de acción conjunta, carnavales, fiestas y encuentros. Para la primavera de 2010 ya se había producido una ola de ocupaciones, siendo la más destacada Middlesex, cuyo departamento de filosofía de tendencia izquierdista —uno de los pocos en el Reino Unido— fue amenazado con el cierre. Estas ocupaciones motivaron un mayor movimiento entre campus, pero con las ocupaciones también vinieron los daños a la propiedad y unos mayores niveles de represión. Cuando cincuenta

estudiantes de Sussex ocuparon el edificio administrativo de la universidad, seis fueron expulsados por allanamiento y «mantener al personal como rehenes» en una protesta que terminó con la policía antidisturbios luchando contra los estudiantes en suelo universitario, mientras un vicerrector supervisaba la acción.

Las elecciones generales de mayo de 2010 fueron un importante punto de inflexión. Sin ningún partido político que lograra obtener el apoyo suficiente para ganar por completo, Gordon Brown —quien, a lo largo de su carrera en el Tesoro, había afirmado haber «puesto fin al auge y la caída»— renunció y el Reino Unido vio un gobierno de coalición de conservadores y demócratas liberales, la primera verdadera coalición desde la Segunda Guerra Mundial. Muchos estudiantes habían votado por los demócratas liberales de Nick Clegg según sus promesas electorales de no aumentar las tasas de matrícula, de lo que se retractaron casi al instante. El liderazgo conservador en medio de una severa crisis económica hizo resonar la era de Thatcher, pero esta vez con su pequeño y mentiroso aliado junto a ella, lo cual evocó sentimientos de mayor desprecio dentro del naciente movimiento estudiantil. La nueva coalición pronto publicó su revisión de gastos, fijando los presupuestos para cada departamento gubernamental hasta 2014-15, con el objetivo declarado de eliminar el déficit presupuestario estructural a través de recortes drásticos, en un horizonte móvil de cinco años. El vacío en la financiación de la educación debía llenarse mediante una importante reestructuración del sistema educativo: el Informe Browne, publicado al mismo tiempo, recomendaba eliminar el tope de las tasas de matrícula, las cuales deberían pagarse comprometiendo a los estudiantes universitarios con hacer frente a deudas del tamaño de una hipoteca. Sin embargo, los latigazos repartidos por los Antiguos etonianos del gabinete gobernante no se limitaron a lo ya descrito. Como si le diera la bienvenida a un conflicto

más amplio que no podía sino amenazar con surgir, el Estado asumió muchos otros temas simultáneamente con una serie de medidas de austeridad que afectaron a diversos estratos. Los drásticos recortes en el gasto público llevaron al surgimiento o removilización de múltiples grupos que cambiarían la dinámica de las luchas contra la austeridad. Antes de las elecciones, la campaña *Save EMA*, creada el año anterior, había hecho prometer a David Cameron que protegería la subvención de EMA.²⁶ Incluso después de su elección, el secretario de Educación, Michael Gove, declaró oficialmente su compromiso con ella. No obstante, la Coalición anunció planes para recortar la financiación de EMA en un 90%. Se consideró innecesaria una votación parlamentaria debido a que se trataba de un gasto departamental en lugar de gubernamental, lo que indicaba para muchos que el gobierno ni siquiera los reconocía como sujetos. La campaña *Save EMA* realizó múltiples protestas en todo el Reino Unido en 2010 y luego comenzó a filtrarse en las manifestaciones centrales del movimiento estudiantil.

Al mismo tiempo, en Haringey —el distrito londinense donde se encuentra Tottenham— los residentes regresaron después de las vacaciones de verano para descubrir que ocho de los trece clubes juveniles habían cerrado misteriosamente. «Salvar los servicios juveniles de Haringey», un proyecto local de alrededor de 3000 miembros y de los cuales dos tercios eran jóvenes, se vio envuelto en una campaña larga y frustrante no solo para recuperar sus clubes juveniles, sino para descubrir en primera instancia qué es lo que les había sucedido realmente. El 10 de noviembre se vieron obligados a presentar una solicitud de libertad de información simplemente

26. EMA (Asignación de Manutención de Estudios): prestación de entre 10 y 30 libras semanales para jóvenes de 16 a 19 años procedentes de familias con bajos ingresos, destinada a sufragar los gastos de desplazamiento y equipamiento, lo que les permite permanecer en la escuela.

para obtener la confirmación de su cierre. Coincidentemente, el mismo día se produjo el acontecimiento que marcó la radicalización del movimiento antiausteridad. Aunque una parte de los movimientos antiausteridad universitarios y otros más generales habían cobrado un impulso creciente a lo largo de este período, el verdadero cambio cualitativo se produjo cuando el edificio que albergaba la sede de los conservadores en Millbank fue asaltado y ocupado por un grupo de estudiantes y jóvenes universitarios durante una manifestación estudiantil dirigida por un sindicato.

MILLBANK

Una semana antes David Willetts, Ministro de Estado de Universidades y Ciencia, había aceptado la Browne Review, pero estableció el límite de las tasas de matrícula en 9000 libras esterlinas, triplicándolas de la noche a la mañana. En respuesta, el Sindicato de Colegios Universitarios (UCU) y el Sindicato Nacional de Estudiantes (NUS) —ahora reconociendo las luchas estudiantiles espontáneas y, al menos, dotándolas de un marco nacional— convocaron una manifestación que atrajo a alrededor de 50.000 estudiantes universitarios de nivel A y de educación superior, así como a profesores y al resto del personal educativo. Sin embargo, no se trataba simplemente de las tasas de las matrículas; en juego también estaban la subvención de la EMA, el paro y la precariedad generalizada. El NUS y su entonces presidente Aaron Porter —que pronto se convertiría en un consultor educativo de 125 libras la hora— cooperó estrechamente con la policía en la preparación de la marcha, ayudó a diseñar la ruta y actuó como un perro guardián durante todo el día, garantizando que los manifestantes no se desviasen del camino establecido. La marcha debía pasar por Whitehall y Westminster y terminar en Tate Britain, donde Porter daría un discurso. Miles de personas no llegaron tan lejos.

En el exterior del Parlamento volaban mensajes de texto y tuits sobre cómo estaban comenzando las cosas en Millbank —el que una vez fue hogar del Nuevo Laborismo y que ahora era el hogar de los Tories— justo al final de la calle. Alrededor de 100 personas habían entrado al edificio gritando «¡Basura Tory, aquí estamos!», mientras que miles, en su mayoría escolares y estudiantes universitarios, habían inundado el patio y vitoreaban a las ocupantes de arriba. «¡Grecia! ¡Francia! ¡Ahora aquí también!». Cuando llegó el Grupo de Apoyo Territorial²⁷ fueron atacados simultáneamente, a ras de suelo por la multitud y desde arriba con huevos, palos, botellas e incluso un extintor. Una fila de representantes de los NUS, de aspecto nervioso, unió sus brazos formando una cadena, tratando de evitar que entraran más, entre gritos de «¡Vosotros también sois Tories! ¡Qué vergüenza volverse azul!»

Conversaciones enojadas y excitadas en la multitud: el estado moribundo de la NUS, el potencial derrocamiento de la Coalición. Hogueras encendidas, efigies de Cameron y Clegg quemadas, gente extasiada, sistemas de sonido reventados, una gran fiesta que duró varias horas. Muchos de los cánticos, pancartas y lemas sonaban familiares de las luchas universitarias del año anterior; un sentido al mismo tiempo de continuidad y discontinuidad. Este evento dramáticamente simbólico había inducido un cambio en el horizonte de posibilidades: desaparecido el inevitable aburrimiento y la inutilidad de las convencionales manifestaciones en el centro de Londres, en su lugar tomaba lugar la posibilidad de una diversión destructiva y poderosamente simbólica para una generación de niños nacidos después de los disturbios de Poll Tax. Si bien la huelga como una forma importante de

27. Creado en 1987 como reencarnación del tristemente célebre Grupo de Patrullas Especiales (SPG), mencionado anteriormente. Fue uno de los principales aspectos de la remodelación de la policía británica tras los disturbios de 1981.

lucha había ido perdiendo su papel durante las décadas anteriores, la manifestación había crecido aparentemente como un medio para la expresión ordenada de la disidencia piadosa.²⁸ Las limitaciones de esta forma se hicieron patentes en 2003, cuando la protesta más grande jamás realizada en el Reino Unido —contra la guerra de Irak— no logró hacer más que ayudar a establecer un consenso nacional de objeción cortés a lo inevitable.²⁹ A lo sumo, la «violencia de una pequeña minoría» al margen de tales manifestaciones podría esperar crear algún espectáculo mediático que de otro modo faltaría por completo en la caminata hacia Speaker's Corner o Trafalgar Square. Así nos encontramos con una cierta racionalidad al estilo antiglobalización consistente en la «diversidad de tácticas», así como un tedioso ritual de dividir a los manifestantes entre «buenos» y «malos». La invasión de Millbank puso en marcha una crisis en este constructo. NUS, el gobierno y los medios cantaron inicialmente, por supuesto, la misma hoja de himno tradicional, con Aaron Porter describiendo a Millbank como la «despreciable» obra de una «pequeña minoría rebelde» y ofreciendo una consagrada arma de lucha como alternativa: la vigilia con velas. Habiendo salido de las sombras de los años de Blair, el NUS confirmó rápidamente su propia ilegitimidad en relación a

28. Ver ADRIAN COUSINS, 'The crisis of the British regime: democracy, protest and the unions', *Counterfire*, 27 de noviembre de 2011. Las conclusiones de Cousins son quizá contraintuitivas, dada la relativa ausencia actual del tipo de manifestaciones de izquierda que eran habituales en los años setenta y ochenta. Las estadísticas no miden el tamaño o la frecuencia de las manifestaciones, sino el número de personas que declaran haber participado en ellas. Es posible que dicha participación se haya generalizado socialmente, mientras que la participación repetida de un núcleo de «sospechosos habituales» ha disminuido.

29. Tendría que pasar otra década para que ese consenso se actualizara a nivel de Estado, con el fracaso del Gobierno Tory a la hora de obtener el apoyo adecuado para la guerra contra Siria.

un movimiento estudiantil que estaba en otra parte, haciendo algo mucho más apasionante. A partir de aquí, proliferarían tácticas menos educadas —destrucción de propiedades, lucha contra policías, ocupación de edificios— y los crecientes grupos de escolares enmascarados que formaban el núcleo de gran parte de estas acciones se parecerían cada vez menos a una minoría de «anarquistas profesionales».

En estas manifestaciones fuimos testigos repetidas veces de discusiones en la calle entre la gente debido a esta creciente fragilidad, incómoda ante la cesión de las distinciones convencionales. Calle Oxford; una mujer de aspecto adinerado, bolsas de la compra; gritando a un grupo de adolescentes encapuchados y de apariencia muy joven: «¿Por qué os tapáis la cara!? ¿No os dais cuenta de que no somos vuestro enemigo? ¿Os apoyamos, pero no os cubráis la cara!» El miedo a una pérdida del orden era palpable.

Un periodista de *The Guardian* expresó su sorpresa después de hablar con los ocupantes de Millbank: «Entre las personas vestidas de negro también había niños, y varios estudiantes emocionados dijeron que esta era su primera manifestación».³⁰ Las narrativas estándar de «agitadores externos» y «militantes» ahora estaban siendo desplazadas a la fuerza por una de «estudiantes radicalizados por los recortes». En su lugar, los medios gestaron una nueva distinción con la aparición de grupos como UK Uncut y Arts Against Cuts, que proporcionó la figura del «buen» estudiante radicalizado, capaz de articular con mayor elocuencia su radicalidad, participando en recitales de poesía y performance, se oponía a los actos de destrucción y ocupación de bienes, aunque estos aspectos fueran inextricables.

30. PATRICK SMITH, 'Student protest: the NUS lobby wasn't enough for us', *Guardian*, 10 de noviembre de 2010.

CLASE MEDIA

Ha sido un tema recurrente de algunas interpretaciones del movimiento estudiantil y los disturbios el leer su relación, por analogía con los disturbios de la *banlieue* francesa y el movimiento CPE de 2005-2006, como otro caso de un movimiento estudiantil de clase media que se ve perturbado por elementos más lumpen —a veces con un trazado implícito de estos términos en el tradicional eje de reforma-revolución—. Es una verdad banal de ese momento que la distribución social de la miseria tendía a favorecer elementos del movimiento estudiantil que no estaban también presentes en las revueltas; sería difícil, por supuesto, encontrar en alguna parte de las revueltas el tipo de sentimientos liberal-progresistas de los estudiantes de la UCL que sabían perfectamente que habría muchos graduados con bastante peor futuro que ellos.

Pero sería una gran tergiversación entender esto como una cuestión de estudiantes de «clase media» a los que se les llenó «su» movimiento de alguna «clase inferior». Como era de esperar, hubo muchos estudiantes universitarios involucrados en estas luchas que no eran de clase media: en 2011 la tasa de participación en la educación superior del Reino Unido era en torno al 50%. Aunque la participación obviamente se distribuye a favor de los más adinerados, sigue siendo cierto que ir a la universidad es una actividad proletaria normal, y no es inusual que los niños de los barrios marginales aspiren a algún logro académico. Incluso se podría decir que la polarización en Gran Bretaña consiste más en a qué universidad vas y qué grado estudias que en si obtienes un título o no —el estudiante de Comunicación Audiovisual de London South Bank frente al de Filosofía, Política y Economía de Oxbridge o LSE; el licenciado en Literatura del *call-center* vs el trabajador analfabeto con un oficio real—. Y con la devaluación de la educación superior, lo que alguna vez

pudo haber sido visto correctamente como un privilegio se ha convertido cada vez más en una carga de deuda. En 2010 el estudiante británico ya compatibilizaba habitualmente estudios con empleos precarios a tiempo parcial para complementar su préstamo estudiantil, o bien dependía de la asistencia social —condiciones que empeoraron con la profundización de la crisis—. No fue, pues, un accidente ni una intrusión enteramente externa lo que desplazó al movimiento estudiantil hacia una composición más negativa y rebelde al sentir el vacío de sus propias demandas.

El movimiento estudiantil siempre fue, en cierto sentido, un movimiento «proletario», aunque uno en el que algunos miembros eran claramente menos proletarios que otros. La convención dicta a uno a imaginar que el lumpenproletariado es joven porque los jóvenes tienden a mezclarse con los ociosos e irresponsables, situándose como acostumbra en la frontera del mercado laboral. Pero la juventud, por supuesto, no es una clase: no se puede suponer que los participantes más jóvenes y los «niños de EMA» que entraron en el movimiento a partir de Millbank representaban en un sentido claro una clase distinta de los que ya estaban involucrados en el movimiento. Si bien la EMA podría ser necesaria para apoyar la formación profesional posterior a los 16 años, en lugar de la académica, al mismo tiempo no era un tema fundamentalmente separado de las tasas universitarias: tanto los recortes a la EMA como los aumentos de tarifas universitarias podrían afectar potencialmente a las mismas personas, que podrían necesitar apoyo financiero para continuar su educación después de los 16 años para luego ir a la universidad. Y la misma persona podría verse afectada simultáneamente por el cierre de clubes juveniles, e incluso por las detenciones y los registros. Pero lo que se puede decir con certeza aquí es que los futuros recortes de ese momento golpearon duramente no solo a los más pobres, sino también a los más jóvenes: mientras que los que ya estaban en

la universidad podrían sobrevivir con tasas moderadas durante sus últimos años, aquellos un par de cursos por debajo tendrían que hacer frente a 9000 libras al año durante toda su educación universitaria, si es que consiguieran llegar tan lejos, pues perderían el apoyo estatal para sus estudios pre-universitarios, ingresarían a un mercado laboral más duro y así sucesivamente. Y, por supuesto, los jóvenes tienden a ser menos acobardados en sus interacciones con la policía, ya que aún no han sido completamente adiestrados en esos asuntos...

OCUPACIÓN

Tras el entusiasmo de Millbank tuvo lugar otra gran ola nacional de ocupaciones —unas treinta y cinco en total— que proporcionaron lugares para la planificación de las futuras acciones. Los estudiantes se estaban volviendo cada vez más combativos en relación a la policía; por ejemplo, una ocupación armó un sistema de monitorización personalizado para mapear la acción policial durante las protestas. Las ocupaciones creaban sitios web y cuentas de Twitter, páginas de Facebook, etc. para comunicarse las 24 horas del día entre sí y con el público en general. Atraieron a una gran cantidad de visitantes: profesores, intelectuales, activistas, actores, escolares.

Pero eran fundamentalmente incapaces de convertirse en algo realmente conflictivo: en su mayor parte, las administraciones universitarias simplemente los toleraban, y cualquier intento de intervenir disruptivamente en los flujos de la vida universitaria cotidiana, como el de Goldsmiths donde los estudiantes ocuparon la biblioteca, servía para deslegitimar inmediatamente las ocupaciones a los ojos del cuerpo estudiantil en general. Con estas luchas ostensiblemente dirigidas a defender la educación, la interrupción de

la universidad apareció como una táctica inmediatamente contradictoria, dejando que la mayoría de estas ocupaciones subsistieran en una cooperación incómoda con las autoridades universitarias, funcionando como base para la planificación de manifestaciones más grandes. Grupos en Brighton, frustrados por los límites de las ocupaciones de sus campus, comenzaron a hacer esfuerzos para incorporar incluso a estudiantes más jóvenes, visitando escuelas para alentar huelgas y protestas.

Los días 24 y 30 de noviembre la NCAFC y el ULU,³¹ ambas recién movilizadas después de Millbank, convocaron paros y protestas nacionales para estudiantes de todas las edades, alentando su propagación: «[...] marca los detalles en el pavimento fuera de tu centro educativo [...], pide que la gente “envíe mensajes de texto virales” —es decir, envía un mensaje de texto a tus amigos para que lo reenvíen a sus amigos [...]—, envía mensajes de texto a todos tus amigos en diferentes escuelas y diferentes universidades diciéndoles que tú vas».³² En este tiempo, una nueva red de estudiantes más jóvenes, los llamados «Estudiantes de Educación Superior y Escolares Contra los Recortes», se mantuvo en constante comunicación con los grupos universitarios. Había mucha más gente joven en estas manifestaciones y la atmósfera era como una gran fiesta. Al igual que los disturbios que lo siguieron, la policía no estaba preparada para Millbank, reclutando solo a 225 oficiales para una multitud prevista de 20.000 y que en realidad llegó a los 50.000. En consecuencia, las

31. NCAFC: Campaña Nacional contra las Tasas y los Recortes, autodenominada «red de activistas estudiantiles y trabajadores de la educación», impulsada por el University College de Londres en febrero de 2010. ULU: Sindicato de la Universidad de Londres; con diferencia, el mayor sindicato de estudiantes de Londres, y a menudo una organización central en las manifestaciones estudiantiles.

32. Este llamamiento apareció en la web de la NCAFC, anticuts.org.uk.

manifestaciones posteriores vieron una mayor presencia policial, más violencia y la implementación de *kettling*.³³ Esta táctica parece haber sido utilizada por primera vez en Londres en 1995 contra personas discapacitadas en una protesta por los derechos de las personas con discapacidad frente al Parlamento, antes de ser afinada en las protestas ante la OMC de 1999 y empleada nuevamente en las protestas del Primero de Mayo de 2001.

A pesar de ello, la inclinación del sistema judicial hacia el castigo rápido y severo de los activistas —enviándolos a los Tribunales de la Corona, donde las penas son mucho más severas— no tuvo tal precursor.³⁴ Esto pareció haber sentado un precedente para el castigo de los alborotadores en el agosto siguiente. Que Edward Woollard, el estudiante que arrojó un extintor de incendios desde el techo de Millbank, fuera arrestado por intento de asesinato y luego sentenciado a dos años y medio de cárcel por desorden violento fue aprobado por una gran parte del público. Sin correr riesgos, un superintendente en jefe para el extremismo doméstico, designado una semana antes, inició una operación de inteligencia para monitorizar la peligrosa incitación de los «elementos marginales», mientras que el 24 de noviembre el Met inundó el centro de Londres con mil policías adicionales del Gran Londres, equipados con equipos antidisturbios y monturas. Bloqueando a los manifestantes de Parliament Square —su lugar típico de contención forzada—, estas protestas se caracterizaron por las grandes persecuciones, con estudiantes corriendo por callejones traseros, esquivando y tratando de burlar a la policía hasta que finalmente los acorralaban. Las atmósferas iniciales eran festivas, con equipos de sonido para dubstep y grime, muchos bailes y bengalas de colores; pero

33. NdT: táctica policial consistente en cercar las manifestaciones para evitar su dispersión y controlar su desarrollo.

34. Sólo el 5% de los «presuntos delincuentes» suelen comparecer ante el Tribunal de la Corona.

a medida que pasaron las horas, la multitud se frustró y comenzó a destrozar y prender fuego a las cosas. Después de varias horas de baile, intercaladas con enfrentamientos violentos, finalmente liberaron a todos. Alrededor de la ciudad, aquellos que no quedaron atrapados en los cercos participaron en una serie masiva de acciones fugaces, protestando y ocupando lugares en las universidades y escuelas de todo el país.

PALO

Aunque la violencia se había estado acumulando y proliferando a lo largo de las protestas, el día de la votación en diciembre, cuando previsiblemente se aprobarían los aumentos de tasas, fue el pináculo de la acción policial. La respuesta policial a Millbank fue la implementación general del *kettling*, cargas montadas sobre las multitudes y, cada vez más, ataques generalizados contra los manifestantes: la porra a la cabeza. El hecho de que la composición de estas protestas ahora involucrara una mezcla de estudiantes más jóvenes y turbulentos parecía solicitar respuestas cada vez más duras por parte de la policía. El día de la votación se instalaron hospitales de campaña para atender a las víctimas previstas y se atendió a una treintena de manifestantes por lesiones en la cabeza, lo que generó más de cincuenta denuncias registradas ante el IPCC. Un estudiante de Middlesex, Alfie Meadows, fue golpeado con una porra cuando intentaba escapar de un cerco en Parliament Square y tuvo que ser trasladado de urgencia al hospital para una cirugía cerebral inmediata que le salvó la vida.³⁵ Otro manifestante, Jody McIntyre, fue retirado de su silla de ruedas y arrastrado por el suelo por

35. Como si se tratara de una muerte bajo custodia policial, la policía invirtió la historia y acusó a Alfie y a su amigo Zak King de desórdenes violentos, acusación que acaban de conseguir que se retire.

unos policías. Estas fueron solo las historias que atrajeron la atención de los medios y el público general, siendo promovidas por amigos y grupos de apoyo, pero hubo muchos más casos de este tipo.

Todo Westminster se configuró como una serie de *kettles* masivos, algunos móviles, otros más rígidos, que provocaron estallidos frustrados de lucha. En un gesto hipersimbólico, un manifestante enmascarado logró liberarse y escalar Whitehall, antes de romper las ventanas del Tesoro. La gente prendió fuego a todo lo que pudo encontrar, incluido el árbol de Navidad gigante en Parliament Square, para mantenerse caliente en medio de unas temperaturas gélidas. Recibimos un mensaje que decía que la Galería Nacional estaba siendo ocupada por una turba a toda velocidad. Mientras tanto, en Regent Street, se produjo otro ataque altamente simbólico, esta vez contra una institución británica caricaturesca, cuando un automóvil que transportaba al Príncipe Carlos y Camila al London Palladium para un Espectáculo Real de Variedades fue atacado por manifestantes que gritaban «¡que les corten la cabeza!». Que un manifestante lograra atizar a la consorte del heredero con un palo, a través de la ventana abierta del coche, aparentemente hizo que las autoridades sintieran escalofríos por la proximidad de la «turba». Pero un gran grupo fue encerrado en un cerco hermético en el puente de Westminster sin comida, agua ni instalaciones sanitarias durante horas en el frío helado, algunos necesitaron tratamiento por problemas respiratorios, dolores en el pecho o magulladuras en las costillas por el aplastamiento sufrido.

En enero, mientras los ojos se volvían hacia otra ola de lucha que ahora se estaba gestando en el mundo árabe, el Parlamento definitivamente votó a favor de recortar la subvención de la EMA. Si bien la presencia de chavales más jóvenes y más turbulentos había dotado de dinamismo y entusiasmo a un movimiento estudiantil más limitado, hubo una relativa

falta de participación recíproca de los estudiantes universitarios el día de la EMA. En el mismo mes, la prensa informó a los residentes de Haringey que el ayuntamiento había acordado oficialmente recortar los servicios para jóvenes en un 75%. Un concejal afirmó erróneamente que ya se había consultado a la comunidad y que todo estaba bien, ya que había una plétora de organizaciones voluntarias listas y dispuestas a intervenir para hacerse cargo del trabajo adicional. Luego, el consejo alertó que, si la comunidad no cooperaba con los recortes, sería a expensas de los niños «discapacitados y abusados»,³⁶ pero que felizmente se comprometería y ofrecería una consulta sobre el 25% restante. Los trabajadores jóvenes de Londres pronto notaron la creciente tensión en torno a estos temas y algunos comenzaron a predecir disturbios.³⁷

Con el pago de la matrícula y los votos de la EMA perdidos y sin nada similarmente concreto en el horizonte, las protestas posteriores se volvieron caóticas, teatrales, divertidas y frustrantes. La «Marcha por la Alternativa» del TUC (Congreso de Sindicatos) en marzo de 2011 fue la segunda manifestación más grande jamás realizada en suelo británico, sacando a las calles de Londres a gran parte del movimiento obrero remanente y proporcionando otro esqueleto organizativo para los elementos más caóticos y heterogéneos que habían surgido a través del movimiento estudiantil. El punto de destino de todas las marchas dirigidas por los sindicatos era Hyde Park, el que una vez fue el lugar de los disturbios del Sunday Trading Bill de 1855 —considerados por Marx en su momento como el presagio de la revolución inglesa

36. 'Our Story So Far', de la página web *Save Haringey Youth Service*.

37. Cabe señalar que al menos parte de la reestructuración de los servicios de juventud impulsada por los recortes tenía un enfoque abiertamente punitivo, dando prioridad a los puestos de trabajo de los especialistas en delincuencia juvenil. Ver ALEX NEWMAN, 'Hackney Council Youth Services Job Cuts Slammed', *Hackney Citizen*, 4 de abril de 2011.

venida—,³⁸ principal punto de reunión del movimiento cartista y de la Liga Reformista; durante mucho tiempo un escenario estándar para la realización de gestos políticos, a una distancia segura de las instituciones y escaparates del centro de Londres. Una buena parte del estimado cuarto de millón de personas presentes ese día caminaron penosamente por la vieja y cansada pista de Hyde Park, para que el líder del Partido Laborista, Ed Miliband, que se tambaleaba sobre un pedestal, les asegurara que podían relajarse, porque había llegado «la alternativa»: no era necesario reducir el déficit a través de medios tan desagradables. A medida que se desarrollaba el movimiento estudiantil, el número de manifestantes había llegado a su límite de tolerancia para tales formas, prefiriendo quedarse atrás y conservar energía para actividades de ruptura más orgánicas y espontáneas, partiendo de una u otra de las diversas marchas.

En Oxford Circus, UK Uncut estaba llevando a cabo un día de acción contra las empresas evasoras de impuestos y la policía rodeó de forma protectora a las más grandes y caras. Las furgonetas antidisturbios rodearon por completo el Apple Store que, sin embargo, estaba repleto de compradores; Topshop, empapado en pintura y grafiti, con varias ventanas rotas, ahora estaba fortificado con hileras de policías antidisturbios. Cerca de allí los científicos repartían panfletos que imitaban la estética de los periódicos socialistas. Nuestro día consistió en llegar a la reciente destrucción de una acción que acababa de caducar, tras haber sido dirigidos al lugar mediante un tuit o SMS. La sensación era de mayor fugacidad y dinamismo que los sucesos anteriores previos a la votación, podías saltar de unas acciones o intervenciones a otras; algunas reales, algunas actuadas. BHS ocupado por poetas; una mujer trajeada persiguiendo un billete humano de 20 libras; una banda de Robin Hoods cabalgando, durante horas, en

38. MARX, 'Anti-Church Movement Demonstration in Hyde Park', *Neue Oder-Zeitung*, 28 de junio de 1855 (MECW 14), p. 303.

caballos imaginarios. De nuevo, una mezcla de estudiantes, escolares, artistas, anarquistas; grupos pequeños y diversos en un gran flujo móvil; una masa enjambre en una tangente a la marcha sindical principal, pero aún logrando ocupar grandes áreas del centro de Londres. Piccadilly estaba ahora bajo asedio y el Ritz había sido destrozado. Una distinción espacial más nítida en formas divergentes de acción parecía indicar una concentración reducida y un alcance más amplio, en comparación con las concentraciones de las manifestaciones precedentes. UK Uncut había ocupado Fortnum and Mason, la tienda de comestibles favorita de la Reina, y algunas ocupantes estaban en el balcón bebiendo botellas de champán que se habían llevado.

La atmósfera exterior se volvió tensa cuando los antidisturbios entraron en la zona y comenzaron a formar filas en todas las calles laterales. Parecía una táctica consciente para ese día con el fin de evitar la necesidad de cercar, lo cual podría tacharlos de ser una amenaza. Después de esas largas y violentas horas de confinamiento en diciembre, el miedo al *kettling* era explosivo, y cualquier señal de ello enviaba enormes multitudes que abucheaban a la policía hasta que retrocedían. Un grupo de manifestantes la rodeó momentáneamente, coreando «¡Cercad a la policía!»; Una mujer posó para una foto, sosteniendo una tetera y con un cartel que decía «Cameron, no enciendas la maldita tetera»; un hombre gravemente herido se tambaleó, la sangre le chorreaba por la cara, en estado de shock y cargado de adrenalina: «¡están locos!» Preocupados por su vida, suplicamos a la policía la atención de paramédicos o una ambulancia: «No, ese no es mi trabajo, amor». El hombre sangrando salió corriendo de la multitud. Cuando comenzó un cercamiento, la multitud se volvió loca tratando desesperadamente de romper las filas policiales y estallaron violentas peleas, que al final se disiparon por el intento de allanamiento de un banco. Las calles estuvieron rebosantes hasta tarde, y mientras deambulábamos

por la ciudad esa noche para hacernos una idea de los daños, casi todos los bancos con los que nos cruzamos habían sido destrozados. Al término del día algunos activistas hicieron un primer intento abstracto de establecer una conexión con la Primavera Árabe: Trafalgar se convertiría en Tahrir. La policía tuvo pocas dificultades para controlarlos, y no fue hasta después de que la ola de Gran Bretaña se apagara en agosto que un movimiento de plazas internacional más consciente brotó en aluvión...

En abril de 2011 la estrella del reggae y DJ, Smiley Culture —emblema clave de una cultura afrocaribeña naturalizada en Londres desde sus canciones *Cockney Translation* y *Police Officer*, de la década de 1980— murió de una puñalada en el corazón durante una redada policial en su casa, antes de su próximo juicio por un cargo relacionado con las drogas. El informe del IPCC, que se ocultó tanto al público como a su propia familia, desestimó el incidente y concluyó que no hubo conducta delictiva.³⁹

Ese mismo mes, con la entrada en vigor de los recortes al sistema de prestaciones, el desempleo volvió a aumentar —sobre todo, como siempre, entre los jóvenes— desde el altiplano al que había llegado en 2009 tras el primer estallido de la crisis... Pero, de repente, la nación quedó estupefacta ante la boda real. En los días previos la policía realizó una serie de intervenciones preventivas, envió cartas de advertencia, arrestó a presuntos activistas y destacados estudiantes

39. IPCC: Comisión Independiente de Quejas contra la Policía, una parte importante del aparato burocrático desarrollado en este período para asegurar la neutralidad nominal de la policía. El IPCC es el último de una serie de acrónimos que realizan la misma función básica, que se remonta a los inicios de los estilos policiales actuales a fines de la década de 1970, antes de que las denuncias fueran administradas directamente por las fuerzas locales. Estas estructuras se modificaron significativamente en respuesta a los disturbios de 1981 sobre la base de las recomendaciones del Informe Scarman.

que protestaban y realizó controles y registros generales en todo Londres. Sesenta personas arrestadas durante la marcha estudiantil anterior tenían condiciones de libertad bajo fianza que no permitían la entrada al centro de Londres la semana de la boda, y se llevaron a cabo una serie de redadas en okupas conocidas en busca de muestras de ADN y otras pistas de identidad, con el pretexto de estar detrás de piezas de bicicletas robadas. Los «alborotadores» fueron retenidos bajo custodia, sin que se les indicase su liberación hasta que los recién casados lo sellaron de manera segura con el «beso del balcón» público. El día de la boda, el centro de Londres se convirtió en una zona de detenciones y registros abierta a todo aquel que estuviera encapuchado, disfrazado, borracho o incluso cantando, incurriendo en un posible cargo de incitación a la violencia.⁴⁰ Estos movimientos hacia la tolerancia cero y la acción preventiva se habían desarrollado a lo largo de las luchas estudiantiles, con estudiantes arrestados por cosas tales como «incumplimiento de una orden de abandonar el lugar cuando la policía tenga motivos razonables para creer que puede cometer un delito de allanamiento con agravantes».⁴¹ Esto preparó el escenario para las estrategias de «vigilancia total» que se unirían y consolidarían durante y después de los disturbios.

El movimiento estudiantil había llegado rápidamente a sus límites y se había convertido en espuma, disipada y desordenada, sin un horizonte positivo real salvo divertirse a expensas de la policía. Donde había habido vagas apariencias de un programa positivo en momentos de este movimiento, siempre habían resultado dudosos, poco entusiastas, teñidos con el cinismo básico de cierto «realismo capitalista». Todo

40. Cuatro personas fueron detenidas en Starbucks por estar disfrazadas de zombis. Como explicó Amy Cutler: «Nos estábamos disfrazando de zombis. Es agradable disfrazarse de zombis».

41. Steph Pike de UK Uncut fue arrestado por este cargo en una manifestación de evasión de impuestos.

lo que estaba disponible como marco para la unidad era un ligero conjunto de demandas generales negativas: detener los recortes. E incluso esto parecía, y finalmente resultó, imposible. ¿Qué otra cosa hacer entonces sino armar el caos? Al menos eso significaría que habían peleado. ¿Y qué respuesta podría invitar esto sino un mayor aumento de la vigilancia? Ese, en última instancia, era el «significado» de Millbank.

Así como la sonrisa siniestra del Gato de Cheshire se intensifica a medida que se disuelven sus partes aparentemente más contingentes, a través del desarrollo de estas protestas la policía se había convertido cada vez más en la presencia visceral del Estado frente a su supuesta retirada o retroceso. Sin embargo, de alguna manera, la consolidación de un enemigo abstracto en uno tangible significó que la ciudad, que se esconde detrás de la policía, se sintió, al menos por momentos fugaces, más expuesta y vulnerable, más alcanzable y quebradiza.

ENJAMBRE

Un breve documental publicado por *The Guardian* a finales de julio presentó a adolescentes de Haringey discutiendo el impacto del cierre de clubes juveniles. Chávez Campbell, un adolescente local de Wood Green, que limita con Tottenham, señaló que la pérdida de un espacio fijo y protegido «corta las raíces y los vínculos de los chavales, haciendo que no tengan adónde ir».⁴² Expulsados a las calles, los chicos eran más propensos a ser captados por pandillas y más vulnerables al acoso policial. Campbell concluyó el documental con una famosa predicción:

42. CHÁVEZ CAMPBELL, entrevistado en Alexandra Topping y Cameron Robertson, 'Haringey youth club closures: There'll be riots', *The Guardian*, 31 de julio de 2011.

Creo que va a ser un enjambre, creo que la gente va a estar tratando de encontrar cosas que hacer, van a querer trabajo, y eso va a ser frustrante [...]. Va a haber disturbios, habrá disturbios, habrá disturbios.

Este era el clima en el que dispararon a Mark Duggan en Ferry Lane, Tottenham, alrededor de las 18:15, siguiendo su taxi. Nunca ha estado claro qué pasó exactamente, pero sabemos que le dispararon en el pecho. Los intentos de reanimarlo fracasaron y los paramédicos que acudieron al lugar rápidamente se dieron la vuelta para alejarse, con la cabeza gacha. Los engranajes habituales se pusieron rápidamente en marcha: una investigación iniciada por el IPCC y la escena acordonada. Como suele ser el caso, el IPCC parece dedicarse primero a hacer de relaciones públicas limitando los daños que pueda sufrir el nombre de la policía, comunicando a los medios la afirmación de que hubo un intercambio de disparos entre los oficiales de Duggan y Trident, una afirmación que sería desacreditada solo unos días después, en medio de una ola nacional de disturbios iniciada en nombre de Duggan, cuando se demostró que la única prueba, una bala alojada en una radio de la policía, en realidad había sido disparada con un arma policial. La policía no informó a la familia de Duggan sobre su muerte y cuando presionaron para obtener información sobre dónde estaba, después de escuchar a través de los medios que había estado involucrado en un incidente, simplemente les dijeron que siguieran una ambulancia aérea desde Tottenham. Siguiendo este helicóptero unas pocas millas al sur hasta el Hospital Whitechapel, solo encontraron al agente de policía que había resultado herido en la escena.

En ausencia de cualquier comunicación oficial de la policía, rápidamente comenzaron a circular rumores en el vecindario de que Duggan había sido ejecutado deliberadamente, y algunos evidentemente estaban preocupados por las posibles

consecuencias: a la mañana siguiente, David Lammy, el parlamentario local, pedía calma ante la «angustia» comunitaria. En retrospectiva, es obvio que se estaba formando una dinámica típica de disturbios y, de hecho, probablemente era más obvio aún en ese momento para cualquiera de los presentes que tuviera el más mínimo conocimiento de la historia reciente de disturbios urbanos, que los policías no solo habían matado a un joven negro, sino también a un residente de la finca Broadwater Farm, con su larga y dramática historia de relaciones antagónicas con la policía, y ahora estaban fallando de nuevo en proporcionar cualquier información a la familia o a la comunidad.

Después de años de crear tensión en un desarrollo urbano que ya se consideraba un área problemática grave a principios de la década de 1970, la muerte de Cynthia Jarrett a manos de la policía en octubre de 1985 precipitó una revuelta extraordinariamente violenta en la que la policía fue objeto de un ataque armado, que culminó con la muerte del agente Keith Blakelock.⁴³ En la década de los 2000, con los proyectos de regeneración y la disminución de las estadísticas delictivas en el vecindario, esos sucesos podrían parecer cosa del pasado.

Pero la policía todavía consideraba a Tottenham en general como un punto crítico para los delitos (de negros) con armas de fuego, el tráfico de drogas y la violencia relacionada con pandillas, por ello la vigilancia policial punitiva se había intensificado en los últimos años alrededor de «La Granja», como lo había hecho en otros vecindarios similares. Al menos un día antes de que estallaran los disturbios, John Blake, que había crecido aquí con Duggan, lo vio venir:

43. Estos eventos todavía se están reproduciendo en el sistema legal británico a día de hoy, con un nuevo arresto, 28 años después, programado convenientemente para corresponder al segundo aniversario de la muerte de Mark Duggan y el comienzo de una investigación sobre sus circunstancias.

Aquí hay hostilidad, incluso podría haber un levantamiento, no se sabe. Mark mantuvo unida a Broadwater Farm.

Al caer la noche del viernes 5 de agosto, unas 400 personas se reunieron en la casa de los padres de Duggan en la finca para presentar sus respetos, en un ambiente ya de por sí tenso. Pero no fue sino hasta la una de la tarde del día siguiente que la policía convocó a los representantes de la comunidad a una reunión. En este punto, se les advirtió claramente sobre el potencial de disturbios, pero se remitieron al IPCC, y aun así no enviaron a nadie para discutir asuntos con la familia o la comunidad; tal vez el ejemplo de Keith Blakelock se mantuvo presente para la policía, al igual que el de Cynthia Jarrett lo hizo para los residentes de Broadwater Farm. Aproximadamente a las 17:30, bajo la atenta mirada de las cámaras de seguridad de The Farm, una pequeña multitud de manifestantes se reunió y salió de la propiedad hacia la comisaría, encabezada por el destacado activista de Broadwater Farm, Stafford Scott, para exigir una explicación. Pero los agentes subalternos que quedaron en la comisaría sólo podían responder ante el IPCC y la Operación Tridente, que tenían su base en otra parte. Por lo tanto, no se cumplieron las demandas de diálogo con un agente superior y la multitud creció y se sintió cada vez más frustrada.

Cualquiera que, por razones políticas, quiera sostener que «Los Disturbios» estuvieron completamente libres de «demandas», una mera cuestión del «lenguaje negativo del vandalismo», etc., necesitará como mínimo ofrecer alguna explicación sobre cómo se separarían estos hechos, en los que hubo demandas claras —en pancartas, en cánticos, en intentos de negociar con la policía— de la ola de disturbios en la que se desencadenaron y que no se habrían producido en su ausencia. Otros momentos clave de la ola de disturbios en los que dominaron dinámicas antipoliciales comparables, como Hackney, Salford y probablemente Brixton, también

parecen requerir esa explicación. Sin duda, en todos estos casos fue prominente un modo de comportamiento negativo y violento, pero es que exigir no es pedir cortésmente.

CONTAGIO

A medida que avanzaba la tarde, la composición cambió cuando las madres e hijos volvieron a casa, quedó una masa de aficionados al fútbol, un mayor número de jóvenes y de diversidad étnica significativa, además de la comunidad negra local, así como la turca, la polaca, la británica blanca, etc. A las ocho de la noche, los antidisturbios aparecieron para proteger la comisaría de una multitud ruidosa, pero aún no violenta. Una niña de 16 años se adelantó para presionar nuevamente en las demandas, tal vez tirando algo, y en respuesta los policías avanzaron, empujándola y atacándola con escudos antidisturbios y porras. Este parece haber sido el momento en que la lógica emergente de la acción de la multitud entró en acción y la manifestación de la comunidad se convirtió en disturbio. Incluso una multitud que sabe muy bien de antemano lo que podría ocurrir, se enfrenta al conflicto de ser la primera en actuar, lo que impide que el motín en sí mismo sea un acto claramente intencional; ningún individuo o grupo puede simplemente decidir unilateralmente iniciar las revueltas, a menos que estas ya estén en proceso. Esta es la razón por la cual el gatillazo que le da comienzo aparece muy a menudo como un acto relativamente menor de la policía que une a una multitud en indignación contra ellos; pero tales puntos de inflexión no surgen de la nada, sino que se producen a partir de una dinámica creciente, en la que la multitud desempeña un papel activo.

Veinte minutos después la multitud estaba atacando los coches de policía cercanos, prendiéndoles fuego y empujando uno hacia Tottenham High Road como una especie de

barricada en llamas. Luego rompieron las líneas policiales para atacar la comisaría, tirando ladrillos, botellas, huevos. El malestar se extendía por toda la zona. Alrededor de las 22:15 se incendió la oficina de correos de Tottenham y, media hora después, 0 más coches de policía y un autobús de dos pisos. El supermercado Aldi y la ahora famosa tienda Carpetright también acabaron en llamas más pronto que tarde, y a esta última la acompañaron varias casas de particulares. Se reclutaron más policías, incluidos especialistas del Grupo de Apoyo Territorial, armados, con perros y caballos, con refuerzos de la Policía de la Ciudad de Londres. Estos llegaron entre abucheos y cánticos: «Queremos respuestas», «Sin justicia no hay paz», «Descanse en paz Mark Duggan», «Estas son nuestras calles». Intentaron sellar las calles laterales para evitar que se extendiera el motín, mientras los helicópteros habituales volaban sobre sus cabezas. Pero ya habían perdido definitivamente el control de los acontecimientos.

Durante la noche se rompieron las ventanas del juzgado local y se prendió fuego al servicio de libertad condicional de al lado, mientras que el club Opera House al cual Mark Duggan solía acudir quedó intacto: una selección precisa de objetivos, a diferencia de la especie de irracionalidad aleatoria de la multitud que los asustados y los antipáticos han percibido tradicionalmente en las multitudes alborotadas desde Gustav Le Bon. En el primer ejemplo claro del tipo de saqueo masivo que se asociaría con la ola de disturbios en su conjunto, los disturbios se extendieron de la noche a la mañana al cercano Tottenham Hale Retail Park, donde casi todas las tiendas fueron saqueadas y un supermercado ardió. Alrededor de las tres de la mañana en Wood Green, otro vecindario cercano, se iniciaron algunos incendios y se saquearon muchas tiendas. Pero, de nuevo, se evidenció cierto tipo de discriminación, pues aparentemente se perdonó una tienda de ropa llamada «Botín», así como el bazar. Según la mayoría de los informes, hubo poca violencia en estos

lugares, esta actividad se centró principalmente al inicio de la mayor racha de «compras proletarias» selectivas que el país jamás haya visto.

La rápida transformación en el centro de Tottenham de una revuelta contra la policía al saqueo generalizado no fue nada particularmente sorprendente: cuando una gran conflagración contra la policía brinda cobertura suficiente, es completamente habitual que el siguiente paso involucre saqueos, ya sea como una forma de aprovechar la oportunidad o como otro gesto de desorden hacia el capital y el Estado.⁴⁴ Las tiendas accesibles a las multitudes en los disturbios, por lo general, acabarán saqueadas. Las apelaciones a factores como el «consumismo» son completamente superfluas en este caso, ¡Como si el deseo de apropiarse de bienes materiales necesitara de una base ideológica para explicarse! Aparte del saqueo, cuando las tiendas están a mano, constituyen uno de los objetos obvios para la violencia de la multitud, junto a las instalaciones de las instituciones y los mobiliarios y vehículos disponibles en la calle, los cuales se quemarán de manera espectacular y obstructiva. Brixton 1981 también se convirtió rápidamente en una oleada de saqueos, una vez que las multitudes crecientes y agresivas expulsaron a la policía del área; también, Brixton y Handsworth 1985, Meadow Well 1991, Brixton 1995, pero no así Broadwater Farm 1985, donde la mayoría de las tiendas habían cerrado hacía tiempo. Una distinción de 2011 fue tal vez la rapidez con la que los medios ubicuos de comunicación instantánea permitieron que se corriera la voz de que la policía estaba en la retaguardia, lo que inició una bola de nieve de oportunidades con el fin de aprovechar esto como venganza contra

44. Tampoco es inusual que las respuestas a tales disturbios involucren intentos de apelar al saqueo como evidencia de que nada más estaba en juego. En 1985, por ejemplo, el ministro del Interior, Douglas Hurd, afirmó que los disturbios de Handsworth no habían sido «una llamada de auxilio», sino «una llamada de oportunidad».

las tiendas que, por ejemplo, habían rechazado solicitudes de empleo, como afirmaría retrospectivamente un saqueador. Así, el famoso comunicado de mensajería Blackberry que circuló ampliamente cuando el desorden se extendió hasta el domingo 7 de agosto, llamando a los alborotadores a abandonar las acciones más destructivas y disfrutar de las mercancías gratis para todos:

Para todos en edmonton enfield woodgreen, desde todas partes del norte, nos encontraremos en la estación de enfield town a las 4 en punto!!!! Empezad a salir de donde estéis y encontraos con vuestros *niggas*. Que les den a los federales, traed vuestra rabia y vuestras maletas, carros, furgonetas, martillos!! Enviad esto a vuestros grupos, aseguraos de que ningún soplón se entere!!! Sea lo que sea que haya terminado tocándote los huevos, únete y causa estragos, simplemente roba todo. La policía no puede detenerlo. Pero nada de incendios!! Difundid!!!!

Vale la pena recordar, sin embargo, que a menudo se apela al estado contemporáneo del desarrollo de los medios de comunicación para explicar la proliferación de disturbios: los buscas y los «teléfonos portátiles» de la década de 1990, la radio CB en 1981... Cualquier despliegue espontáneo de malestar social como este tiene lugar en un contexto moldeado significativamente por la «oferta» de las tecnologías de comunicación actuales, tecnologías cuyo rápido desarrollo y proliferación ha sido una de las dinámicas más destacadas de la época. Pero estas solo pueden aportar una forma débil de causalidad, dando forma a las posibilidades más que impulsando las cosas.

Y si bien estas acciones ciertamente deben tomarse en serio como uno de los aspectos más destacados del conjunto de la ola de disturbios, debemos evitar las explicaciones que proyectan tales actos como indicadores esenciales del «objetivo de los disturbios», como si la ola de disturbios nacionales

fuera una especie de recipiente que podría contener un contenido singular y homogéneo. Ningún evento social a gran escala, ningún levantamiento como este, puede leerse directamente como la simple expresión de un contenido interno, ya que los actores y las circunstancias involucrados son demasiado heterogéneos para ser susceptibles al tipo de reducción que se pretende. Todos tienen sus propias razones, muchas de las cuales sin duda son comunes, pero sería una falacia pensar que uno podría abstraer de este lío algún tipo de metaintención social singular sin ejercer una violencia teórica significativa sobre el objeto. Mejor centrarse en cartografiar las contingencias objetivas y subjetivas de las que la ola de disturbios fue consecuencia y rastrear la lógica de su desarrollo. Y en esta lógica es claro que el saqueo, por dramático que fuera, se inició solo en el espacio ya abierto por unas revueltas anti policiales.

El domingo por la mañana, mientras continuaban los disturbios en el área de Tottenham, ocho policías estaban siendo atendidos en el hospital y hubo informes de transeúntes atacados. A las siete la policía convocó la primera de una serie de reuniones de crisis, reclutando miles de refuerzos en Londres desde otras regiones. Las condenas oficiales comenzaron a emitirse desde los lugares habituales: Oficina del primer ministro, parlamentario local, comandante de la Policía Metropolitana. A medida que las redes sociales, en particular el servicio de mensajería encriptado de Blackberry, se llenaron de especulaciones e incitaciones, la policía se dio cuenta de que Enfield, un área bastante cercana a Tottenham, era prominente como un posible punto de erupción. El carnaval de Hackney se canceló preventivamente en el último minuto, aunque esto no impidió que los disturbios se extendieran esa noche por Dalston, acabando con el saqueo de varios comercios y el centro comercial de Kingsland. El carnaval de Brixton se llevó a cabo según lo planeado, pero cuando los sistemas de sonido se apagaron y una tensión notable llenó

el aire de la noche, un joven fue perseguido, arrastrado por el suelo y metido a la fuerza en una furgoneta de la policía. Unos cientos de jóvenes, en su mayoría encapuchados, se reunieron y comenzaron a atacar. Cadenas de tiendas como Vodafone, H&M, Footlocker, WHSmith, Currys y JD Sports fueron saqueadas; en KFC y McDonalds rompieron las ventanas; Footlocker y Nando's fueron incendiados después de robar las cajas registradoras. Pero, en otra muestra de la selectividad de la multitud, el cine Ritzy, situado muy centralmente y con sus muchas ventanas, no se tocó.

Como se anticipó, cientos de jóvenes se reunieron al caer la tarde en el centro de Enfield, en un destino aparentemente acordado de antemano. Y, por supuesto, una gran cantidad de policías los recibieron. Los disturbios estallaron esporádicamente y, de manera muy hábil —en respuesta directa a la presencia policial—, los alborotadores trataron de evitarlos para atacar tiendas, vehículos, etc. A las 21:30 la policía intentó convertir Enfield en un «área estéril», trayendo cientos de policías antidisturbios, perros, etc. Dispersada, la multitud salió corriendo para atacar y saquear un centro comercial, llevándose a su paso televisores y alcohol.

Alrededor de las 00:45, tres agentes fueron llevados al hospital tras ser atropellados por un vehículo. Luego, durante la noche, la ola de disturbios se extendió a muchas otras partes de Londres: Denmark Hill, Streatham, Islington, Leyton, Shepherd's Bush, Walthamstow; incluso Oxford Circus vio algunos disturbios. Multitudes de jóvenes se reunieron en las calles de Londres, esperando que se desencadenaran disturbios locales. Los enfrentamientos entre multitudes inquietas y expectantes y la policía a veces ocurrieron sin que estallasen motines, lo cual es una demostración negativa de que el motín es un evento social emergente, en lugar de algo producido por una decisión singular intencionada.

MEDIACIÓN

Saqueos esporádicos; escaparates destrozados; incendios provocados: una mezcla de las características generales de los disturbios. Aquí encontramos que cualquier intento de una narración singular de los eventos necesariamente comienza a desmoronarse, debido a su gran difusión y proliferación en una multiplicidad de incidentes locales. Así, la ola de disturbios se convierte para nosotros en un objeto diferente, que necesita un tipo diferente de abstracción o resumen. Algo mucho más allá de sus raíces en unas pocas historias locales particulares de abyección y lucha antipolicial y algo necesariamente más «teórico». Al mismo tiempo, pasamos definitivamente de luchas particulares inmediatas a un evento mediático nacional, en el que las prácticas se difunden no solo lateral y localmente de boca en boca o en las redes sociales, sino por una conciencia creciente, cristalizada en la cobertura de los principales medios y comunicados de prensa oficiales que anuncian que gran parte del país se está levantando en una especie de revuelta. Y es en gran parte desde este punto de vista que nos vemos obligados a rastrear los eventos lo mejor que podemos. Los propios alborotadores, por supuesto, no están limitados al nivel de las luchas inmediatas, sino que se relacionan con ellas en la medida en que están mediatizadas socialmente, tanto en un nivel de contagio lateral como también uniendo las representaciones nacionales a través de los principales medios de comunicación. Con la forma inherentemente mimética en la que tales luchas proliferan, una discusión sobre esta mediación se vuelve inevitable.

El lunes por la mañana, mientras continuaban los disturbios, surgieron las primeras dudas sobre la afirmación de que hubo un intercambio de disparos entre Duggan y la policía. A las 12:30 horas Scotland Yard anunció la cuadruplicación del número de policías en la capital. Mientras tanto, la

Policía Metropolitana finalmente ofreció una disculpa por su gestión de la muerte de Duggan a su familia; el IPCC, por otro lado, culpó a la policía por la falta de información. A primera hora de la tarde las tiendas comenzaron a cerrar en áreas que esperaban disturbios a medida que circulaban rumores en las redes sociales sobre nuevos objetivos. Fue en este punto que el centro de Hackney surgió como el punto álgido del lunes con el que comenzamos este artículo. Mientras los disturbios se extendían desde Hackney Town Hall hasta Pembury Estate, Well Street y otras áreas de Hackney, 15 millas al sur, en Croydon, multitudes de jóvenes se reunieron para atacar tiendas, autobuses y transeúntes. Alrededor de las 19 horas, los jóvenes corrieron por los vecindarios periféricos, saqueando y provocando pequeños incendios. Dos horas después los eventos se habían extendido al centro de la ciudad, donde se iniciaron varios incendios más grandes y severos, incluido el de la tienda Reeves Furniture, ahora famosa como emblema fotogénico de los aspectos más destructivos de los disturbios. Un hombre recibió un disparo; un chico blanco de clase media fue perseguido y golpeado; a otro hombre le quitaron su scooter y también fue golpeado.

Simultáneamente, en Ealing, multitudes que nuevamente parecían haber sido organizadas a través de las redes sociales se movieron para atacar áreas ricas —automóviles, cafés, boutiques y propiedades comerciales— aparentemente sin interés en saquear. Los transeúntes fueron agredidos. Un hombre de 68 años fue atacado cuando intentaba apagar un incendio en un basurero y falleció posteriormente. En Birmingham, alrededor de 200 alborotadores incendiaron una comisaría de policía vacía en un área del centro de la ciudad e intentaron atacar el centro de la ciudad. La policía los repelió con agentes adicionales, pero más tarde en la noche los chavales volvieron para saquear muchas tiendas. En Battersea, los transeúntes identificaron a los alborotadores como

«azules, amarillos y rojos», miembros de pandillas locales que aparentemente habían pedido una tregua para la noche. En Camden, algunas tiendas fueron atacadas y los enfrentamientos con los antidisturbios llegaron a Kentish Town y Chalk Farm. En Peckham, un grupo de cien alborotadores vitoreó cuando incendiaron una tienda, gritando «el West End se va abajo». Ciclistas y motociclistas fueron desmontados violentamente con piedras, llevándose sus vehículos.

Con esta letanía de eventos caóticos y a menudo oscuros que llegaron a formar un carrusel de depravación lumpen, girando en bucles apenas cambiantes a tonos cada vez más quejumbrosos y moralizantes, la versión autorizada de los disturbios comenzó a consolidarse: esto no podía ser todo «por» Mark Duggan; no, fue obra de una subclase salvaje y trastornada⁴⁵ para obtener todo lo que podían, en el mejor de los casos debido a un «consumismo» exacerbado, en el peor de los casos porque provenían de los pozos negros urbanos, de la «Gran Bretaña rota», en la que carecen de la autoridad de una figura paterna adecuada que los corrija. La «inmoralidad» o la «criminalidad» se habían convertido de alguna manera en variables independientes, surgiendo de la nada, antropomorfizándose en un monstruoso sujeto lumpen para aterrorizar a los grandes y buenos hombres de la nación.

45. Este término parece haber estado oculto en los anales de la política de justicia penal durante algunos años antes de emerger como sinónimo de «chav» a fines de la década de 2000, y finalmente ganó aceptación general como palabra clave abyecta en medio de los disturbios, siendo difundido por figuras gubernamentales como Ken Clarke.

ESCORIA

Pasando al martes 9 de agosto, conocido como el día nacional del «descontento generalizado»,⁴⁶ los principales puntos de generación de la ola de disturbios en el centro de Londres, con sus largas historias locales de antagonismo con la policía —Tottenham, Brixton, Hackney— ya se estaban calmando. Los distritos del interior de Londres estaban inundados de policías de todo el país. Pero el malestar persistió en los distritos exteriores de Londres y ahora se había extendido al oeste y al norte, mucho más allá de Londres. Entonces vinieron las diversas respuestas de la comunidad, comenzando con los farisaicos escuadrones de limpieza de la mañana y terminando con los comerciantes turcos y kurdos armados y los grupos de vigilantes de extrema derecha por la noche. El escuadrón de limpieza —un nuevo tipo de lo que podríamos llamar autoorganización comunitaria «anti-abyecta»— desempeñó su papel como el polo positivo en un maniqueísmo en desarrollo, proyectado como todo lo que los alborotadores no eran. La solidaridad y la responsabilidad social con que se reunieron estas personas, simbolizadas por sus escobas y guantes de goma —que en su mayor parte eran meramente simbólicos, ya que los barrenderos empleados por el Estado ya habían hecho el trabajo temprano en la mañana— estaba en supuesto contraste con la *anomía* atomizada y bestial de los alborotadores: meros vándalos, ausentes de toda comunidad, ciudadanos que habían fracasado y, por lo tanto, habían sido arrojados justamente al estado de naturaleza *allí abajo*. Como uno de ellos llevaba escrito en su torso: «los saqueadores son escoria». En los discursos que entonces se desplegaron, se borran definitivamente las subjetividades positivas constituidas en rebeliones locales contra esta lógica. No hay agencia aquí; no hay razón, ni intención, ni agravio, ni causa, ni voluntad, ni moralidad,

46. Para este concepto, ver TYLER, *Revolting Subjects*, pp. 23-24.

ni comunidad: solo un gran agujero en la sociedad en el que caen los malos. Los políticos, por supuesto, se cuidaron de ser fotografiados en medio de esta convulsión petulante; «¡Boris! ¡Boris! ¡Boris!» —gritó la brigada de limpieza, mientras el bufón Tory de cabello despeinado aparecía para apuntarse al aplauso colectivo *antichav*—.

Los engranajes de la reacción política estaban ahora comprometidos. A las 11 de la mañana, David Cameron hacía sus primeras declaraciones fuera de su residencia presidencial, tras acortar sus vacaciones para volver a Londres. Anunció la destitución del Parlamento y que habría 16.000 policías en las calles de Londres a partir de esa noche. Más al norte, en Birmingham, Nick Clegg fue abucheado e interrumpido mientras intentaba evaluar los daños. Durante el día se introdujeron medidas especiales para permitir el procesamiento de un gran número de personas que ya habían sido arrestadas y que ahora aparentemente estaban apiñadas en celdas hacinadas e insalubres, sin comida ni agua. Mientras tanto, a nivel internacional, un portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores de Irán pidió a la policía británica que «ejerciera moderación» y que las organizaciones de derechos humanos debían investigar el tiroteo de Mark Duggan. Los medios sirios cubrieron los disturbios en profundidad, centrándose en la posibilidad de que se utilizase al ejército; el Estado libio describió los disturbios como un «levantamiento popular». En Egipto las redes sociales se llenaron de debates sobre si los disturbios deberían ser vistos como la llegada de la Primavera Árabe a Inglaterra. La Policía Metropolitana describió los eventos del lunes por la noche como «los peores que han visto que se puedan recordar» y afirmó que usarían balas de plástico si fuera necesario. Esta sería la primera vez que se haría en Gran Bretaña continental —Irlanda del Norte ya había tenido, por supuesto, su parte—. Con la esperanza de detener la ola de jóvenes que salían a las calles para participar en los eventos, los ayuntamientos

comenzaron a enviar advertencias por correo electrónico y SMS a los padres, aconsejándoles que mantuvieran a los niños en casa. Incluso internet vio sus propias manifestaciones de comportamiento relacionado con disturbios. Los artículos deportivos y de ocio más vendidos de Amazon ahora incluían bastones extensibles estilo policía y bates de béisbol, cuyas ventas habían aumentado un 5000% en las 24 horas anteriores. Y alrededor de las 15:30, los piratas informáticos tumbaron el sitio web de *Research in Motion* en represalia por la advertencia de que los datos de los usuarios de BlackBerry serían entregados a la policía.

A medida que la tarde avanzaba y muchos comenzaban a esperar el regreso de los disturbios, las tiendas comenzaron a cerrar. En algunas áreas, especialmente áreas fuertemente turcas y kurdas como Dalston y Walthamstow, permanecieron abiertas, pero custodiadas por grandes grupos de vigilantes. A las 17:25 el IPCC anunció que Mark Duggan no había disparado ningún tiro antes de que un agente de la policía lo matase. Parecía extraño —de hecho, todavía lo es ahora—, que publicaran información tan potencialmente explosiva en ese preciso momento. Sin comida en casa y con todas las tiendas cerradas, nos dirigimos a la única zona donde todo parecía estar abierto: el tramo de restaurantes turcos en Kingsland Road que tenía su propia protección. Algunas tiendas y bancos habían sido destrozados la noche anterior, pero el área normalmente atestada de tráfico ahora era un pueblo fantasma. En Dalston Junction un pequeño grupo cristiano solitario cantaba himnos desafinados al anochecer. Al llegar al tramo del restaurante, cientos de turcos destacaban en la calle, joviales, pero listos para los problemas: en su mayoría hombres jóvenes, aunque también chicos y chicas de mediana edad, incluso familias enteras. Pero en el restaurante éramos los únicos clientes, solos con la muzak. El personal estaba de buen humor; había un sentido de solidaridad comunitaria palpable. Afuera, unos tipos cargaban fardos de

bates de béisbol; la extraña sirena a todo volumen; se veían policías patrullando de arriba a abajo la calle, aparentemente más para anunciar su presencia que para cualquier otra cosa. Pasamos un rato entre la multitud. Se formó una multitud frente a la sala de billar Efes, con un hombre claramente a cargo dando órdenes en turco a los soldados, pero no ocurrió nada. Esta multitud estaba tan emocionada como los alborotadores de Pembury de la noche anterior, vanagloriándose en su sentimiento de fuerza colectiva. En un momento, unos pocos adolescentes, en su mayoría blancos y con capucha, se apresuraron a través de la congregación, visiblemente en guardia. Una turba de hombres turcos comenzó a seguirlos por la calle, girando y silbando para pedir refuerzos, erizados por una posible pelea, pero no llegó a nada. Un poco más tarde, una pareja negra apareció más abajo en la calle y la multitud se enfureció una vez más..., pero ellos solo estaban allí, al igual que nosotros, para conseguir comida.

Nos metimos en una tienda de alimentación medio cerrada. Mostrando spray de pimienta y una vieja porra extensible de la policía, el joven turco en el mostrador se jactó: «colega, ¡nunca he estado tan equipado como ahora!» Su compañero blandió un pesado trozo de alambre rígido a modo de cachiporra improvisada. «No tenemos otra opción, ya sabes, este es nuestro sustento; si perdiéramos este negocio, todo desaparecería». Afuera la multitud de vez en cuando se abría paso hacia los vehículos policiales, esas furgonetas negras blindadas de aspecto brutal que avanzan por la carretera en convoy. Vimos gente adentro, entre siete u ocho, seguidos por un número similar de furgonetas antidisturbios blancas normales. Mientras este largo convoy se abría paso entre la multitud, muchos silbaron y vitorearon estridentemente ante la señal de arrestos masivos, tratando a los policías como héroes. Un policía joven con un sombrero blando deambulaba por la calle, canalizando el consenso nacional: «no es político; ahora es solo violencia sin sentido —estas personas

solo están destrozando cosas y saqueando—, no tiene nada que ver con ese tiroteo». De camino a casa nos cruzamos con dos policías que detenían y registraban a tres adolescentes negros que hablaban tensos; no era por ser negros.

Diez millas al sureste, en el viejo y racista Eltham, la autoorganización comunitaria contra los disturbios tenía algunos matices diferentes. Una multitud de vigilantes de alrededor de 200 a 300 personas se reunió en la calle con el objetivo declarado de proteger a su comunidad: en su mayoría hombres, algunos afirmando ser miembros de la EDL (Liga de Defensa Inglesa), fanáticos de los clubes de fútbol Charlton Athletic y Millwall, este último asociado desde hace mucho tiempo con vandalismo de extrema derecha. El líder de EDL Stephen Lennon proclamó: «Vamos a detener los disturbios; la policía obviamente no puede manejarlos». Se oyeron amenazas en el aire de que un «negrata» «recibiría esta noche». Multitudes de vigilantes similares se reunieron en Enfield, y aparecieron sikhs con espadas envainadas y palos de hockey en Southall. Siniestros signos de lo que podría aguardar —visiones de conflictos intercomunitarios—, pero poco más: todo pasó sin incidentes ya que, mientras continuaban las conflagraciones generalizadas en otras partes del país, Londres ya se había calmado significativamente —en respuesta a tal autodefensa comunal, o quizás al despliegue de 16.000 policías—. Las multitudes de vigilantes persistirían en salir por Eltham incluso el jueves, un día después de que estallara la ola de disturbios nacionales y dos días después de que hubiera disminuido en Londres, todavía con el objetivo declarado de proteger a sus comunidades de los alborotadores, solo para comenzar su propio motín contra la policía cuando estos llegaron a despejar el área. Por lo tanto, la ambivalencia política de las comunidades que se organizan en defensa propia, ya sea contra la policía o contra otra comunidad, se hizo evidente. Por una lógica social perversa, la movilización de unas pocas comunidades del interior de Londres definidas

territorialmente contra los procesos de abyección y racismo policial, cuyos efectos secundarios se extendieron por todo el tejido social, había precipitado más autoorganizaciones territoriales que a menudo eran racistas y que entendieron su papel como un órgano policial: expulsando a lo abyecto de la comunidad. Muchos en la comunidad kurda y turca, tradicionalmente de izquierda, llegarían a distanciarse de las formas en que su autoorganización pragmática se había incorporado a este discurso, expresando solidaridad con los alborotadores de Tottenham un par de semanas más tarde en una marcha hacia el norte desde Kingsland Road hasta el área del estallido original.

El martes por la noche los disturbios continuaron en Birmingham, Bristol y Nottingham, y se extendieron a Manchester, Salford, Bury, West Bromwich, Leicester, Gloucester, Wirral, Sefton y Wolverhampton. Aunque la policía afirmó lo contrario, es tentador preguntarse si la reasignación masiva de policías a Londres dio a los manifestantes más oportunidades en otros lugares. Sea cual sea la explicación, el martes por la noche fue el día en el que el país, más allá de Londres, realmente ardió: en Nottingham, alrededor de las 22:30 horas, 30 o 40 hombres incendiaron una comisaría; en Liverpool una multitud de jóvenes se congregó a las 23:30 tirando cohetes a la policía y asaltando comercios; en la comisaría New Street de Birmingham, la policía luchó contra hasta 200 saqueadores que habían atacado tiendas e incendiado automóviles; se disparó contra la policía, incluso contra un helicóptero, y se lanzaron cócteles molotov; a partir de las once de la noche en Gloucester, una pequeña ciudad con mercado provincial, se produjeron disturbios y saqueos; en Manchester, aunque posee el tercer cuerpo más grande del país, la policía perdió el control del centro de la ciudad cuando se produjeron saqueos e incendios provocados en la zona comercial. Pero los eventos más dramáticos probablemente ocurrieron en Salford, una ciudad de unos

250.000 habitantes en el área de Manchester, donde se inició otro motín contra la policía. Salford: predominantemente blanca, desempleo por encima de la media, decimoquinta zona más pobre del país. Alrededor de las 15:00 horas del martes comenzaron a circular rumores sobre la posibilidad de disturbios y se informó sobre «comportamientos amenazantes» en la principal calle comercial. En respuesta, la policía descendió en masa. A la vuelta de la esquina de Brydon Estate, filmaron a cientos de jóvenes acumulando ladrillos rotos. Se desplegó policía antidisturbios, pero fueron emboscados de inmediato con intensos niveles de violencia y multitudes mucho más grandes de lo que habían previsto.

Mientras ardía el fuego y un centro comercial fue saqueado, superados en número y abrumados, persistieron en tratar de dispersar a la multitud. En un momento, entre 600 y 800 alborotadores estaban atacando a un grupo de 30 policías con piedras, y a las 19:40 se ordenó a los agentes que se retiraran de Salford, tiempo durante el cual el supermercado Lidl fue saqueado e incendiado, junto con varios coches aparcados. También se incendió la oficina de una asociación de vivienda local y se saqueó una tienda, quemando la casa familiar que había sobre ella. A partir de las 22:45, la policía local fue reforzada por agentes de otras diez patrullas y volvió a entrar en Salford para recuperar gradualmente el control. Si bien hubo saqueos, como siempre, lo notable de Salford fue el enfoque violentamente antipolicial de los eventos. Se trataba de otra área desfavorecida que estuvo sujeta a un aumento de detenciones y registros y la juventud de Salford había seguido el ejemplo de los alborotadores en otras partes del país, utilizando la ola de disturbios como una oportunidad para vengarse.

INDIGNACIÓN

Mientras los disturbios ardían con fuerza durante la noche, alrededor de la una de la mañana ocurrió un incidente fatal: atropello y fuga en el área de Winson Green en Birmingham. En otro ejemplo de autodefensa de la comunidad, alrededor de 80 asiáticos británicos habían estado protegiendo negocios locales cuando un coche golpeó a algunas personas de la multitud a alta velocidad, matando a dos hombres e hiriendo gravemente a un tercero que luego murió en el hospital. Este evento deprimente vino a proporcionar la guinda del pastel del «descontento general» a escala nacional, con los medios repitiendo sin cesar las súplicas de Tariq Jahan, padre de uno de los asesinados, llamando a la solidaridad intercomunitaria y a que la gente «se calme y vuelva a casa». Winson Green limita con las áreas de Handsworth y Lozells, ambas con antecedentes recientes de disturbios. En 2005 estas áreas habían estallado en disturbios raciales intercomunales entre afrocaribeños y asiáticos, después de que se extendieran rumores sobre la violación en grupo de una niña negra. Entonces, con los rumores que circulaban de que el conductor del automóvil había sido negro y que el atropello y la fuga habían sido un asesinato orquestado deliberadamente, con un automóvil que de alguna manera supuestamente se usó para «atraer» a los hombres a la carretera antes de que fueran atropellados con otro vehículo: el espectro de disturbios raciales en toda regla asomaba la cabeza, con miembros de la comunidad musulmana circundante preparándose para la imposición de represalias. El discurso de Jahan fue una intervención directa a esta situación local, diciéndole a los jóvenes enfadados que lo evitaran, que «maduraran» y no aumentaran las tensiones existentes. Pero, descontextualizado como un videoclip insignia en el espectáculo mediático nacional, el discurso de Jahan llegó a representar la voz sensata y moral de la nación en general contra la locura de los

alborotadores en general. Separado de su referente local, tal discurso llegó a implicar que aquellos que continuasen los disturbios a lo largo del país serían cómplices de la violencia que, entre otras cosas, le había costado a un padre su hijo. Y como tal, pareció funcionar.

Más tarde se supo que el incidente había sido un accidente, que algunos de los implicados realmente conocían a las víctimas y que un policía involucrado en el caso había mentido bajo juramento; los 8 acusados de asesinato fueron absueltos y se inició una investigación del IPCC sobre la conducta de la policía. Muchos de los involucrados también resultaron ser blancos. Las asociaciones del incidente con el comportamiento desenfrenado o la violencia antiasiática de los negros locales se evaporaron, dejándolo como un evento desafortunado, pero altamente contingente. De hecho, las dinámicas sociales más aterradoras que estaban en juego en este caso eran menos una cuestión de disturbios en sí mismos que de una posible lucha intercomunitaria que surgía desde comunidades racial y territorialmente definidas, autoorganizadas contra la propagación de los disturbios y contra los saqueos. El martes se puso esta perspectiva sobre la mesa, desde las brigadas de limpieza hasta los turcos con bate de béisbol, desde la comunidad asiática de Birmingham hasta la EDL. Pero no entre los negros. A partir de esta lógica social ambivalente, un consenso nacional distorsionado forjó rápidamente la arrogancia contra la asocialidad de los alborotadores mientras la exposición de los horrores de los disturbios se emitía sin cesar en nuestras pantallas: el incendio de un almacén de alfombras y todos los pisos encima de él, el incendio de un antiguo negocio familiar de muebles, el atraco a un estudiante malasio desconcertado y, finalmente, el pobre y noble Tariq Jahan.⁴⁷

47. El mismo Jahan más tarde se distanciaría explícitamente de la demonización de los alborotadores y las escaladas punitivas contra ellos, reconociendo el problema de las paradas y registros. Ver Jahan

Aquí, claramente, se sumaban tipos diferentes de incidentes: por un lado, el incendio provocado que se presenta como una práctica habitual de las multitudes alborotadas; por el otro, delitos contingentes a los disturbios mismos, que simplemente ocurren en medio del caos social general. Los ataques, por supuesto, ocurren todo el tiempo en Londres; los atropellos con fuga tampoco son inusuales, aunque parecen tener la costumbre de ocurrir en medio de la acción frenética de un disturbio.⁴⁸

Agrupados como aspectos de «Las Revueltas» —un extraño objeto sintético—, realmente parecía que había habido algún tipo de aumento *ex nihilo* de «criminalidad pura y dura», una irrupción inexplicable de inmoralidad no adulterada en la sociedad británica, tal y como los discursos autoritarios del Estado, los medios y demás insistían.⁴⁹ A menos que este objeto se descomponga en sus eventos y dinámicas constitutivas, a menos que cuestionemos la coherencia de este objeto, «Las Revueltas», terminaremos limitados a crear

entrevistado por Mehdi Hasan, 'I don't see a broken society', *New Statesman*, 24 de agosto de 2011.

48. Como ya hemos señalado, al menos otro atropello con fuga ocurrió en medio de esta ola, en este caso, a manos de la policía en Enfield. Se han producido atropellos y fugas en otros disturbios urbanos modernos, como en 1981, cuando la policía mató a un hombre discapacitado que perseguía a jóvenes que tiraban piedras.

49. «Criminalidad pura y dura»: una frase lanzada por David Cameron y otros para, supuestamente, identificar el enfoque singularmente negativo y centrado en el saqueo de los disturbios de 2011. Esta frase común, sin embargo, es un meme recurrente en la historia de los disturbios urbanos británicos. Douglas Hurd lo usó para describir los disturbios de Handsworth de 1985, y la misma frase pareció haberse usado en 1981. Curiosamente, este término —cuya función es postular la criminalidad como un rasgo esencial del individuo, descartando cualquier explicación de mayor alcance— parece tener alguna asociación histórica con la figura antisemita del judío como encarnación física del *crimen* mismo.

una u otra interpretación del mismo conjunto de incidentes según nuestra mayor o menor «radicalidad política»: Cameron dice que «los disturbios consisten en actos criminales»/yo digo que se tratan de «política»; el Estado y los medios ven una falta de espíritu comunitario subyacente a las revueltas/yo digo que «se vaya a la mierda con su comunidad, yo estoy con los alborotadores»; Cameron dice que «los disturbios consisten en actos criminales»/yo digo «¡Genial!». Lo que sigue solo puede ser una especie de débil lucha retórica en la que el oponente ni siquiera participa. Y por impresionante que sea la lucha que aún podemos ofrecer, la mayor parte del terreno ya está concedido en la aceptación de un objeto fundamentalmente espurio. No podemos responder a la pregunta de en qué consistían «Las Revueltas» con una respuesta unívoca y singular, puesto que no consistían ni podían consistir en nada, al menos en el sentido de expresar una intencionalidad esencial, un agravio, deseo, etc, singular y unificado. Como eventos sociales emergentes, los disturbios —e incluso más aún, las olas de disturbios— se abstraen de los contextos de los que se nacen para desarrollarse en formas y patrones totalmente irreducibles a cualquier factor único, ya sea subjetivo u objetivo.⁵⁰

Mucho mejor, entonces, descomponerlos en las cadenas de eventos y lógicas sociales altamente sobredeterminadas que en realidad son. Cuando hacemos eso, lo que queda no es simplemente un caos empirista de hechos e incidentes, sino una marea creciente de acciones que se desarrollan espontáneamente, una mecánica perceptible de agitación social por la que una manifestación comunitaria contra la policía bastante estándar se convierte en una serie de disturbios, lo cual

50. Seguramente es esta cualidad de la ola de disturbios como evento social emergente lo que la convierte en un objeto tan seductor y enigmático para filósofos y expertos, quienes fácilmente hacen cola para escudriñar esta cosa encantadoramente inescrutable, en cuyas profundidades, se supone, debe haber escondido algún secreto.

crea un espacio libre de policías para el saqueo, lo cual luego se extiende a un ritmo sorprendente, facilitado en primer lugar por la escala de la conflagración inicial y, en segundo lugar, por la ubicuidad de los medios de comunicación laterales; lo cual otras comunidades reconocen como una causa común con los alborotadores de Tottenham para salir luego, en medio del desorden generalizado, a generar sus propios disturbios antipoliciales. De esta forma, el creciente contagio precipita una crisis nacional más amplia de la ley y el orden mientras la policía lucha por responder, en cuyo contexto prolifera una masa caótica de comportamientos normalmente mantenidos a raya en periodos de «paz social» y frente a los cuales las comunidades se sienten obligadas a autoorganizarse contra la ruptura del orden. Esta autoorganización amenaza entonces con estallar en luchas intercomunitarias, lo que obliga a la formación de un descontento general a escala nacional por todo lo que se desarrolla, antes de que todo se apague todos nos vamos a casa y comienzan las represalias y los encarcelamientos masivos. Las últimas ascuas del fuego se desvanecieron en Liverpool y Manchester ese miércoles y solo la Liga de Defensa Inglesa seguía llevando las antorchas en Eltham, por una ola de disturbios que tenía sus raíces más claras en el antirracismo.

CASTIGO

El precedente establecido al final de las luchas estudiantiles, la vigilancia tecnológica y la respuesta punitiva cada vez más severa, se consolidó como forma de gestión estatal de los disturbios. Y además el país estaba excepcionalmente bien equipado para ello, habiendo caminado sonámbulo hasta convertirse en una de las naciones más vigiladas del mundo, con aproximadamente una cámara de seguridad por cada 11-14 personas. Lo que siguió fue una de las mayores investigaciones en la historia de la policía, la Operación VERA, en la

que cientos de especialistas rastrearon imágenes de vídeo en una carrera para identificar las miles de caras captadas por las cámaras. Y aunque una nueva generación de manifestantes estudiantiles había sentido que había aprendido su primera lección crucial al adoptar tácticas de «*black block*», cubrirse la cara no parecía ofrecer ninguna garantía de protección en el caso de los disturbios.

La gran extensión de la cobertura de las cámaras de seguridad —especialmente en áreas designadas como «problemáticas»— proporcionó la capacidad tecnológica para que los detectives rastrearan a las personas durante horas o incluso días, tratando de encontrar tan solo un vistazo de sus rostros desenmascarados y, en el proceso, ensamblar montajes incriminatorios de cada uno, sus acciones sucesivas y, sobre todo, sus redes. A las pocas semanas de los disturbios 4000 personas habían sido arrestadas, en su mayoría hombres y en su mayoría entre las edades de 18 a 24 años. El hecho de que los primeros grupos de sospechosos en ser detenidos fueran los más fáciles de identificar —cuya información era vinculada fácilmente en la base de datos de la policía— permitió al gobierno asegurar con confianza a la nación que los disturbios no fueron obra de una persona promedio, un ciudadano británico normal, sino la de «criminales conocidos».

Efectivamente, la policía había identificado inicialmente y convocado después a las personas que le eran más familiares, más cercanas, aquellas a las que el excomisionado de policía metropolitana Ian Blair se refirió con tanta franqueza como «propiedad de la policía»⁵¹ ¿Pero por qué la policía se referiría a esas personas como «de su propiedad»? Porque en cierto sentido sí los poseen: sus sólidos antecedentes penales justifican que estén constantemente accesibles, controlados a voluntad. Como propiedad de la policía se definen, un tanto tautológicamente, por la criminalidad, como si esta fuera

51. Ian Blair en *Newsnight*, 5 de diciembre de 2011.

un rasgo de carácter distintivo. Y como se nos ha recordado en repetidas ocasiones, los actos de los alborotadores no son simples delitos como cualquier otro, sino la *criminalidad* per se; criminalidad *pura y dura*. Que el único contenido que se encuentra en los disturbios —y, por implicación, en los alborotadores— sea la criminalidad misma ejemplifica la lógica de la abyección que opera aquí, convirtiendo a quienes se amotinaron en mera «propiedad»; un bulto homogéneo e ilegítimo que puede ser separado y apartado a voluntad, como madera muerta, de un todo social que funciona de otro modo.

Esta homogeneidad *percibida* parecería en la condena generalizada de actos muy diferentes de acuerdo a normas completamente distintas de las que se aplicarían en circunstancias normales sin disturbios. Con su sentencia ejemplarizante de los alborotadores el Estado parece reconocer implícitamente el carácter real del motín como un evento social emergente. A diferencia de los delitos individuales, como lógica socialmente generalizadora, el motín implícitamente pone en juego a la sociedad misma; en lugar de ser una suma de los actos particulares, estos actos se convierten en instancias de esta lógica general. De esta forma, cada uno puede ser juzgado, en última instancia, frente a la sociedad en su conjunto. La respuesta del jefe de policía de la Policía del Gran Manchester fue clara:

Si como individuo sales a robar, es malo, pero si sales en una multitud, eso es algo mucho más grave [...] porque amenaza a la sociedad misma. Tenemos que ser honestos, en tanto que agentes de policía, somos una delgada línea azul [...], el sistema solo funcionará si la gran mayoría de las personas cumplen la ley.⁵²

52. Jefe de policía Peter Fahy en Panorama, 'Inside the Riots', *BBC One*, 22 de noviembre de 2011.

Todavía no se ha establecido definitivamente el tamaño necesario de esta mayoría. Pero que la delgada línea azul sufriera al menos un estiramiento drástico, que la ciudad se volviera fugaz, pero palpable, vulnerable y quebradiza, significaba que cada evento y acción era potencialmente explosivo. Este punto había quedado claro en las protestas estudiantiles, pero aún más claro en los motines, y sus respectivas represiones en parte lo reflejaban.

Todo esto fue seguido por una avalancha de sentencias llamativas: 16 meses por robar un helado, 6 por una botella de agua y 5 por robar un par de pantalones cortos. En los periódicos abundaban tales ejemplos tragicómicos. El desorden y la amenaza de desorden se desdibujaron, a veces incluso siendo tratadas por igual. Amed Pelle, de 18 años, pasó casi dos años en la cárcel por publicar mensajes en Facebook, incluyendo uno que se entendía que incitaba a los disturbios en Nottingham —«Disturbios en Nottz, ¿quién se apunta?»— y otro con un claro mensaje contra la policía —«matad a un joven negro y mataremos a un millón de policías, haremos disturbios hasta que seamos dueños de las ciudades»—. La misma sentencia se le dio a Dwaine Spence, quien aparentemente lideró una multitud joven y enojada de 40 personas en el «alboroto» a través de Wolverhampton, atacando a la policía. Pero mientras que el caso de Amed Pelle involucró expresiones que sugerían intención y motivación, otras actividades en las redes sociales que condujeron a condenas fueron más ambiguas. Y el castigo severo por tal intención no requería que hubiera ninguna consecuencia real. Aunque nadie se presentó en McDonald's, el punto de encuentro del evento de Facebook «Smash Down in Northwich Town», excepto la policía, su creador recibió cuatro años de cárcel. La misma sentencia se le impuso al pobre joven que, en estado de ebriedad, creó un sitio web llamado «Los Disturbios de Warringtons», a pesar de que no acabó habiendo ninguno. Y esto, por supuesto, constituye el lado

oscuro de las redes sociales, cuyo contenido primero puede ser incautado por la policía y luego tratado, a voluntad, como si ya fuera constitutivo de la realidad.

Dejando a un lado los ejemplos más llamativos, la mayoría de los cargos fueron por robo, daño a la propiedad y la vaga, pero, en este punto de la ola de luchas, omnipresente, categoría de «desorden violento». A mediados de octubre de las 2000 personas que comparecieron ante el tribunal de magistrados por cargos más leves, el 40% había *recibido* sentencias de prisión inmediatas, en comparación con el 12% en 2010.

Pero como en el caso de los disturbios estudiantiles anteriores, muchos incidentes menores se enviaron directamente a los Tribunales de la Corona —donde más del 90% de los casos terminan en prisión—, cuyas sentencias de alborotadores fueron aproximadamente un 18-25% más altas que en un contexto de paz social. Ciertos tribunales de Londres en particular se convirtieron en tamices industriales que permanecían abiertos las 24 horas del día para apartar rápidamente a los miles de alborotadores quienes, frente a la cuádruple tasa de custodia del momento, se vieron obligados a esperar en celdas debajo del edificio o en la sala del tribunal, a menudo abarrotada. El espectro de candidatos en las elecciones a la alcaldía de Londres de 2012 propondría la estandarización de este laborioso espectáculo en sus brillantes panfletos electorales.

Y si esta exhibición no fuera suficiente para apaciguar a una nación hambrienta de «justicia», el primer ministro pronto aconsejaría a los ayuntamientos locales que deberían considerar retirar los cheques de asistencia social, cada vez más reducidos, a todas aquellas familias que albergasen a un alborotador, o incluso, tal vez, desalojarlos —indicando a una masa de padres en pánico qué deberían echar a sus hijos delincuentes de casa para salvar sus hogares—. Como repitió Nick Clegg:

Si sales y destrozas las casas de otras personas, quemas coches, saqueas y destrozas tiendas, en otras palabras, si no muestras ningún respeto por tu propia comunidad, entonces, por supuesto, es necesario que te preguntes si la comunidad debe apoyar que vivas allí [...]. El principio de que, si obtienes apoyo de la comunidad, vas a tener que devolverlo, es muy, muy importante.⁵³

Comunidad, comunidad, comunidad. ¿Quién está dentro y quién está fuera? Clegg evidentemente entiende muy bien la lógica. Una comunidad sin cualidades, definida negativamente en su totalidad: la masa aglomerada de todos aquellos que no destrozan casas ajenas, queman coches, destrozan tiendas, etc. ¿Qué tiene en común esta comunidad? Solo el hecho de no rebelarse, al menos en la medida en que alguien más pueda desempeñar ese papel. Las revueltas producen a la comunidad que abyecta al alborotador que se rebela contra esta abyección; la comunidad produce los abyectos que se rebelan contra esta abyección para hacerla comunidad. La sentencia cierra el círculo de la abyección, sella los límites de la comunidad en la ley y, en caso de que no nos hubiéramos dado cuenta, los políticos prominentes intervienen para engrasar todo el asunto con una legitimidad adicional. Menos mal, porque los límites de esa comunidad, marcados por una delgada línea azul, habían comenzado a ponerse en duda seriamente. Solo se percibían como la delgada línea de una sonrisa impersonal, tensa y vacilante.

La lógica social de la abyección no da tregua. Después de los disturbios, la radicalización de la interminable reestructuración bajo la actual coalición conservadores-demócratas avanzó sorprendentemente. Mientras hablaba con dureza, el Estado comenzó a hacer algunos ajustes cautelosos destinados a evitar eventos similares. Cada soplo de protesta se encontró con un bloqueo policial completo. En el aluvión

53. Nick Clegg, hablando en Manchester a empresas afectadas por los disturbios: *Guardian News Blog*, 13 de agosto de 2011.

que dejó la ola fallida brotó Occupy, pero al menos en este contexto, de algún modo más triste, aún más derrotado que todo lo que le había precedido.

Los disturbios habían dejado al país atónito y en silencio, la masa de gente involucrada en las luchas contra la austeridad había quedado en gran medida en pausa, silenciada, con la boca abierta y las cabezas giradas, abandonada a la contemplación del espectáculo de los disturbios consumiéndose a sí mismos. Los primeros intentos de protesta posteriores a los disturbios indicaron una deflación total. La marcha contra la reforma de las pensiones del 30 de noviembre de 2011 en el centro de Londres se parecía a un cortejo fúnebre estatal, con aproximadamente un agente de policía por cada dos manifestantes y una valla de control de multitudes de acero sólido de tres metros de altura para canalizarlos en una versión reducida e hipercontrolada de esa ya limitada caminata.

Mientras que el embotellamiento del movimiento estudiantil había proporcionado la intensa proximidad física y la compresión para generar calor y escalar la tensión, el cordón de acero nos dejó completamente fríos; era el otoño convirtiéndose en invierno. Las luchas contra la crisis no solo se habían debilitado por la total ilegitimidad de sus demandas y la magnitud de la represión sistemática que siguió a los disturbios, sino que los disturbios también unificaron al país en general contra los enemigos internos, la escoria que había cargado a un país ya asolado por la crisis con una enorme factura adicional, estimada en alrededor de quinientos millones de libras.⁵⁴ ¡Seguramente con ese peso nosotros también nos hundiríamos, como esos pobres griegos!

En una ceremonia de inauguración olímpica a un par de millas de los sitios de los disturbios de Hackney, mientras el orden es garantizado con un dispositivo policial al estilo paramilitar, se convoca un espectáculo patriótico de la

54. Panel de comunidades y víctimas de disturbios, *After the Riots*, 3.

desordenada historia de Gran Bretaña, en el que se enfrentan punkis blancos y chavales negros del distrito cercano de Bow contra el burgués de la Revolución Industrial con sombrero de copa; una explosión multicultural anárquica de la que debemos sentirnos orgullosos e incluidos. Un año después de la muerte de Smiley Culture, Dizzee Rascal traslada al escenario la última de las subculturas negras autónomas de Londres. Doreen Lawrence lleva la antorcha por el sureste de Londres que encendió la mecha de 1981, que asesinó a su hijo en 1993 y donde el EDL concluyó la ola de disturbios de 2011. Justo afuera, una manifestación de Masa Crítica —normalmente tolerada por la policía— está delimitada con fuerza. Los jóvenes negros continúan siendo detenidos y registrados múltiples veces más que cualquier otro grupo, mientras que un reconocimiento silencioso de que puede haber problemas con esta situación se filtra lentamente a través del panorama político posterior a los disturbios, tal como sucedió a principios de la década de 1980. Y, al menos en este sentido, puede decirse que estos disturbios «han funcionado». La persecución de los supuestos «irresponsables» vuelve a aumentar, junto a la limpieza clasista de las propiedades de Londres gestionada por el Estado. La tan esperada muerte de Thatcher desencadenó un estallido nacional de *schadenfreude* cuando los supervivientes de la década de 1980 llegaron al centro de Londres para celebrar borrachos algo que se experimentaba vagamente como una victoria: al menos la sobrevivimos.

Haría falta ser bastante optimista para encontrar en todo esto presagios literales de revolución o de construcción de lucha de clases. A lo sumo, durante unos momentos candentes, algunos finalmente se pusieron en pie y fue emocionante mientras duró. La huella de ese júbilo tal vez persistirá en la memoria política de una generación, pero no imaginemos que esta ola podría, por sí misma, haber hecho otra cosa que estrellarse y dejar atrás una larga marea de reflujo. Las luchas

contra la austeridad no tenían adónde ir, ninguna posibilidad real, salvo una alegre irrupción en alguna nueva situación estridente, siempre sin objetivo ni horizonte positivo; todo demandas imposibles; los únicos modos significativos de lucha —al menos para hacer pasar un mal rato a policías y demócratas— por definición, fuera de los límites, solo podían invitar a un castigo cada vez mayor. La ola más amplia de luchas había alcanzado su punto máximo y amenazaba con estallar al enfrentarse a esta imposibilidad. Habría necesitado algún evento exógeno dramático para impulsarlo más allá: otro terremoto en las profundidades del mar, tal vez, de las placas vibratorias de la economía global, o alguna resonancia armónica importante de las convergencias globales de lucha. Pero eso no sucedió, y aquí la ola se cruzó con la más longeva dinámica social de la abyección que haría que su inevitable choque fuera aún más repentino y catastrófico.

Los alborotadores contra la policía también estaban obligados, en el mejor de los casos, a despotricar en su ilegitimidad contra una lógica policial que los convierte en tales. En sí mismos tales disturbios, por supuesto, nunca constituirán un desafío significativo para un Estado capitalista cuyo aparato represivo enormemente hipertrofiado es solo el anillo exterior alrededor de estructuras sociales profundas de consentimiento que se solidifican aún más a medida que sus abyectos luchan contra ellas, incluso reproduciendo la función de la policía a nivel de autoorganización comunitaria. Aun así, pueden darnos una buena impresión de qué aspecto adquiere la «delgada línea azul» en una crisis. Y no evaluemos moralmente estos disturbios de igual forma que un izquierdismo venerable que podría haberlos tomado como un retroceso al pasado —antes de que los trabajadores maduraran y *realmente comenzaran a organizarse para ganar*— porque el movimiento obrero está totalmente fuera de actualidad, desaparecido hace mucho tiempo, al igual que tal medida normativa. Y al reconocer la tristeza, la catástrofe de esta ola,

no finjamos que había otra manera obvia en la que podrían haberse desarrollado los acontecimientos, si tan solo hubiéramos jugado la carta correcta —pues si tal carta hubiera estado realmente en nuestra mano, casi con certeza habría salido—. Las oleadas de lucha pasadas no necesitan generales de sofá. Pero si podemos deshacernos de la mierda en la que se apelmazan estas experiencias y mirarlas honestamente, al menos podemos tener la esperanza de averiguar dónde estamos ahora. Atrapados en modos de lucha que se vuelven contra nosotros. Residuos de una clase positiva que nos pertenece solo a expensas de otros. Y para *ellos*: la clase marcada en su propio ser como mero objeto de repugnancia. Clase declarada por el imperio de la ley y aplicada por la patrulla policial. Así, la clase, al menos, se pone en juego.

Logística, contralogística y perspectiva comunista

¿Para qué sirve la teoría? ¿De qué sirve en la lucha contra el capital y el Estado? Para gran parte de la izquierda, y para la izquierda marxista en particular, la respuesta es obvia: la teoría nos dice qué hacer —o *qué se ha de hacer*, que es la fórmula extrañamente pasiva que con frecuencia se usa—. La teoría es la pedagoga de la práctica. De ahí el vínculo esencial entre el camarada Lenin y su enemigo putativo, el renegado Kautsky, los pensadores maestros de la Tercera y la Segunda Internacional: a pesar de sus históricos desacuerdos, ambos creían que, sin el conocimiento científico especial dispensado por intelectuales y dedicados revolucionarios, la clase trabajadora estaba condenada a una conciencia degradada, incapaz de hacer la revolución o, al fin y al cabo, de hacerla con éxito. La tarea de la teoría, por tanto, sería convertir la conciencia proletaria en un arma para volcarla hacia la acción correcta. Esta visión didáctica de la teoría se extiende a todo el espectro de la obra intelectual marxista del siglo XX, desde la programática bolchevique comparativamente cruda de Lenin y Trotsky hasta las sofisticadas variantes ofrecidas por Antonio Gramsci y Louis Althusser.

Sin embargo, existen otras teorías teóricas no didácticas. Podríamos, por ejemplo, mirar la muy temprana reflexión del propio Marx sobre tales asuntos. No hay necesidad de hacer de maestro de la clase trabajadora, Marx le dice a su amigo Arnold Ruge: «No diremos, abandona tus luchas, pues son mera locura; te daremos las verdaderas consignas de campaña. Nos limitaremos en cambio a mostrarle al mundo simplemente por qué está luchando, y la conciencia es algo que tiene que adquirir, tanto si lo desea como si no».¹

1. KARL MARX, 'Carta a Arnold Ruge', septiembre de 1843 (MECW 3), p. 144.

El giro final en esta formulación es crucial, pues implica que el conocimiento que brinda la teoría ya abunda en el mundo; la teoría simplemente refleja, sintetiza y quizás acelera la «autoclarificación [...] de las luchas y deseos de una época». La teoría es un momento en la autoeducación del proletariado, cuyo plan de estudios incluye tanto panfletos incendiarios y oratoria de cervecería como barricadas y luchas callejeras.

En este sentido, la teoría es más un mapa que un conjunto de indicaciones: un estudio del terreno en el que nos encontramos, una forma de orientarnos antes de cualquier curso de acción arriesgado. Pienso aquí en el ensayo de Fredric Jameson sobre la «lógica cultural del capitalismo tardío» y su llamamiento en pos de «mapas cognitivos» que puedan orientarnos dentro de los nuevos espacios del mundo postindustrial. Aunque Jameson debe por seguro contar como un exponente de la visión pedagógica de la teoría —es alguien que pide mapas cognitivos como una defensa del didacticismo en el arte—, parte del atractivo de su ensayo es la forma en que su llamado a los mapas surge desde una desorientación vívidamente narrada, desde una fenomenología del desconcierto y el extravío.

Al describir los intrincados vacíos del hotel Bonaventure, Jameson sitúa al lector dentro de una alegoría espacial de las estructuras abstractas del capitalismo tardío y la «incapacidad de nuestras mentes [...] para mapear la gran red global de comunicación multinacional y descentrada en la que nos encontramos atrapados como sujetos individuales».² La teoría es un mapa elaborado por los propios extraviados, que nos ofrece la dificultosa visión desde dentro en vez de la claridad de visión desde un arriba olímpico. Languideciendo a la sombra de su contraparte dominante, la teoría antididáctica ha seguido siendo, con frecuencia, una amarga

2. FREDRIC JAMESON, 'Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism', *New Left Review*, 146 (julio-agosto, 1984), p. 84.

inversión de los presupuestos intelectualistas de la visión leninista o gramsciana. Mientras la visión didáctica nos dice que la revolución fracasa por falta de teoría, o por falta de una teoría correcta —que fracasa porque no se cultivó la conciencia correcta—, la ultraizquierda comunista heredera de la visión antididáctica ofrece en cambio una teoría de la traición intelectual, una teoría de la teoría militante como la corrupción de la inteligencia orgánica de la clase obrera.³

El papel de los teóricos sería, entonces, prevenir estas intervenciones corruptoras de los intelectuales, para permitir la autoorganización espontánea de la clase trabajadora. Como consecuencia, la ultraizquierda histórica, solidificada tras el fracaso de la ola revolucionaria de principios del siglo XX y la victoria de un marxismo claramente contrarrevolucionario, adopta una orientación reflexiva y contemplativa, cuando no fatalista, del despliegue de las luchas, ofreciendo como máximo un diagnóstico, pero nunca una reflexión estratégica —no vaya a ser que se cometa el pecado cardinal de la «intervención», de hacer de pedagogo de las masas—. De esto resulta una conciencia perversamente infeliz, que a la vez sabe más y que, sin embargo, siente que dicho conocimiento es, en el mejor de los casos, inútil y, en el peor, dañino. Esta autoconciencia culpable afecta incluso a aquellas importantes teorías —como las de Gilles Dauvé y *Théorie Communiste*, por ejemplo— que emergen después de 1968 como críticas a la ultraizquierda histórica.

Pero si realmente creemos que la teoría surge como parte de la autoclarificación de las luchas, entonces no hay razón para temer la intervención o el pensamiento estratégico. Cualquier perspectiva que los militantes e intelectuales puedan aportar a una lucha está ya representada en ella o, por el contrario, puede ser confrontada como uno de los muchos

3. Ver 'Historia de la separación', en *Endnotes 4*, para una exposición completa de la temática de la traición dentro de la ultraizquierda.

obstáculos e impasses que encuentran los antagonistas en su autoeducación. El pensamiento estratégico no es externo a las luchas, sino nativo de ellas, y cada conjunto de victorias o fracasos abre nuevas perspectivas estratégicas —posibles futuros— que deben ser examinados y cuyos efectos en el presente pueden explicarse. Al describir estas perspectivas, la teoría inevitablemente toma partido entre ellas. No se trata de dar órdenes a las luchas, sino de ser ordenados por ellas.

TEORÍA DESDE EL TERRENO

El siguiente ensayo es un experimento de escritura teórica. Intenta hacer explícito el vínculo entre la teoría que se desarrolla en las páginas de las publicaciones comunistas y la teoría que se desarrolla en la conducción de las luchas, demostrando cómo es que las reflexiones sobre la reestructuración del capitalismo surgen como consecuencia de momentos particulares de lucha. De estos horizontes teóricos también surgen perspectivas estratégicas específicas, y en la medida en que se discuten en terreno y afectan lo que allí sucede, solo con mucho esfuerzo podemos evitarlas.

Siempre podemos —y quizás deberíamos— preguntarnos respecto de las teorías que nos encontramos: *¿Dónde estamos? ¿En respuesta a qué experiencia práctica ha surgido esta teoría?* En lo que sigue, estamos, en su mayor parte, en el puerto de Oakland, California, bajo las sombras de ciclópeas grúas pórtico y portacontenedores, paseando ansiosamente con las otras 20.000 personas que han entrado en el puerto para bloquearlo, como parte de la llamada «Huelga General» convocada por Occupy Oakland el 2 de noviembre de 2011. Todos los participantes en el bloqueo ese día tenían seguramente un sentido intuitivo de la centralidad del puerto para la economía del norte de California, y es con esta orientación intuitiva que comienza la teoría. Si se les pregunta, te

dirán que una fracción considerable de lo que consumen se originó en el extranjero, se embarcó y pasó por puertos como el de Oakland con rumbo a su destino final. Como interfaz entre la producción y el consumo, entre EE.UU. y sus socios comerciales en el exterior, entre cientos de miles de trabajadores y las diversas formas de capital circulante que ellas implican, las silenciosas maquinarias del puerto se convirtieron rápidamente en un emblema de la compleja totalidad de la producción capitalista que estas parecían tanto eclipsar como revelar.

En nuestros bloqueadores, entonces, surge, directamente de su encuentro con el espacio del puerto y su maquinaria, todo tipo de preguntas. ¿Cómo podríamos producir un mapa de las diversas empresas —de los flujos de capital y trabajo— directa o indirectamente afectadas por un bloqueo del puerto, o por un bloqueo de determinados terminales? ¿Quién está tras un traslado? ¿Y tras dos o tres?

Surgen, además, interrogantes sobre la relación entre la táctica del bloqueo y las demandas de quienes participaron. Aunque el bloqueo fuera organizado en colaboración con la sección local de ILWU —el sindicato de trabajadores portuarios—, en solidaridad con los trabajadores amenazados en Longview, Washington, pocas de las personas que llegaron sabían algo sobre Longview. Estaban allí en respuesta al desalojo policial del campamento de Occupy Oakland y en solidaridad con lo que entendían que eran las principales demandas del movimiento Occupy.

¿Cómo caracterizar, entonces, la relación entre los bloqueadores, muchos de los cuales estaban desempleados o marginalmente empleados, y los trabajadores portuarios altamente organizados? ¿Quiénes se veían afectados por el bloqueo? ¿Cuál es la relación entre el bloqueo y la táctica de huelga? Una vez formuladas, estas preguntas vincularon el momento del bloqueo con movilizaciones afines: con los piqueteros

de los levantamientos argentinos de finales de la década de los noventa y principios de la de los dos mil, trabajadores desempleados que, sin otra forma de procesar sus demandas de asistencia gubernamental, se lanzaron al bloqueo de carreteras en pequeñas bandas dispersas; con los *piquets volants* de las huelgas francesas de 2010 contra los cambios propuestos en la ley de pensiones, bandas de piqueteros dispersos que apoyaron los bloqueos de los trabajadores, pero también participaron en sus propios bloqueos, independientemente de la huelga; con las recientes huelgas de trabajadores en las cadenas de suministro de IKEA y Walmart, y con todas partes, en la etapa de tumulto político que sigue a la crisis de 2008, con una proliferación de los bloqueos y una disminución de las huelgas como tales —a excepción del «BRICS» industrial, donde una formación obrera renegada ha iniciado una nueva ola de huelgas—.

CAPITALISMO LOGÍSTICO E HIDRÁULICO

Estas no son preguntas que pertenezcan únicamente a la teoría formal. Fueron debatidas de inmediato por quienes participaron en el bloqueo y planearon un segundo bloqueo un mes después.⁴ Algunos de estos debates invocaron el concepto de «globalización» para dar sentido a la creciente centralidad del puerto y el comercio internacional dentro del capitalismo, en un eco del movimiento alter-globalización de principios de la década de 2000. Pero siempre ha estado poco claro qué se supone que significa el término

4. Para ver un ejemplo, consultar 'Bloquear el puerto es solo el primero de muchos últimos complejos' (bayofrage.com), un texto que aborda muchas de las preguntas descritas anteriormente y que se distribuyó dentro de Occupy Oakland después del primer bloqueo y antes del segundo, el bloqueo en múltiples ciudades. En muchos aspectos, el ensayo aquí es una formalización y refinamiento de un proceso de discusión, reflexión y crítica iniciado por ese texto.

«globalización» como marcador de una nueva fase histórica. El capitalismo ha sido global desde el principio, emerge desde el interior de la matriz empapada de sangre de la expansión mercantil del período moderno temprano. Posteriormente, sus fábricas y molinos se alimentaron de flujos planetarios de materias primas, que producen para un mercado igualmente internacional. La verdadera pregunta, entonces, es qué tipo de globalización tenemos hoy. ¿Cuál es *la diferencia específica* de la globalización actual? ¿Cuál es la relación precisa entre producción y circulación?

Las cadenas de suministro actuales se distinguen no solo por su extensión planetaria y su increíble velocidad, sino por su integración directa de la fabricación y del comercio minorista [*retail*], por su armonización de los ritmos de producción y consumo. Desde la década de 1980, los autores que escriben sobre negocios han promocionado el valor de los modelos de producción «ajustados» [*lean manufacturing*] y «flexibles», en los que los proveedores mantienen la capacidad de expandir y contraer la producción, así como de cambiar los tipos de mercancías producidas, apoyándose en una red de subcontratistas, trabajadores temporales y estructuras organizativas mutables, adaptaciones que requieren un control preciso sobre el flujo de mercancías e información entre las unidades.⁵ Originalmente asociadas con el sistema

5. La «producción ajustada» comienza como una formalización de los principios detrás del sistema de producción de Toyota, visto durante la década de 1980 como una solución a las dolencias de las empresas manufactureras estadounidenses. Véase JAMES P. WOMACK et al., *The Machine That Changed the World* (Rawson Associates, 1990). El concepto de «flexibilidad» surge de los debates a fines de la década de 1970 sobre la posibilidad de un sistema de fabricación alternativo basado en la «especialización» en lugar de en economías de escala fordistas, un sistema que se cree que está habilitado por máquinas de Control Numérico Computerizado (CNC) altamente ajustables. MICHAEL J. PIORE y CHARLES F. SABEL, *The Second Industrial Divide*:

de producción de Toyota y con los fabricantes japoneses en general, estas formas corporativas se identifican con frecuencia ahora con el sobrenombre Just In Time (JIT), que se refiere en su sentido específico a una forma de gestión de inventario y, en general, a una filosofía de producción en la que las empresas tienen como objetivo eliminar el inventario estático —ya sea producido internamente o *recibido* de proveedores—. El JIT, derivado en parte de la cibernética japonesa y en parte de la angloamericana, es una filosofía de producción circulatoria, orientada en torno a una noción de «flujo continuo» que ve todo lo que no está en movimiento como una forma de desperdicio, un lastre para las ganancias. El JIT tiene como objetivo someter toda la producción a la condición de circulación, empujando su velocidad como sea posible hacia la velocidad de la luz de la transmisión de información. Desde la perspectiva de nuestros bloqueadores, este énfasis en el flujo rápido y continuo de mercancías multiplica el poder del bloqueo. En ausencia de inventarios estáticos, un bloqueo de unos pocos días podría paralizar efectivamente a muchos fabricantes y minoristas.⁶

En los sistemas JIT, los fabricantes deben coordinar a los proveedores río arriba con los compradores río abajo, por lo que la velocidad por sí sola no es suficiente. El tiempo es crucial. Mediante una coordinación precisa, las empresas pueden invertir la tradicional relación comprador-vendedor en la que los bienes se producen primero y luego se venden a

Possibilities For Prosperity (Basic Books, 1984).

6. *End of the Line*, del escritor empresarial Barry Lynn, está dedicado a demostrar la peligrosa fragilidad del sistema de producción distribuida de hoy, donde una «avería en cualquier lugar significa cada vez más una avería en todas partes, de la misma manera que una pequeña perturbación en la red eléctrica de Ohio hizo saltar el gran apagón estadounidense de agosto de 2003». BARRY C LYNN, *End of the Line: The Rise and Coming Fall of the Global Corporation* (Doubleday, 2005), p. 3.

un consumidor. Al reponer los bienes en el momento exacto en que se venden, sin acumulación de stock en el camino, las empresas JIT realizan una extraña especie de viaje en el tiempo, haciendo que parezca que solo fabrican productos que ya se han vendido al consumidor final. A diferencia del antiguo modelo de «producción de empuje» [*push production*], en el que las fábricas generaban reservas masivas de bienes que los minoristas eliminarían del mercado con promociones y cupones, en el sistema de producción de «jale» [*pull production*] actual «los minoristas comparten información de los puntos de venta [*POS, point-of-sale*] con sus proveedores, quienes luego pueden reponer rápidamente los stocks de los minoristas».⁷

Esto ha llevado a la integración funcional de proveedores y minoristas, en términos en los que a menudo los minoristas tienen la ventaja. Los compradores masivos como Walmart reducen a sus proveedores a meros vasallos, controlando directamente el diseño y los precios de los productos y, al mismo tiempo, conservan la flexibilidad para terminar un contrato si es necesario. Obtienen los beneficios de la integración vertical sin la responsabilidad que proviene de la propiedad formal. Mientras que a principios de la década de 1980 algunos pensaban que el énfasis en la flexibilidad y el dinamismo cambiaría el equilibrio de poder de las grandes e inflexibles multinacionales a las pequeñas y ágiles empresas, la producción ajustada solo ha significado un cambio de fase en lugar de un debilitamiento del poder de las empresas multinacionales. El nuevo arreglo presenta lo que Bennett Harrison ha llamado la «concentración sin centralización» de la autoridad corporativa.⁸

7. EDNA BONACICH y JAKE B WILSON, *Getting the Goods: Ports, Labor, and the Logistics Revolution* (Cornell University Press, 2008), p. 5.

8. BENNETT HARRISON, *Lean and Mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility* (Guilford Press, 1997), pp. 8-12.

La producción ajustada, la flexibilidad, los sistemas de inventarios JIT, la producción «pull»: cada una de estas innovaciones ahora forma parte de la llamada «revolución logística» y la correspondiente «industria logística», que consiste en especialistas internos y externos en diseño y gestión de cadenas de suministro. Habilitados por las transformaciones técnicas de la industria naviera y del transporte y la contenerización en particular, así como las posibilidades que brinda la tecnología de la información y las comunicaciones, los trabajadores de logística ahora coordinan diferentes momentos productivos y flujos circulatorios a través de vastas distancias internacionales, asegurando que el dónde y cuándo de la mercancía obtenga la precisión y velocidad de los datos.

Confirmando la veracidad del frecuentemente citado pasaje de los *Grundrisse* de Marx sobre el desarrollo tendencial del mercado mundial, a través de la logística, el capital «busca simultáneamente una mayor extensión del mercado y una mayor aniquilación del espacio por el tiempo».⁹ Pero la logística es más que la extensión del mercado mundial en el espacio y la aceleración de los flujos mercantiles: es la potencia activa para coordinar y coreografiar, es el poder de reunir y dividir los flujos; de acelerar y ralentizar; de cambiar el tipo de mercancía producida y su origen y punto de destino; y, finalmente, de recopilar y distribuir conocimientos sobre la producción, el movimiento y la venta de las mercancías a medida que fluyen por la red.

La logística es un término polivalente. Da su nombre a una industria por derecho propio, compuesta por empresas que manejan la administración de envío y recepción para otras corporaciones, así como también es una actividad que muchas empresas manejan internamente. Pero también se refiere, metonímicamente, a una transformación de la producción capitalista en su conjunto: la «revolución logística».

9. MARX, *Grundrisse* (MECW 28), p. 448 (trad de Nicolaus).

En este último sentido, la logística ordena la subordinación de la producción a las condiciones de circulación, el devenir hegemónico de aquellos aspectos del proceso productivo que involucran la circulación. En la imagen idealizada del mundo de la logística, la fabricación es simplemente un momento en un flujo continuo, heracliteano; la fábrica se disuelve en flujos planetarios, fragmentados en procesos componentes modulares que, separados por miles de millas, se combinan y recombinan de acuerdo con los caprichos cambiantes del capital.

La logística tiene como objetivo transmutar todo el capital fijo en capital circulante para imitar y adaptarse mejor a la forma más pura y líquida que adopta el capital: el dinero. Esto es imposible, por supuesto, ya que el proceso de valorización requiere desembolsos de capital fijo en algún punto a lo largo de los circuitos de reproducción y, por lo tanto, alguien en algún lugar tendrá que asumir el riesgo que conlleva invertir en plantas y maquinaria inmóviles. Pero la logística se trata de mitigar este riesgo, se trata de transformar un modo de producción en un modo de circulación, en el que las frecuencias y capacidades de canalización de los circuitos del capital son lo que importa. En esto, la revolución logística se ajusta a la concepción hidráulica del capitalismo esbozada por Deleuze y Guattari en la década de 1970, en el que el plusvalor resulta no tanto de la transformación irreversible de la materia trabajada como de la conjunción de un flujo —el dinero— con otro —el trabajo—. ¹⁰ En este relato, influenciado por la descripción de Fernand Braudel de los orígenes del capitalismo, y su revisión por la teoría de los sistemas-mundo, el capital no es más que el comandante de los flujos, rompiendo y uniendo varias corrientes para crear una vasta irrigación y drenaje del poder social.

10. GILLES DELEUZE y FELIX GUATTARI, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia* (University of Minnesota Press, 1983), pp. 227-228 [ed. cast.: *El Anti Edipo* (Paidós, Barcelona, 1985)].

La logística convierte los sólidos en líquidos —o, en su extremo, en campos eléctricos—, tomando el movimiento de elementos discretos y tratándolos como si fueran petróleo en una tubería, fluyendo continuamente a presiones ajustables con precisión.¹¹

EL VALOR DE USO DE LA LOGÍSTICA

Hasta ahora, nuestro proyecto de mapeo cognitivo ha situado con éxito a los bloqueadores dentro de un vasto horizonte espacial, una red de flujos reticulados frente al telón en el que los gigantescos portacontenedores, incluso los miles de bloqueadores, son meras motas de polvo. Pero el cuadro que hemos dado no tiene profundidad, no tiene historia; es, en otras palabras, una imagen, y podríamos preguntarnos si parte de la desorientación a la que responde el concepto de mapa cognitivo se ve agravada por el enfoque espacial (y visual). Quizás «mapa» funciona como metáfora más que cualquier otra cosa, refiriéndose a una elaboración de conceptos y categorías tanto en dimensiones espaciales como temporales. Un mapa, pero también una historia, un gráfico y un diagrama, porque una vez que adoptamos la visión *desde* algún lugar, la visión *para* alguien, nos situamos entre un pasado y un futuro, en la vanguardia de una cadena de causas que necesitan tanto ser cartografiadas como la disposición espacial de la cadena de suministro, sobre todo si queremos tener alguna idea de lo que puede ocurrir a continuación.

11. Braudel, en particular, trata al capitalismo como la intervención en un plano preexistente de transacciones de mercado por parte de actores poderosos que pueden suspender las reglas del juego limpio para su propio beneficio. El capital es, fundamentalmente, una manipulación de la circulación y los flujos de una economía de mercado. FERNAND BRAUDEL, *The Wheels of Commerce*, (University of California Press, 1992), p. 22.

En otras palabras, queremos saber por qué el capital recurrió a la logística. ¿Por qué el capital se reorganizó de esta manera? ¿En busca de qué ventajas y en respuesta a qué callejones sin salida? Una respuesta, insinuada anteriormente, es que la logística es un simple acelerador de los flujos de mercancías. La logística es un método para disminuir el tiempo de rotación del capital y, por lo tanto, para aumentar las ganancias totales. Los tiempos de rotación cortos y los ciclos de producción rápidos pueden producir ganancias totales muy altas, incluso con muy bajas las tasas de ganancia —por rotación— que encontraron los capitalistas en la década de 1970. La logística fue una solución, entonces, a «la larga recesión» que surgió en la década de 1970 y a la crisis general a la que dio lugar, cuando las oportunidades para obtener ganancias mediante la inversión en el aparato productivo —en nuevas plantas y maquinaria— empezaron a desvanecerse.

Como sabemos por numerosos relatos, un resultado fue que el capital fluyó hacia los activos financieros, bienes raíces y similares, amplificando la velocidad y el ancho de banda de la oferta monetaria y el mercado crediticio, y creando nuevas formas de capital financiero. Pero este bien documentado proceso de financiarización tuvo como contraparte oculta una inversión masiva de capital en la esfera complementaria de la circulación de mercancías —en lugar de dinero—, aumentando el rendimiento del sistema de transporte y acelerando la velocidad del capital mercantil a través de una expansión en la forma de camiones cisterna, complejos portuarios, vías férreas, centros de distribución controlados robóticamente y de la tecnología digital y de red necesaria para gestionar el aumento del volumen y la complejidad del comercio. El contenedor de embarque y los futuros mercantiles eran, por tanto, innovaciones técnicas complementarias, que racionalizaban y sobrealimentaban diferentes segmentos del circuito total de reproducción. Las rotaciones cada vez

más rápidas del crédito y las mercancías en todo el mundo son relevos que se habilitan mutuamente. Sin embargo, la inversión en estas áreas no se trata solo de velocidad bruta; también tiene como objetivo reducir los costos de circulación asociados y, por lo tanto, aumentar la carga total de los sistemas de transporte. Junto con las obvias economías de escala y la mecanización que ofrece la tecnología de contenedores, los sistemas de información integrados reducen enormemente los costos administrativos asociados con la circulación, liberando más dinero para la inversión directa en la producción.¹²

12. En la teoría del valor marxista, la circulación se trata a menudo como una esfera «improductiva» separada de las actividades generadoras de valor de la esfera de producción. Debido a que no se puede agregar plusvalor a través de los «actos de compra o venta», que involucran solo la «conversión del mismo valor de una forma a otra», los costes asociados con estas actividades —contabilidad, inventario, venta al por menor, administración— son puros y simples *faux frais*, deducciones del plusvalor total [MARX, *El Capital* Vol. 2 (MECW 36), p. 133]. Sin embargo, Marx sostiene que ciertas actividades asociadas con la circulación —el transporte, en particular— son generadoras de valor, por la persuasiva razón de que sería inconsistente tratar el transporte de carbón desde el fondo de la mina hasta la parte superior como productivo pero su transporte de la mina a una planta de energía como improductiva. La circulación, entonces, se refiere a dos procesos diferentes que son conceptualmente distintos pero que en la práctica casi siempre están entrelazados. Primero, hay una metamorfosis en la forma de la mercancía, cuando las mercancías se transforman en dinero y viceversa. Esto es «circulación» no en el espacio real sino en la fase-espacio ideal de la forma-mercancía. Como señala Marx, «los valores de las mercancías móviles, como el algodón o el arrabio, pueden permanecer en el mismo almacén mientras se someten a docenas de procesos de circulación, y los especuladores los compran y revenden». Necesitamos distinguir este tipo de circulación propiamente improductiva —«donde es el título de propiedad de la cosa y no la cosa en sí» lo que se mueve— de la circulación física del objeto en el espacio, que podría pensarse como una extensión de

Pero estos desarrollos no pueden entenderse únicamente en términos de aumento y disminución cuantitativos: aumento de la velocidad y el volumen de los flujos de mercancías, disminución de los gastos generales. Aquí también hay un objetivo cualitativo importante, que la logística describe como «agilidad», es decir, el poder de cambiar, lo más rápido posible, la velocidad, la ubicación, el origen y el destino de los productos, así como el tipo de producto, para hacer frente a las condiciones volátiles del mercado. Las corporaciones apuntan a «cadenas de suministro receptivas», como dice el título del capítulo de un manual de logística popular, «de modo que [ellas] puedan responder en plazos más cortos tanto en términos de cambio de volumen como de variedad».¹³

En su papel interventivo, los expertos en logística podrían buscar, identificar y remediar los cuellos de botella para mantener la agilidad. Pero como una cuestión de diseño preventivo, los especialistas se esforzarán por sincronizar y distribuir información en toda la cadena de suministro para que los proveedores puedan tomar las medidas adecuadas antes de que sea necesaria la intervención. Esta distribución de la información se conoce como una «cadena de suministro virtual», una cadena de representaciones simbólicas transmitidas que fluye en sentido opuesto al movimiento físico de las mercancías. Empresas completamente independientes pueden utilizar datos distribuidos de este tipo para coordinar sus actividades. El resultado, como señalan Bonacich y Wilson, es que «la competencia [...] se desplaza del nivel de la empresa al nivel de la cadena de suministro».¹⁴ Pero la transparencia de los datos no nivela el campo de juego en absoluto; por lo general, uno de los actores en

las actividades generadoras de valor de la esfera productiva (*ibid.*, p. 153).

13. MARTIN CHRISTOPHER, *Logistics and Supply Chain Management* (FT Press, 2011), p. 99.

14. BONACICH y WILSON, *Getting the Goods*, p. 5.

la red de la cadena de suministro mantendrá el dominio, sin necesariamente colocarse en el centro de las operaciones; Walmart, por ejemplo, ha insistido en que sus proveedores colocan etiquetas de identificación por radiofrecuencia (RFID) en palés y contenedores, lo que le permite administrar su inventario de manera mucho más efectiva, a un costo considerable para los proveedores.¹⁵

Antes de considerar la razón final de la revolución logística, conviene hacer una breve nota histórica. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el campo de la logística corporativa o empresarial no existía en absoluto. En cambio, la logística era un asunto puramente militar, que se refería a los métodos que usaban los ejércitos para abastecerse, moviendo suministros desde la retaguardia al frente, una iniciativa mundana pero fundamental que los historiadores militares desde Tucídides han reconocido como un determinante clave del éxito de las guerras expedicionarias. La logística empresarial, como campo distintivo, evolucionó en la década de 1950, basándose en las innovaciones en la logística militar y basándose en el intercambio de personal entre el ejército, la industria y la academia, tan característico del período de posguerra, intercambios supervisados por los campos de la cibernética, la teoría de la información y la investigación de operaciones. La conexión entre la logística militar y corporativa siguió siendo íntima. Por ejemplo, aunque Malcolm McLean introdujo los contenedores de envío apilables en la década de 1950 y ya había logrado contenerizar algunas líneas de transporte nacional, fue la solución basada en contenedores de su Sea-Land Service para la crisis logística de la Guerra de Vietnam la que generalizó la tecnología y demostró su eficacia para el comercio internacional.¹⁶ Del mismo modo,

15. ERICK C. JONES y CHRISTOPHER A. CHUNG, *RFID in Logistics* (CRC Press, 2010), p. 87.

16. La historia de Malcolm McLean y Sea-Land se narra en MARC LEVINSON, *The Box* (Princeton, 2010), pp. 36-75, 171-178.

la tecnología RFID fue desplegada por primera vez por el ejército estadounidense en Irak y Afganistán, momento en el que Walmart comenzó a explorar su uso. Poco después, el Departamento de Defensa y Walmart emitieron mandatos a sus proveedores más importantes, exigiéndoles que usen etiquetas RFID en su mercadería. El vínculo entre la logística corporativa y la logística militar es tan fuerte que muchos de los gerentes y ejecutivos de Walmart, que establecen el estándar para la industria en su conjunto, provienen del ejército.¹⁷

La logística, podríamos decir, es la guerra por otros medios, la guerra por medio del comercio. Una guerra de cadenas de suministro que conquista nuevos territorios al impregnarlos de distribuciones capilares, asegurando que los productos fluyan con facilidad hasta los extremos más lejanos. Sin embargo, desde esta perspectiva marcial, sería útil distinguir entre una logística ofensiva y una defensiva. Las formas ofensivas que ya hemos descrito anteriormente: logística que busca saturar mercados, reducir costos y superar a los competidores, mantener el máximo rendimiento y la máxima variedad de productos. En este aspecto ofensivo, la logística enfatiza la flexibilidad, plasticidad, permutabilidad, dinamismo y morfogénesis. Pero encuentra su complemento en una serie de protocolos que son fundamentalmente defensivos, mitigando el riesgo de la cadena de suministro por bloqueos y terremotos, huelgas y escasez de proveedores. Si «agilidad» es la palabra clave de la logística ofensiva, la logística defensiva apunta a la «resiliencia» y enfatiza los valores de la elasticidad, homeostasis, estabilidad y longevidad. Pero la resiliencia es solo en apariencia un principio conservador;

17. El CEO de Walmart, Bill Simon, un ex oficial de la Marina, inició programas para reclutar gerentes y ejecutivos del ejército. MICHAEL BERGDAHL, *What I Learned From Sam Walton* (John Wiley, 2004), p. 155. También ha establecido programas de «liderazgo» inspirados en las academias militares.

encuentra estabilidad no en la inflexibilidad, sino en la constante adaptabilidad autoestabilizante.¹⁸ En este sentido, las formas de logística defensiva y ofensiva son realmente imposibles de desenredar, ya que la agilidad de una empresa es la volatilidad de otra, y cuanto más flexible y dinámica se vuelve una empresa, más «exporta» la incertidumbre al sistema en su conjunto, exigiendo que las otras empresas se vuelvan más resilientes. En cualquier caso, podemos esperar que, en el contexto de la crisis económica y el inminente colapso ambiental, la logística se convierta cada vez más en la ciencia de la gestión de riesgos y la mitigación de crisis.

La logística es el arte de la guerra del capital, una serie de técnicas para la competencia intercapitalista e interestatal. Pero estas guerras, al mismo tiempo, siempre se libran a través de y contra los trabajadores. Una de las razones más importantes de la extensión, complicación y lubricación de estas cadenas de suministro planetarias es que permiten el arbitraje del mercado laboral.

Las cadenas de suministro sofisticadas y permutables del mundo contemporáneo hacen posible que el capital busque los salarios más bajos en cualquier parte del mundo y que haga enfrentarse a los proletarios entre sí. La logística fue, por lo tanto, una de las armas clave en una ofensiva global contra los trabajadores que se prolongó durante décadas. Las cadenas de suministro planetarias habilitadas por la contenerización rodearon efectivamente al trabajo, asediaron sus emplazamientos defensivos, como los sindicatos y, finalmente, en el transcurso de los años ochenta y noventa, los aplastaron por completo.

A partir de ahí, con el trabajo en fuga, la logística ha permitido al capital neutralizar rápidamente y superar cualquier débil resistencia que monten los trabajadores. Aunque el

18. CHRISTOPHER, *Logistics and Supply Chain Management*, pp. 189-210.

capital debe lidiar con el problema de las inversiones perdidas en edificios, máquinas y otras infraestructuras inmobiliarias, las cadenas de suministro reconfigurables le permiten un poder sin precedentes para desviar y matar de hambre a las fuerzas laborales problemáticas. Al dividirlos en un «núcleo» compuesto por trabajadores permanentes —a menudo conservadores y leales— y una periferia de trabajadores eventuales, subcontratados y fragmentados, que pueden o no trabajar para la misma empresa, el capital ha dispersado la resistencia proletaria con bastante eficacia.

Pero estas estructuras organizativas requieren sistemas de coordinación, comunicación y transporte, que abren al capital al peligro de la disrupción en el espacio de circulación, ya sea por los trabajadores encargados de la circulación de mercancías o por otros, como en el caso del bloqueo portuario, que eligen la circulación como su espacio de acción efectiva, por la sencilla razón de que el capital ya ha hecho esa elección también.

La actuación de los participantes en el bloqueo portuario está, en este sentido, doblemente determinada por la reestructuración de capitales. Están allí no solo porque la reestructuración del capital los ha dejado sin trabajo o los ha colocado en trabajos en los que se ha proscrito la acción como trabajadores de acuerdo con las tácticas clásicas del movimiento obrero, sino también porque el capital mismo ha tomado cada vez más la esfera de la circulación como objeto de sus propias intervenciones. En este sentido, la teoría nos proporciona no solo el *por qué* de la reestructuración del capital, sino el *por qué* de un nuevo ciclo de luchas.

VISIBILIDAD Y PRAXIS

Debería ser obvio a estas alturas que la logística es el proyecto de mapeo cognitivo del propio capital. De ahí el protagonismo de la «visibilidad» entre las consignas de la industria logística. Gestionar una cadena de suministro significa hacerla transparente. Los flujos de mercancías en los que ubicamos a nuestros bloqueadores se duplican por los flujos de información, por una cadena significativa que supervisa la cadena de mercancías, a veces sin ninguna intervención humana. Junto a los modelos predictivos de las finanzas, que apuntan a representar y controlar las caóticas fluctuaciones del sistema crediticio y del dinero, la logística también gestiona los complejos flujos del sistema mercantil a través de estructuras de representación. Podríamos imaginar, entonces, una logística contra la logística, una contralogística que emplea el equipamiento conceptual y técnico de la industria para identificar y explotar los cuellos de botella, para dar a nuestros bloqueadores una idea de dónde se encuentran ellos dentro de los flujos de capital. Esta contralogística podría ser el arte de la guerra proletario que engarce con el propio *ars belli* del capital. Imaginemos que nuestros bloqueadores supieran exactamente qué mercancías contienen los contenedores en determinados muelles o en determinados barcos; imagínense si pudieran conocer el origen y destino de estas mercancías y calcular los posibles efectos, funcionales y en dólares, de los retrasos o interrupciones en determinados flujos. La posesión de tal sistema contralogístico, que podría ser tan burdo como un inventario escrito, permitiría a los antagonistas enfocar su atención donde fuese más efectivo. Tomando, por ejemplo, la situación de las luchas por la Ley de pensiones francesa de 2010, en las que se movieron bloqueos móviles en grupos de veinte a cien por las ciudades francesas, apoyando las líneas de piquete de los trabajadores en huelga, pero también bloqueando sitios clave de forma

independiente, los poderes de coordinación y concentración que permite un sistema de este tipo son inmediatamente evidentes.¹⁹ Este es un ejemplo de los horizontes estratégicos que se despliegan desde el interior de las luchas, incluso si la mayoría de las discusiones sobre dicha contralogística tendrán que realizarse teniendo en mente ocasiones particulares.

Pero más allá del valor práctico de la información contralogística, está lo que podríamos llamar su valor *existencial*: la forma en que, poder ver las propias acciones junto con las acciones de los demás, y poder ver también los efectos de dicha acción concertada, imbuje esas acciones con un significado que de otra manera no habrían tenido. El contagio de la Primavera Árabe, por ejemplo, surge en parte del efecto afirmativo dado por las imágenes que se transmitieron de lucha. Ser capaz de ver la propia acción frente a la violencia estatal reflejada e incluso agrandada por las acciones de otros puede ser profundamente estimulante. Este es otro de los valores de la teoría con respecto a la praxis: la capacidad de colocar las luchas una al lado de la otra, de hacer visibles las luchas entre sí y para ellas mismas.

Esta importancia de la visibilidad —o legibilidad, como él la llama— es esencial para una de las mejores disertaciones sobre la reestructuración del trabajo en el capitalismo tardío,

19. Los bloqueos de los que hablo se diferencian de la barricada clásica en que son más ofensivos que defensivos. El propósito principal de las barricadas del siglo XIX fue que dispersaran las fuerzas del Estado para que pequeños grupos de soldados pudieran ser derrotados por la fuerza o confraternizados y convertidos. Pero la debilidad de la lucha de barricadas, como la describen los escritores desde Blanqui hasta Engels, era que los partisanos defendían territorios particulares —sus propios barrios— y no podían moverse según fuera necesario. Véase LOUIS-AUGUSTE BLANQUI, 'Manual para una insurrección armada' (marxists.org) y ENGELS, 'Introducción a "Las luchas de clases en Francia" de Karl Marx' (MECW 27), pp. 517-519.

The Corrosion of Character, de Richard Sennett. Sennett sugiere que la «débil identidad laboral» de los lugares de trabajo contemporáneos —que se distingue principalmente por la computerización, en su tratamiento— resulta de la total ilegibilidad de los procesos de trabajo para los propios trabajadores. Visitando una panadería que había estudiado décadas antes para su primer libro, *The Hidden Injuries of Class*, Sennett descubre que, en lugar de los procesos físicamente desafiantes de la panadería de la década de 1960, los trabajadores ahora usaban máquinas controladas por ordenador que pueden producir cualquier tipo de pan de acuerdo con las condiciones cambiantes del mercado, simplemente presionando algunos botones. Como resultado, a diferencia de los panaderos en el pasado, los trabajadores no se identifican con su trabajo ni obtienen satisfacción de sus tareas, precisamente porque el funcionamiento de las máquinas les es fundamentalmente opaco. La diferencia entre ingresar valores en una hoja de cálculo y hornear pan es insignificante para ellos. El trabajo concreto se ha vuelto fundamentalmente abstracto, mezclando al mismo tiempo las distinciones entre trabajo material e inmaterial, manual y mental.

La cocción computerizada ha cambiado profundamente la danza de actividades físicas en el taller. Ahora los panaderos no hacen contacto físico con los materiales o las hogazas de pan, sino que monitorean todo el proceso a través de íconos en pantalla que representan, por ejemplo, imágenes del color del pan derivadas de los datos sobre la temperatura y el tiempo de cocción de los hornos; pocos panaderos ven realmente las hogazas de pan que hacen. Sus pantallas de trabajo están organizadas a la manera familiar de Windows; en uno, aparecen los íconos de muchos más tipos de pan diferentes de los que se habían preparado en el pasado: panes rusos, italianos y franceses, todos posibles al tocar la pantalla. El pan se había convertido en una representación en la pantalla.

Como resultado de trabajar de esta manera, los panaderos ya no saben realmente cómo hornear pan. El pan automatizado no es una maravilla de la perfección tecnológica; las máquinas con frecuencia muestran errores respecto de las hogazas que crecen en el interior, por ejemplo, al no medir con precisión la fuerza de la levadura o el color real del pan. Los trabajadores pueden jugar con la pantalla para corregir un poco estos defectos; lo que no pueden hacer es arreglar las máquinas o, lo que es más importante, hornear pan por control manual cuando las máquinas fallan con demasiada frecuencia. Los trabajadores, dependientes del programa, no pueden tener conocimientos prácticos. El trabajo ya no es legible para ellos, en el sentido de comprender lo que están haciendo.²⁰

Aquí hay una paradoja interesante que Sennett describe muy bien en las páginas siguientes: cuanto más transparentes y «fáciles de usar» son los procesos computarizados, más opaco se vuelve el proceso total que controlan. Su conclusión debería perturbar cualquier concepción simplista de los poderes de la visibilidad o del «mapa cognitivo» como tal, un problema que Jameson reconoció desde el principio, afirmando que «la tecnología informativa es tanto la solución representacional como el problema representacional del mapeo cognitivo del sistema mundial».²¹ Los problemas para los trabajadores de Sennett, así como para nuestros bloqueadores, son tanto prácticos como epistemológicos, son cuestión del hacer y el saber juntos.

A menos que las representaciones que dichos sistemas nos brinden amplíen nuestra capacidad de hacer y realizar, de efectuar cambios en el mundo, harán que ese mundo sea

20. RICHARD SENNETT, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (W. W. Norton & Co., 2000), p. 68.

21. FREDRIC JAMESON, *The Geopolitical Aesthetic: Cinema and Space in the World System*, (Indiana University Press, 1995), p. 10.

más, en lugar de menos, opaco, sin importar cuán ricamente descriptivos puedan ser. Y aunque el análisis de Sennett está orientado solo hacia el mundo del trabajo —e imbuido de la típica nostalgia de izquierda por el *savoir-faire* [saber hacer] y por las identidades estables que implicaba el trabajo cualificado—, los problemas de la legibilidad les conciernen tanto a nuestros bloqueadores como a los estibadores del puerto. Para persistir más allá del momento inicial, las luchas deben reconocerse a sí mismas en los efectos que crean, deben ser capaces de trazar un mapa de esos efectos no solo ubicándose dentro del espacio abstracto y concreto del capital tardío, sino dentro de una secuencia política que tiene pasado y futuro, que se abre a un horizonte de posibilidades. Todo esto requiere conocimientos, pero requiere conocimientos que se puedan practicar, que se puedan desarrollar.

Por tanto, nuestros bloqueadores se ven desposeídos del conocimiento utilizable por un sistema técnico en el que aparecen sólo como actores incidentales, como puntos de retransmisión e inserción que requieren como máximo una comprensión estenográfica de su entorno inmediato en unos pocos kilobytes de información utilizable. Bernard Stiegler, que a pesar de su a menudo tedioso aparato teórico heideggeriano es uno de los mejores teóricos contemporáneos de la tecnología, describe este proceso como «proletarización cognitiva y afectiva», donde los proletarios son desposeídos, como productores, del *savoir faire* y, como consumidores, del *savoir vivre* [saber vivir/convivir]. Esto es parte de una larga historia de aquello que Stiegler llama «gramatización», en la que el conocimiento y la memoria se discretizan en gestos corporales reproducibles y combinatorios —fonemas, grafemas, pulsaciones de teclas, bits— y luego son exteriorizados mediante la inscripción en la materia.²² La tecnología digital y de telecomunicaciones de la gramatización contemporánea es la etapa final de este proceso, de manera

22. BERNARD STIEGLER, *For a New Critique of Political Economy*, (Polity, 2010), pp. 40-44.

que nuestros recuerdos y facultades cognitivas existen ahora en la nube de datos, por así decirlo, como parte de una prótesis tecnológica distribuida sin la cual somos efectivamente incapaces de orientarnos o de funcionar. En este relato en gran parte persuasivo, que afortunadamente contradice las lecturas optimistas de la tecnología de la información como una socialización progresiva del «intelecto general», se nos desposee no solo de los medios de producción sino también de los medios de pensamiento y sentimiento.

En muchos sentidos, Stiegler comparte mucho con la rica exploración de los conceptos de enajenación, fetichismo y cosificación que siguió a la popularización del primer Marx en la década de 1960, por Herbert Marcuse, Guy Debord y otros. Podríamos, por esta razón, preguntarnos por el humanismo latente en Stiegler. Sennett, sin embargo, nos proporciona una advertencia importante contra la lectura de Stiegler en términos humanistas: mientras que cierto tipo de análisis marxista clásico podría esperar que sus panaderos quisieran reapropiarse del conocimiento del que habían sido desposeídos por las máquinas, pocos de ellos tienen tales deseos. Su vida real está en otra parte, y casi ninguno de ellos espera o desea dignidad y sentido de sus trabajos como panaderos. La única persona, en la panadería de Sennett, que se ajusta al esquema esperado del trabajador enajenado, es el capataz, que ascendió de aprendiz de panadero a gerente, y que se toma el desperdicio y la pérdida de habilidad en la panadería como una afrenta personal, imaginando que, si la panadería fuera una cooperativa, los trabajadores podrían estar más interesados en saber cómo se hacen las cosas.

Los otros trabajadores, sin embargo, tratan el trabajo no como el desempeño de una habilidad, sino como una serie de aplicaciones indiferentes de una capacidad abstracta para trabajar. Hornear significa poco más que «presionar botones en un programa de Windows diseñado por otros».²³

23. SENNETT, *The Corrosion of Character*, p. 70.

El trabajo es ilegible para ellos y completamente ajeno a sus propias necesidades, pero no ajeno en el sentido clásico de que lo reconocen como una parte perdida o robada de sí mismos que esperan recuperar mediante la lucha. Esta es una de las consecuencias más importantes de la reestructuración del proceso laboral presidida por la revolución logística: la precarización y desregulación del trabajo, la desagregación del proceso del trabajo en partes componentes cada vez más ilegibles y geográficamente separadas, así como los increíbles poderes que el capital tiene ahora para derrotar cualquier lucha por mejores condiciones, lo que significa que no solo es imposible para la mayoría de los proletarios visualizar su lugar dentro de este complejo sistema, sino que también les es imposible identificarse con ese lugar como fuente de dignidad y satisfacción, dado que su sentido en el sistema total sigue siendo esquivo. La mayoría de los trabajadores de hoy no pueden decir, como podían los trabajadores de antaño —y solían hacerlo—: *¡Somos nosotros los que construimos este mundo!* *¡Somos nosotros a quienes pertenece este mundo!* La reestructuración del modo de producción y la subordinación de la producción a las condiciones de circulación excluye, por tanto, el horizonte clásico del antagonismo proletario: la apropiación de los medios de producción para los fines de una sociedad dirigida por los trabajadores. Uno no puede imaginarse apoderándose de lo que no puede visualizar y donde siendo incierto cuál es el lugar de uno ahí.

LA TESIS DE LA RECONFIGURACIÓN

Las dificultades que encuentran los panaderos de Sennett —o nuestros bloqueadores— no son simplemente fallas del conocimiento que puedan resolverse mediante la intervención pedagógica; por muy valioso que sea un mapa cognitivo de estos procesos, los problemas que enfrentamos para *visualizar* alguna autogestión de los medios productivos existentes

se originan en las dificultades *prácticas* —en mi opinión, imposibilidades— que tal perspectiva encontraría. La opacidad del sistema, en este sentido, surge de su intratabilidad y no al revés. En un perspicaz artículo sobre la industria de la logística y la lucha contemporánea, Alberto Toscano —quien últimamente ha dedicado un esfuerzo considerable a confrontar a los teóricos de la comunización— critica el «espacio-tiempo de gran parte del anticapitalismo actual» por depender de la «sustracción e interrupción, no del ataque y la expansión».²⁴

Toscano propone como alternativa una logística anticapitalista que trata los diversos espacios e infraestructuras productivas del capitalismo tardío como «potencialmente reconfigurables» más que como objeto de «mera negación o sabotaje». Sin duda, cualquier lucha que quiera vencer al capitalismo deberá considerar «qué uso se puede sacar de los trabajos muertos que abarrotan la corteza terrestre», pero no hay razón para asumir desde el principio, como lo hace Toscano, que todos los medios existentes de producción deban tener algún uso más allá del capital, y que toda innovación tecnológica deba tener, casi categóricamente, una dimensión progresiva recuperable mediante un proceso de «negación determinada».

Como vimos antes, el valor de uso que produce la industria de la logística es un conjunto de protocolos y técnicas que permiten a las empresas buscar los salarios más bajos en cualquier parte del mundo y evadir los inconvenientes de la lucha de clases cuando surgen. En este sentido, a diferencia de otras tecnologías capitalistas, la logística se trata solo en parte de explotar las eficiencias de las máquinas para llevar los productos al mercado de manera más rápida y más barata, ya que el objetivo principal de las tecnologías

24. ALBERTO TOSCANO, 'Logistics and Opposition', *Mute* 3, 2 (me-tamute.org).

más rápidas y baratas es compensar el costo prohibitivo de explotar fuerzas de trabajo en todo el mundo. El conjunto tecnológico que supervisa la logística es, por tanto, fundamentalmente diferente de otros conjuntos como la fábrica fordista; ahorra costos laborales al disminuir el salario, en lugar de aumentar la productividad del trabajo. Para decirlo en términos marxistas, es plusvalor absoluto disfrazado de plusvalor relativo. El valor de uso de la logística, para el capital, es la explotación en su forma más cruda y, por lo tanto, es realmente dudoso que la logística pueda conformar, como escribe Toscano, «el *pharmakon* del capitalismo, la causa de sus patologías —de la hipertrofia dañina del transporte de mercancías a la larga distancia hacia la expansión sin rumbo de la conurbación contemporánea—, así como el dominio potencial de las soluciones anticapitalistas».

Que los trabajadores se apoderen de las alturas dominantes que ofrece la logística, es decir, apoderarse del panel de control de la fábrica global, significaría para ellos administrar un sistema que les es constitutivamente hostil, a ellos y sus necesidades, significaría supervisar un sistema en el que las diferencias salariales extremas están integradas en la propia infraestructura. Sin esos diferenciales, la mayoría de las cadenas de suministro se volverían innecesarias y desperdiciadoras. ¿Pero tal vez «reutilizar» signifique para Toscano, en lugar de una especie de arreglo con la maquinaria de la logística tal como la encontramos, ver qué otros propósitos se le puede dar? Cualquier proceso revolucionario se conformará con lo que encuentre disponible por necesidad, pero es precisamente la «convertibilidad» o «reconfigurabilidad» de estas tecnologías lo que parece cuestionable. El capital fijo del régimen de producción contemporáneo está diseñado para la extracción del máximo plusvalor; cada componente está diseñado para su inserción en este sistema global; por lo tanto, la presencia de potenciales comunistas como características no intencionales —o «posibilidades», como se

les llama a veces— de la tecnología contemporánea necesita ser argumentada, no asumida como algo natural.²⁵ Gran

25. Las teorías marxistas de la tecnología en general divergen por dos caminos, cada uno de los cuales se remonta a las obras de Marx. El punto de vista dominante sostiene que las tecnologías capitalistas son fundamentalmente progresistas, primero porque reducen el tiempo de trabajo necesario y, por lo tanto, liberan potencialmente a los humanos de la necesidad de trabajar, y segundo porque la industrialización efectúa una «socialización» fundamental de la producción, eliminando las jerarquías que alguna vez pertenecieron a determinados oficios (ver por ejemplo, MARX, *Grundrisse* [MECW 29], pp. 90-92 [trad. de Nicolaus]). En esta versión ortodoxa, el comunismo se halla latente dentro del arreglo cooperativo socializado de la fábrica, cuyo sustrato técnico entra cada vez más en una contradicción productora de crisis con la naturaleza ineficiente y no planificada del mercado capitalista. Pero también hay una perspectiva marxista heterodoxa sobre la tecnología, de la que son ejemplos autores como Raniero Panzieri y David Noble, y cuyas fuentes más claras se encuentran en el capítulo de *El Capital* sobre la «Maquinaria y gran industria» y, especialmente, en la sección sobre la fábrica. Allí Marx sugiere que, en el sistema fabril moderno, la dominación del trabajo por parte del capital «adquiere una realidad técnicamente tangible». En la fábrica, «las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están incorporados en el sistema fundado en las máquinas [...] forman, con este, el poder del patrón» (MARX, *El Capital* vol.1 [MECW 35], pp. 420-430 [trad. de Fowkes]). Pero si la maquinaria es una materialización de la dominación capitalista, una objetivación del «patrón», entonces tenemos todas las razones para dudar de que podamos deshacer esa dominación sin negar el «aspecto técnicamente tangible de la maquinaria». Si los trabajadores se apoderaran de la maquinaria de producción y se autogestionaran las fábricas, esto solo podría equivaler a otro modo de administrar la dominación sedimentada dentro de la maquinaria de producción. La perspectiva heterodoxa está obviamente en línea con las conclusiones de este artículo, pero queda mucho por hacer para desarrollar una teoría adecuada de la tecnología. No podemos simplemente invertir la explicación ortodoxa y progresista de la maquinaria que asume que cada avance de las fuerzas productivas constituye una ampliación de las posibilidades

parte de la maquinaria de la logística contemporánea tiene como objetivo agilizar la circulación de *mercancías* y no de valores de uso, para producir no las cosas que son necesarias o beneficiosas, sino las que son rentables: cajas de cereales empaquetadas individualmente, por ejemplo, cuyas complejas insignias las distinguen de las docenas de variedades de cereales casi idénticos —vendidos y consumidos en tamaños y tipos que reflejan ciertos arreglos sociales, como la familia nuclear—. ¿En qué medida la tan cacareada flexibilidad del sistema logístico es realmente la flexibilidad de la variedad de productos, de las diferencias salariales y los desequilibrios comerciales? ¿Cuánto se volvería inútil una vez que se elimine la forma mercancía, una vez que se elimine la necesidad de comprar y vender? Además, el sistema logístico contemporáneo está diseñado para una balanza comercial internacional particular, con ciertos países como productores y otros como consumidores.

Este es un hecho fundamentalmente enredado con los desequilibrios salariales mencionados anteriormente, lo que significa que la desigualdad del sistema global tiene que ver en parte con la distribución desigual de los medios productivos y de las infraestructuras de circulación: la concentración de la capacidad portuaria en la costa oeste de los Estados Unidos en vez de en la costa este, por ejemplo, debido a la ubicación de la fabricación en Asia. Reequilibrar la cantidad de bienes producidos localmente o a distancia, si tal cosa fuera parte de una ruptura con la producción capitalista, significaría una disposición de las infraestructuras completamente diferente y probablemente también de tipos de infraestructura diferentes —barcos más pequeños, por ejemplo—.

del comunismo y declarar, en oposición, que toda la tecnología es políticamente negativa o inherentemente capitalista. Más bien, tenemos que examinar las tecnologías desde una perspectiva técnica, desde la perspectiva comunista, y considerar qué posibilidades realmente abren, dadas las trágicas circunstancias de su nacimiento.

También podríamos cuestionar la tesis de la reconfiguración desde la perspectiva de la escala. Dada la distribución desigual de los medios productivos y los capitales, sin mencionar la tendencia a la especialización geográfica, la concentración de ciertas ramas en ciertas áreas —textiles en Bangladesh, por ejemplo—, el sistema no es escalable de ninguna manera, sino hacia arriba. No permite la división por continente, hemisferio, zona o nación. Debe gestionarse como una totalidad o no gestionarse en absoluto. Por lo tanto, casi todos los defensores de la tesis de la reconfiguración asumen en su sistema socialista o comunista una distribución de alto volumen e hiperglobal, incluso si la utilidad de tales distribuciones más allá de la producción con fines de lucro sigue sin estar clara. Otro problema, sin embargo, es que la administración a tal escala introduce una dimensión sublime al concepto de «planificación»; estas escalas y magnitudes están radicalmente más allá de las capacidades cognitivas humanas. El nivel de una «administración de las cosas» impersonal y el nivel de una «libre asociación de productores» no están tanto en contradicción como separados por un vasto abismo. Toscano deja dicho abismo marcado por una ominosa apelación al concepto de «enajenación necesaria» de Herbert Marcuse como el desafortunado pero necesario concomitante del mantenimiento del sistema técnico. Otros partidarios de la tesis de la reconfiguración, cuando se les pregunta acerca de la ampliación de los deseos y necesidades emancipatorios de los antagonistas proletarios a una administración global, invariablemente despliegan el *Deus Ex machina* de las supercomputadoras.

Se nos dice que las computadoras y los algoritmos determinarán cómo se distribuirán las mercancías; las computadoras se ampliarán a partir de las demandas de libertad e igualdad de los antagonistas proletarios y encontrarán una manera de distribuir el trabajo y los productos del trabajo de una manera satisfactoria para todos. Pero ¿cómo funcionaría una

producción mediada algorítmicamente? ¿Por qué diferiría de la producción mediada por la competencia y el mecanismo de precios? Esto sigue siendo radicalmente poco claro, y no se ve, por cierto, ensombrecido por ningún argumento real. ¿Seguiría siendo el tiempo de trabajo el factor determinante del acceso a la riqueza social? ¿Se facilitaría la libre participación —en el trabajo— y el libre acceso —en caso necesario— en un sistema de este tipo? Si el objetivo es más bien una simple igualdad de los productores, igual salario por igual trabajo, ¿cómo se abordarían los desequilibrios de la productividad, de moral e iniciativa, que resultan del sostenimiento del requisito de que «el que no trabaja no come»? ¿Es esto lo que significa «enajenación necesaria»?

Pero la no escalaridad —o escalaridad unidireccional— del sistema logístico introduce un problema mucho más grave. Incluso si la administración comunista global —por supercomputadoras o por niveles ascendentes de delegados y asambleas— fuera posible y deseable sobre la base del sistema técnico dado, una vez que consideramos el carácter *histórico* del comunismo, las cosas parecen mucho más dudosas. El comunismo no cae del cielo, sino que debe emerger de un proceso revolucionario, y dado el carácter «todo o nada» actual de la división internacional del trabajo —la concentración de la manufactura en unos pocos países, la concentración de la capacidad productiva para ciertas ramas esenciales de producción del capital en un puñado de fábricas, como se mencionó anteriormente— cualquier intento de apoderarse de los medios de producción requeriría una captura *inmediatamente global*. Necesitaríamos un proceso revolucionario tan rápidamente exitoso y extenso que todas las cadenas de suministro de larga distancia se operaran entre productores no capitalistas en cuestión de meses, en oposición al escenario mucho más probable de que una ruptura con el capital se concentre geográficamente al principio y necesariamente se extienda desde allí.

En la mayoría de los casos, por lo tanto, la manutención de estos procesos distribuidos de producción y de cadenas de suministro significará el comercio con socios capitalistas, un encadenamiento a la producción con fines de lucro —necesario para la supervivencia, nos dirán los pragmáticos— cuyos resultados serán nada menos que desastrosos, como lo demuestra el estudio de los ejemplos ruso y español. En ambos casos, la necesidad de mantener una economía de exportación para comprar bienes cruciales en los mercados internacionales —sobre todo armas— significó que los cuadros revolucionarios y militantes tenían que usar la fuerza, directa e indirecta, para inducir a los trabajadores a alcanzar los objetivos de producción. El aumento de la productividad y el aumento de la capacidad productiva ahora se convirtió en el paso de transición en el camino a lograr el comunismo *después*, y en la España anarquista, tanto como en la Rusia bolchevique, los cuadros se pusieron a trabajar imitando el crecimiento dinámico de la acumulación capitalista mediante mecanismos políticos directos, en lugar de la fuerza indirecta del salario, aunque en ambos casos, las estructuras de incentivos económicos —trabajo a destajo, bonificaciones— se introdujeron finalmente por necesidad. Es difícil ver cómo algo que no fuera un nuevo proceso insurreccional —uno mitigado por el establecimiento de nuevas disciplinas y estructuras represivas— podría haber restaurado estos sistemas incluso a la «fase inferior del comunismo» basada en los bonos de trabajo que Marx defiende en la *Crítica del Programa de Gotha*, por no hablar de una sociedad basada en el libre acceso y el trabajo no obligatorio.

Las discusiones tradicionales sobre tales asuntos asumen que, mientras que los países subdesarrollados como Rusia y España no tenían más remedio que desarrollar primero su capacidad productiva, los proletarios de los países plenamente industrializados podían expropiar y autogestionar inmediatamente los medios de producción sin necesidad de

un desarrollo forzoso. Esto podría haber sido cierto en el período inmediato de la posguerra, y hasta incluso la década de 1970, pero una vez que la desindustrialización comenzó en serio, la oportunidad se perdió oficialmente: la reestructuración y redistribución global de los medios productivos nos deja en una posición que probablemente sea tan mala, si no peor, que la de aquellas revoluciones de principios del siglo XX, donde un gran porcentaje de los medios de producción para bienes de consumo estaban a mano, y uno podía ubicar, en la propia región, fábricas de calzado y textiles, y refinerías de acero. Una breve evaluación de los lugares de trabajo en nuestro entorno inmediato debería convencernos, a la mayoría, —en Estados Unidos al menos, y sospecho que en la mayor parte de Europa— de la absoluta inviabilidad de la tesis de la reconfiguración. Los trabajos administrativos y de servicios en los que trabaja la mayoría de los proletarios hoy en día son insignificantes excepto como puntos de intercalación dentro de vastos flujos planetarios: un megaminorista, una empresa de software, una cadena de café, un banco de inversión, una organización sin ánimo de lucro. La mayoría de estos trabajos pertenecen a valores de uso que la revolución convertiría en no usos. Para satisfacer sus propias necesidades y las necesidades de los demás, estos proletarios tendrían que dedicarse a la producción de alimentos y otras necesidades, una capacidad que no existe en la mayoría de los países. La idea de que aproximadamente el 15% de los trabajadores cuyas actividades aún serían útiles trabajarían en nombre de otros —como cuidadores de un futuro comunista— es políticamente inviable, incluso si el sistema pudiera producir lo suficiente de lo que la gente necesita y el comercio de insumos no produjera otro bloqueo. Añádase a esto el hecho de que el desarrollo de la propia logística y del sistema crediticio multiplican en gran medida el poder del capital para disciplinar las zonas rebeldes mediante la retirada del crédito —fuga de capitales—, el embargo y los términos punitivos de intercambio.

HORIZONTES Y PERSPECTIVAS

El todo es lo falso, en este caso, no tanto porque no pueda ser representado adecuadamente o porque cualquier intento de dicha representación viole sus contradicciones internas, sino porque todas estas representaciones globales desmienten el hecho de que el todo nunca puede ser poseído como tal. La totalidad del sistema logístico pertenece al capital. Es una mirada desde todas partes —o desde ninguna parte—, una visión desde el espacio, que sólo el capital como proceso totalizador y distribuido puede habitar. Solo el capital puede luchar contra nosotros en todos los lugares a la vez, porque el capital no es en ningún sentido una fuerza con la que luchamos, sino el territorio mismo en el que tiene lugar esa contienda. O más bien, es una fuerza, pero una fuerza de campo, algo que impregna más que se opone. A diferencia del capital, nosotros luchamos en lugares y momentos particulares: aquí, allá, ahora, luego. Ser partidista significa, necesariamente, aceptar la parcialidad de perspectiva y la parcialidad del combate que ofrecemos.

Las débiles tácticas del presente —el motín puntual, el bloqueo, la ocupación del espacio público— no son el producto estratégico de una conciencia antagonista que ha reconocido mal a su enemigo, o que no ha examinado adecuadamente las posibilidades que ofrecen las tecnologías actuales. Por el contrario, las tácticas de nuestros bloqueadores surgen de una conciencia que ya ha examinado las posibilidades que se ofrecen y ha comprendido, aunque sólo sea intuitivamente, cómo la reestructuración del capital ha excluido todo un repertorio estratégico. Las cadenas de suministro que unen a estos proletarios a la fábrica planetaria son cadenas radicales en el sentido de que van a la raíz y también deben ser arrancadas de raíz. La ausencia de oportunidades para la «reconfiguración» significará que, en sus intentos de romper con el capitalismo, los proletarios deberán encontrar otras

formas de satisfacer sus necesidades. Los problemas logísticos que encuentren tendrán que ver con reemplazar lo que fundamentalmente no está disponible, excepto a través del enlace a estas redes planetarias y las funestas consecuencias que traen. En otras palabras, la creación del comunismo requerirá un proceso masivo de desvinculación de la fábrica planetaria como cuestión de supervivencia.

No tendremos la oportunidad de utilizar todos (o incluso muchos) de los medios técnicos que encontremos, ya que muchos de ellos quedarán efectivamente huérfanos por una ruptura con la producción capitalista. Pero ¿qué pasa entonces con la estrategia? Si la teoría es el horizonte que se abre desde las actuales condiciones de lucha, la estrategia es algo diferente, menos un horizonte que una perspectiva. La estrategia es un momento particular en el que la teoría se reabre a la práctica, sugiriendo no solo un curso de acción posible sino deseable. Si un horizonte nos coloca frente a un abanico de posibilidades, el momento estratégico llega cuando las luchas alcanzan una cierta cresta, una eminencia, desde la que se abre un conjunto más estrecho de opciones: una posibilidad. Las posibilidades son un término medio entre el lugar donde estamos y el horizonte lejano de la comunización.

¿Cuáles son nuestras posibilidades, entonces, en base al reciente ciclo de luchas? Ahora sabemos que la reestructuración de la relación capital-trabajo ha hecho de la intervención en la esfera de la circulación una táctica obvia y en muchos sentidos efectiva. El bloqueo, al parecer, podría asumir una importancia igual a la huelga en los próximos años, al igual que las ocupaciones del espacio público y las luchas por los entornos urbanos y rurales se reharán para convertirse en mejores conductos para los flujos de trabajo y capital, como las luchas recientes en Turquía y Brasil lo han demostrado. Nuestras posibilidades son tales que, en lugar de hacer propaganda de formas de acción en el lugar de trabajo, que es

poco probable que tengan éxito o se generalicen, podríamos aceptar mejor nuestro nuevo horizonte estratégico y trabajar, en cambio, para difundir información sobre cómo podrían volverse más efectivas las intervenciones en esta esfera, cuáles son sus límites y cómo se pueden superar.

Podríamos trabajar para difundir la idea de que la toma de la fábrica distribuida globalmente ya no es un horizonte significativo, y podríamos intentar trazar un mapa de las nuevas relaciones de producción de manera que se tenga en cuenta este hecho. Por ejemplo, podríamos intentar graficar los flujos y vínculos que nos rodean de manera que abarquen su fragilidad, así como las formas más efectivas en que podrían bloquearse como parte de la conducción de luchas particulares. Estos serían mapas semilocales, mapas que operan desde la perspectiva de una determinada zona o área.

A partir de este tipo de conocimiento, también se podría desarrollar una comprensión funcional de la infraestructura del capital, de modo que luego se supiera qué tecnologías y medios productivos quedarían huérfanos por una desconexión parcial o total de los flujos planetarios, cuáles podrían ser alternativamente conservados o convertidos, y cómo serían las principales cuestiones prácticas y técnicas que enfrenta una situación revolucionaria. ¿Cómo asegurar que haya agua y que funcionen las alcantarillas? ¿Cómo evitar la fusión de los reactores nucleares? ¿Cómo es la producción local de alimentos? ¿Qué tipo de manufacturas ocurren cerca y qué tipo de cosas se pueden hacer con su maquinaria de producción?

Este sería un proceso de inventario, de hacer un balance de las cosas que encontramos en nuestro entorno inmediato que no imagina el dominio desde el punto de vista de la totalidad global, se trata más bien un proceso de bricolaje desde el punto de vista de las fracciones partisanas que saben que tendrán que luchar desde lugares particulares, asediados, y ganar sus batallas sucesivamente en lugar de todas a la vez.

Nada de esto significa establecer un plan para la conducción de las luchas, un programa de transición. Más bien, significa producir el conocimiento que ya ha exigido la experiencia de luchas pasadas y que las luchas futuras probablemente encontrarán útil.

El punto límite de la igualdad capitalista

Notas hacia un antirracismo abolicionista

Sin una explicación de la relación entre la «raza» y la reproducción sistemática de la relación de clase, la cuestión de la revolución como superación de divisiones sociales arraigadas solo puede ser planteada de forma distorsionada e incompleta. Y sin una comprensión de las dinámicas de la racialización —desde los orígenes históricos del capitalismo en la «acumulación primitiva» hasta la reestructuración del Estado estadounidense en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial—, las continuas luchas contra nuevas formas de dominio racial solo pueden ser mal reconocidas como periféricas a un conflicto en última instancia neutral desde el punto de vista de la raza entre capital y trabajo. En lugar de desvanecerse con el declive de lo que a veces se interpreta como un sistema vestigial de creencias populares, la resistencia a la subordinación racial en los EE. UU. ha continuado. La «raza» no ha desaparecido: más bien se ha reconfigurado frente a las medidas de austeridad y a un Estado aumentado de seguridad «posracial» que ha surgido para gestionar las aparentes amenazas raciales a la nación planteadas por la vida sin salarios de los negros, la mano de obra inmigrante latina y el «terrorismo islámico».

A través de la «raza», la esclavitud de los negros en los Estados Unidos constituía el trabajo «libre» como blanco y la blancura como inesclavitud y propiedad inalienable. Posteriormente, la abolición formal de la esclavitud ha llegado a definir el logro estadounidense de lo que Marx llamó «doble libertad»: la «libertad» de la separación forzosa de los medios de producción y la «libertad» de vender la fuerza de trabajo a

la clase colectiva de dueños de esos medios.¹ Sin embargo, la «raza» no complica simplemente cualquier periodización de los orígenes históricos del capitalismo; fue la protagonista de una variedad global de movimientos de liberación nacional, contra el apartheid y por los derechos civiles a mediados del siglo XX.

Una ofensiva antirracista a nivel mundial puso en tela de juicio casi cuatro siglos y medio de «sentido común» racial y desacreditó en gran medida la supremacía blanca como política estatal explícita. La «raza» ha sido reconfigurada en respuesta a este auge antirracista histórico-mundial y continúa existiendo como un cuerpo de ideas —pero también como una relación de dominación dentro y fuera de la relación salarial— reproducida a través de instituciones y políticas aparentemente no raciales. Dos dinámicas han reproducido la «raza» en los EE. UU. desde los movimientos antirracistas de mediados del siglo XX: primero con la subordinación económica a través de diferencias salariales racializadas y superfluidad, y segundo, la violencia racializante y el alcance global del Estado penal, policial y nacional. La mayoría de los procesos de adscripción racial contemporáneos son, en gran medida, políticamente irrepresentables como cuestiones que atañen a la «raza» porque han sido codificados superficialmente como neutrales desde el punto de vista racial: por ejemplo, aparatos estatales disciplinarios definidos a través de discursos de «amenazas a la seguridad nacional», «inmigración ilegal» y «crimen urbano».

Sin una comprensión de la fuerza estructurante de la «raza» en la política exterior de los EE. UU. y como motor del surgimiento del estado carcelario en respuesta al fin de la segregación legal, solo se puede tener una comprensión parcial de la fusión institucional y la expansión de apariencia ilimitada del poder policial y militar en los últimos cuarenta

1. Ver 'La lógica del género', en este número.

años. Las críticas antirracistas de movimientos sociales recientes como Occupy Wall Street, así como la consolidación de la oposición bajo la bandera de una política de descolonización, iluminan una falla importante en la vida política de los EE. UU., dividiendo una «política de «raza» de una «política de clase». La polarización intelectual entre estas dos formaciones políticas ha revelado la inadecuación tanto de los enfoques marxistas de la clase como de las teorías de la «raza» expresadas como una problemática de diferencias culturales y no de dominación.

Superpuesto a —aunque conceptualmente distinto de— la clase, la cultura, la casta, el género, la nación y la etnia, la «raza» no es solo un sistema de ideas, sino una serie de procedimientos adscriptivos de racialización que estructuran múltiples niveles de vida social. A pesar de su compromiso de desafiar la ideología racial como la asignación de valor diferencial a la apariencia física y la ascendencia, gran parte del análisis y la práctica antirracistas continúan tratando la «raza» como un sustantivo, como una propiedad o atributo de identidades o grupos, en lugar de como un conjunto de procesos adscriptivos que imponen identidades ficticias y subordinan a poblaciones racializadas. Distinguir la adscripción racial de los actos voluntarios de identificación cultural —y de una variedad de respuestas a la legislación racial, desde la huida hasta la revuelta armada— requiere un cambio de enfoque de la «raza» al racismo. Pero centrarse en el fenómeno del racismo tiende a reducir el terreno en el que la «raza» es estructuralmente impuesta a actitudes personales o ideologías raciales, en lugar de a procesos institucionales que pueden generar profundas disparidades raciales sin requerir de creencias o intenciones individuales racistas.

Como resultado, la «raza» se teoriza en términos culturales o económicos divergentes como evidencia de la necesidad de afirmar las identidades grupales denigradas o integrar más

profundamente a los individuos en los mercados capitalistas momentáneamente distorsionados por el prejuicio individual. Por un lado, la «raza» es una forma de estigmatización y tergiversación cultural que requiere reconocimiento personal, institucional y/o estatal. Por otro lado, la «raza» es un sistema de diferencias salariales, estratificación de la riqueza y segregación ocupacional y espacial. Ya sea defendido o ridiculizado por críticos de todo el espectro político, el concepto de identidad racial o cultural se ha convertido en una especie de figura representativa para discutir asuntos de la «raza» en general. Por el contrario, aquellos que reniegan de las «políticas de identidad» basadas en explicaciones funcionalistas o epifenómicas de la «raza» proponen una «política de clase», socialista o socialdemócrata-alternativa, basada esencialmente en la misma lógica política de afirmación de los sujetos —es decir, los trabajadores— dentro y, a veces, contra el capitalismo. Esta división entre formas económicas y culturales de la «raza» naturaliza la desigualdad económica racial y transforma el problema de la opresión y explotación racial en un epifenómeno de la clase o en el reconocimiento erróneo de la identidad.²

Las teorías de la estratificación, tanto la cultural como la económica, han tendido a enmarcar la desigualdad racial fundamentalmente como un problema de la distribución desigual de los privilegios, el poder y los recursos existentes, al mismo tiempo que continúan planteando la economía

2. Véase Nancy Fraser y Linda Alcoff, quienes plantean posiciones teóricas matizadas, aunque en gran medida opuestas, sobre las posibilidades políticas y los límites de la «política de la identidad». Como continúa argumentando este artículo, ambas posiciones se sustentan en la promesa socialdemócrata histórica de un sujeto coalicional, uniendo campañas políticas sindicales, feministas y antirracistas. Véase ALCOFF, *Visible identities: Race, Gender, and the Self* (Oxford University Press, 2006), y FRASER, 'Rethinking Recognition', *New Left Review*, 3 (mayo-junio de 2000).

como racialmente neutral o incluso como un motor del progreso racial. La escasez de análisis materialistas del conjunto de procedimientos adscriptivos y punitivos organizados bajo el signo de la «raza» ha significado que los críticos de todo el espectro político hayan continuado minimizando la gravedad y el alcance de la dominación racial organizada por unas instituciones sociales supuestamente «daltónicas». Cargada con discursos de mejora racial a través de la meritocracia, la «raza» continúa siendo representada como una particularidad cultural o como una desviación de la igualdad cívica daltónica. En cualquier caso, la «raza» se articula en términos de diferencia, ya sea real o ilusoria, de una norma política o cultural más que como una forma de coerción estructural.

Si la «raza» es por tanto entendida en términos de diferencia más que de dominación, entonces la práctica antirracista requerirá la afirmación de las identidades estigmatizadas en lugar de su abolición como indicadores de subordinación estructural. Formular un antirracismo abolicionista requeriría imaginar el fin de la «raza» como una asignación jerárquica, en lugar de una negación de la relevancia política de las identidades culturales. «Raza» designa una relación de subordinación. La omisión conceptual de la diferencia entre la adscripción racial y las respuestas individuales y grupales a la interpelación racial es endémica en gran parte de la literatura, tanto la que denuncia como la que defiende una política de identidad.

Desde el punto de vista de la emancipación, un orden social liberado de la dominación racial y de género no significaría necesariamente el fin de dicha identidad como tal, sino de los procesos adscriptivos que se encuentran tan profundamente ligados a la génesis histórica y la trayectoria del capitalismo global, que las categorías básicas de la sociabilidad colectiva se transformarían hasta dejar de ser reconocibles.³

3. Ver el siguiente capítulo 'Espontaneidad, mediación y ruptura'.

El precipitado descenso en el siglo XXI de la participación de los trabajadores estadounidenses en la renta empresarial y la transición a la austeridad han alterado por completo el terreno, lo que está en juego y las posibilidades de éxito no sólo del movimiento obrero estadounidense, sino también de todas las luchas políticas antirracistas contemporáneas. El legado de exclusiones raciales y de género que han estructurado el movimiento obrero estadounidense se ha ido erosionando constantemente al mismo tiempo que ha disminuido el tamaño y la fuerza relativos del trabajo organizado.

Debido a que el sector público, con sus sólidos mandatos contra la discriminación, representa el último bastión de los trabajadores organizados de EE. UU., la hostilidad hacia el movimiento obrero de Estados Unidos se formula con frecuencia a través de una retórica racista. Como argumentan Kyriakides y Torres, las visiones de la década de 1960 sobre un sujeto del Tercer Mundo anticolonial o no alineado en los EE. UU., en una época de recesión, se han fracturado en múltiples «sujetos de identidades étnicamente determinadas en constante competencia, no solo por las migajas de las cada vez más reducidas ayudas económicas, sino por el reconocimiento de su sufrimiento desarrollado por un Estado-nación en el que la derecha ganó la batalla política y la izquierda la guerra cultural».⁴

4. CHRISTOPHER KYRIAKIDES y RODOLFO TORRES, *Race Defaced: Paradigms of Pessimism, Politics of Possibility* (Stanford University Press, 2012), p. 119.

ANEXO, SOBRE LA TERMINOLOGÍA

La «raza» ha sido descrita de formas diversas como una ilusión, un constructo social, una identidad cultural, una ficción biológica fácticamente social y como un complejo de significados sociales en desarrollo. A lo largo de este artículo, «raza» aparece entre comillas para evitar atribuirle propiedades causales independientes a objetos que son definidos por procesos adscriptivos. En pocas palabras, la «raza» es la consecuencia y no la causa de la *adscripción racial* o *procesos de racialización* que justifican relaciones de poder históricamente asimétricas a través de la referencia a las características fenotípicas y la ascendencia: «Sustituida por el racismo, la raza transforma la acción de un sujeto en un atributo del objeto».⁵

También he escrito «raza» entre comillas para sugerir tres dimensiones superpuestas del término: como un indicador de desigualdad material variable, como un conjunto de ideologías y procesos que crean un orden social racialmente estratificado y como una historia en desarrollo de *lucha contra el racismo y la dominación racial* —una historia que a menudo se ha arriesgado a la reificación de la «raza», al revalorizar identidades impuestas, o a reificar la «ausencia de raza» al afirmar ficciones liberales de individualidad atómicamente aislada—. El entrelazamiento de la dominación racial con la relación de clase ofrece la esperanza de dismantelar sistemáticamente la «raza» como indicador de relaciones estructurales de poder desiguales. Así, la «raza» puede ser imaginada como una categoría emancipatoria no desde el punto de vista de su afirmación, sino a través de su abolición.

5. BARBARA J. FIELDS, 'Whiteness, racism, and identity', *International Labor and Working Class History*, 60 (Fall, 2001), pp. 48-56.

UNA BREVE HISTORIA DE SUBORDINACIÓN RACIAL: DE LA LIMPIEZA DE SANGRE A LA SUPERFLUIDAD GLOBAL

La trayectoria de la dominación racial, desde la esclavitud hasta las poblaciones excedentes racializadas actuales, traza un largo arco histórico entre la creación colonial de la «raza» a través de las nociones españolas del siglo XVI de «limpieza de sangre» y su reproducción estructural bajo la reestructuración global del capitalismo. Una historia que solo se podrá esbozar brevemente. La genealogía de la «raza» y sus precursores se remonta a la expansión espacial del colonialismo europeo, —desde el barroco sistema de castas raciales de las administraciones coloniales española y portuguesa, hasta el posterior orden racial producido por la colonización británica de las Américas, África y Asia, nos encontramos con el exterminio, la esclavitud o la colonización de poblaciones racializadas— a menudo a manos de una clase colonial de sirvientes contratados— la «raza» fue consolidada a través de la disminución de la servidumbre europea y el surgimiento de la esclavitud negra. Esta fue la otra cara de lo que los marxistas llaman «proletarización». Marcadas por historias en curso de exclusión del salario y subyugación violenta a variedades de «trabajo no libre», las poblaciones racializadas se insertaron en el capitalismo temprano de maneras que aún hoy continúan definiendo a las poblaciones excedentes contemporáneas.

El tratamiento superficial de la violencia racial en la narración histórica de la «acumulación primitiva» sigue siendo un punto ciego fundamental en los análisis marxistas de la relación entre «raza» y capitalismo. En la era de la conquista y en la transición al capitalismo, la «raza» surgió a través del saqueo, la esclavitud y la violencia colonial. Al mismo tiempo, la acumulación primitiva en Inglaterra produjo un excampesinado desposeído y superfluo, pues aún no se había

creado el sistema fabril que pudiera absorberlo. Muchos de estos excampesinos fueron finalmente enviados a las colonias o reclutados en empresas imperiales: la marina militar, la marina mercante, etc. En los siglos XVIII y XIX más de estas poblaciones excedentes se integraron en la economía capitalista en desarrollo, ya sea como esclavos o como trabajadores asalariados, de acuerdo con una tipología de «raza» cada vez más compleja. Finalmente, después de décadas de aumentos en la productividad laboral, el capital comenzó a expulsar más mano de obra del proceso de producción de la que absorbía. Eso, a su vez, produjo otro tipo de población superflua en forma de un ejército industrial de reserva desproporcionadamente no blanco. En la periferia del sistema capitalista global, el capital ahora renueva la «raza» al crear vastas poblaciones urbanas superfluas de cerca de mil millones de habitantes, descendientes desesperadamente empobrecidos de sus antecesores esclavizados y colonizados.

En el siglo XXI la sustancial sobrerrepresentación de grupos estadounidenses racializados entre los desempleados y subempleados —«los últimos en ser contratados y los primeros en ser despedidos»— demuestra la incorporación desigual y concesiva de estos grupos en un sistema de diferencias salariales altamente racializadas, segregación ocupacional y trabajo precario. A medida que el capital se deshace de estas poblaciones excedentes en el centro, el capital excedente producido cada vez por menos trabajadores más intensamente explotados en el norte global recorre el mundo en busca de salarios más bajos y reaparece como la amenaza racial de la mano de obra barata del sur global. En los Estados Unidos, con el fin del trabajo asalariado seguro y la retirada de las ayudas públicas, ha surgido un Estado masivo de seguridad «posracial» para gestionar las supuestas amenazas civilizatorias a la nación, vigilando la vida sin salario de los negros, deportando la mano de obra inmigrante y librando una guerra ilimitada «Contra el Terror». El aumento catastrófico del

encarcelamiento masivo de negros, la hipermilitarización de la frontera sur de los EE. UU. y la continuidad de las operaciones de seguridad abiertas en todo el mundo musulmán revelan cómo la «raza» sigue siendo no solo una asignación probabilística de valor económico relativo, sino también un índice de vulnerabilidad diferencial a la violencia estatal.⁶

DEVOLVER LA SUPREMACÍA BLANCA A LA «BASE»

Si bien Marx y Engels generalmente insistieron en la necesidad de que los trabajadores se opusieran al racismo en sus manifestaciones más flagrantes del siglo XIX, no intentaron articular la relación de «raza» y clase a un nivel categórico.⁷ Como observa Derek Sayer, «Marx fue un hombre de su tiempo»:

Como la mayoría de victorianos, Marx consideró tanto la «raza» como la familia como categorías naturales —incluso si estaban sujetas a alguna «modificación histórica»— y tuvo pocos problemas para distinguir entre «civilización» —que para él era blanca, occidental y moderna— y «barbarie».

6. Ver NIKHIL PAL SINGH, 'Racial Formation in an Age of Permanent War' en DANIEL HOSANG, ONEKA LABENNETT, y LAURA PULIDO, eds, *Racial Formation in the Twenty-First Century* (University of California, 2012), pp. 276-301.

7. El pronunciamiento de Marx sobre cómo «el trabajador de piel blanca nunca podrá liberarse mientras el trabajador de piel negra esté marcado» ([MECW 35], p. 305) es citado a menudo por sus defensores, al igual que sus denuncias del racismo antiirlandés. Menos mencionadas son las opiniones de Marx y Engels sobre los «mexicanos vagos» y la causa de la inmadurez política de Lafargue, el yerno de Marx, siendo «el estigma de su herencia negra» y «sangre criolla». Ver FRIEDRICH ENGELS, 'Democratic Pan-Slavism', *Neue Rheinische Zeitung* 231 (MECW 8), p. 362; BABACAR CAMARA, *Marxist Theory, Black/African Specificities, and Racism* (Lexington, 2008), pp. 71-72.

Sus puntos de vista sobre los resultados beneficiosos del colonialismo europeo avergonzarían a muchos marxistas del siglo XX, a pesar de sus denuncias sobre la violencia de sus medios...⁸

La relación teórica entre «raza» y clase se ha convertido posteriormente en el tema de un largo debate en las variedades del marxismo académico que surgieron cuando ingresó a la universidad una generación de «Nueva Izquierda» inspirada en las luchas de los años sesenta. En una contribución temprana e influyente a este debate, Stuart Hall afirmó que la «raza» era la modalidad en la que se «vive» la clase, el medio a través del cual se experimentan las relaciones de clase, «la forma en que se hace propia y a través de la que se lucha».⁹

Hall y otros teóricos culturales complementaron las categorías marxistas de «base» y «superestructura» con las ideas de figuras marxistas occidentales como Louis Althusser y Antonio Gramsci. En particular, tuvo una amplia acogida el segundo, con su desarrollo del concepto de «hegemonía» —con un espacio para teorías más matizadas de cultura, ideología y política—, el cual ha sido una referencia central en los intentos académicos por rearticular la relación entre «raza» y clase.

En este sentido, la lucha antirracista es vista como una contienda por la «hegemonía democrática», que siguió desde mediados del siglo XX al desprestigio de la supremacía blanca como política estatal explícita.¹⁰ Hasta hace poco, el análisis de Gramsci de la hegemonía, que ha servido de base

8. DEREK SAYER, 'Introduction' en *Readings from Karl Marx* (Routledge, 1989), pp. ix-xx.

9. STUART HALL, 'Race, Articulation, and Societies Structured in Dominance', *Black British Cultural Studies* (University of Chicago Press, 1996), p. 55.

10. MICHAEL OMI y HOWARD WINANT, *Racial Formation in the United States* (Routledge, 1994).

tanto a la teoría cultural marxista como a muchas críticas muy influyentes sobre la «raza» y la esclavitud, no ha sido cuestionada.¹¹

La reciente escritura crítica de Frank Wilderson, miembro de un grupo de teóricos contemporáneos de la política negra a quienes Wilderson ha calificado ampliamente como «afropesimistas», incluyendo a Saidiya Hartman, Hortense Spillers, Jared Sexton y Joy James, desafía agudamente la idoneidad de este marco gramsciano. Wilderson evalúa los límites de una economía política de la «raza» centrada en el trabajo asalariado, más que en las relaciones directas de violencia racial y terror, desde la esclavitud de los negros hasta su encarcelamiento masivo. En contraste con una perspectiva marxista que se centra en la lucha respecto al salario o respecto a los términos de explotación, Wilderson identifica «el despotismo de la relación no asalariada» como el motor que impulsa el racismo contra los negros.¹² Wilderson presenta una crítica devastadora de la relevancia del análisis gramsciano de la hegemonía para comprender la violencia estructural contra los negros. Para Wilderson es el enfoque en las luchas respecto al salario lo que conduce a la incapacidad del marxismo para conceptualizar la violencia gratuita contra los cuerpos negros, la cual sería, «una relación de terror opuesta a una relación de hegemonía».¹³ Wilderson tiene razón al señalar que «el sujeto privilegiado del discurso marxista es el subalterno al que se acerca el capital variable: el asalariado».¹⁴ Esto se debe a que el acceso al salario fue un requisito previo tanto para las luchas obreras como para

11. Para alternativas marxistas a la analítica gramsciana de la hegemonía, ver BONEFELD, HOLLOWAY, RICHARD GUNN, y KOSMAS PSYCHOPEDIS en *Open Marxism*, vols. 1-3 (Pluto Press, 1995).

12. FRANK WILDERSON III, 'Gramsci's Black Marx: Whither the Slave in Civil Society?' *Social Identities*, 9 (2003), p. 230.

13. *Ibid.*, p.230.

14. *Ibid.*, p.225.

las posteriores luchas civiles identitarias posteriores al fin de la segregación legal, a lo largo del siglo XX. Desde el punto de vista del movimiento obrero clásico, el racismo se vio como un impedimento desafortunado para un proceso de integración progresiva en una clase trabajadora en expansión. Sin embargo, es precisamente la racialización de los no asalariados, los no libres y los excluidos lo que constituye la sociedad civil como un espacio donde el reconocimiento se otorga a través de contratos salariales formales y derechos de ciudadanía en abstracto para sus miembros.¹⁵ Así, para Wilderson «el sujeto negro revela la incapacidad del marxismo para pensar en la supremacía blanca como el punto de partida».¹⁶

En contra de la lectura gramsciana de Marx, con su enfoque en el trabajo asalariado, los teóricos de la forma-valor brindan un marco alternativo para trazar la compleja interacción entre las formas directas e indirectas de dominación. Si el capital es ante todo una forma de dominación indirecta o impersonal —a diferencia de la esclavitud negra o el feudalismo, por ejemplo—, en la que las relaciones de producción no están subordinadas a las relaciones sociales directas, no existe incompatibilidad necesaria entre esto y la persistencia o desarrollo de formas directas y manifiestas de dominación racial y de género. Aquí están en juego no solo formas de trabajo no asalariado, coaccionado o dependiente, sino también, de manera crucial, la gestión de aquellas poblaciones que se han vuelto redundantes en relación con el capital.

15. Para una crítica del tamaño desarrollada de la ficción de la paridad participativa «daltónica» y neutral en cuanto al género que gobierna gran parte del pensamiento contractualista social, véase CHARLES W. MILLS, *The Racial Contract* (Cornell UP, 1997); CAROLE PATEMAN, *The Sexual Contract* (Stanford UP, 1988); PATEMAN y MILLS, *Contract and Domination* (Polity, 2007).

16. WILDERSON, 'Gramsci's Black Marx: Whither the Slave in Civil Society?', p. 225.

Tales poblaciones son prescindibles, pero no obstante se encuentran atrapadas dentro de la relación del capital, porque su existencia está definida por una economía mercantil generalizada que no reconoce su capacidad de trabajo. Se podría decir que la gestión de tales poblaciones está «determinada formalmente» por la relación del capital, sin estar subsumida por ella.

La teoría de la «determinación formal» del Estado también puede ayudar a superar algunos de los límites de la visión gramsciana del Estado como un objeto sobre el cual las fuerzas sociales en pugna luchan por obtener el control. Del «debate de la derivación del Estado» de la década de 1970 surgió una visión alternativa del Estado como una manifestación particular de la relación del capital, constituida por la separación de las relaciones de producción indirectas e impersonales del poder político directo. Así, el Estado, con sus capacidades penales o carcelarias ampliadas, puede imponer relaciones directas de dominación racial mientras, por ejemplo, se involucra en la regulación disciplinaria y la expulsión de la mano de obra inmigrante. En aquellas relaciones mediadas por el intercambio «libre», donde se comercia con el trabajo asalariado como una mercancía, el Estado está obligado a garantizar los términos del intercambio y del contrato, mientras que las relaciones no asalariadas colocan a una o ambas partes de la relación potencialmente fuera o más allá de la ley. La criminalización cada vez más punitiva de la compra, venta y tráfico de drogas ilícitas proporciona quizás uno de los ejemplos más infames de una economía informal racializada y racializadora estructurada fundamentalmente por la violencia estatal. La condición jurídica de la mujer como propiedad dentro del matrimonio ofrece otro, en el que las mujeres tradicionalmente no tenían protección frente a sus maridos dentro del marco de la ley, sino protección frente al resto de hombres. La protección limitada de este estatus legal como propiedad se revocó en el caso de

los trabajadores domésticos negros para racionalizar la violación y la explotación sexual generalizadas por parte de los empleadores varones blancos.¹⁷ En cualquier caso, la división racial tanto del trabajo productivo como reproductivo mantiene de manera consistente jerarquías raciales dentro de las categorías de género y jerarquías de género dentro de las categorías raciales.¹⁸

El movimiento obrero —con su valorización del trabajo asalariado, el trabajo y el trabajador como sujeto de la historia— no logró comprender que el trabajo asalariado no es la única forma estable de explotación sobre la cual los capitalistas pueden beneficiarse. El capitalismo no solo ha demostrado ser totalmente compatible con el trabajo no libre —desde la esclavitud, la servidumbre por contrato, el arrendamiento de convictos y la servidumbre por endeudamiento hasta formas de trabajo doméstico y trabajo reproductivo no remunerado—, sino que ha requerido la racialización sistemática de este trabajo a través de la creación de una variedad de sujetos raciales y de género no soberanos.

Estos modos de explotación no están destinados a desaparecer con la expansión de las relaciones sociales capitalistas en todo el mundo —por ejemplo, a través de campañas masivas de estados independientes en África, América Latina y Asia para subyugar a las poblaciones locales a proyectos de industrialización—. En cambio, se reproducen a través

17. Ver EVELYN NAKANO GLENN, 'From Servitude to Service Work: Historical Continuities in the Racial Division of Paid Reproductive labour', *Signs*, 18: 1 (1992), pp. 1-43.

18. Como ha observado P. Valentine, «esfuerzos rigurosos para abordar e integrar análisis de la "raza" que no encajan a la perfección con las categorías marxistas» inevitablemente requerirán tanto repensar algunas de esas categorías como desafiar algunas ortodoxias arraigadas del pensamiento antirracista». P. VALENTINE, 'The Gender Distinction in Communisation Theory', *Lies*, 1 (2012), p. 206. El artículo presente es en parte un intento de responder a esta invitación.

de la creación de poblaciones excedentes similares a castas, abandonadas por el salario, pero aún aprisionadas dentro de los mercados capitalistas. La «raza» no es extrínseca al capitalismo ni simplemente el producto de formaciones históricas específicas como el apartheid sudafricano o la América de Jim Crow. Asimismo, el capitalismo no incorpora simplemente la dominación racial como parte incidental de sus operaciones, sino que desde sus orígenes comienza a producir y reproducir la «raza» de forma sistemática como un excedente global de humanidad.

Como señaló Marx, la base para la «acumulación primitiva», que requiere el despojo del campesinado en Inglaterra y Escocia, se encuentra en la esclavitud de las plantaciones del Nuevo Mundo, la extracción de recursos y el exterminio de las poblaciones no europeas a escala mundial:

El descubrimiento de oro y plata en América, la extirpación, esclavización y sepultura en minas de la población aborigen, el inicio de la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la conversión de África en una madriguera para la caza comercial de pieles negras, marcó el amanecer rosado de la era de la producción capitalista. Estos procedimientos idílicos son el momento principal de la acumulación primitiva. Pisándole los talones estaría la guerra comercial de las naciones europeas, con el globo terráqueo por teatro. Comienza con la rebelión de los Países Bajos contra España, adquiere dimensiones gigantescas en la Guerra Anti-Jacobina de Inglaterra, y continúa en las guerras del opio contra China, etc.¹⁹

Si bien las variedades de trabajo esclavo no determinadas racialmente son anteriores a la «Era del descubrimiento» colonial europea, el capitalismo tuvo la característica única de forjar una doctrina racista sistemática desde el siglo XVI al XIX —que culminó en las teorías antropológicas del racismo

19. MARX, *El Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 739.

científico del siglo XIX— para justificar la dominación racial, el saqueo colonial y una serie variedades de trabajo no libre y ciudadanía desigual. La historia del capitalismo no es simplemente la historia de la proletarianización de un campesinado independiente, sino de la dominación racial violenta de poblaciones cuya valorización como trabajo asalariado, para invertir una formulación común, ha sido históricamente contingente: los esclavos africanos «socialmente muertos», la soberanía revocable y la *terra nullius* de los pueblos indígenas, el cuerpo sobrante y débil del trabajador culí.

Las disparidades raciales se han reproducido como una categoría inherente del capitalismo desde sus orígenes, por lo general no a través del salario, sino a través de su ausencia. El momento inicial de contacto entre el orden colonial europeo y un «afuera» racializado y no asalariado del capital se ha sistematizado de forma progresiva dentro del propio capitalismo como una división global racializada del trabajo y un exceso de oferta estructural permanente de dicho trabajo, que ha producido «mil millones de habitantes de las ciudades, que habitan barrios chabolistas posmodernos».²⁰

En la medida en que los mercados laborales organizan la relación entre el trabajo remunerado y el no remunerado, la «raza» como indicador de subordinación económica se sustenta tanto en una población permanentemente superflua, como en arraigadas diferencias salariales racializadas. La expulsión de la mano de obra del proceso de producción coloca una especie de frontera racializante semipermeable dividiendo a las poblaciones productivas e improductivas incluso dentro de categorías raciales más antiguas: una especie de línea de color, flexible y general que separa la economía formal de la informal, y la vida asalariada de la no asalariada. Si bien esta línea de color sin salario es mínimamente permeable y los criterios raciales explícitos ya no se permiten

20. MIKE DAVIS, *Planet of Slums* (Verso, 2006), p. 19.

formalmente, la reproducción material de la dominación racial, incluida la proliferación de jerarquías étnicas intranacionales no blancas, se basa en procesos entrelazados de exclusión del salario, el incremento de la criminalización de las economías informales y la elevada vulnerabilidad al terrorismo estatal.

DOMINACIÓN RACIAL TRAS LA «RUPTURA RACIAL»

Lo que Howard Winant y Michael Omi han llamado la «ruptura» racial o la «gran transformación», impulsada a mediados del siglo XX por un auge histórico a escala mundial del antirracismo y la descolonización, los derechos civiles y los movimientos sociales contra el apartheid, desacreditó la supremacía blanca en todo el mundo, entendida esta como política estatal explícita. Para Omi y Winant la dominación racial ha dado paso a la lucha por la hegemonía racial y la coerción ha dado paso al consentimiento. Cincuenta años después de aquella «ruptura» racial, la dominación racial también ha evolucionado. Muchos estados ostensiblemente «poscoloniales» han recurrido a la violencia racial y la limpieza étnica en nombre de la construcción nacional y el desarrollo económico. Después de la «ruptura racial», el capital y la «raza» se han entrelazado tanto dentro como fuera de la relación salarial. En la medida en que los mercados laborales organizan la relación entre el trabajo remunerado y el no remunerado, la «raza» como marcador de subordinación económica se basa tanto en una población permanentemente superflua como en diferencias salariales arraigadas. Después de la derogación de la mayoría de las leyes de Jim Crow y las restricciones a la inmigración surgieron dos orientaciones políticas antirracistas. En el caso de las luchas por la libertad de los negros en EE. UU. después de la Segunda Guerra Mundial, las persistentes diferencias salariales racializadas

—y la discriminación racial en los mercados de vivienda, educación y crédito— se convirtieron en el objetivo de una política tardía de inclusión equitativa y representación electoral del movimiento por los derechos civiles. Al mismo tiempo, la exclusión racial del salario, la segregación de facto en los guetos y la exposición a la violencia policial sistémica convirtieron a las instituciones estatales —como las asistencialistas, las prisiones y la policía— en el blanco tanto de un movimiento feminista reformista negro, de una serie de oleadas de disturbios en los guetos y en las prisiones, como de un sector político militante que centraba su actividad en la autodefensa y la autoafirmación.²¹

Desde los ataques del 11-S los estereotipos populares estadounidenses sobre la productividad económica relativa de los subgrupos raciales han justificado la exposición de dichos grupos a la vigilancia estatal, al control y al encarcelamiento, desde tiroteos a «ilegales» por parte de la patrulla fronteriza hasta el encarcelamiento masivo de negros. Al mismo tiempo, la misión civilizadora «posrracial» de los EE. UU., en su continuación de una campaña militar multimillonaria en todo el mundo islámico, ha sido garantizada por una mitología nacional de la superación progresiva del legado de la esclavitud y segregación legal.

En la relación cambiante entre el Estado de EE. UU. y las poblaciones superfluas destaca el papel fundamental de la violencia estatal como un proceso de racialización. A su vez,

21. Estudios recientes de la historia de la autodefensa armada en el Movimiento por los Derechos Civiles, por ejemplo por parte de grupos como los «Diáconos para la Defensa y la Justicia», han enfatizado la complejidad del compromiso de los activistas del movimiento con la no violencia estratégica de Gandhi. Véase AKINYELE OMOWALE UMOJA, *We Will Shoot Back: Armed Resistance in the Mississippi Freedom Movement* (NYU Press, 2013); SIMON WENDT, *The Spirit and the Shotgun: Armed Resistance and the Struggle for Civil Rights* (University Press of Florida, 2007).

el papel del Estado como agente aparentemente neutral de la reforma racial, más que como agente principal de dicha forma de violencia, proporciona el tercer término que falta en la teorización de la relación entre «raza» y capital. La política racial estadounidense contemporánea está estructurada fundamentalmente por el declive de la hegemonía económica global estadounidense y por la hipermilitarización de un Estado de seguridad «postracial» en respuesta a tres amenazas «civilizatorias» racializadas: la amenaza criminal de las poblaciones negras excedentes, la amenaza demográfica de la mano de obra latina y la amenaza ilimitada a la seguridad nacional planteada por una amenaza terrorista islámica concebida de manera flexible, cuyos adherentes están sujetos a castigo colectivo, tortura y erradicación preventiva. Las tres son señaladas y racializadas por las instituciones penales, ciudadanas y de seguridad interior del Estado. El surgimiento del Estado carcelario estadounidense contra los negros a partir de la década de 1970 ejemplifica los rituales de violencia estatal y civil que refuerzan la racialización de la vida sin salario y la atribución racial de la falta de salario. Desde el punto de vista del capital, la «raza» se renueva no solo a través de la persistencia de diferencias salariales racializadas o la segregación ocupacional planteada por teorías del «mercado laboral dividido», sino a través de la racialización de las poblaciones excedentes o superfluas, desde Jartum a los barrios marginales de El Cairo.²²

22. Para ser claros, estas poblaciones no están fuera, sino firmemente dentro del capitalismo. Con la regulación laboral impuesta por una serie de aparatos estatales punitivos, si bien el salario ya no media directamente su acceso colectivo a las necesidades básicas como la alimentación y la vivienda, se ha creado una vasta economía informal surgida para asegurar los medios básicos de supervivencia. En el ejemplo de la proletarización parcial del campesinado chino y la creación de una fuerza laboral migrante rural masiva de 160 millones de personas, los trabajadores agrícolas, o pequeños campesinos, a menudo se convirtieron en trabajadores del sector informal, autónomos y no

«RAZA» Y HUMANIDAD EXCEDENTE

La genealogía colonial y racial del capitalismo europeo ha sido codificada directamente en la «base» económica a través de una historia continua de violencia racial que estructura tanto el trabajo no libre como el informal y que vincula a las poblaciones excedentes con los mercados capitalistas. Si la superfluidad, la estratificación y las diferencias salariales se desracializan y el contenido racial de tales categorías se vuelve contingente, entonces la «raza» solo puede aparecer como un epifenómeno y poseer una «especificidad» de facto que rompe cualquier vínculo causal entre el capitalismo y la racialización. Las tipologías raciales que surgieron y permitieron la expansión espacial del capitalismo europeo como modo de producción han sido renovadas a lo largo de los siglos por una tendencia inmanente dentro del capitalismo a producir excedentes de población en guetos, barrios marginales y favelas en todo el mundo. Después de la «ruptura» racial de mediados del siglo XX, la descolonización formal —en lugares como Brasil, el África subsahariana y el sur de Asia— dejó a su paso Estados desarrollistas que absorbieron las ideologías de la industrialización y, también, racializaron a las poblaciones indígenas, los grupos étnicos, y castas estigmatizadas, entendidas como periféricas a la relación salarial. Dichas poblaciones nunca se integrarán por completo en los procesos de acumulación capitalista, excepto como cuerpos para ser vigilados, almacenados o exterminados.

En los EE. UU., lo que en otro momento fue una extensión a regañadientes de las disposiciones sociales públicas del Estado keynesiano de posguerra a las comunidades no blancas asalariados. El sueño histórico del movimiento obrero —un sueño que también sostuvo el movimiento de derechos civiles de EE. UU. y una serie de movimientos anticoloniales de liberación nacional— de incorporación progresiva al salario se ha topado con la realidad del persistente desempleo estructural y la superfluidad.

en la década de 1960, hoy ha sido retirada y reemplazada en gran medida por regímenes laborales carcelarios y estatales aplicados a poblaciones superfluas que habitan en los puntos muertos políticamente irrepresentables de la pobreza racial, de género y sexual. Para estos grupos la única alternativa al trabajo de servicios precario es una economía informal criminalizada que colinda con el vasto sistema carcelario. Estados Unidos, en particular, ha servido como modelo global para un «nuevo gobierno de inseguridad social» fundado en un aumento punitivo de la vigilancia, el control y el encarcelamiento en respuesta a la desaparición del trabajo asalariado estable.²³

La «raza» está así enraizada en dos procesos superpuestos de asignación y control. La discriminación racial pasada y presente es acumulativa y distribuye la precariedad, el desempleo y la informalidad de manera desigual en la economía en función de la «raza» y el género. Pero la «raza» también se pone en práctica en varios proyectos políticos estatales y civiles de control social que clasifican y coaccionan a las fracciones «merecedoras» y «no merecedoras» de varios grupos raciales mientras determinan su idoneidad para la ciudadanía. Erosionando la separación institucional entre vigilancia, seguridad fronteriza y guerra global, el Estado policial, hoy masivamente expandido, envía a 1 de cada 3 hombres negros a prisión en algún momento de su vida, deporta a casi medio millón de inmigrantes indocumentados anualmente, ha exterminado entre cien mil y un millón de civiles en Irak solamente, y ahora se está preparando para un «aumento de la seguridad fronteriza» de 46 mil millones de dólares que incluye vigilancia con drones y escaneo biométrico. La «raza» del siglo XXI emerge de esta matriz de titulización.

23. LOÏC WACQUANT, *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity* (Duke University Press, 2009). Ver 'Una pleamar eleva todos los barcos', en este número, para un análisis sobre cómo ese modelo se aplicó en Gran Bretaña.

EL PROBLEMA CON LA «CLASE»: POLÍTICAS DE CLASE COMO POLÍTICAS DE IDENTIDAD

Dado que la retórica de la diversidad racial se ha utilizado cada vez más para ocultar o incluso justificar la profundización de la desigualdad económica, teóricos recientes, desde Slavoj Žižek y Ellen Meiksins Wood hasta Walter Benn Michaels, sostienen que lo que ellos llaman capitalismo multinacional o neoliberal ha llegado a defender una «política de raza» frente a la «política de clase». Para estos críticos, los movimientos sociales basados en la identidad y el multiculturalismo liberal en particular, son en el mejor de los casos indiferentes y en el peor hostiles a lo que Michaels considera el problema más urgente de la desigualdad de clases. Por el contrario, los teóricos antirracistas desde Howard Winant hasta David Theo Goldberg han defendido incansablemente la irreductibilidad de la «raza» a la economía política. La división institucionalmente reforzada entre el antirracismo y el marxismo tiene una larga historia. Ha sido un lugar común de los relatos históricos populares recientes de la trayectoria política de la «Nueva Izquierda» de la década de 1960 culpar de la «fragmentación» de un sujeto de clase revolucionario unitario al surgimiento de varias luchas antirracistas: desde los nacionalismos étnicos estadounidenses alineados con los movimientos anticoloniales africanos y asiáticos de mediados del siglo XX; a las críticas de las feministas negras a la centralidad de las experiencias de las mujeres blancas, heterosexuales y de clase media en el feminismo de la segunda ola; o hasta lo que tanto los críticos liberales como los conservadores han calificado como el surgimiento de una «política de identidad» balcanizante.

La polarización intelectual de las tradiciones teóricas que abordan la «raza» o la clase podría denominarse como el «matrimonio infeliz del antirracismo y el marxismo». En la segunda mitad del siglo XX, con el declive de los análisis

tercermundistas, maoístas, guevaristas o del sistema-mundo sobre la «raza» y el colonialismo —y de los cuerpos de escritura alineados e informados por los movimientos anticapitalistas y antirracistas—, los teóricos académicos han invocado a Marx para releer la «raza» como una contingencia histórica. La «raza» generalmente persiste en el discurso marxista académico como una división social interna de la clase trabajadora sembrada por las élites económicas para reducir los salarios, fragmentar la insurgencia de los trabajadores y crear la amenaza permanente de un ejército laboral de reserva no blanco. En estos relatos la «raza» se convierte en un componente funcional o derivado de la norma de clase. Esta versión funcionalista o «reduccionista de clase» de la «raza» ha sido cuestionada a fondo por académicos antirracistas durante el último medio siglo; no obstante, estos desafíos han enfatizado habitualmente la irreductibilidad o autonomía relativa de la «raza» como uno entre muchos sistemas equivalentes de dominación entrecruzados que pueden simplemente sumarse a la «clase». A su vez, tanto la teoría marxista como la antirracista afirman, aunque por razones muy diferentes, que no existe una relación constitutiva entre «raza» y capitalismo.

Las críticas radicales a las «políticas de identidad» o al multiculturalismo liberal como mistificación neoliberal ocultan una elipsis más profunda de la lógica identitaria que opera en la «política de clase» socialista y socialdemócrata. El movimiento obrero clásico, con su concepto de «conciencia de clase», se estructuró alrededor del sueño de que la afirmación generalizada de una identidad de clase trabajadora podría servir como base para la hegemonía de los trabajadores —dentro de las zonas de acumulación de capital constituidas a nivel nacional— y, por tanto, también para una revolución obrera. Como gran parte de la erudición antirracista contemporánea, la crítica marxista de la política identitaria *suele replantear el capitalismo como un problema de identidad*, específicamente de identidad de clase, y reduce la explotación

estructural a desigualdades distributivas en la riqueza. Las luchas basadas en el trabajo y la identidad, que se supone que son cualitativamente diferentes en tales explicaciones, están de hecho estructuradas por la misma lógica representacional de afirmación de identidades dentro del capitalismo. «La “diferencia” que constituye a la clase como “identidad”», escribe Ellen Meiksins Wood, «es, por definición, una relación de desigualdad y poder, mientras que la “diferencia” sexual o cultural no tiene por qué serlo»:

la clase obrera, como objeto directo de —aunque no solo— la forma de opresión más fundamental y determinante y como la única clase cuyos intereses no descansan en la opresión de otras clases puede crear las condiciones para la emancipación de todos los seres humanos en la lucha por liberarse.²⁴

Este argumento de Wood pone de relieve tres problemas interrelacionados derivados de enmarcar la interacción entre los sistemas de dominación racial, de género y económico que plagan tanto las críticas marxistas de la «política de identidad» como las teorías contemporáneas de la diferencia racial. Si para Wood la «raza», el género y la sexualidad son por definición categorías no económicas de la vida social que indexan la desigualdad económica solo de manera contingente, entonces afirmar que estas identidades no son constitutivas del capitalismo como tal es simplemente una tautología. La abolición de la dominación sexual o racial, entendida aquí principalmente como formas vestigiales de injusticia histórica, no sería, por tanto, en principio incompatible con el capitalismo. Finalmente, continúa el razonamiento, la diferencia cualitativa entre clase y otras formas de identidad se basa en el hecho de que la identidad de clase no

24. Ver WOOD, *Democracy against Capitalism: Renewing Historical Materialism* (Aakar Books, 2007), p. 258, y ‘Marxism Without Class Struggle?’ *Socialist Register*, 20 (Merlin, 1983), p. 242.

puede ser «celebrada». Y, sin embargo, el argumento elude una contradicción fundamental entre la abolición de la desigualdad de clases y un agente implícito de emancipación en la figura de la clase trabajadora. Si bien la pobreza puede no ser una forma de diferencia que pueda ser «celebrada», Wood, sin embargo, produce un relato implícitamente afirmativo de la clase obrera como el agente social responsable y único capaz de acabar con el capitalismo. La cuestión de cómo la afirmación de tal identidad podría provocar el fin de la opresión de clase, sin simplemente reafirmar el capitalismo bajo el disfraz de la autogestión obrera, se pasa por alto. A pesar del intento de criticar la lógica de las luchas basadas en la identidad, Wood finalmente ofrece lo que llamamos una política afirmativa de clase, que es estructuralmente indistinguible de las propuestas afirmativas de la diferencia de «raza» y género.

Pero ¿y si no centráramos las luchas antirracistas en la diferencia sino en la dominación? Entender la «raza» no como un marcador de diferencia sino como un sistema de dominación plantea la cuestión de la abolición material de la «raza» como indicador de subordinación estructural. Tanto las críticas antirracistas del marxismo reduccionistas de clase, como las críticas marxistas de los antirracismos liberales, «meramente culturales», pasan por alto las similitudes estratégicas entre las luchas defensivas cada vez más desesperadas del movimiento obrero estadounidense y las «políticas de identidad» basadas en la «raza» y el género a la que se oponen tan fervientemente. Como revelaron las luchas laborales de 2011 en Wisconsin, el giro del movimiento obrero estadounidense hacia el Estado y la política electoral para asegurar su propio derecho a existir refleja la extrema dificultad de asegurar programas redistributivos raciales, incluso mínimos, después de los programas de la «Gran Sociedad» de los 60. Lo que quiere decir que, en una era de declive en la afiliación a las organizaciones laborales y de derechos civiles de

masas, las perspectivas son sombrías tanto para una «política de «raza» como para una «política de clase». Cambiar el enfoque analítico de la diferencia a la dominación dirige nuestra atención al enredo de la «raza» y lo «superfluo», así como al impacto racializante de la violencia, el encarcelamiento y la guerra. Al rechazar una comprensión del capitalismo como un motor cada vez más inclusivo de mejoramiento racial y al Estado como garante último de la igualdad cívica, un antirracismo abolicionista rechazaría categóricamente la afirmación continua de la respetabilidad fundamental, la productividad o el patriotismo de los grupos racializados como una forma para determinar su aptitud relativa para la dominación racial. Partiendo de historias de racialización radicalmente diferentes, las luchas abolicionistas antirracistas apuntarían a dismantelar la maquinaria de la «raza» en el seno de una fantasía de libertad formal, donde el «punto límite de la igualdad capitalista queda al desnudo como protagonista central del ordenamiento racial».²⁵

25. KYRIAKIDES y TORRES, *Race Defaced: Paradigms of Pessimism, Politics of Possibility*, p. 36.

Espontaneidad, mediación, ruptura

No sabemos si [los tan diferentes] destinos de Luxemburg [...] y de Lenin [...] se debieron al hecho de que Lenin y su grupo habían armado a los trabajadores [...] mientras el grupo espartaquista continuaba viendo la organización como coordinación [...] y el rechazo del trabajo como única y suficiente arma obrera. La esencia del leninismo se traslada del terreno de la relación entre espontaneidad y partido al de la relación entre partido e insurrección.¹

¿Están las luchas actuales evolucionando hacia una revolución? Ante esta cuestión, tratamos de situarnos de la única manera posible, es decir, no solo teniendo en cuenta nuestra experiencia del presente, sino también consultando las teorías revolucionarias del pasado. Adentrarse en estas últimas, sin embargo, puede resultar peligroso, pues surgieron en respuesta a un conjunto de problemas producidos en el curso de otra era, una era que ya no es la nuestra. Las teorías revolucionarias del siglo XX se desarrollaron en el transcurso de una serie de luchas que llamamos el movimiento obrero. Estas teorías no llevan solo las huellas del movimiento obrero en su conjunto. Se formularon en respuesta a las limitaciones a las que se enfrentaba el movimiento en su momento álgido, es decir, en el periodo revolucionario de 1905-1921.

Los límites del movimiento obrero estaban íntimamente relacionados con el problema de infundir una conciencia de clase a una población que entonces solo estaba parcialmente proletarizada. Frente al gran campesinado en el campo y a la heterogénea clase trabajadora de las ciudades, las estrategias del movimiento obrero esperaban el momento en el que una proletarianización integral, con el consiguiente mayor

1. SERGIO BOLOGNA, *Composición de clase y la teoría del partido en los orígenes del movimiento de consejos obreros* (1972).

desarrollo de las fuerzas productivas, erradicaría las divisiones existentes entre los proletarios. La unidad objetiva de la clase encontraría entonces un correlato subjetivo. Pero este sueño nunca se hizo realidad. El desarrollo de las fuerzas productivas solo hizo que reforzar ciertas divisiones entre el proletariado al tiempo que creó otras. Mientras tanto, erradicó la base de la unidad obrera. Los trabajadores se dieron cuenta de que ya no eran la fuerza vital de la era moderna, sino apéndices, accesorios de un conjunto de máquinas e infraestructuras que escapaban a su control.²

Volver brevemente al punto culminante del siglo pasado, anterior a la destitución del movimiento obrero, puede ayudarnos a entender el contexto en el que nacieron las teorías revolucionarias del pasado. Partiendo de esta base, empezaremos a articular una teoría revolucionaria para nuestros tiempos. Pero hemos de ser cautelosos con esta tarea: las revoluciones son inherentemente impredecibles; nuestra teoría debe, de alguna manera, incorporar esta imprevisibilidad en su seno. Incluso cuando sus revoluciones no se desarrollaron como habían imaginado, los revolucionarios de la era anterior se negaron a abrirse a lo desconocido.

Al fin y al cabo, las revoluciones del siglo XX no fueron resultado de un proyecto metódico, de un lento engrosamiento de filas de sindicatos y/o partidos, de los que se esperaba una expansión simultánea a la industrialización y homogeneización de la clase. En cambio, las olas revolucionarias de 1905-1921 irrumpieron caóticamente, con luchas autoorganizadas formadas en torno a la táctica de la *huelga de masas*. Ni el surgimiento ni el desarrollo de la huelga de masas fueron anticipados por los estrategas revolucionarios, a pesar de décadas de reflexión y de los precedentes históricos de 1848 y de 1871.³

2. Ver 'Una historia de la separación', (*Endnotes 4*).

3. La huelga de masas de principios del siglo XX tenía poco que ver

Entre los pocos revolucionarios que no se opusieron de inmediato a esta nueva forma de lucha se encontraba Rosa Luxemburg, quien llegó a identificarla como la táctica revolucionaria *por excelencia*. Su libro, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, es uno de los mejores textos de la historia de la teoría revolucionaria. Sin embargo, incluso Luxemburg vio la huelga de masas como un medio para revitalizar el Partido Socialdemócrata de Alemania. Como señala Dauvé: «si Luxemburg es la autora de la fórmula: “Después del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia no es más que un cadáver nau-seabundo”, ella se manifiesta particularmente necrófila».⁴

PRELUDIO: LA HUELGA DE MASAS

La historia de la huelga de masas es una historia subterránea; es, en gran parte, una historia no escrita. Pero puede ser esbozada de la siguiente manera:⁵

En 1902 se produjeron huelgas itinerantes en Bélgica y Suecia en favor del sufragio universal masculino. La táctica se extendió después a los Países Bajos y Rusia antes de llegar a Italia en 1904 en forma de protesta contra la violenta represión de los levantamientos obreros. En Italia se constituyeron por primera vez consejos obreros. Esta primera oleada alcanzó su punto álgido en las enormes huelgas de masas rusas de 1905, que culminaron en una insurrección, la primera Revolución Rusa, en diciembre de ese mismo año. Con el ejemplo ruso como modelo, la táctica de la huelga de masas se expandió rápidamente a través de las ciudades europeas.

con el sueño de la huelga general, el *grand soir*, de finales del siglo XIX.

4. GILLES DAUVÉ y DENIS AUTHIER, *La izquierda comunista en Alemania, 1918-1921* (Zero-Zyx, 1978), capítulo 4.

5. Ver PHILIPPE BOURRINET, *Los consejos obreros en la teoría de la izquierda comunista holandesa y alemana* (disponible en <http://www.left-dis.nl/e/consejos.htm>).

Esta táctica llegó pronto a Alemania, el corazón del marxismo de la Segunda Internacional, donde la cuestión de la «fidelidad» de la huelga de masas, que ya había sido empleada para un abanico de fines diferentes, se planteó por primera vez. Para los representantes sindicales, la huelga de masas parecía ser un obstáculo para sus lentos intentos de organizar la clase. Un sindicalista alemán declaró: «Para construir nuestras organizaciones, necesitamos calma en el movimiento obrero». ⁶ Pero la táctica continuó extendiéndose, y amplió su alcance a pesar de que la Segunda Internacional declarase que solo apoyaba la táctica de la huelga como método de defensa.

Después de la ola de 1902-1907, las luchas se calmaron antes de estallar de nuevo en 1910-1913. En el curso de estas dos olas, la sindicalización se disparó; se conquistó el derecho al voto en Austria y en Italia, mientras los estados escandinavos se veían obligados a liberalizarse. El anarcosindicalismo y la Izquierda comunista surgieron como tendencias distintas. El comienzo de la Primera Guerra Mundial puso fin a la segunda ola de huelgas, que ya empezaba a agotarse. Pero este bloqueo aparentemente permanente resultó no ser otra cosa que un impedimento temporal más. En toda Europa, el número de huelgas llevaba en aumento desde 1915. Su actividad se desarrollaba fuera de los lugares de trabajo: hubo huelgas de alquiler en Clydeside y manifestaciones contra los precios de los alimentos en Berlín. En 1916, se convocaron huelgas de masas en Alemania, pero esta vez para protestar por el encarcelamiento de Karl Liebknecht, un símbolo de oposición a la guerra. En 1917, a la agitación obrera se le sumaron, entre otras cosas, motines en el ejército y disturbios por la comida. Estas acciones proliferaron gracias a nuevas formas de organización: los movimientos de los *shop-stewards* en Inglaterra y en Alemania y las «comisiones internas» en Italia.

6. CARL SCHORSKE, *German Social Democracy, 1905-1917* (Harvard University Press, 1955), p. 39.

Así, incluso antes de la Revolución de Octubre, la lucha se caldeaba en las ciudades europeas. Las huelgas masivas en Austria y Alemania fueron las más grandes en la historia de cada país. La gente olvida que la Primera Guerra Mundial terminó no por la derrota de uno de los bandos, sino porque cada vez más países involucrados en las hostilidades se derrumbaron en una ola de revoluciones, que, de 1917 a 1921, surgió para luego retroceder. No nos detendremos en esta última ola de lucha, excepto para citar las palabras que Friedrich Ebert, líder del SPD, dijo a la temerosa burguesía alemana en 1918: «Somos los únicos que pueden mantener el orden».

¿Qué podemos aprender de esta breve historia de la táctica de la huelga de masas? Si se produjera una revolución hoy en día, también tendría que surgir de una intensificación masiva de luchas espontáneas y autoorganizadas. Esas luchas tendrían que estallar y extenderse por vastos espacios geográficos en un flujo y reflujo que durase décadas. La revolución se vuelve posible no solo teóricamente, sino también en la práctica, únicamente en ese contexto, es decir, en el de una serie de luchas en desarrollo. Por lo tanto, es también solo en el curso de la intensificación de las luchas que las preguntas estratégicas de una época pueden ser preguntadas y respondidas concretamente.

Sin embargo, del pasado no podemos aprender mucho más que eso. La táctica de la huelga de masas fue específica para su época, una época que fue testigo de: (1) una consolidación sin precedentes de empresas y lugares de trabajo; (2) la llegada de campesinos recientemente proletarizados a las nuevas ciudades industriales, que trajeron consigo cierta cultura de la solidaridad; (3) la lucha de los trabajadores para defender su control sobre el proceso de trabajo contra la mecanización y la racionalización, y, finalmente, (4) la lucha contra la persistencia de un antiguo régimen, una lucha por la igualdad de la ciudadanía, el derecho a organizarse y el

voto que las élites se negaron a conceder a los proletarios. Si bien el horizonte de lucha es muy diferente hoy en día, las herramientas que tenemos para comprender la relación entre las luchas y la revolución todavía llevan los restos del movimiento obrero.

Esas herramientas deben ser forjadas de nuevo. La cita introductoria de Bologna menciona los conceptos clave de la teoría revolucionaria tal como se entendió en el curso del movimiento obrero: espontaneidad y organización, partido e insurrección. La pregunta que se nos plantea ahora es: ¿cómo articulamos las relaciones entre esta constelación de conceptos hoy, es decir, después del fin del movimiento obrero —que ha significado también, y necesariamente, el fin de todas las tradiciones revolucionarias que animaron el siglo pasado: el leninismo y la ultraizquierda, la socialdemocracia y el sindicalismo, etc.—? Ofrecemos las siguientes reflexiones sobre los tres conceptos que dan nombre a este texto como un intento de reformular las herramientas de la teoría revolucionaria para nuestra época. Al tomar conciencia de la brecha que nos separa del pasado, esperamos extraer de sus teorías algo útil para nosotros en el presente.

EL PROBLEMA DE LA COORDINACIÓN

Antes de discutir los conceptos clave de la teoría revolucionaria, debemos detenernos en la especificidad de la lucha en las sociedades capitalistas. Fuera de esas sociedades, los seres humanos están organizados en su mayoría en comunidades directamente personales.⁷ Cuando entran en conflicto, lo hacen como comunidades que preexisten a esos conflictos.

7. NdT: El término *face-to-face communities*, de difícil traducción, hace referencia a un contexto social en el que los individuos se relacionan entre ellos sin apenas mediaciones, en contraste con el grado de extrañeza que opera bajo relaciones sociales capitalistas.

Por contraste, en las sociedades capitalistas, los seres humanos están en su mayor parte atomizados. Los proletarios se enfrentan entre ellos no como miembros de una comunidad directamente personal, sino como extraños. Esta atomización determina el carácter de las luchas contemporáneas, en el sentido de que los conflictos proletarios no preceden esas luchas. En su lugar, los cimientos de la lucha deben ser contruidos, con los materiales de la vida social, *en el curso* de la propia lucha. Esta característica de las sociedades capitalistas se asienta sobre dos premisas básicas:

1) En los mercados donde venden su fuerza de trabajo, los proletarios compiten entre ellos por un empleo. Está en la naturaleza de la relación de explotación la falta de trabajo para todos. En esta situación, algunos proletarios consideran que merece más la pena formar bandas y mafias⁸ —según el género, la raza, la nacionalidad o el credo— y, sobre esa base, oponerse a otros grupos de trabajadores.⁹ El enfrentamiento entre proletarios se desarrolla no solo con respecto a los empleos y las diferencias salariales, sino también con respecto a las condiciones laborales, el tiempo familiar, las oportunidades educativas, etc. La competencia dentro de las clases también se refleja fuera de los mercados laborales, en jerarquías de estatus que se imponen sin piedad y que se exponen a través de un consumo ostentoso, como coches

8. NdT: El *racket*, que se usaba en EE. UU. respecto a actividades provenientes del crimen organizado, es un concepto del que haría uso Horkheimer para caracterizar las especificidades sociales de su tiempo: «Explicar en qué medida la clase fue desde siempre una personificación de los rackets no significa otra cosa que aportar las pruebas de que en esta sociedad la universalidad del derecho desaparece cada vez más bajo la inmediatez de la dominación, de la que dicha universalidad había funcionado desde siempre como su racionalización». *Carta a H. Grossmann*, de 20 de enero de 1943 (extracto).

9. Estas bandas se encargan de que algunos proletarios consigan *buenos trabajos* a costa de otros.

llamativos, e innumerables indicadores de un cierto estilo de vida, como pantalones ajustados. Así, una situación de dependencia laboral cada vez más universal no ha conducido a una homogeneización de los intereses. Al contrario, los proletarios están internamente estratificados. Se diferencian cuidadosamente unos de otros. Cuando los intereses colectivos han sido cultivados por las organizaciones, ello ha supuesto a menudo otras diferencias competitivas en los límites de la raza, la nación, el género, etc.

2) La dependencia del trabajo no solo genera competencia entre los trabajadores, repeliéndolos entre sí. En la medida en que los individuos pueden conseguir un trabajo estable, el salario también libera a los proletarios de tener que tratar unos con otros. Ya no dependen de una herencia ni están en deuda con sus padres o nadie más —¡a excepción de sus jefes!—. ¹⁰ Pueden escapar del campo a las ciudades, de las ciudades a los suburbios o viceversa. Siempre que encuentren trabajo, los proletarios son libres de moverse como gusten. Pueden rehuir los ojos amonestadores de las autoridades ancestrales y religiosas, así como los de los antiguos amigos y amantes, con tal de asociarse con quien prefieran, rezar a los dioses que quieran y decorar sus hogares de la manera que les plazca. Los proletarios no tienen por qué ver a alguien

10. No todos los que son dependientes del trabajo han conseguido la autonomía que trae aparejada. Por ejemplo, las mujeres proletarias siempre han trabajado, al menos durante parte de su vida. En la otra parte de sus vidas —especialmente antes del 1970—, fueron relegadas a la esfera doméstica, donde no les pertenecía ningún salario propio. Incluso cuando consiguieron sueldos, estos a veces eran directamente entregados a sus maridos. De esta manera, el desarrollo del modelo de producción capitalista impidió a las mujeres ganarse la autonomía de sus padres y esposos que desde un comienzo los jóvenes pudieron conquistar. Que las mujeres hoy en día ganen y conserven sus propios salarios les ha dado una mayor autonomía, aunque todavía cargan con la mayor parte del trabajo doméstico.

que no les gusta, excepto en el trabajo. Por lo tanto, la comunidad no solo se disuelve por la fuerza; su disolución es también buscada activamente. El resultado es una estructura social única históricamente en la que las personas no tienen que depender directamente de los demás para casi nada. Sin embargo, la autonomía individual se gana a costa de la impotencia colectiva. Cuando la revuelta termina, la tendencia es a regresar a la atomización, a disolverse de vuelta en el nexo del dinero.

Los proletarios, al partir de una situación de atomización casi universal, se enfrentan a un singular *problema de coordinación*. Tienen que encontrar formas de unirse, pero para ello deben superar la oposición real de sus intereses. En la medida en que no hayan superado estas barreras, encontrarán que son impotentes en su lucha contra el Capital y el Estado. Por lo tanto, el problema que deben afrontar, al menos en tiempos no revolucionarios, no es la ausencia de una estrategia adecuada —que podría ser adivinada por intelectuales perspicaces—, sino la presencia de asimetrías de poder real, atendiendo a su atomización. Nada en el arsenal de los trabajadores como individuos puede igualar el poder de los capitalistas de contratar y despedir a voluntad, o la predisposición de la policía a disparar, apalizar o encarcelar.

Históricamente, los trabajadores han superado su atomización —y, como consecuencia de ello, los desequilibrios de poder— en olas de actividad coordinada y disruptiva. Pero aquí se enfrentan a un intrincado dilema: pueden actuar colectivamente si confían los unos en los otros, y solo pueden confiar los unos en los otros —ante a los enormes riesgos que corren ellos mismos y los demás— si esa confianza ya se ha realizado en la acción colectiva. Si la actividad revolucionaria es excepcional no es porque la ideología divida a los trabajadores, sino más bien porque, a menos que ya se esté llevando a cabo una acción revolucionaria, es suicida

intentar «ir por libre». Nuestras ideas, sin importar cuán revolucionarias sean, nos sirven principalmente para justificar, al mismo tiempo que enfrentan, el sufrimiento que conlleva esta situación.

El aparentemente indisoluble problema de la lucha, del doble dilema descrito, se resuelve finalmente solo por la lucha misma, por el hecho de que la lucha se desarrolla a lo largo del tiempo. Computacionalmente, esta solución puede ser descrita como el posible resultado del problema del prisionero iterado.¹¹ El término en juego es la espontaneidad.

ESPONTANEIDAD

La espontaneidad es normalmente entendida como ausencia de organización. Algo espontáneo surge de un impulso momentáneo, como si ocurriera naturalmente. Los marxistas de la Segunda Internacional creyeron que la revuelta de los trabajadores era espontánea, en el sentido de que era una reacción natural ante la dominación capitalista a la que el partido debía dar forma. Esta noción se basa en lo que podría denominarse un significado *poco original* del término espontaneidad.

En el siglo XVIII, cuando Kant describió la unidad de la apercepción trascendental —el hecho de que soy consciente de mí mismo viviendo mis propias experiencias— lo llamó un acto espontáneo.¹² Kant se refirió a lo opuesto de algo natural. Un acto espontáneo es aquel que se realiza libremente. De hecho, la palabra espontáneo deriva del latín *sponte*, que significa «voluntariamente, por sí solo, sin ser obligado». En este sentido, la espontaneidad no versa sobre actuar

11. Ver, por ejemplo, ROBERT ALEXROD, *The Evolution of Cooperation* (Basic Books, 1984).

12. Ver Robert Pippin, *Hegel's Idealism: The Satisfaction of Self-Consciousness* (Cambridge University Press, 1989), pp. 16-24.

compulsivamente o automáticamente; es una cuestión de actuar sin restricción externa. Cada día participamos en relaciones sociales capitalistas: yendo a trabajar, comprando, etc. Pero somos libres de decidir no hacer eso, cualesquiera que sean las consecuencias —de hecho, las consecuencias son a veces severas dado que nuestra participación en el capitalismo no es una opción, sino, más bien, una forma de compulsión—. ¹³

De esta reinterpretación del término se pueden sacar cuatro puntos:

1) La espontaneidad —precisamente porque es de libre elección— es inherentemente impredecible. Por este motivo, no puede haber una teoría fija de la lucha. Solo puede haber una fenomenología de la experiencia de la revuelta. Por supuesto, la revuelta está relacionada con la crisis, económica o de otro tipo, ya que las crisis hacen insostenible el modo de vida actual de los proletarios; mas la relación entre crisis y revuelta nunca es mecánica. La revuelta sigue siendo fundamentalmente indeterminada o sobredeterminada: nunca ocurre cuando debería y, cuando ocurre, a menudo surge desde el ángulo más improbable. El descontento puede hervir a fuego lento, pero tras un asesinato policial o un aumento en el precio del pan de repente se «desencadena» una revuelta.

No obstante, en ningún caso nadie sabe de antemano qué evento será el desencadenante. Esto no significa que la revuelta no está planificada —o que los militantes no tienen un rol en prender la chispa de las revueltas—. De hecho, los militantes tratan de provocar revueltas todo el rato. La

13. En este sentido, los individuos actúan espontáneamente todo el tiempo. A veces tienen un plan y otras veces no. Sin embargo, estamos interesados no en los actos de libertad de tales individuos, sino en los actos colectivos de la espontaneidad. Es decir, estamos interesados, aquí, solo en la actividad de las masas.

cuestión es que su éxito radica en algo externo a ellos, lo cual se revela en momentos clave, cuando el material humano sobre el que trabajan los militantes deja de responder repentinamente a su microgestión —una lucha o germina inesperadamente, o se marchita—. ¹⁴ ¿Quién puede predecir cuándo aparecer en un parque conducirá solo a otra protesta y cuándo estallará en una guerra civil?

2) La espontaneidad, como ruptura con lo cotidiano, es también necesariamente disruptiva. Aparece como un conjunto de actos perturbadores: huelgas, ocupaciones, bloqueos, saqueos, disturbios, autorreducción de los precios y autoorganización en general. Pero la espontaneidad no es una mera mezcla de estos ingredientes. Tiene una historia, y en la historia de la espontaneidad hay una primacía de tácticas particulares en dos sentidos:

(a) Las tácticas son lo que resuena en los puestos de trabajo o vecindarios, a través de países o incluso continentes: alguien se prende fuego o algunos individuos ocupan una plaza pública. Otra gente empieza espontáneamente a realizar cosas similares. En el transcurso de los eventos, los proletarios adoptan una táctica dada por sus propias experiencias, pero la clave es que —en la medida en que están adoptando tácticas tomadas de otros lugares— hay una interrupción del flujo continuo del tiempo. La historia local se convierte en algo que solo puede ser globalmente articulado.

(b) La primacía de las tácticas también se da en el hecho de que las personas participan en oleadas de actividad disruptiva, incluso mientras debaten sobre el porqué de

14. Señalarlo no es denigrar a los militantes: es para recordarnos que mientras los militantes son un agente activo en cualquier ola de luchas, no tienen la clave para ello. Solucionan el problema de la coordinación como un ordenador soluciona un problema matemático: intentando cualquier posibilidad hasta que alguna sea la adecuada.

su participación. Puede que formulen demandas contradictorias, puesto que las mismas tácticas se utilizan para diferentes fines y en diferentes lugares. Mientras tanto, a medida que las luchas crecen en intensidad y extensión, los participantes se vuelven más audaces haciendo demandas —o no haciendo ninguna—. Las barreras entre las personas empiezan a romperse. A medida que los muros caen, el sentimiento de poder colectivo de los individuos aumenta. El riesgo de la participación disminuye en tanto más gente participa. Es en su desarrollo donde la lucha construye sus propios cimientos.

3) La espontaneidad no solo es disruptiva, también es creativa. Genera un nuevo contenido de lucha adecuado para las experiencias cotidianas del proletariado, siempre cambiando junto a las relaciones sociales capitalistas —y, en general, en la cultura—. Por eso la revuelta que surge desde el interior, espontáneamente, tiende a extenderse más amplia y salvajemente que la que viene del exterior —de los militantes, por ejemplo—. Esto es cierto incluso cuando los militantes intervienen sobre la base de sus propias experiencias previas de la revuelta —en los sesenta muchos militantes denunciaron el sabotaje y el absentismo como formas «infantiles» de luchar; de hecho, presagiaron una ola masiva de huelgas salvajes—. Así, los militantes se encuentran en una posición comprometida. Son los restos humanos de los conflictos pasados, móviles a través del tiempo y el espacio. Si hay historias locales/nacionales de la lucha es en parte porque los militantes establecen continuidades de experiencia. Las formaciones militantes fuertes pueden convertirse en agentes de intensificación en el presente; sin embargo, al intentar aplicar lecciones aprendidas en el pasado a un siempre cambiante presente, corren el riesgo de trivializar lo nuevo en el momento de su aparición. Se trata de una posición peligrosa, en la medida en que para nosotros permanece axiomático que tenemos que confiar en lo nuevo como la única vía de escape de las relaciones sociales capitalistas.

4) La revuelta espontánea implica no solo la creación de un nuevo contenido de lucha, sino también, necesariamente, de nuevas formas de la lucha adecuadas o compatibles con ese contenido. Hegel dijo una vez, en relación con la antítesis de la forma y el contenido: «es esencial recordar que el contenido no es informe, pero que tiene la forma en sí tanto como la forma es algo externo a él».¹⁵ Esa forma puede ser, en un primer momento, incipiente; puede que solo exista en potencia, pero se va imponiendo a medida que las luchas se extienden e intensifican. Aquí también hay algo creativo —la aparición de una forma sin precedente histórico—. La historia es testigo de este hecho una y otra vez: las nuevas luchas emergentes desprecian las formas existentes. En su lugar, generan sus propias formas que luego son desechadas a su vez en futuras olas de revuelta. Esta característica de la espontaneidad, su tendencia hacia las innovaciones en las formas, socava cualquier intento de dar cuenta de la comunización como una revolución fundamentalmente carente de forma. No podemos saber qué formas de organización espontánea tomarán lugar en, y tendrán que ser superadas en el momento de, la comunización.

Contra las teorías revolucionarias del pasado hoy podemos decir que la organización no es externa a la espontaneidad. Al contrario, las revueltas de masas siempre se organizan. Para dar a este término una concreta definición según su rol en la teoría revolucionaria, podríamos decir que la organización es el acompañamiento necesario para la coordinación y extensión de la actividad disruptiva espontánea. Pero esto no significa que la organización sea siempre algo formal, también puede ser completamente informal y, de hecho, en los niveles más álgidos, es siempre informal. La coordinación significa la extensión de las tácticas de boca en boca, en periódicos, en la radio, en la televisión, en los vídeos grabados

15. HEGEL, *The Encyclopaedia Logic: Part I of the Encyclopaedia of the Philosophical Sciences with the Zusatz* (Hackett, 1991) §133, p. 202.

con el móvil, etc. —y no significa, por el contrario, que sea necesaria una tecnología concreta: una huelga global ya se extendió a través del Imperio Británico en la década de 1930; las tecnologías solo ofrecen diferentes oportunidades de lucha—.

Dentro de cualquier revuelta, los debates giran en torno a la cuestión de la organización: «¿cuál es la mejor manera de coordinar y extender esta actividad disruptiva particular?». Las respuestas a este interrogante siempre son específicas al contexto de la revuelta en cuestión. Muchos individuos, sea por ignorancia o miedo, se hacen otro tipo de preguntas: «¿cómo podemos poner fin a esta disrupción? ¿Cómo le damos carpetazo u obtenemos una victoria para poder volver a la familiar miseria de nuestra cotidianidad?». Superar el miedo y la ignorancia —llegar a confiar el uno en el otro y hacerlo de manera coordinada, con cientos, miles, millones y finalmente miles de millones de personas— no puede resolverse de antemano, tan solo se hará en y a través de una serie de luchas.

MEDIACIÓN

Por lo general, nos encontramos con el término mediación en su forma privativa, como inmediatez, que significa «ahora, en seguida». De nuevo, esta es una acepción poco original. La inmediatez significa, primero y ante todo, carecer de mediación. ¿Qué es, entonces, la mediación? Es la presencia de un periodo intermedio —en su uso inicial, la palabra «mediación» describe la posición de Jesucristo, quien intervino entre Dios y el Hombre—. Hablar de la inmediatez de la revolución no significa llamar a la revolución «inmediatamente», en el sentido de «ahora», sino más bien, «inmediatamente», en el sentido de «sin necesidad de un periodo intermedio». Pero ¿qué periodo falta en este caso?

Debería quedar claro que la inmediatez de la revolución no es simplemente una cuestión de falta de organización —aunque cualquier revolución será caótica—. Por el contrario, las actividades disruptivas deben ser altamente coordinadas y extensas —en una palabra, organizadas— para precipitar una deserción de las fuerzas armadas, *conditio sine qua non* de un momento revolucionario. Tampoco se aclara este punto al decir que la revolución tendrá lugar sin un período intermedio o de transición. Porque, de hecho, inevitablemente, habrá una transición, incluso aunque no haya «economía de transición» o «estado de transición» en el sentido que estos términos tuvieron en el siglo XX. La comunización de las relaciones sociales entre siete mil millones de personas llevará tiempo. Implicará oleadas repentinas, así como reveses devastadores, zonas de libertad que emergen junto a zonas de falta de libertad, etc. Incluso si los comunicadores derrotasen a la contrarrevolución, inevitablemente acaecería un período de destrucción y reconstrucción. Las relaciones entre individuos, que ya no estarían mediadas por mercados y Estados, tendrían que realizarse en el mundo como una minuciosa transformación de las infraestructuras materiales.¹⁶

Para nosotros, no se trata tanto de que la revolución como proceso deba entenderse con la categoría de «inmediatez». Hablar de inmediatez con respecto a la revolución es simplemente una forma rápida de decir que la revolución abole las mediaciones del mundo moderno. Hablar de la inmediatez del comunismo es, por tanto, afirmar que, a diferencia de los revolucionarios del pasado, los comunistas deberán tomarse en serio la coherencia de su época. El trabajador, la máquina, la fábrica, la ciencia y la tecnología: ninguno de estos términos aparece como un bien incondicional al que oponerse en contraste con el capital y el Estado como males

16. Ver 'Logística, contralogística y perspectiva comunista', en este número.

incondicionales. No hay un orden neutral de este mundo que pueda ser tomado por la clase trabajadora y manejado en su interés. Por ello, la revolución no puede ser una cuestión de encontrar nuevas formas de mediar las relaciones entre los trabajadores o entre los seres humanos y la naturaleza, el Estado y la economía, los hombres y las mujeres, etc.

En cambio, la revolución solo puede ser un conjunto de actos que abolen las distinciones en que se basan tales mediaciones. El capitalismo es un conjunto de separaciones o divisiones ontológicas —entre los seres humanos y sus capacidades más íntimas— que posteriormente son mediadas por el valor y el Estado. Deshacer estas mediaciones es destruir las entidades que las sustentan: por un lado, volver a conectar a todos con sus capacidades, de manera que no puedan volver a separarse forzosamente; por otro, empoderar a cada individuo concreto para desarrollar o no cualquier capacidad particular sin perder acceso al resto de ellas.

Los medios reales para volver a conectar a las personas con sus capacidades, fuera del mercado y del Estado, son imposibles de prever. Pero esto no significa que la existencia humana adquirirá una cualidad inefable, un flujo transparente. Inevitablemente se levantarán nuevas mediaciones a partir de los restos de las antiguas. Por consiguiente, el comunismo no significará el fin de la mediación, sino el de esas mediaciones que nos fijan en nuestros roles sociales: género, raza, clase, nación o especie. *Mutatis mutandi*, el fin de la dominación abstracta no significará el fin de la abstracción; la superación de estas mediaciones dejará intactas muchas otras: lenguaje, música, juegos, etc.

Sin embargo, esto no quiere decir que dichas mediaciones no se transformen radicalmente al terminar la socialización asocial. Cojamos de ejemplo el lenguaje, la mediación por excelencia: este ha sido transformado por el comercio global hasta el punto de reducir masivamente el número de

idiomas en uso y de aumentar, proporcionalmente, el dominio de unos pocos: español, inglés, mandarín. No sabemos si la superación de lo existente continuará maximizando/optimizando la comunicación entre los grupos sociales en todo el mundo. Puede que, en cambio, desencadene una proliferación de lenguas. La comprensión universal puede ser sacrificada en pro de palabras más adecuadas para formas de vida mutuamente inteligibles.

RUPTURA

Durante los periodos de inactividad aparece la revuelta, pero de forma desarticulada. El conflicto entre las clases estalla, aquí y allá, mas luego se desvanece. Los periodos de inactividad duran décadas, pero, eventualmente, llegan a un final. La reaparición de la lucha de clases se anuncia a sí misma en un torrente de actividades. Una nueva secuencia de la lucha comienza: olas de actividad proletaria fluyen y refluyen, durante un lapso de años, a medida que se desarrolla nuevo contenido y nuevas formas de lucha. La intensidad de la lucha aumenta, aunque nunca de forma lineal, a medida que los proletarios se unen, extendiendo sus actividades disruptivas. La articulación de tales actividades empieza a revelar los contornos de lo que hay que superar. De esta manera, hay una tensión hacia la ruptura, que hace saltar chispas en todas las direcciones. Una ruptura es, por definición, una brecha —una de naturaleza cualitativa—, pero ¿una brecha de o desde qué? ¿Dónde localizamos la ruptura, que es sinónimo del advenimiento de un periodo revolucionario?

Es muy fácil hablar de una interrupción espontánea como si fuera en sí misma una ruptura, por así decirlo, con lo cotidiano. La revolución sería entonces entendida como una acumulación de rupturas. Hay algo de verdad en esta perspectiva; después de todo, las luchas nunca se extienden a lo

largo de un camino lineal de intensidad creciente. Al contrario, el conflicto se mueve por mor de discontinuidades. Su dinamismo da lugar a cambios periódicos en los mismos términos de la lucha: en un momento, pueden ser los trabajadores contra los jefes, pero en el siguiente, se convierte en inquilinos contra los propietarios, los jóvenes contra la policía o una confrontación entre los sectores autoorganizados —todas estas luchas pueden también ocurrir simultáneamente—. Esta inestabilidad, en la base misma sobre la que los individuos son llamados a enfrentarse entre sí, es lo que permite poner todo en cuestión, tanto en general como de manera específica. No obstante, estos términos deben mantenerse separados: por un lado, la disrupción espontánea; por otro, la ruptura que abre en canal la propia disrupción espontánea. La ruptura fuerza a cada individuo comprometido en la lucha a escoger bando: o se sitúa en el lado del movimiento comunista —entendido como el movimiento para la destrucción práctica de este mundo— o, en cambio, lo hace en el que continúa con la revuelta sobre la base de lo que es. En este sentido, la ruptura es un momento de partidismo, de posicionarse.¹⁷ Es una cuestión de unirse al partido y de convencer al resto de hacer lo mismo, no de dirigir al «pueblo». Al igual que separamos la espontaneidad de la ruptura, también debemos hacer una distinción entre la organización, que se adecúa a la espontaneidad, y el partido, que es siempre el partido de la ruptura.¹⁸

17. En *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* Marx escribe sobre una polarización de las fuerzas sociales en un «Partido del Orden» y un «Partido de la Anarquía». Aquí no es una cuestión de grupos sociales preexistentes, sino de los emergentes, encontrando su forma organizativa en la lucha misma: la burguesía y sus defensores se unen en torno una fuerza que ofrece la mejor oportunidad de reestablecer el orden, mientras los proletarios se reúnen alrededor de una fuerza que está intentando crear una situación «que hace que sea imposible volver atrás».

18. El concepto de partido registra simplemente este hecho: como

El partido se abre paso a través de las organizaciones proletarias, ya que reclama la destitución del orden social y, por consiguiente, la anulación de las distinciones sobre las que se fundan las organizaciones proletarias. Así pues, la diferencia entre las organizaciones y el partido es, por una parte, la diferencia entre los comités de los desempleados, asambleas de vecinos y sindicatos de base —que organizan la disrupción de las relaciones sociales capitalistas— y, por otra, la existencia de grupos de partisanos —quienes reconfiguran las redes de transporte y comunicación y organizan la creación y distribución gratuita de bienes y servicios—.

Las tácticas comunistas destruyen la propia distinción entre, por ejemplo, empleado y desempleado, en la que se basa la organización proletaria.¹⁹ Al hacerlo, inician la unificación de la humanidad.

la revuelta espontánea en sí misma, la ruptura no procederá automáticamente, a partir de una profunda o incluso «crisis final» de la relación capital-trabajo. El proletariado no se encontrará de repente sosteniendo las palancas del poder, después de lo cual solo es cuestión de averiguar qué hacer con ellas. En su lugar, la revolución será el proyecto de una fracción de la sociedad —en otras palabras, el partido— que resuelve el problema de coordinación de la única forma posible: aboliendo la sociedad de clases.

19. Este argumento es difícil de defender rigurosamente. Está claro que, en la medida en la que las luchas espontáneas autoorganizadas construyen sus propios cimientos, a menudo conectan a los individuos entre sí de manera que desmienten su *unidad-en-la-separación* del capital. Por ejemplo, los individuos pueden ocupar un edificio gubernamental, aunque no tengan una conexión diaria con él. Al ocuparlo, pueden organizarse de acuerdo a un rasgo compartido que no tiene sentido para el capital. El punto clave aquí es que las luchas organizadas espontáneamente alteran la mencionada *unidad-en-la-separación*, mas no la superan permanentemente. Así se explica la tendencia de las distinciones de género, raza, nacionalidad, etc., a reaparecer en las ocupaciones de las plazas de 2011; es decir, precisamente donde se suponía que tales distinciones se habían vuelto inoperantes.

Así, mientras que las revueltas perturban el viejo mundo, la ruptura es su vuelta de tuerca —es por este motivo que el término estándar para la ruptura es «revolución»—. Este giro tiene dos dimensiones, tanto cuantitativa como cualitativa, que lo distinguen de la revuelta. Por ejemplo, la escala de la revuelta es típicamente restringida, mientras que la revolución actual solo puede significar que siete mil millones de personas traten de encontrar maneras de reproducirse de forma no capitalista. De estos miles de millones, incluso una minoría activa tendría que contar con cientos de millones —lo que implica que, si los individuos son capaces de determinar el curso de los acontecimientos, todavía estamos lejos de un momento revolucionario—. La revolución requerirá que miles de millones de personas pongan en juego diversos aspectos de sus vidas en una lucha abierta, lo cual desemboca en esos mismos individuos poniendo en tela de juicio la totalidad de sus vidas. La ruptura cuestiona la vida misma, pero de una manera que nos permite seguir viviendo.

Según *Théorie Communiste*, los revolucionarios de una época anterior no manejaban el concepto de ruptura. Supuestamente, veían la revolución como una cuestión de luchas «que crecen», es decir, de luchas que, cuando se desbordaban en una revolución, se extendían a través de la sociedad y se intensificaban hacia un punto de inflexión. En el transcurso del siglo XX se propusieron muchas teorías de este estilo —el término mismo parece venir de Trotsky, aunque la idea es más común entre los autonomistas—. Sin embargo, este tipo de teorías no eran muy comunes.²⁰ La mayoría de los revolucionarios, incluyendo a Trotsky, hicieron su propia distinción entre revuelta y ruptura.

20. Los insurrectos pueden ser los verdaderos herederos de la «creciente» teoría de la revolución. Para ellos, la intensificación de las luchas existentes ya es la ruptura. El concepto de revolución se abandona por ser demasiado «holístico» —una falsa universalización en el tiempo y el espacio—. De hecho, las luchas se universalizan a sí

Así, por ejemplo, en la Italia del *biennio rosso* (1919-20), cuando la revolución parecía una posibilidad real, Amadeo Bordiga, el futuro líder del Partido Comunista de Italia, anunció lo siguiente:

No quisiéramos que la convicción de que, desarrollando la institución de los consejos de fábrica, sería posible tomar posesión de las fábricas y eliminar a los capitalistas pueda apoderarse de las masas. Sería la más peligrosa de las ilusiones. Las fábricas serán conquistadas por la clase de los trabajadores —y no por los obreros de la misma fábrica, lo cual sería fácil, pero no comunista— solo cuando la clase trabajadora en su conjunto se haya apoderado del poder político. Sin esta conquista, la disipación de las ilusiones será efectuada por la Guardia Real, los Carabineros, etc., o sea, por la maquinaria de opresión y de fuerza que posee la burguesía a través de su aparato político de poder.²¹

En esencia, Bordiga —como muchos comunistas de su siglo— argumentaba lo siguiente: al tomar las fábricas y protestar en las calles, a veces es posible detener la sociedad, pero no tanto como para producir una ruptura. Esta solo ocurrirá cuando los proletarios se arriesguen a una guerra civil, en un intento de transferirse definitivamente el poder. De ello se desprende que la principal tarea del partido era, en el momento crucial, distribuir armas entre los trabajadores y pedir la transferencia del poder a estos cuerpos armados.

mismas no fusionándose para que todos puedan marchar detrás de la única y verdadera bandera, sino más bien planteando preguntas universales sobre la superación de este mundo. De esta manera, las luchas construyen por sí mismas lo universal, menos como objeto abstracto de una revolución idealizada que como objeto concreto de una revolución real.

21. AMADEO BORDIGA, ‘¿Tomar la fábrica o tomar el poder?’ (*Il Soviet*, 22 de febrero de 1920) disponible en <https://igcl.org/Tomar-la-fabrica-o-tomar-el-poder>.

De hecho, «armar a los trabajadores» podría pensarse como la «táctica programática» clave —otras tácticas de este tipo incluían el establecimiento de cuerpos políticos de delegados revocables—. ²² El vínculo entre este concepto y el de Bologna, citado anteriormente, debería ser evidente.

Así, está claro que los revolucionarios anteriores sí manejaban un concepto de ruptura —el revolucionario era aquel que, a cada oportunidad, pronunciaba el famoso eslogan de Sade: «un esfuerzo más, camaradas...»—. No obstante, es cierto que, para nosotros, dicho concepto está anticuado. Hoy una revolución no puede acontecer por medio de cuerpos armados que toman el poder del Estado —ni siquiera anulándolo, según la concepción anarquista— con el objetivo de establecer una sociedad de trabajadores asociados.

Incluso si este tipo de revolución sigue resultando atractiva para algunos, se basa en la voluntad y en la capacidad de los trabajadores de organizarse en torno a su identidad como trabajadores, en lugar de hacerlo respecto a otras identidades —nacionalidad, religión, raza, género, etc—. Los trabajadores solo comparten un interés común en la medida en que pueden proyectar una solución universal a su problema de coordinación; «un perjuicio a uno es un perjuicio para todos» no es universalmente cierto. Frente a las presiones de los mercados laborales competitivos, los trabajadores en el siglo XX organizaron su interés común construyendo

22. Ciertos comunistas han tomado un rumbo diferente. Toman como tarea principal identificar e infiltrar lo que perciben como sector(es) económico(s) «clave», la parte que representa el todo. Los militantes de ese sector supuestamente podrán, en el momento oportuno, intervenir de manera decisiva para producir la revolución, o bien para evitar la traición de la revolución —que se suponía que venía de otra parte—. Véase, por ejemplo, el *Comunismo Nihilista* de Monsieur Dupont, sobre la cuestión del «proletariado esencial» (Ardent Press, 2002). Estas son falsas soluciones a problemas reales, pero de nuevo, por esa razón, encontrarán sus verdaderas soluciones a tiempo.

organizaciones de trabajadores, vinculadas entre sí a través del movimiento obrero. Este movimiento forjó, a partir de una multitud de experiencias de trabajadores específicos, un interés realmente general. Pero la realidad de este interés general se fundaba en dos cosas. Primero, en la obtención de ganancias reales, tanto dentro de las sociedades capitalistas como en contra de un antiguo régimen que pretendía excluir a los trabajadores del sistema de gobierno. Segundo, en las experiencias vividas de muchos proletarios: se identificaron con su trabajo como el rasgo definitorio de quiénes eran e imaginaron que, con la extensión del sistema de fábricas a todo el mundo, esta identidad se convertiría en una condición humana. Los trabajadores sintieron que compartían un destino común como fuerza vital de la sociedad moderna, el cual no debía de crecer.

Todo esto forma ya parte del pasado. Una acumulación masiva de capital ha hecho que el proceso productivo sea cada vez más eficiente, haciendo que los trabajadores sean cada vez más superfluos para él. Bajo estas condiciones las economías capitalistas han crecido lentamente debido a la sobreproducción crónica; al mismo tiempo, la mayoría de los trabajadores, en un contexto de altos niveles de desempleo, tienen dificultades para obtener ganancias reales.

Además, esta superfluidad de los trabajadores ha encontrado su correlato en una experiencia cambiante del trabajo mismo. En la medida en que son empleados, la mayoría de los proletarios no se identifican con su trabajo como el rasgo definitorio de lo que son. O bien son periféricos a un proceso de producción más o menos automatizado —y, por consiguiente, no pueden verse a sí mismos como la fuerza vital de la sociedad moderna—, o bien están excluidos de la producción por completo y trabajan duro en empleos sin futuro en el sector servicios. Esto no quiere decir que no haya todavía proletarios que sueñen con hacer trabajos similares en un mundo mejor, donde puedan organizar su trabajo

democráticamente. Ocurre que esta minoría ya no puede pretender representar el futuro de la clase en su conjunto, sobre todo cuando tantos proletarios están desempleados o subempleados, o bien se pierden en el sector informal, en el que el setenta por ciento de los trabajadores son autónomos porque no pueden encontrar trabajo.

Como resultado de estas transformaciones, el propio horizonte revolucionario de la lucha se transforma: debe ser algo distinto de lo que era. No podemos seguir siendo quienes somos, ni tomar las cosas como son. Esto es aún más cierto en la medida en que los aparatos de la sociedad moderna —fábricas, redes de carreteras, aeropuertos, etc.—, que los proletarios ayudaron a construir, han resultado no presagiar un nuevo mundo de libertad humana. Al contrario, estos dispositivos están destruyendo las condiciones mismas de vida humana en la Tierra. Es difícil dirimir, por ende, lo que constituiría una táctica comunizadora que reemplazase la táctica programática por excelencia, a saber, «armar a los trabajadores» o «generalizar la lucha armada». Sabemos lo que esas tácticas tendrán que hacer: destruir la propiedad privada y el Estado, abolir las distinciones entre la esfera doméstica y la economía, etc. Pero eso no nos dice nada sobre las tácticas mismas. ¿Cuáles serán las que se abran paso?

Al final, las tácticas comunizadoras resultarán ser las que finalmente destruyan el vínculo entre encontrar trabajo y sobrevivir. Reconectarán a los seres humanos y sus capacidades de tal manera que será imposible volver a cortar esa conexión. En el transcurso de la lucha puede desarrollarse, en alguna parte del mundo, un proceso que parece ir hasta el final para acabar, de una vez por todas, con las relaciones sociales capitalistas. Del mismo modo que, hoy en día, los proletarios adoptan y adaptan cualquier táctica que resuene con ellos, también algunos proletarios adoptarán estas tácticas comunizadoras. Sin embargo, estas tácticas no extenderán la lucha; al contrario, la dividirán volviéndola contra sí misma.

Si se producen tales avances en cualquier parte del mundo, es posible imaginar que, como rasgo del partidismo, se formarán partidos comunistas —o los ya existentes se alinearán con las nuevas tácticas—. Quizás no se llamen a sí mismos partidos y puede que no se refieran a sus tácticas como tácticas de comunización; no obstante, habrá un deslinde por parte de aquellos que, dentro de la lucha, defienden y aplican tácticas revolucionarias, sean cuales sean. No hay necesidad de decidir por adelantado cuál será el aspecto del partido, qué forma de organización debería tener y si convendría que se formalizase del todo o mejor que solo fuera una orientación compartida entre muchos individuos. El comunismo no es una idea ni un eslogan. Es el movimiento real de la historia, el movimiento que, en la ruptura, escapa a tientas de la historia.

CONCLUSIONES

El concepto de comunización traza una orientación hacia las condiciones de posibilidad del comunismo. El concepto nos obliga a centrarnos en el presente para descubrir el nuevo mundo a través de la crítica de todo lo existente. ¿Qué tendría que ser derribado o deshecho para que el comunismo se convierta en una fuerza real en el mundo? Este interrogante puede abordarse tanto de una manera deductiva —(1) ¿qué es el capitalismo y, por ende, qué es lo que tendría que abolir un movimiento comunista para que el capitalismo deje de existir?— como inductiva —¿qué es lo que en las luchas y experiencias de los proletarios formula o apunta a la cuestión del comunismo?— De hecho, nuestras respuestas a la primera pregunta están determinadas por las respuestas a la segunda. Los proletarios siempre están luchando contra el capital de formas nuevas e inesperadas, forzándonos nuevamente a preguntar «¿qué es el capital, hasta el punto de que la gente está tratando de destruirlo así?». La teoría

de la comunización se erige, en relación a estas preguntas, como un conjunto de proposiciones sobre las condiciones mínimas de la abolición del capitalismo. Estas proposiciones pueden enumerarse:

(1) Las crisis que se desarrollan en el capitalismo hacen que las luchas proletarias proliferen y transformen su carácter. (2) Estas luchas tienden a generalizarse en toda la sociedad, sin que sea posible unificar las luchas concurrentes bajo una sola bandera. (3) Para que las luchas fundamentalmente fragmentadas pasen a conformar una revolución, habrá que tomar medidas comunizadoras como única vía posible de llevar adelante esas luchas. (4) Por lo tanto, será necesario abolir las divisiones de clase —así como el Estado, las distinciones de género y raza, etc.— en el proceso mismo de la revolución —y en tanto que revolución—. (5) Por último, una revolución establecerá no una economía o un estado de transición, sino un mundo de individuos, definidos en su singularidad, que se relacionan entre sí de múltiples formas. Este último punto será válido incluso si esos individuos heredan un mundo brutal y devastado por la guerra y la catástrofe climática, en lugar de un paraíso de fábricas automatizadas y vida sencilla. Debemos reconocer que este conjunto de proposiciones es un tanto débil: se trata más de un punto de partida que de una conclusión. También debería ser evidente que estas proposiciones no nos dicen nada acerca de si una revolución comunista sucederá realmente. Tras haber recorrido una topología conceptual de la estrategia revolucionaria, la pregunta sigue siendo: ¿algo de esto afecta a lo que hacemos? ¿Tienen estas reflexiones alguna consecuencia estratégica?

Hoy, aquellos que están interesados en la teoría revolucionaria se encuentran atrapados entre los términos de una falsa elección: activismo o *attentisme*.²³ Parece que solo podemos

23. Término francés para describir la situación de «esperar a ver lo que ocurre».

actuar sin pensar críticamente, o pensar críticamente sin actuar. La teoría revolucionaria tiene como una de sus tareas disolver esta contradicción performativa. ¿Cómo es posible actuar mientras entendemos los límites de esa acción? En toda lucha existe una tensión hacia la unidad que se da en el impulso de coordinar la actividad disruptiva, como única esperanza de conseguir algo. Pero, en ausencia del movimiento obrero —que fue capaz de subsumir la diferencia en una similitud fundamental—, esta tensión hacia la unidad está frustrada. No hay manera de resolver el problema de la coordinación sobre el cimiento de lo que somos. Ser un partidario de la ruptura es reconocer que no hay trabajador colectivo —ningún sujeto revolucionario— que esté de alguna manera oculto y presente al mismo tiempo en cada lucha.

Por el contrario, la intensificación de las luchas revela no una unidad preexistente, sino una proliferación conflictiva de la diferencia. Esta diferencia no solo es sufrida, sino que a menudo es querida por los propios participantes. Bajo estas condiciones, las unidades débiles de tal o cual frente antigubernamental, que se imponen a tantas diferencias, simplemente ofrecen otra confirmación de que, en la lucha, permanecemos desunidos. En este sentido, podríamos incluso decir que hoy todas las luchas se alejan de la revolución —excepto que es solo a través de la activación, la intensificación y los intentos fallidos de generalización que la unificación puede un día llegar a ser posible, en y a través de una ruptura revolucionaria con la lucha misma—.

Esta observación plantea una paradoja. No hay nada que podamos hacer salvo apoyar la extensión e intensificación de las luchas. Como todos los que participan en la lucha, podemos tratar de introducir un nuevo contenido en las nuestras. Podemos intentar nuevas tácticas y formas de organización —o bien, podemos adoptar tácticas y formas de organización de otros lugares cuando se producen de una manera que resuena con nosotros—. Podemos poner en la palestra

lo que creemos que son las palabras clave del momento. En cualquier caso, entendemos que los límites de nuestro potencial son los límites de la participación de todos los demás: la extensión de su coordinación, el grado de su confianza mutua y la intensidad de su disrupción.

Pero también reconocemos que, en la medida en que participamos en la lucha y nos organizamos, somos empujados hacia identidades que nos mantienen fundamentalmente enajenados. O bien ya no podemos afirmar esas identidades, o bien no queremos, o bien reconocemos que son seccionales y, por esa razón, imposibles de adoptar entre la amplia masa de la humanidad. Las luchas nos enfrentan unos a otros, aunque a menudo no por motivos que experimentamos como absolutamente necesarios. Al contrario, a veces llegamos a ver nuestras diferencias como no esenciales —el resultado de una diferenciación fraccionada de estatus o identidad dentro del capitalismo—.

Al enfrentar estos límites de la lucha, somos completamente impotentes para superarlos. El problema para los activistas es que una conciencia de los límites aparece como una pérdida y derrota. Su solución es forzar desesperadamente una resolución. Por el contrario, nosotros reconocemos que la lucha no se ganará pasando por encima de esos límites.

En cambio, tendremos que enfrentarnos a esos límites una y otra vez hasta que puedan formalizarse. La imposibilidad de resolver el problema de la coordinación —mientras mantenemos lo que somos en esta sociedad— debe ser teorizada dentro de la lucha como un problema práctico. Los proletarios deben vislumbrar que el Capital no es simplemente un enemigo externo. Junto al Estado, es nuestro único modo de coordinación. Nos relacionamos unos con otros a través del capital; es nuestra *unidad-en-la-separación*. Solo sobre la base de tal conciencia —no de clase, sino del capital— la revolución será posible como derrocamiento de esta sociedad.

Mientras tanto, lo que buscamos no son respuestas prematuras o resoluciones forzadas, sino una terapia contra la desesperación: es solo en la lucha contra el límite que los proletarios formalizarán la pregunta, cuya respuesta es la revolución. Tal como están las cosas, la oferta que aquí presentamos es exigua, basada más en argumentos especulativos que en pruebas sólidas. Excepto entre una pequeña minoría de participantes, el concepto de comunización —o uno parejo que tenga sus características esenciales— todavía no ha surgido de las luchas. Seguimos hablando el lenguaje desgastado del viejo ciclo para referirnos a las luchas del nuevo. Podemos refinar ese lenguaje todo lo que queramos, pero debemos reconocer que está casi, si no completamente, agotado.

Índice

PRÓLOGO	3
EDITORIAL	13
Nuevas luchas	13
Poblaciones excedentes	16
La distinción de género	17
Identidades no clasistas	19
Visiones estratégicas	21
Perspectivas comunistas	24
EL PATRÓN DE ESPERA	25
El movimiento de las plazas	27
Un patrón de espera con una pérdida gradual de altitud	32
El retorno de la cuestión social	45
Para ser liberados del yugo de la corrupción	54
El problema de la composición	63
Conclusión: puntos de no retorno	73
LA LÓGICA DEL GÉNERO	77
Producción/Reproducción	79
I. Cuando Marx habla de la fuerza de trabajo sostiene que es una mercancía con un carácter particular, distinta a todas las demás	79
II. Por tanto, la reproducción de la fuerza de trabajo presupone la separación de dos esferas distintas	83
Pagado/No-pagado	88
Adenda 1: A propósito del trabajo	92
Público/Privado	93
La libertad doble y el mercado sexualmente neutral	99
Adenda 2: A propósito de las mujeres, la biología y los niños	102
Sexo/Género	103
La desnaturalización del género	105

Historia del género en el capitalismo: desde la creación de la esfera IMM a la mercantilización de las actividades determinadas por el género	107
I. La acumulación originaria y la familia extendida	107
II. La familia nuclear y el fordismo	109
III. Los años 70: la subsunción real y la mercantilización de las actividades IMM	111
Crisis y medidas de austeridad: el ascenso del abyecto	113
LA PLEAMAR ELEVA TODOS LOS BARCOS	119
Lunes, 8 de agosto de 2011	119
¿Por qué los disturbios?	128
Márgenes	131
Anti-policía	134
Disturbios reestructurantes	139
Inseguridad	148
El giro	159
Dientes	163
Millbank	166
Clase media	170
Ocupación	172
Palo	175
Enjambre	182
Contagio	186
Mediación	192
Escoria	195
Indignación	202
Castigo	206
LOGÍSTICA, CONTRALOGÍSTICA Y PERSPECTIVA COMUNISTA	217
Teoría desde el terreno	220
Capitalismo logístico e hidráulico	222
El valor de uso de la logística	228
Visibilidad y praxis	236
La tesis de la reconfiguración	242
Horizontes y perspectivas	251

EL PUNTO LÍMITE DE LA IGUALDAD CAPITALISTA	255
Anexo, sobre la terminología	261
Una breve historia de subordinación racial: de la limpieza de sangre a la superfluidad global	262
Devolver la supremacía blanca a la «base»	264
Dominación racial tras la «ruptura racial»	272
«Raza» y humanidad excedente	275
El problema con la «clase»: políticas de clase como políticas de identidad	277
ESPONTANEIDAD, MEDIACIÓN, RUPTURA	283
Preludio: la huelga de masas	285
El problema de la coordinación	288
Espontaneidad	292
Mediación	297
Ruptura	300
Conclusiones	308

